

ALICIA ANOTADA

Alicia en el país de las maravillas / A través del espejo

LEWIS CARROLL

EDICIÓN DE MARTIN GARDNER



Lectulandia

La presente edición es, sin lugar a dudas, la más importante realizada hasta la fecha, pues a las dos obras maestras de L. Carroll —y las no menos magistrales ilustraciones de Tenniel— han venido a unirse las notas y comentarios de Martin Gardner. El autor de esta edición anotada, columnista de *Scientific American* durante más de veinte años, matemático y ensayista original, era quizá, por su profesión y aficiones, la persona más apropiada para realizar esta labor, arrojando nueva y definitiva luz sobre un texto complicado pero delicioso. No en vano Charles Dodgson —o sea, L. Carroll—, fue también profesor de Lógica y Matemáticas, como el anotador, dejando en sus libros la huella inequívoca de su sutilísimo humor, entretejido de constantes combinaciones y variables imprevistos.

A la calidad de los textos, y al meticuloso cuidado con el que ha realizado su traducción Francisco Torres Oliver, viene por último a unirse la magnífica presentación de los textos e ilustraciones. Creemos que el conjunto constituye por todo ello una edición auténticamente imprescindible.

Lectulandia

Lewis Carroll & Martin Gardner

Alicia ANOTADA

Alicia en el país de las maravillas / A través del espejo

ePUB v1.0

Chachín 21.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Annotated Alice*
© Martin Gardner, 1960
Traducción: Francisco Torres Oliver
Ilustraciones: John Tenniel

Editor original: Chachin (v1.0)
ePub base v2.0

Nota del EpubEditor. —Dada la importancia que en la presente edición tienen las notas de Martin Gardner, y que hay algunas que hacen referencia a otras, he decidido respetar la numeración independiente de las notas dentro de cada capítulo, y he introducido la posibilidad de desplazarse a las notas de cada capítulo a través de la Tabla de Contenidos.

Se han incluido todas las ilustraciones de Tenniel, tratando de conseguir un equilibrio entre la calidad de la imagen y el tamaño final del EPUB. Espero que el resultado esté a la altura de esta magnífica obra.

Introducción

Digamos para empezar, que una ALICIA anotada es algo absurdo. Gilbert K. Chesterton, al escribir en 1932 sobre el centenario del nacimiento de Lewis Carroll, expresaba su «miedo tremendo» a que el cuento de Alicia hubiese caído ya en las pesadas manos de los eruditos, y se estuviera volviendo «frío y monumental como una tumba clásica».

«¡Pobre, pobre Alicita!», se lamentaba G. K. Chesterton. «No sólo la han cogido y le han hecho recibir lecciones; la han obligado a imponer lecciones a los demás. Alicia es ahora no sólo una colegiala, sino una profesora. Las vacaciones han terminado y Dodgson es otra vez profesor. Habrá montones y montones de ejercicios de exámenes, con preguntas como éstas: 1) ¿Qué sabes sobre las siguientes expresiones: 'debirable', 'barrenar', 'ojos de abadejo', 'pozos de melaza', 'hermosa sopa'? 2) Consigna todas las jugadas de ajedrez que hay en *A través del Espejo*, y traza el diagrama. 3) Resume el método práctico del Caballero Blanco para abordar el problema social de los bigotes verdes. 4) Indica la diferencia entre Patachunta y Patachún».

Hay muchas razones para no tomar demasiado en serio el alegato de Chesterton. Ningún chiste resulta divertido, a menos que comprendamos su *quid*; y a veces ese *quid* necesita de una explicación. En el caso de ALICIA nos enfrentamos con un tipo de disparate muy extraño y complicado, escrito para lectores británicos de otro siglo, y necesitamos saber muchísimas cosas que no están en el texto si queremos captar todo su sabor y su gracia. Peor aún: algunos chistes de Carroll sólo podrían comprenderlos los residentes de Oxford; otros, más personales, las encantadoras hijas del decano Liddell nada más.

Lo cierto es que el disparate de Carroll no es tan casual y sin sentido como le parece al moderno niño americano que intenta leer los libros de ALICIA. Digo «intenta» porque ha pasado la época en que los menores de quince años, incluso en Inglaterra, podían leer ALICIA con el mismo placer que leen, digamos, *El viento en los sauces* o *El mago de Oz*. Hoy día los niños se sienten perplejos y a veces asustados ante la atmósfera pesadillesca de los sueños de Alicia. Sólo el hecho de que los adultos —científicos y matemáticos sobre todo— sigan disfrutando con los libros de Alicia les ha asegurado a éstos su inmortalidad. Así, pues, sólo a los adultos van dirigidas estas notas.

Hay dos tipos de notas que he tratado de evitar por todos los medios; no porque sean difíciles de elaborar o porque no deban hacerse, sino porque son tan sumamente fáciles que cualquier lector inteligente puede escribirlas por sí solo. Me refiero a las exégesis alegóricas y psicoanalíticas. Como Homero, la Biblia, y todas las demás grandes obras de fantasía, los libros de ALICIA se prestan fácilmente a todo tipo de

interpretación simbólica, ya sea política, metafísica o freudiana. Algunos comentarios eruditos de este género que se han hecho son hilarantes. Por ejemplo, Shane Leslie, en su artículo «Lewis Carroll and the Oxford Movement» (publicado en el *London Mercury*, julio de 1933), dice haber descubierto en ALICIA una historia secreta de las controversias religiosas de la Inglaterra victoriana. El tarro de mermelada de naranja, por ejemplo, simboliza el Protestantismo (por Guillermo de Orange, evidentemente). La batalla del Caballero Rojo y el Caballero Blanco es el sonado enfrentamiento entre Thomas Huxley y el Obispo Samuel Wilberforce. La Oruga Azul es Benjamín Jowett; la Reina Blanca es el Cardenal John Henry Newmann, la Reina Roja es el Cardenal Henry Manning, el Gato de Cheshire es el Cardenal Nicholas Wiseman, y el Jerigóndor «sólo puede ser una espantosa representación de la idea británica del papado...».

En los últimos años se ha tendido naturalmente hacia las interpretaciones psicoanalíticas. Alexander Woolcott expresó una vez su alivio porque los freudianos hubiesen dejado sin explorar los sueños de Alicia; pero eso fue hace veinte años; hoy, por desgracia, nos hemos vuelto todos reductores de cabezas aficionados. No hace falta que nos digan qué significa caer por una madriguera de conejo, o acurrucarse en el interior de una casita diminuta con un pie dentro de la chimenea. Lo malo es que cualquier disparate literario posee tal abundancia de símbolos tentadores que uno puede partir del supuesto que más le plazca sobre su autor, y construir fácilmente un caso sugestivo. Consideremos, por ejemplo, la escena en que Alicia coge el extremo del lápiz del Rey Blanco, y empieza a garabatear por él. En cinco minutos podemos inventar seis interpretaciones distintas. Es bastante discutible que el subconsciente de Carroll tuviera presente alguna de ellas. Más pertinente es el hecho de que Carroll estuviera interesado en los fenómenos parapsicológicos y en la escritura automática, sin descartar la hipótesis de que quizá sea puramente accidental el que el lápiz de esta escena esté guiado de esa manera.

Debemos tener presente que muchos personajes y episodios de ALICIA son consecuencia directa de retruécanos y juegos de palabras, y que habrían sido completamente distintos si Carroll los hubiera escrito, digamos, en francés. No hace falta buscarle una explicación enrevesada a la Falsa Tortuga; su presencia melancólica está suficientemente explicada por la sopa de falsa tortuga. Las numerosas referencias al acto de comer que hay en ALICIA ¿son signo de la «agresión oral» de Carroll, o un reconocimiento de Carroll de que a los niños les obsesiona el comer y les gusta que sus libros hablen de ello? Parecido interrogante se puede aplicar a los elementos sádicos de ALICIA, bastante suaves, comparados con los de los dibujos animados de estos últimos treinta años. Sería absurdo suponer que todos los autores de dibujos animados son sadomasoquistas; más razonable parece considerar que todos ellos han hecho el mismo descubrimiento de lo que a los niños les gusta ver

en la pantalla. Carroll era un narrador hábil, y debemos reconocerle la capacidad de hacer un descubrimiento parecido. Lo importante aquí no es que Carroll no fuera neurótico (todos sabemos que lo era), sino que los libros de disparatada fantasía para niños no son esos fértiles manantiales de visiones psicoanalíticas que podría suponerse. Tienen demasiada abundancia de símbolos. Y los símbolos tienen demasiadas explicaciones.

Los lectores que quieran explorar las diversas interpretaciones psicoanalíticas contrapuestas que se han hecho en ALICIA encontrarán útiles las referencias bibliográficas que van al final de este libro. Phyllis Greenacre, psicoanalista neoyorquina, ha hecho el mejor y más detallado estudio de Carroll desde este punto de vista. Sus argumentos son de lo más ingeniosos; posiblemente ciertos, pero uno desearía que estuviese menos segura de sí misma. Hay una carta de Carroll en la que habla de la muerte de su padre como del «golpe más terrible que he sufrido en mi vida». En los libros de Alicia, los símbolos maternos más evidentes, la Reina de Corazones y la Reina Roja, son seres despiadados mientras que el Rey de Corazones y el Rey Blanco, los dos candidatos más plausibles al símbolo paterno, son sujetos amables. Pero supongamos que le damos a todo esto una inversión en espejo, y decidimos que Carroll tenía un complejo de Edipo no resuelto. Quizá identificaba a las niñas con su propia madre, y Alicia misma sea el verdadero símbolo materno. Ésta es la opinión de la doctora Greenacre. Subraya que la diferencia de edad entre Carroll y Alicia era más o menos la misma que la existente entre Carroll y su madre, y nos asegura que esta «inversión del apego edípico no resuelto es bastante corriente». Según la doctora Greenacre, el Jerigóndor y el Snark son recuerdos-pantalla de lo que los psicoanalistas aún insisten en llamar «escena original». Puede ser; pero uno lo duda.

Tal vez sea oscura la fuente interna de las excentricidades del Reverendo Charles Lutwidge Dodgson, pero los datos externos sobre su vida son bien conocidos. Durante casi medio siglo fue residente del *Christ Church College* de Oxford, su alma máter. Durante más de la mitad de ese tiempo, fue profesor de matemáticas. Sus clases eran aburridas y carentes de humor. No hizo contribuciones importantes a las matemáticas, aunque dos de sus paradojas lógicas, publicadas en la revista *Mind*, abordan problemas difíciles concernientes a lo que hoy se llama metalógica. Sus libros de lógica y matemáticas están escritos de una manera original, con muchos problemas divertidos; pero su nivel es elemental y rara vez son leídos hoy día.

Físicamente, Carroll era guapo y asimétrico: detalles que quizá contribuyeron a su interés por las imágenes en espejo. Tenía un hombro más alto que otro, la sonrisa ligeramente ladeada, y sus ojos no estaban exactamente a la misma altura. Era de estatura mediana, delgado, su postura era rígidamente erguida, y andaba con un paso espasmódico peculiar. Estaba aquejado de sordera de un oído, y de cierto tartamudeo

que hacía que le temblase el labio superior. Aunque ordenado diácono (por el Obispo Wilberforce), rara vez predicaba a causa del defecto de su habla, y no siguió recibiendo órdenes sagradas. No hay duda sobre la hondura y sinceridad de sus convicciones en el seno de la Iglesia de Inglaterra. Era ortodoxo en todos los sentidos, salvo en su incapacidad para creer en la condenación eterna.

En política era «tory», temido por las señoras y señores, e inclinado a mostrarse snob con sus inferiores. Se oponía vigorosamente al diálogo irreverente y sugestivo del teatro, y uno de sus numerosos proyectos inacabados fue «bowdlerizar» a Bowdler publicando una edición de Shakespeare adaptada para niñas. Pensaba hacerlo eliminando determinados pasajes que incluso Bowdler había encontrado inofensivos. Su timidez llegaba a tal extremo que era capaz de permanecer sentado horas enteras en una tertulia sin participar en la conversación: sin embargo, su timidez y tartamudeo «desaparecían como por ensalmo» cuando estaba a solas con un niño. Era un solterón exigente, estirado, melindroso, irritable y afable, de vida asexual, apacible y feliz. «Mi vida está tan extrañamente exenta de sufrimiento y preocupación», escribió una vez, «que no me cabe duda de que esta felicidad es uno de los talentos confiados a mí para que lo 'utilice', hasta el regreso del Señor, haciendo algo que aporte felicidad a otras vidas».

Hasta aquí, muy gris. Empezamos a percibir atisbos de una personalidad más interesante cuando observamos los pasatiempos favoritos de Charles Dodgson. De niño era aficionado a los títeres y la prestidigitación, y durante toda su vida disfrutó haciendo juegos de magia, especialmente para los niños. Le gustaba confeccionar un ratón con el pañuelo, y luego hacerlo saltar misteriosamente de su mano. Enseñaba a los niños a hacer con papel barcos y pistolas que estallaban al sacudirlas en el aire. Se dedicó a la fotografía cuando este arte estaba empezando, especializándose en retratos de niñas y de personajes famosos. Le entusiasmaba toda clase de juegos, sobre todo el ajedrez, el croquet, el chaquete y el billar. Inventó gran cantidad de acertijos verbales y matemáticos, juegos, métodos de cifrado, un sistema para memorizar números (en su diario habla del empleo de su método mnemotécnico para memorizar π hasta setenta y un decimales). Fue defensor entusiasta de la ópera y el teatro en una época en que los representantes de la Iglesia no veían ni lo uno ni lo otro con buenos ojos. La famosa actriz Ellen Terry fue una de sus amistades inveteradas.

Ellen Terry fue una excepción. El principal pasatiempo de Carroll —el que le reportó mayores alegrías— era agasajar a las niñas. «Me encantan las niñas (no los niños)», escribió una vez. A los niños les tenía horror, y en la última etapa de su vida los evitó lo que pudo. Adoptando el símbolo romano para los días afortunados, escribía en su diario: «Señalo este día con una piedra blanca», cada vez que lo consideraba especialmente memorable. En casi todos los casos, los días de piedra

blanca eran días en que agasajaba a una amigueta o conocía a alguna nueva niña. Consideraba el cuerpo desnudo de las niñas (al contrario que el de los niños) sumamente bello. De vez en cuando las fotografiaba o las dibujaba desnudas; con permiso de la madre, naturalmente. «Si tuviese que dibujar o fotografiar a la niña más preciosa del mundo», escribió, «y notase en ella una pudorosa resistencia (por ligera y fácil de vencer que fuese) a quedarse desnuda, consideraría un solemne deber para con Dios renunciar *por completo* a semejante petición». Para que estos retratos desnudos no crearan complicaciones a las niñas más tarde, dispuso que, a su muerte, fuesen destruidos o devueltos a las niñas o a sus padres. Al parecer, no ha sobrevivido ninguno.

En *Sylvie and Bruno Concluded* hay un pasaje que pone tremendamente de manifiesto, en cuanto a la fijación de Carroll a las niñas, toda la pasión de que era capaz. El narrador de la historia, un Charles Dodgson apenas disfrazado, recuerda que sólo una vez en su vida vio la perfección: «... Fue en una exposición de Londres, donde, al abrirme paso entre la multitud, me tropecé de repente, cara a cara, con una niña de una belleza completamente ultraterrena». Carroll no dejó nunca de buscar a esa niña. Se aficionó a conocer niñas en los vagones de ferrocarril y en las playas públicas. Un maletín negro que llevaba siempre consigo en esas excursiones a la playa contenía rompecabezas de alambre y otros regalos insólitos para estimular el interés de ellas. Llevaba incluso una provisión de imperdibles para sujetarles las faldas, cuando querían andar con los pies metidos en el agua. Los gambitos de apertura podían resultar divertidos. Una vez, cuando estaba haciendo un apunte junto al mar, una niña que se había caído al agua se acercó con las ropas chorreando. Carroll arrancó un canto de la hoja de papel secante, y le dijo: «¿Puedo ofrecerte esto para secarte?».

Por la vida de Carroll desfiló una larga procesión de niñas encantadoras (sabemos que lo eran por sus fotografías); pero ninguna ocupó totalmente el lugar de su primer amor, Alicia Liddell. «He tenido docenas de amiguitas desde tus tiempos», le escribió a ella después de casada, «pero han sido algo completamente distinto». Alicia era hija de Henry George Liddell (apellido que rima con «*fiddle*» [«violín»]), decano del *Christ Church*. Hay un pasaje en *Pretérita*, autobiografía fragmentaria de John Ruskin, que nos da cierta idea de lo atractiva que debió de ser Alicia. Florence Becker Lennon reproduce el pasaje en su biografía de Carroll, que es de donde lo cito yo ahora.

Ruskin enseñaba en Oxford en aquel entonces, y había dado a Alicia lecciones de dibujo. Una noche nevada de invierno en que el Decano y la señora Liddell iban a cenar fuera, Alicia invitó a Ruskin a una taza de té. «Creo que Alicia me envió una nota», escribe, «cuando no había moros en la costa». Ruskin se había acomodado en una butaca junto a un fuego crepitante, cuando se abrió bruscamente la puerta, «y se

produjo una sensación como si el viento hubiese apagado algunas estrellas». El Decano y la señora Liddell habían regresado al encontrar las calles bloqueadas por la nieve.

—¡Cuánto debe de sentir que hayamos vuelto, señor Ruskin! —dijo la señora Liddell.

—Jamás lo he sentido tanto —replicó Ruskin.

El decano sugirió que siguieran con su té. «Y así lo hicimos», continúa Ruskin; «pero no conseguimos que papá y mamá se marchasen del salón después de su cena, y volvimos a Corpus desconsolados».

Y ahora viene la parte más importante de la historia: Ruskin *cre*e que las hermanas de Alicia, Edith y Rhoda, también se encontraban presentes, aunque no está seguro: «Ahora es todo como un sueño», escribe. Sí; Alicia debió de ser una niña bastante atractiva.

Se ha discutido mucho sobre si Carroll estaba enamorado de Alicia Liddell o no. Si se entiende en el sentido de que quería casarse con ella o hacerle el amor, no hay la más ligera prueba de ello. Sin embargo, su actitud respecto a ella era la de un enamorado. Sabemos que la señora Liddell notó algo fuera de lo normal, tomó medidas para desalentar el interés de Carroll, y más tarde quemó todas sus primeras cartas a Alicia. Hay una misteriosa referencia en el diario de Carroll, correspondiente al 28 de octubre de 1862, según la cual había perdido por completo el favor de la señora Liddell, «desde el asunto de lord Newry». Cuál es el asunto de lord Newry al que se refiere, sigue siendo hoy un sugestivo misterio.

No existen indicios de que Carroll tuviera conciencia de otra cosa que de la más pura inocencia en sus relaciones con las niñas, ni existe la más leve falta de decoro en ninguno de los cariñosos recuerdos que docenas de ellas han escrito después sobre él. Había en la Inglaterra victoriana una tendencia, reflejada en la literatura de la época, a idealizar la belleza y la pureza virginal de las niñas. Sin duda esto hizo más fácil a Carroll suponer que su debilidad por ellas se situaba en un elevado plano espiritual; aunque por supuesto, esto no basta para explicar tal debilidad. Hace poco, Carroll ha sido comparado con Humbert Humbert, el narrador de la novela de Vladimir Nabokov, *Lolita*. Es cierto que los dos tenían pasión por las niñas, pero sus objetivos eran diametralmente opuestos. Las pequeñas «ninfas» de Humbert Humbert eran criaturas para ser utilizadas carnalmente. Las niñas de Carroll le atraían precisamente porque con ellas se sentía sexualmente a salvo. Lo que diferencia a Carroll de otros escritores que vivieron una vida asexual (Thoreau, Henry James...) y de los que se sintieron fuertemente atraídos por las niñas (Poe, Ernest Dowson...) es la singular combinación que se da en él, casi única en la historia de la literatura, de una completa inocencia sexual y una pasión que sólo puede describirse como totalmente heterosexual.

A Carroll le encantaba besar a sus amiguitas y terminar sus cartas enviándoles 10.000.000 de besos, o 43/3 o dos millonésimas de beso. Se habría horrorizado ante la insinuación de que quizá todo esto comportaba un elemento sexual. Hay en su diario una anécdota divertida según la cual besó a una niña, para descubrir más tarde que tenía diecisiete años. Carroll escribió rápidamente a su madre excusándose en tono humorístico, y asegurándole que no volvería a suceder; pero a la madre no le hizo gracia.

En cierta ocasión, una preciosa actriz de quince años llamada Irene Barnes (más tarde hizo los papeles de la Reina Blanca y de la Jota de Corazones, en la versión musical de ALICIA) pasó una semana con Charles Dodgson, en una estación balnearia. «Según le recuerdo ahora», rememora Irene en su autobiografía *To Tell My Story* (el pasaje lo cita Roger Green en el vol. II, pág. 454 del *Diary* de Carroll), «era muy delgado, tenía algo menos de seis pies, un rostro lozano y juvenil, el cabello blanco, y daba la impresión de una extrema pulcritud... sentía un profundo amor por los niños, aunque me inclino a pensar que no les comprendía de la misma manera... Su mayor placer era enseñarme su Juego de Lógica (consistía en un método de resolver silogismos colocando fichas negras y rojas sobre un diagrama inventado por el propio Carroll). ¿Puedo decir que esto me hacía bastante tediosa la noche, cuando la banda de música desfilaba tocando, y la luna brillaba en el mar?»

Sería fácil decir que Carroll encontró una válvula de escape para su represión en las violentas, caprichosas y desenfrenadas visiones de sus libros de ALICIA. Desde luego, los niños Victorianos disfrutaron con semejante escape; pero Carroll se sentía cada vez más inquieto pensando que todavía no había escrito un libro para jóvenes que transmitiera algún mensaje evangélico Su obra en esta dirección fue *Sylvie and Bruno*, novela larga y fantástica dividida en dos partes que se publicaron por separado. Contiene algunas escenas cómicas francamente espléndidas; la canción del Jardinero, que atraviesa todo el relato como una fuga demente, es una de las mejores cosas de Carroll. He aquí la estrofa final, cantada por el Jardinero con las mejillas bañadas en lágrimas:

Creyó descubrir un Argumento
que demostraba que era el Papa;
volvió a mirar, y vio que era
una Pastilla de jaspeado Jabón
«¡Realidad tan horrorosa», se dijo débilmente,
«destruye toda esperanza!»

Pero no son las magníficas canciones disparatadas, los aspectos que Carroll más admiraba de esta narración. Él prefería una canción que cantan los niños duendes,

Sylvie y Bruno, y cuyo estribillo dice:

Pues creo que es Amor
Pues siento que es Amor
¡Pues estoy seguro de que sólo es Amor!

Carroll la consideraba el poema más bonito que había escrito. Incluso quienes pueden coincidir con el sentimiento que subyace en él, y en otras partes de la novela (empalagosamente endulzadas de devoción), encuentran difícil hoy leer esos pasajes sin sentir embarazo por el autor. Parecen haber sido escritos en el fondo de un pozo de melaza. Uno concluye con tristeza que *Sylvie and Bruno* es un fracaso a la vez artístico y retórico. Seguramente son pocos los niños Victorianos (a quienes iba destinado este relato) que se conmovieron, se divirtieron o se elevaron con él.

Irónicamente, el disparate pagano anterior de Carroll contiene, al menos para algunos lectores modernos, un mensaje religioso más eficaz que el de *Sylvie and Bruno*. Porque el disparate, como a Chesterton le gustaba decirnos, es una forma de ver la existencia, análoga a la humildad y al portento religiosos. El Unicornio considera a Alicia un monstruo fabuloso. Parte del embotamiento filosófico de nuestro tiempo consiste en que hay millones de monstruos racionales que andan erguidos sobre sus extremidades posteriores, observan el mundo a través de un par de lentes flexibles, se suministran energía metiéndose sustancias orgánicas por un orificio situado en sus caras, y, sin embargo, no ven nada fabuloso en ellos mismos. De vez en cuando, a estas criaturas se les estremece la nariz a causa de un acceso momentáneo. Kierkegaard imaginó una vez a un filósofo estornudando mientras anotaba una de sus profundas sentencias. ¿Cómo puede un hombre así, se preguntaba Kierkegaard, tomarse en serio su metafísica?

El último grado de la metáfora contenido en los libros de ALICIA es éste: que la vida, observada racionalmente y sin ilusión, parece un disparate contado por un matemático idiota. En el fondo de las cosas, la ciencia descubre sólo una loca, interminable contradanza de Ondas de Falsa Tortuga y partículas de Grifo. Por un momento, las ondas y las partículas formando figuras grotescas, inconcebiblemente complicadas, capaces de afectar a su propio absurdo. Todos vivimos una vida bufonesca bajo una inexplicable condena a muerte, y cuando tratamos de averiguar qué quieren las autoridades del Castillo que hagamos, se nos envía de un burócrata chapucero a otro. Ni siquiera estamos seguros de que el conde West-West, dueño del Castillo, exista realmente. Más de un crítico ha comentado las semejanzas entre el *Proceso* de Kafka y el proceso de la Jota de Corazones, entre el *Castillo* de Kafka y la partida de ajedrez en que las piezas vivientes ignoran el plan del juego y no saben si se mueven por su propia voluntad o son empujadas por dedos invisibles.

Esta visión de la monstruosa insensatez del cosmos («¡Que le corten la cabeza!») puede ser tenebrosa y turbadora, como en Kafka y en el Libro de Job, o una despreocupada comedia, como en Alicia o en *El hombre que fue Jueves*, de Chesterton. Cuando Domingo, símbolo de Dios en la pesadilla metafísica de Chesterton, lanza pequeños mensajes a sus perseguidores, dichos mensajes resultan ser disparates. Uno de ellos lleva incluso la firma de Snowdrop («Campanilla»), nombre de la gatita blanca de Alicia. Se trata de una visión que puede conducir a la desesperación y al suicidio, a la risa que pone fin al relato de Jean Paul Sartre, «El Muro», a la resolución del humanista de continuar valerosamente frente a las tinieblas finales. Y por extraño que parezca, tal vez sugiera también la hipótesis descabellada de que detrás de las tinieblas puede haber una luz.

La risa, declara Reinhold Niebuhr en uno de sus más hermosos sermones, es una especie de tierra de nadie entre la fe y la desesperación. Preservamos nuestra cordura riéndonos de los absurdos superficiales de la vida; pero la risa se convierte en amargura y escarnio si se orienta hacia esos absurdos más profundos que son el mal y la muerte. «Esa es la razón» concluye, «por la que hay risas en el atrio del templo, ecos de risas en el templo mismo, pero sólo recogimiento y oración, y ninguna risa, en el santo de los santos».

Lord Dunsany dice lo mismo en *Los dioses de Pegana* (el que habla es Limpang-Tung, dios de la alegría y de los juglares melodiosos):

«Introduciré bromas y un poco de alegría en el mundo. Y mientras la Muerte te parezca tan lejana como el borde purpúreo de los montes, y el dolor tan remoto como la lluvia en los días azules del verano, reza a Limpang-Tung. Pero cuando seas viejo, o vayas a morir, no reces a Limpang-Tung, porque ya formarás parte de un plan que no comprendes.»

«Sal a la noche estrellada, y Limpang-Tung danzará contigo... u ofrece una broma a Limpang-Tung; pero no reces a Limpang-Tung en tu dolor, pues ha dicho del dolor; 'puede que sea muy inteligible para los dioses, pero él no lo comprende'».

LAS AVENTURAS DE ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS y A TRAVÉS DEL ESPEJO son dos incomparables bromas que el reverendo C. L. Dodgson, durante el descanso mental de sus tareas en el *Christ Church*, ofreció a Limpang-Tung.

**AVENTURAS DE ALICIA
EN EL
PAÍS DE LAS MARAVILLAS**





En plena tarde dorada ^[1]
navegamos lentamente;
pues unos brazos inhábiles,
manejan nuestros remos,
y unas manitas pugnan en vano
por guiar los vagabundeos.

¡Ah, crueles Tres! Pedir,
en esas horas de sueño,
un cuento a un aliento demasiado débil
para agitar la más leve pluma.
Pero ¿qué puede una pobre voz
contra tres lenguas juntas?

Prima, imperiosa, lanza
su edicto: «A empezar»;
en tono más dulce, *Secunda*, espera
que «no contenga tonterías»,
mientras *Tertia* interrumpe
sólo una vez por minuto.

Luego, llegado el silencio,
siguen imaginariamente
a la niña soñada por un país
de nuevas, delirantes maravillas
donde ella charla con aves y bestias...
y medio se creen que es realidad.

Y cada vez que se secaban
 las fuentes de la fantasía,
y la voz cansada quería débilmente
 diferir el relato:
«El resto para la próxima vez». «¡Ya es la próxima vez!»,
 exclamaban las voces felices.

Así surgió el País de las Maravillas;
 así, uno a uno,
se fueron forjando sus hechos extraños;
 y ahora el cuento se acabó.
Y, alegres tripulantes, ponemos rumbo a casa
 bajo el sol de la tarde.

¡Alicia! Toma este cuento pueril,
 y con mano bondadosa,
ponlo donde los sueños de la
 Niñez se trenzan
con la cinta mística de la Memoria
como marchita corona de peregrino, de flores ^[2]
 cortadas en un lejano país.

Por la Madriguera del Conejo

Alicia^[1] empezaba a estar muy cansada de permanecer junto a su hermana en la orilla, y de no hacer nada; una vez o dos había echado una mirada al libro que su hermana estaba leyendo, pero no traía estampas ni diálogos; y «¿de qué sirve un libro», pensó Alicia, «si no trae estampas ni diálogos?».

Así que estaba deliberando en su interior (lo mejor que podía, ya que el día caluroso la hacía sentirse muy soñolienta y atontada) si el placer de trenzar una cadena de margaritas merecía la molestia de levantarse a coger las margaritas, cuando de pronto llegó junto a ella un conejo blanco de ojos rosados.

No había nada de particular en aquello; ni consideró Alicia que fuese *muy* excepcional oír al Conejo decirse a sí mismo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar demasiado tarde!» (al pensar en ello más tarde, se le ocurrió que debía haberle extrañado una cosa así; sin embargo, en aquel momento le pareció la mar de natural); pero cuando el Conejo *se sacó un reloj del bolsillo del chaleco*, lo consultó, y luego reanudó apresuradamente la marcha, Alicia se incorporó de un brinco, ya que se le ocurrió de pronto que jamás había visto un conejo con un bolsillo de chaleco, o con un reloj que sacar de él; y, muerta de curiosidad, echó a correr tras él por el prado, justo a tiempo de ver cómo se metía por una gran madriguera bajo el seto.



Un instante después se coló Alicia también, sin pararse a pensar cómo saldría.

La madriguera siguió recta como un túnel durante un trecho, y luego torció hacia abajo tan bruscamente que Alicia no tuvo ni un momento para pensar en detenerse antes de caer, por lo que parecía un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo, o ella caía muy despacio; porque tuvo tiempo de sobra, mientras descendía, para mirar en torno suyo, y preguntarse qué ocurriría a

continuación. Primero, trató de mirar hacia abajo para averiguar hacia dónde iba, pero estaba demasiado oscuro para ver nada; luego miró las paredes del pozo, y observó que estaban llenas de alacenas y anaqueles: vio mapas aquí y allá, y cuadros colgados con escarpas. Cogió un tarro de uno de los anaqueles al pasar; en la etiqueta ponía: «MERMELADA DE NARANJA», pero para su desencanto estaba vacío; no quiso soltar el tarro por temor a matar a alguien de abajo, así que se las arregló para meterlo en una de las alacenas al pasar ante ella en su caída.^[2]

¡«Vaya», pensó Alicia para sí, «después de una caída como ésta, rodar por una escalera no me va a parecer nada! ¡Qué valiente van a pensar que soy, en casa! ¡Bueno, incluso si me cayese del tejado, no dirían nada!» (cosa que era lo más probable).^[3]

Siguió cayendo, cayendo, cayendo. ¿Es que la caída *nunca* iba a tener fin? «Me pregunto cuántas millas llevaré ya», dijo en voz alta. «Debo de estar cerca del centro de la tierra. Veamos: el centro estará a unas cuatro mil millas, creo...» (como veis, Alicia había aprendido varias cosas de este tipo en el colegio, y aunque no era ésta *muy* buena ocasión para presumir de lo que sabía, ya que no había nadie que la escuchase, sin embargo, era buena práctica repetirlo) «... sí, creo que es ésa la distancia... pero entonces, ¿en qué Latitud y Longitud me encuentro?» (Alicia no tenía la menor idea de lo que eran Latitud y Longitud, pero le pareció que eran palabras importantes).

Luego empezó otra vez: «¡No sé si *atravesaré* la tierra *de parte a parte*!^[4] en la caída! ¡Qué divertido sería aparecer entre la gente que anda cabeza abajo! Los antipatías, creo...» (casi se alegró de que no *hubiese* nadie escuchando esta vez, ya que no le sonó correcta la palabra, ni mucho menos) «... pero tendré que preguntarles cómo se llama el país, naturalmente: Por favor, señora, ¿es esto Nueva Zelanda o Australia?» (y al decirlo trató de hacer una reverencia... ¡figuraos, haciendo *reverencias* mientras caía por los aires! ¿Podrías hacerlas vosotros?) «¡Qué niña más ignorante pensaría la señora que soy, por preguntarlo! No, no conviene preguntar; quizá lo vea escrito en alguna parte».

Siguió cayendo, cayendo, cayendo. No tenía otra cosa que hacer, así que en seguida se puso a hablar otra vez: «¡Creo que Dinah me va a echar mucho de menos esta noche!» (Dinah era la gata).^[5] «Espero que se acuerden de darle su plato de leche a la hora de la cena. ¡Mi querida Dinah! ¡Cómo me gustaría que estuvieses aquí abajo conmigo! Me temo que no hay ratones en el aire; pero podrías cazar algún murciélago, que es muy parecido a un ratón. Aunque no sé si comerán murciélagos los gatos». Aquí empezó Alicia a sentirse soñolienta, y siguió diciéndose, medio en sueños: «¿Comerán murciélagos los gatos? ¿Comerán murciélagos los gatos?», y de cuando en cuando, «¿Comerán gatos los murciélagos?», pues comprenderéis que, como no sabía contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho que las

hiciera de una forma o de otra. Notó que se estaba quedando dormida; y había empezado a soñar que andaba de la mano con Dinah, a la que le preguntaba muy seria: «A ver, Dinah, dime la verdad: ¿te has comido alguna vez un murciélago?», cuando de repente, ¡bum! ¡bum!, cayó encima de un montón de ramas y hojas secas, y concluyó la caída.

Alicia no se había hecho ni pizca de daño, y al instante se puso en pie de un salto, miró hacia arriba, pero estaba totalmente oscuro, ante sí vio otro largo pasadizo, y aún tenía a la vista al Conejo Blanco que se alejaba presuroso por él. No había un instante que perder: allá fue Alicia, veloz como el viento, y llegó justo a tiempo de oírle decir: «¡Ah, por mis orejas y mis bigotes, qué tarde se me está haciendo!». Estaba muy cerca de él, pero al torcer en un recodo no vio ya al Conejo, se encontró en una sala larga y baja, iluminada por una fila de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas alrededor de toda la sala, pero estaban todas cerradas; y cuando Alicia hubo recorrido todo un lado y todo el otro, probando a abrir cada una de ellas, se dirigió decepcionada al centro, pensando cómo conseguiría salir.

De repente, descubrió una mesita de tres patas, toda hecha de cristal macizo: no tenía encima más que una minúscula llavecita de oro, y lo primero que se le ocurrió a Alicia fue que quizá perteneciese a una de las puertas de la sala; pero ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes, o la llavecita demasiado pequeña; el caso es que no abría ninguna. Sin embargo, al recorrerlas por segunda vez, descubrió una cortina baja en la que no había reparado antes, y detrás encontró una puertecita de quince pulgadas de alto: probó la llavecita de oro en su cerradura, y para su alegría ¡entró!



Alicia abrió la puerta y vio que comunicaba con un pasadizo diminuto, no mucho más amplio que una ratonera: se arrodilló, miró por este pasadizo y descubrió el jardín más hermoso que hayáis visto jamás. ¡Cómo deseó salir de la oscura sala y deambular por entre aquellos arriates de flores brillantes y aquellas frescas fuentes! [6]; pero no podía ni meter la cabeza por el vano de la puerta; «y aunque me cupiera la cabeza», pensó la pobre Alicia, «de poco me valdría sin los hombros. ¡Ah, cómo me gustaría plegarme como un catalejo! Creo que podría, si supiese empezar». Pues, como veis, le habían sucedido tantas cosas extraordinarias últimamente, que empezaba a pensar que había poquísimas que fueran realmente imposibles.

Parecía inútil seguir esperando junto a la puertecita, así que regresó a la mesa, casi con la esperanza de encontrar otra llave encima, o en todo caso un libro de instrucciones sobre cómo plegarse como un catalejo: esta vez encontró un frasquito («que desde luego no estaba aquí antes», se dijo Alicia); y atada al cuello del frasquito había una etiqueta con la palabra «BÉBEME» primorosamente escrita con letras grandes.



Eso de «bébeme» estaba muy bien; pero la prudente Alicita no se iba a beber *aquello* sin más ni más. «No; primero», se dijo, «miraré a ver si pone "veneno" por alguna parte o no»; porque había leído varios cuentos muy bonitos sobre niños que se habían abrasado o habían sido devorados por fieras salvajes y demás cosas desagradables, sólo por no *haber* tenido en cuenta los sencillos consejos que sus amigos les habían enseñado; tales como que un atizador al rojo te quemará si lo tienes cogido demasiado tiempo, o que si te haces un corte *muy* profundo con un cuchillo, lo normal es que sangres; y ella nunca olvidaba que si bebes demasiado de una botella donde pone «veneno», lo más seguro es que te pase algo, tarde o temprano.

Sin embargo, en este frasco *no* ponía «veneno», así que Alicia decidió probarlo; y, al encontrarlo delicioso (de hecho, su sabor era una mezcla de tarta de cerezas, flan, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla), se lo terminó todo en un santiamén.



—¡Qué sensación más rara! —dijo Alicia—, ¡me debo de estar encogiendo como un catalejo!

Y en efecto: ahora sólo medía diez pulgadas; y se le iluminó la cara ante la idea de que ahora tenía la estatura adecuada para cruzar aquella puertecita que daba al hermoso jardín. Primero, no obstante, esperó unos minutos para ver si se seguía encogiendo: se sentía un poco preocupada por este motivo: «porque», se dijo Alicia, «podría terminar desapareciendo del todo, como una vela. ¿Cómo sería entonces?». Y trató de imaginar cómo es la llama de una vela cuando se la apaga de un soplo, ya que no recordaba haber visto nunca una cosa así.

Al cabo de un rato, viendo que no ocurría nada más, decidió entrar en seguida en el jardín; pero, ¡ay, pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta, descubrió que había olvidado la llavecita de oro, y al volver a la mesa para recogerla, se encontró con que no alcanzaba: podía verla con toda claridad a través del cristal, y trató de trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza; y cuando se hartó de intentarlo, la pobre se sentó y se echó a llorar.

—¡Vamos, no sirve de nada llorar de esta manera! —se dijo Alicia a sí misma con cierta severidad—. ¡Te recomiendo que dejes de hacerlo ahora mismo! —por lo general, solía darse a sí misma muy buenos consejos (aunque muy raramente los seguía); y a veces se regañaba con tanto rigor que le asomaban las lágrimas a los ojos; aún se acordaba de haber intentado una vez darse una bofetada por hacerse trampas jugando al croquet consigo misma, ya que esta niña singular era muy aficionada a hacer como que era dos personas distintas. «¡Pero esta vez», pensó Alicia, «es inútil hacer de dos personas! ¡Apenas queda de mí lo bastante como para hacer de *una* sola!».

Su mirada no tardó en descubrir una cajita de cristal debajo de la mesa: la abrió, y encontró una tarta minúscula sobre la que estaba preciosamente escrita con grosellas la palabra «CÓMEME». «Bueno, me la comeré», dijo Alicia: «si me hace aumentar de tamaño, podré coger la llave; y si me hace disminuir, podré deslizarme por debajo de la puerta: ¡De modo que, suceda lo que suceda, podré entrar en el jardín!».

Comió un poquitín de la tarta, y se dijo ansiosamente: «¿Qué pasará?, ¿Qué pasará?», sosteniendo la mano a la altura de la cabeza para comprobar si menguaba o crecía; y se quedó sorprendida al ver que seguía teniendo el mismo tamaño. Naturalmente, esto es lo que suele ocurrir cuando comemos tarta; pero Alicia estaba tan acostumbrada a esperar que no le pasaran más que cosas raras, que le pareció de lo más soso y estúpido que la vida siguiera siendo normal.

Así que se puso manos a la obra, y en un periquete se acabó la tarta.

El Charco de las Lágrimas

—¡Curiosismo y curiosismo! —exclamó Alicia (estaba tan sorprendida, que de momento se le olvidó por completo hablar bien)—. ¡Ahora me estoy estirando como el catalejo más grande del mundo! ¡Adiós, pies! —pues al mirarse los pies, le pareció que casi se perdían de vista, de tanto como se iban alejando—. ¡Ay, mis pobres piececitos, quién os pondrá ahora los zapatos y los calcetines! ¡Desde luego, yo no voy a poder! Estaré lejísimos para ocuparme de vosotros; os las tendréis que arreglar lo mejor que podáis... «pero debo ser amable con ellos», pensó Alicia, «¡o puede que se nieguen a andar hacia donde yo quiero ir! Vamos a ver. Les regalaré unas botas nuevas todas las Navidades».

Y siguió haciendo planes consigo misma sobre cómo lo haría. «Se las enviaré por el recadero», pensó; «¡qué divertido va a ser, enviar regalos una a sus propios pies! ¡Y qué raras serán las señas!»

Sr. D. Pie Derecho de Alicia
Alfombra de la Chimenea
Junto a la Pantalla.^[1]
(Con cariño, de Alicia.)



—¡Dios mío, qué tonterías estoy diciendo!

En ese preciso momento su cabeza chocó con el techo de la sala: de hecho, había sobrepasado ahora los nueve pies de estatura; cogió en seguida la llavecita dorada y echó a correr hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Todo lo que pudo hacer, tumbada de costado, fue mirar el jardín desde la puerta, con un ojo; pero cruzarla fue más imposible que nunca: así que se sentó y se echó a llorar otra vez.

—¡Debería darte vergüenza —dijo Alicia—, una niña tan mayor —desde luego, bien podía decirse esto—, y llorando de esa manera! ¡Basta ya! ¡Te lo ordeno! —pero siguió derramando litros y litros de lágrimas, hasta que se formó un gran

charco a su alrededor, de unas cuatro pulgadas de hondo, que cubría la mitad de la sala.

Un rato después oyó un leve golpeteo de pies a lo lejos, y se apresuró a secarse los ojos para ver quién venía. Era el Conejo Blanco que volvía, espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano, y un gran abanico en la otra: venía trotando de prisa, murmurando para sí mientras avanzaba: «¡Oh! ¡La duquesa, la duquesa! ¡Oh! ¡Qué furiosa se pondrá si la he hecho esperar!» Alicia se sentía tan desesperada que estaba dispuesta a pedirle ayuda a quien fuese; así que cuando el Conejo estuvo cerca, empezó en voz baja y tímida: «Por favor, señor...» El Conejo se sobresaltó terriblemente, se le cayeron los guantes blancos de cabritilla y el abanico, y se escabulló en la oscuridad lo más de prisa que pudo.^[2]



Alicia recogió el abanico y los guantes, y como hacía mucho calor en el vestíbulo, se puso a abanicarse mientras hablaba: «¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué raro es todo lo que me está pasando hoy! Ayer, en cambio, las cosas eran la mar de normales. ¿Habré cambiado yo por la noche? Vamos a ver: ¿era la misma al levantarme esta mañana? Casi me parece recordar que me sentía un poco distinta. Pero si no soy la misma, la

siguiente pregunta es: ¿Quién caracoles soy? ¡Ah, ése es el gran enigma!». Y empezó a pensar en todas las niñas que conocía de su misma edad, para ver si se había transformado en alguna de ellas.

—Desde luego, no soy Ada —dijo—, porque ella lleva largos tirabuzones, y yo no tengo ningún tirabuzón; ¡y desde luego, no puedo ser Mabel, porque yo sé toda clase de cosas y ella, en cambio, sabe poquísimo! Además, *ella* es ella, y *yo* soy yo, y... ¡ay, Dios, qué lioso es todo esto! Probaré a ver si sé todas las cosas que solía saber. Vamos a ver: cuatro por cinco son doce; cuatro por seis, trece; cuatro por siete... ¡Dios mío, de esta manera no llegaré nunca a veinte!^[3] De todos modos, la Tabla de Multiplicar no tiene importancia; probemos con la Geografía. Londres es la capital de París, París la capital de Roma, Roma... no, ¡está todo mal, seguro! Debo de haberme convertido en Mabel! Probaré a recitar *Cómo la pequeña*... —y cruzó las manos sobre su regazo, como si estuviese diciendo la lección, y empezó a recitar; pero su voz sonaba ronca y extraña, y no le salían las palabras tal como debían^[4]:

«¡Cómo el pequeño cocodrilo
reple su brillante cola,
se vierte las aguas del Nilo
y así sus escamas dora!

¡Cuán alegre se sonríe,
qué bien extiende sus garras,
y al pececillo recibe,
entre sus fauces saladas!»

—Estoy segura de que no son ésas las palabras correctas —dijo la pobre Alicia, y se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez, mientras proseguía—: Debo de ser Mabel, y me va a tocar vivir en esa casucha, sin casi juguetes para jugar, y, ¡ay!, ¡con un montón de lecciones que aprender! No, sobre eso estoy decidida: ¡si soy Mabel, me quedaré aquí abajo! ¡De nada les va a valer que asomen la cabeza y digan: «Sube ya, cariño»! Me limitaré a mirarles, y les diré: «A ver, ¿quién soy? Decídmelo primero; entonces, si me gusta lo que decís, subiré; pero si no, me quedaré aquí hasta que sea otra...» pero, ¡Dios mío! —exclamó Alicia, con una súbita explosión de lágrimas—. ¡Ojalá asomen la cabeza! Estoy *cansadísima* de estar aquí sola!

Al decir esto, se miró las manos, y se quedó sorprendida al ver que se había puesto uno de los pequeños guantes de cabritilla del Conejo mientras hablaba. «¿Cómo he *podido* hacerlo?», pensó. «He debido de estar haciéndome pequeña otra vez». Se levantó y fue a la mesa a medirse con ella, y descubrió que, por lo que podía calcular, tenía ahora como unos dos pies de altura, y que seguía disminuyendo a toda prisa: no tardó en comprobar que la causa de esto era el abanico que tenía en la mano, así que lo soltó apresuradamente, a tiempo de evitar su completa desaparición.

—¡Me *he* librado por los pelos! —dijo Alicia, bastante asustada ante el súbito

cambio, pero muy contenta de verse todavía con vida^[5]—. Y ahora, ¡al jardín! —y echó a correr a toda prisa hacia la puertecita; pero, ¡ay!, la puertecita estaba cerrada otra vez, y la llavecita de oro estaba sobre la mesa de cristal como antes, «y la situación ahora ha empeorado», pensó la pobre niña, «ya que antes no era tan pequeña, ¡ni mucho menos! ¡Lo cual es una rabia, desde luego!».

Mientras decía estas palabras le resbaló el pie, y un instante después, ¡plash!, estaba en agua salada hasta la barbilla. Lo primero que pensó fue que, de alguna forma, se había caído al mar; «en cuyo caso puedo regresar en tren», se dijo (Alicia había ido a la playa una vez en su vida, y había llegado a la conclusión general de que, a cualquiera de las costas inglesas que una fuese, encontraría en el agua un montón de máquinas de bañarse^[6], niños cavando en la arena con palas de madera, luego una fila de hoteles, y detrás una estación de ferrocarril). Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que estaba en el charco de lágrimas que ella misma había derramado cuando medía nueve pies.



—¡Ojalá no hubiera llorado tanto! —dijo Alicia al tiempo que nadaba, tratando de salir—. ¡Ahora, en castigo me ahogaré en mis propias lágrimas! ¡Será una cosa muy rara, desde luego! Pero hoy todo resulta raro.

En ese preciso momento oyó un chapoteo en el charco, a cierta distancia y se dirigió hacia allí nadando para ver qué era: al principio pensó que sería una morsa o un hipopótamo; pero a continuación recordó lo pequeña que era ahora, y no tardó en descubrir que sólo se trataba de un ratón que se había resbalado como ella.

«Vamos a ver, ¿servirá de algo» —pensó Alicia— «dirigirle la palabra a este ratón? Es todo tan extraordinario aquí abajo, que no me extrañaría que hablase; en

todo caso, nada se pierde con intentarlo». Así que empezó: «¡Oh, Ratón!, ¿sabes la forma de salir de este charco? Estoy muy cansada de nadar, ¡oh Ratón!» (Alicia pensó que ésta debía de ser la manera más correcta de dirigirse a un ratón; nunca lo había hecho, pero recordaba haber leído en la Gramática Latina de su hermano: «un ratón —de un ratón— para un ratón —a un ratón— ¡oh ratón!»). El Ratón la miró inquisitivamente, y pareció guiñarle uno de sus ojillos; pero no dijo nada.



«Tal vez no entiende el inglés», pensó Alicia. «A lo mejor es un ratón francés que ha llegado con Guillermo el Conquistador» (pues, pese a sus conocimientos de historia, Alicia no tenía una idea muy clara de cuándo había sucedido nada). De modo que empezó otra vez: «¿Ou est ma chatte?», que era la primera frase de su libro de francés. El Ratón saltó de repente del agua y se puso a temblar todo él, de miedo. «¡Oh, te ruego que me perdones!», se apresuró a decir Alicia, temiendo haber herido los sentimientos del pobre bicho. «¡Se me había olvidado por completo que no te gustan los gatos!»

—¡Gustarme los gatos! —exclamó el Ratón con voz chillona y furiosa—. ¿Te gustarían los gatos a *ti* si estuvieses en mi lugar?

—Bueno, tal vez no —dijo Alicia en tono conciliador—: No te enfades por eso. De todos modos, me gustaría poder presentarte a nuestra gata Dinah. Creo que acabarían gustándote los gatos, si la vieses. Es un ser delicioso y pacífico —prosiguió Alicia, medio para sí, mientras nadaba perezosamente por el charco—; y ronronea que es una maravilla, sentada junto al fuego, lamiéndose las zarpas y lavándose la cara; y es tan suave que da gusto acariciarla; y es estupenda cazando ratones... ¡Oh, perdóname, por favor! —exclamó Alicia otra vez, porque ahora el Ratón se había puesto todo erizado, y tuvo la certeza de que le había ofendido de veras—. No hablaremos más de ella, si no te gusta.

—¡Por supuesto que no! —gritó el Ratón, que temblaba hasta la punta de la cola

—. ¡Como si quisiera yo hablar de semejante tema! ¡Nuestra familia ha *odiado* siempre a los gatos: son unos seres horribles, groseros y vulgares! ¡Que no vuelva a oír ese nombre otra vez!

—¡No lo volveré a pronunciar, de verdad! —dijo Alicia, apresurándose a cambiar de conversación—. ¿Te... te gustan... los... perros? —El Ratón no contestó, de modo que Alicia prosiguió, ansiosa—: Hay una preciosidad de perrito cerca de nuestra casa; ¡me encantaría enseñártelo! ¡Es un pequeño terrier de ojos relucientes, y con un pelo largo y rizado, de color marrón! Trae las cosas cuando se las lanzas, se incorpora para pedir su comida, y hace toda clase de monerías —se me han olvidado la mitad—; pertenece a un granjero que dice que es muy útil y que vale ¡cien libras! Dice que mata todas las ratas y que... ¡Oh, Dios mío! —exclamó Alicia con voz apenada—. ¡Me temo que le he ofendido otra vez! —porque el Ratón se alejaba de su lado nadando a toda prisa, y armando un verdadero alboroto en el charco al avanzar.

Así que le llamó suavemente: «¡Querido Ratón! ¡Vuelve; no hablaremos más de gatos ni de perros, si no te gustan!» Cuando el Ratón oyó esto, dio media vuelta y nadó despacio hacia ella: tenía la cara completamente pálida (de enfado, pensó Alicia), y dijo con voz baja y temblorosa: «Vamos a la orilla; te contaré mi historia, y comprenderás por qué odio a los gatos y a los perros».

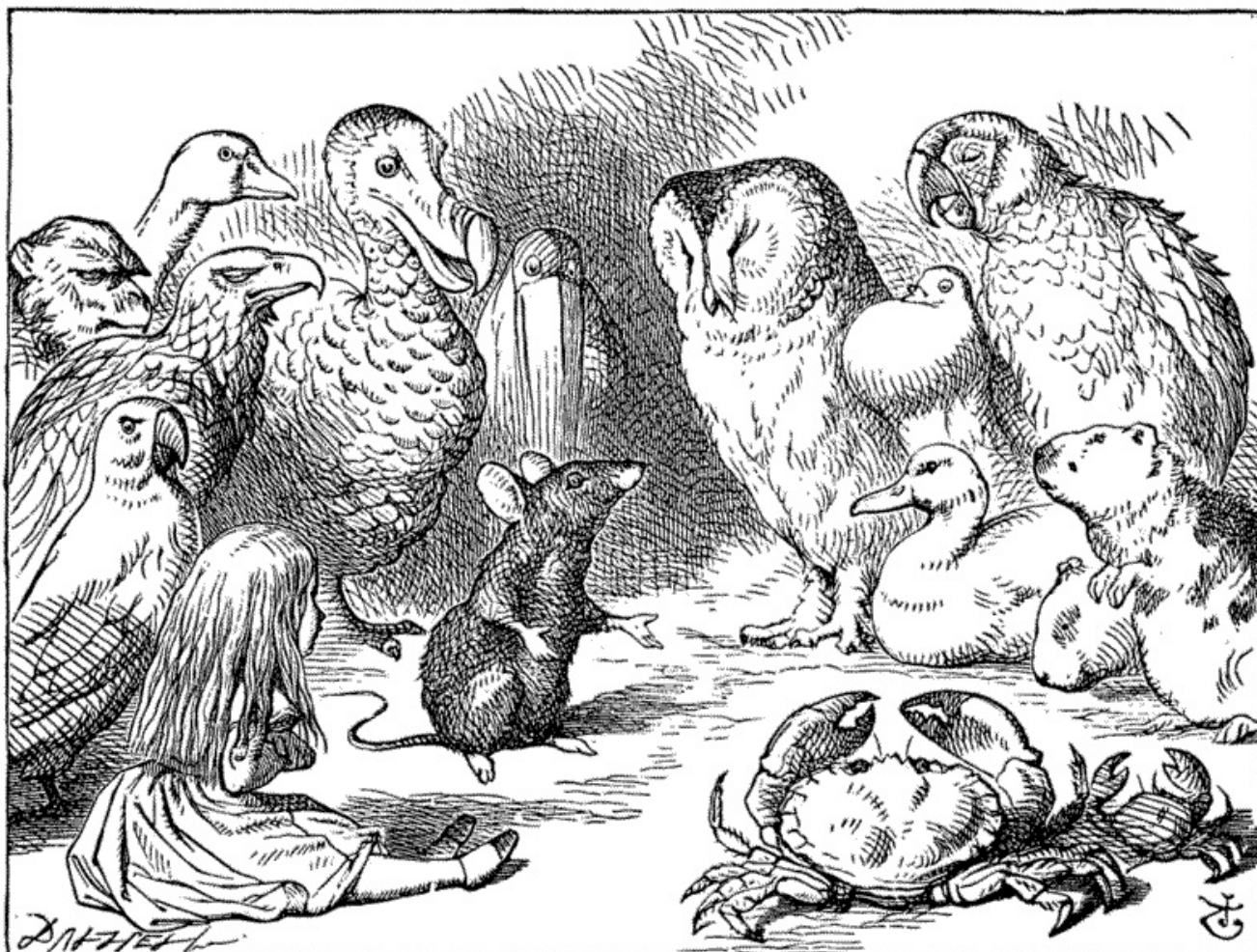
Era hora ya de que lo hicieran, porque el charco se estaba llenando de aves y animales que se habían caído en él: había un Pato y un Dodo, un Lori y un Aguilucho, y varios otros bichos extraños.^[7] Alicia abrió la marcha, y el grupo entero nadó hacia la orilla.

Una Carrera de Comité y un Cuento con Cola

Desde luego fue un grupo raro el que se congregó en la orilla: las aves con sus plumas embarradas, los animales con el pelo pegado a la piel, y todos chorreando, enfadados e incómodos.

Lo primero de todo, naturalmente, era cómo secarse: celebraron una consulta al respecto, y pocos minutos después a Alicia le parecía lo más natural encontrarse hablando con ellos con toda familiaridad, como si los conociese de toda la vida. Incluso sostuvo una larga discusión con el Lori, quien al final se picó, y se limitó a comentar: «Soy mayor que tú, y por lo tanto sé más». Pero Alicia no estaba dispuesta a reconocerlo, a menos que le dijera cuántos años tenía; y como el Lori se negó en redondo a confesar su edad, no hubo más que decir.

Por último el Ratón, que parecía ser una persona con cierta autoridad entre ellos, dijo en voz alta: «¡Sentaos todos, y escuchadme! ¡Yo *haré* que os sequéis de sobra!». Se sentaron todos al punto, formando un gran corro con el Ratón en medio. Alicia tenía la mirada ansiosamente fija en él, ya que estaba convencida de que iba a coger un buen resfriado si no se secaba en seguida.



—¡Ejem! —dijo el Ratón con aire de importancia—. ¿Estáis preparados? Pues esto es lo más seco que conozco. ¡Silencio todos, por favor!: «Guillermo el Conquistador, cuya causa contaba con el favor del papa, fue pronto acatado por los ingleses, que estaban necesitados de un dirigente, y últimamente muy acostumbrados a la usurpación y a la conquista. Eduino y Morcaro, condes de Mercia y de Northumbria...».^[1]

—¡Uf! —dijo el Lori con un escalofrío.

—¡Perdón! —dijo el Ratón—. ¿Decías algo?

—¡No, no! —se apresuró a decir el Lori.

—Pues me lo había parecido —dijo el Ratón. Y continuó—: «Eduino y Morcaro, condes de Mercia y Northumbria, se declararon en favor suyo; y hasta Stigandio, el patriótico arzobispo de Canterbury, lo encontró aconsejable...

—Encontró ¿el *qué*? —dijo el Pato.

—El *lo* —replicó el Ratón bastante molesto—; naturalmente, sabes qué significa *lo*.

—Sé de sobra qué significa «lo» cuando encuentro una cosa —dijo el Pato—; por lo general, se trata de una rana o de una lombriz. La cuestión aquí es: ¿Qué encontró el arzobispo?

El Ratón no se dio por enterado de la cuestión, sino que prosiguió apresuradamente: «... Lo encontró aconsejable, decidiendo ir con Edgar Atheling al encuentro con Guillermo y ofrecerle la corona. La conducta de Guillermo, al principio, fue moderada. Pero la insolencia de sus normandos... ¿Cómo te sientes ahora, preciosa?» —añadió, volviéndose hacia Alicia mientras hablaba.

—Tan mojada como antes —dijo Alicia en tono melancólico—; no parece que eso me seque lo más mínimo.

—En ese caso —dijo el Dodo con solemnidad, poniéndose en pie—, propongo que se suspenda la sesión, y se adopten inmediatamente remedios más enérgicos...

—¡Habla en cristiano! —dijo el Aguilucho—. No entiendo lo que quieren decir la mitad de esas palabras largas; ¡y lo que es más, me parece que tú tampoco! —y el Aguilucho bajó la cabeza para ocultar una sonrisa; algunas otras aves soltaron una audible risita.

Lo que iba a decir —dijo el Dodo en tono ofendido—, es que lo mejor para secarnos es organizar una Carrera de Comité.^[2]

—¿Qué es una Carrera de Comité? —dijo Alicia; no es que tuviera muchas ganas de saberlo, pero el Dodo se había callado como si pensase que debía hablar *alguien*, y nadie parecía deseoso de decir nada.

—Pues —dijo el Dodo— la mejor manera de explicarlo es organizarla. (Y como a lo mejor os gusta organizarla a vosotros también, cualquier día de invierno os explicaré cómo lo arregló todo el Dodo.)

Primero marcó una pista para la carrera, en una especie de círculo («no importa la forma», dijo); luego el grupo se colocó aquí y allá, por toda la pista. No hubo «a la una, a las dos ¡y a las tres!», sino que empezaban a correr cuando querían, y paraban cuando se les antojaba, de forma que no era fácil averiguar cuándo terminaba la carrera. Sin embargo, cuando ya llevaban corriendo una media hora o así, y estaban completamente secos otra vez, el Dodo dijo de repente en voz alta: «¡La carrera ha terminado!», y se agruparon todos a su alrededor, jadeando y preguntando: «Pero, ¿quién ha ganado?».

El Dodo no podía contestar a esta pregunta sin meditarlo mucho antes, y permaneció largo rato con un dedo apretado en la frente (en la postura que normalmente veis a Shakespeare en los retratos), mientras el resto esperaba en silencio. Por último dijo el Dodo: «*Todo el mundo* ha ganado, y *todos* deben recibir premio».

—Pero, ¿a quién le toca dar los premios? —preguntó todo un coro de voces.

—¡Toma, pues a *ella*! —dijo el Dodo, señalando a Alicia con un dedo; y el grupo entero se apelotonó a su alrededor, gritando en confusión:

—¡Premios! ¡Premios!

Alicia no sabía qué hacer; desesperada, se metió la mano en el bolsillo, y sacó una caja de confites^[3] (afortunadamente, no le había entrado el agua salada), y los distribuyó a modo de premios. Había exactamente uno para cada uno.

—Pero ella debe recibir un premio, también —dijo el Ratón.

—Por supuesto —replicó el Dodo muy serio—. ¿Qué más tienes en el bolsillo? —prosiguió, volviéndose a Alicia.

—Sólo un dedal —dijo Alicia con tristeza.

—A ver, tráelo —dijo el Dodo.

A continuación se apiñaron todos otra vez a su alrededor, mientras el Dodo le entregaba solemnemente el dedal, diciendo: «Te rogamos que aceptes este elegante dedal»; y al terminar su breve discurso, aplaudieron todos.



A Alicia le pareció absurdo todo esto, pero estaban tan serios que no se atrevió a reírse; y como no se le ocurría nada que decir, se inclinó simplemente, y cogió el dedal con el gesto más solemne que pudo.

Seguidamente procedieron a comerse los confites: esto produjo cierto alboroto y confusión, ya que las aves grandes se quejaban de que no podían paladear los suyos, y las pequeñas se atragantaban y había que darles palmadas en la espalda. Sin embargo, se los acabaron todos, se sentaron otra vez en círculo, y pidieron al Ratón que les contase algo más.

—Me has prometido contarme tu cuento —dijo Alicia—, y por qué odias a los G

y a los P —añadió en un susurro, medio temerosa de que se ofendiera otra vez.

—El mío es un cuento triste y largo como mi cola —dijo el Ratón, volviéndose hacia Alicia y suspirando.

—Desde luego, es bien larga tu cola —dijo Alicia, mirando con asombro la cola del Ratón—; pero ¿por qué dices que es triste? —y siguió haciendo cabalás sobre el particular, mientras hablaba el Ratón; de manera que su idea del cuento fue más o menos así^[4]:

La Furia dijo a
un ratón, al que
encontró en
la casa:^[5]
«Vayamos
los dos
ante la ley:
tengo que
denunciarte.
Vamos, no
admito
negativas:
debemos
tener un
juicio:
pues en
verdad
esta
mañana
no tengo
nada
que hacer.
Y dijo el
ratón a
la perra:
«Este pleito,
señora,
sin jurado
ni juez
será una
pérdida
de tiempo.
“Yo seré
el juez
y el jurado”.
Dijo
astuta
la Furia:
«Yo juzgaré
toda la
causa
y te condenaré
a
muerte.»

—¡No estás atendiendo! —le dijo el Ratón a Alicia con severidad—. ¿En qué piensas?

—Te ruego que me perdones —dijo Alicia muy humildemente—: ibas por la quinta curva, creo; ¿no?

—¡No! —exclamó el Ratón secamente y muy irritado.

—¡Un nudo! —dijo Alicia, ya dispuesta a mostrarse servicial, y mirando ansiosa a su alrededor—. ¡Ah, deja que te ayude a deshacerlo!^[6]

—Ni lo pienses —dijo el Ratón, levantándose y marchándose—. ¡Me ofendes con esas tonterías!

—¡No era mi intención! —se disculpó la pobre Alicia—. ¡Pero te ofendes con demasiada facilidad!

El Ratón se limitó a replicar con un gruñido.

—¡Por favor, vuelve y termina tu historia! —le gritó Alicia. Y los demás se le unieron a coro: «¡Sí, por favor, vuelve!». Pero el Ratón negó impaciente con la cabeza, y apretó el paso.

—¡Qué pena que no se quede! —suspiró el Lori, tan pronto como hubo desaparecido. Y una vieja Cangreja aprovechó para decirle a su hija: «¿Ves, cariño? ¡Aprende que no debes enfadarte nunca!». «¡Calla, mamá!» —dijo la Cangrejita un poco molesta—. «¡Eres capaz de hacerle perder la paciencia a una ostra!»

—¡Cómo me gustaría que nuestra Dinah estuviese aquí! —dijo Alicia en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Ella sí que nos lo traería en seguida!

—¿Quién es Dinah, si se me permite la pregunta? —dijo el Lori.

Alicia contestó con calor, pues siempre estaba dispuesta a hablar de su favorita:

—Dinah es nuestra gata. Es única cazando ratones, ¡no os podéis imaginar! ¡Ah, pues me gustaría que la vieseis atrapar pájaros! ¡Se come un pajarillo en un periquete!

Este discurso provocó una tremenda conmoción en la concurrencia. Algunos de los pájaros huyeron precipitadamente; una vieja urraca empezó a arroparse afanosamente, al tiempo que comentaba: «La verdad es que debo marcharme a casa: ¡el aire de la noche no me sienta bien a la garganta!»; y un Canario llamó con voz temblorosa a sus hijos: «¡Vamos, niños! ¡Es hora de estar en la cama!». Y con diversos pretextos, se marcharon todos, y Alicia no tardó en quedarse sola.

—¡Ojalá no hubiera mencionado a Dinah! —se dijo en tono melancólico—. Parece que a nadie le cae simpática, aquí abajo; ¡sin embargo, es la mejor gata del mundo! ¡Ay, mi querida Dinah! ¡No sé si volveré a verte más! —y aquí la pobre Alicia se echó a llorar nuevamente, ya que se sentía muy sola y deprimida. Poco después, no obstante, volvió a oír un leve golpeteo de pisadas a lo lejos, y alzó los ojos ansiosamente, medio esperando que el Ratón hubiese cambiado de parecer, y regresase a terminar su historia.

El Conejo Manda a un tal Pequeño Bill

Era el Conejo Blanco que regresaba al trote, mirando ansiosamente en torno suyo mientras avanzaba como si hubiera perdido algo; y Alicia le oyó murmurar para sí: «¡La duquesa! ¡La duquesa! ¡Ah, mis zarpas queridas! ¡Ah, mi piel y mis bigotes! ¡Me mandará ejecutar, tan cierto como que los hurones son hurones! ¿Dónde *puedo* haberlos perdido?». Alicia adivinó en seguida que buscaba el abanico y los guantes blancos de cabritilla; y con toda amabilidad, se puso a buscarlos ella también; pero no los veía por ninguna parte... Todo parecía haber cambiado desde que cayera en el charco, y el gran vestíbulo, con la mesa de cristal y la puertecita, se habían desvanecido completamente.

No tardó el Conejo en percatarse de la presencia de Alicia, ya que andaba buscando de un lado para otro, y le gritó en tono irritado: «¡Pero bueno, Mary Ann, ¿qué *estás* haciendo aquí? Corre a casa ahora mismo, y tráeme un par de guantes y un abanico! ¡Vamos, date prisa!». ^[1] Y Alicia se asustó tanto que echó a correr inmediatamente en la dirección que le señalaba, sin intentar explicarle que se había equivocado.

«Me ha confundido con su criada», se dijo mientras corría. «¡Qué sorpresa se va a llevar cuando descubra quién soy! Pero será mejor que le lleve su abanico y sus guantes... o sea, si los encuentro.» Mientras se decía esto, se topó con una preciosa casita en cuya puerta había una placa de bronce con el nombre: «W. CONEJO», grabado en ella. Entró sin llamar, y subió corriendo las escaleras, con mucho miedo de tropezarse con la verdadera Mary Ann, y de que la echaran de la casa antes de encontrar los guantes y el abanico.

—¡Qué extraño resulta —se dijo Alicia—, hacerle recados a un Conejo! ^[2] ¡Supongo que Dinah me mandará hacer los suyos, después! —y empezó a imaginar lo que pasaría: «¡Alicia! ¡Ven inmediatamente, y arréglate para salir!». «¡Voy en un minuto, señorita! ¡Tengo que vigilar esta ratonera hasta que vuelva Dinah, y cuidar que no salga el ratón!» Pero no creo —prosiguió Alicia—, que dejasen que Dinah siguiera en casa, si se pusiera a mandar de esa manera!

A todo esto, había encontrado el camino de la preciosa habitacioncita, con una mesa en la ventana, y en ella (como había esperado), un abanico y dos o tres pares de minúsculos guantes blancos de cabritilla: cogió el abanico y un par de guantes, y ya iba a salir de la habitación, cuando sus ojos descubrieron un frasquito junto al espejo. No tenía etiqueta esta vez con las palabras «BÉBEME», pero de todas formas lo destapó y se lo llevó a los labios. «Sé que pasa *algo* interesante», se dijo, «cada vez

que como o bebo alguna cosa; así que voy a ver lo que ocurre con esta botella. ¡Espero que me haga crecer otra vez, porque la verdad es que estoy harta de ser tan pequeñita!».

Así fue, en efecto; y más de prisa de lo que ella esperaba: antes de haberse bebido la mitad del frasco, se encontró con que tenía la cabeza pegada contra el techo y tuvo que torcerla para no romperse el cuello. Dejó el frasco apresuradamente, diciéndose: «Es suficiente; espero no seguir creciendo; aunque ahora no puedo salir por la puerta... ¡Ojalá no hubiera bebido tanto!».

¡Ay! ¡Era demasiado tarde para ese deseo! Siguió creciendo y creciendo, y muy pronto tuvo que ponerse de rodillas; un minuto después no había espacio ni para eso, y probó a tumbarse con un codo contra la puerta, y el otro brazo enroscado alrededor de la cabeza. Pero seguía creciendo; así que, como último recurso, sacó un brazo por la ventana, metió un pie por la chimenea, y se dijo: «Ahora, pase lo que pase, ya no puedo crecer más. ¿Qué va a ser de mí?».



Afortunadamente para Alicia, el mágico frasquito había hecho todo el efecto que tenía que hacer, y no siguió creciendo. No obstante, estaba incomodísima, y como no parecía haber posibilidad de salir de la habitación, no es extraño que se sintiera desventurada.

«Estaba mucho mejor en casa», pensó la pobre Alicia; «allí no andaba creciendo y menguando constantemente, ni me daban órdenes los ratones y los conejos. Casi hubiera preferido no haber bajado a esta madriguera... sin embargo... sin embargo...».

¡qué curiosa, esta clase de vida! ¡No sé que *puede* haberme ocurrido! ¡Cuando leía cuentos de hadas, imaginaba que esas cosas no ocurrían nunca, y ahora estoy aquí, metida en una de ellas! ¡Debería escribirse un libro sobre mí, desde luego! Cuando me haga mayor, lo escribiré yo... Aunque ahora ya soy mayor», —añadió en tono afligido—: «al menos, no queda espacio para crecer más, *aquí*».

«Pero entonces», pensó Alicia, «¿*no* me haré más mayor de lo que soy ahora? Será un consuelo, en cierto modo... no llegar a hacerme vieja... pero entonces... ¡tendré que estudiar constantemente las lecciones! ¡Ah, *eso* sí que no me gustaría!».

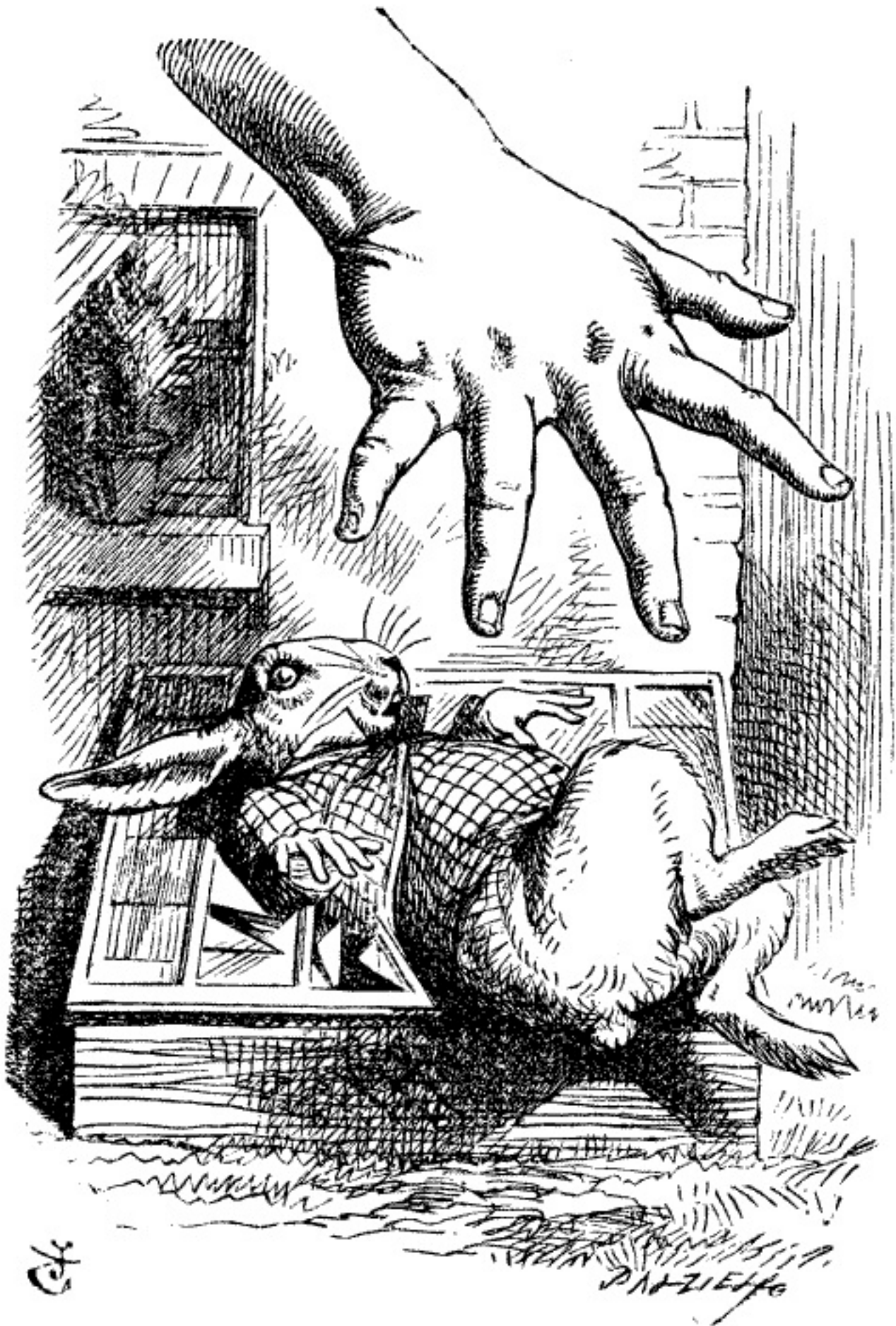
—¡Pero mira que eres tonta, Alicia! —se contestó—. ¿Cómo vas a estudiar lecciones aquí? ¡Si apenas hay sitio para ti, y no caben tus libros de estudio!

Y así siguió, adoptando primero un punto de vista, luego el otro, y desarrollando toda una conversación; pero al cabo de unos minutos oyó una voz en el exterior, y se puso a escuchar.

—¡Mary Ann! ¡Mary Ann! —dijo la voz—. ¡Tráeme los guantes ahora mismo! —a continuación oyó acercarse un leve golpeteo de pies en la escalera. Alicia comprendió que era el Conejo que subía a buscarla, y tembló hasta el punto de hacer estremecerse la casa, olvidando completamente que ahora era unas mil veces mayor que el Conejo, y que no había motivo para tener miedo.

Poco después, llegó el Conejo a la puerta, y trató de abrirla; pero la puerta se abría hacia adentro, y el codo de Alicia presionaba contra ella, de modo que fracasó en su intento. Alicia oyó que se decía a sí mismo: «Tendré que dar la vuelta y entrar por la ventana».

«No podrás», pensó Alicia, y tras esperar hasta que le pareció oír al Conejo justo debajo de la ventana, extendió súbitamente la mano, y dio un manotazo en el aire. No cogió nada, pero oyó un gritito, una caída, y un estrépito de cristales rotos, de lo que infirió que se había caído en una cajonera de calabazas^[3] o algo parecido.



A continuación sonó una voz irritada —la del Conejo—: «¡Pat! ¡Pat! ¿Dónde

estás?». Y luego otra voz que Alicia no había oído anteriormente: «¡Pues aquí! ¡Entrecavando los manzanos, señoría!».

—¿Conque entrecavando los manzanos, eh? —dijo el Conejo irritado—. ¡Anda, ayúdame a salir de *aquí!* (sonaron más cristales rotos).

—Ahora dime, Pat, ¿qué es eso de la ventana?

—¡Pues un brazo, señoría! (pronunció brazu).

—¿Un brazo, memo? ¿Quién ha visto un brazo de ese tamaño? ¡Si ocupa toda la ventana!

—Desde luego que así es, señoría; pero a pesar de todo, es un brazo.

—Bueno, en cualquier caso, no tiene por qué estar ahí; ¡ve y quítalo!

Hubo un largo silencio después de esto, y Alicia sólo pudo oír susurros de vez en cuando; algo así como: «Desde luego, no me hace ninguna gracia, señoría; ninguna gracia». «¡Haz lo que te digo, cobarde!»; finalmente, Alicia extendió la mano otra vez y dio otro manotazo en el aire. Ahora sonaron dos grititos, y nuevos ruidos de cristales rotos. «¡Cuántas cajoneras debe de haber!», pensó Alicia. «¡Me pregunto qué van a hacer ahora! En cuanto a quitarme de la ventana, ojalá lo *consiguieran!* ¡Desde luego, no me apetece seguir aquí más tiempo!»

Aguardó un rato sin oír nada más; por último le llegó un ruidito de ruedas de carro, y muchas voces que hablaban a la vez; distinguió las palabras: «¿Dónde está la otra escala?... Cómo, yo no tenía que traer más que una. La otra la tiene Bill; ¡Bill! ¡Tráela aquí, muchacho!; vamos, ponedlas en esta esquina. No, atadlas primero; no llegan a la mitad de la altura todavía. ¡Bah!, aguantarán de sobra; no seas tan escrupuloso; ¡Aquí, Bill! Sujeta esta cuerda; ¿Resistirá el tejado? ¡Cuidado con esa teja suelta! ¡Ah, se va a caer! ¡Cuidado las cabezas! (un sonoro estrépito). ¡Vaya!, ¿quién ha sido? Ha sido Bill, creo. ¿Quién va a bajar por la chimenea? ¡Yo no, ni hablar! ¡Baja tú! ¡No quiero! El que tiene que bajar es Bill... ¡Ven aquí, Bill! ¡El amo dice que tienes que bajar por la chimenea!».

—¡Ah!, conque es Bill quien tiene que bajar por la chimenea, ¿eh? —se dijo Alicia—. ¡Parece que se lo encargan todo a Bill! No quisiera estar en la piel de Bill durante un buen rato; esta chimenea es estrecha, desde luego; ¡creo que voy a poder dar un puntapié!

Bajó el pie lo más que pudo en el hogar de la chimenea, y esperó hasta que oyó a un animalito (no tenía ni idea de qué clase de bicho era) arañar y gatear por el interior, muy cerca de ella; entonces se dijo a sí misma: «Éste es Bill»; largó un fuerte puntapié, y esperó a ver qué ocurría a continuación.

Lo primero que oyó fue un coro general que exclamó: «¡Allá va Bill!»; luego, la voz del Conejo: «¡Los del seto, cogedle!». Después silencio; y a continuación, otro tumulto de voces: «¡Levantadle la cabeza... Un poco de coñac... No le atragantéis... ¿Cómo estás, muchacho? ¿Qué te ha pasado? Cuéntanoslo todo!».



Por último, se oyó una voz desfallecida y chillona («Ése es Bill», pensó Alicia): «Bueno, pues no lo sé... Más no, gracias; ya estoy mejor... pero me encuentro demasiado nervioso para hablar... todo lo que sé es que me ha golpeado una especie de matasuegras, ¡y que he salido disparado como un cohete!».

—¡Así has salido, muchacho! —dijeron los demás.

—¡Hay que quemar la casa! —dijo la voz del Conejo; y Alicia gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Como la queméis os azuzaré a Dinah!

Instantáneamente se hizo un silencio mortal; y Alicia pensó para sus adentros: «¡Veremos qué hacen ahora! Si tuvieran sentido común, quitarían el tejado». Un minuto o dos después, empezaron a andar otra vez de aquí para allá, y Alicia oyó al Conejo que decía: «Con una carretilla llena habrá suficiente para empezar».

«¿Una carretilla llena de *qué?*», pensó Alicia. Pero la duda no le duró mucho tiempo, ya que un momento después, repiqueteó una rociada de guijarros en la ventana, y algunos de ellos le dieron en la cara. «Voy a acabar con todo esto», se dijo; y gritó:

—¡Será mejor que no lo volváis a hacer! —lo cual provocó un nuevo silencio.

Alicia observó con cierta sorpresa que, una vez en el suelo, los guijarros se transformaban en pastelitos; y le vino una idea luminosa a la cabeza. «Si me como uno de esos pasteles», pensó, «seguro que me vendrá algún cambio de tamaño; y como sin duda no me puedo hacer más grande, a lo mejor me hago más pequeña».

Así que se tragó uno de los pasteles, y descubrió encantada que empezaba a disminuir en seguida. Tan pronto como fue lo bastante pequeña como para pasar por la puerta, salió corriendo de la casa, y se encontró con que había una multitud de animalitos y pajarillos esperando en el exterior. El pobre lagartito, Bill, estaba en medio, sostenido por dos conejillos de Indias, los cuales le daban de beber de una botella. En el instante en que apareció Alicia, se lanzaron todos hacia ella; pero Alicia echó a correr con todas sus fuerzas, y no tardó en encontrarse a salvo en un espeso bosque.

«Lo primero que tengo que hacer», se dijo Alicia, mientras vagaba por el bosque, «es recobrar mi tamaño normal; y lo segundo, encontrar el modo de llegar a mi maravilloso jardín. Creo que ése es el mejor plan».

Parecía un buen plan, en efecto; y muy cuidadosa y sencillamente trazado: la única dificultad estaba en que no tenía la menor idea de cómo ponerlo en práctica; y mientras miraba inquieta entre los árboles, un pequeño ladrido justo encima de su cabeza le hizo alzar los ojos hacia arriba con viveza.

Un enorme cachorrillo la observaba con sus ojazos redondos, y alargaba débilmente una zarpa, tratando de tocarla. «¡Pobrecillo!», dijo Alicia en tono mimoso, y trató de silbarle con fuerza; pero le asustaba terriblemente la idea de que pudiese tener hambre, en cuyo caso lo más probable es que se la zampase a pesar de sus palabras halagadoras.

Sin saber apenas lo que hacía, cogió un palito, y se lo mostró al cachorrillo; a lo cual, el perrito dio un brinco en el aire con las cuatro patas a la vez, dando un ladrido de alegría, y se abalanzó hacia el palo, como acosándolo; entonces Alicia se escondió detrás de un gran cardo, a fin de evitar que la atropellase; en el momento en que se asomó por el otro lado, el perrito volvió a abalanzarse hacia el palo, cayéndose patas arriba en su apresuramiento por cogerlo: entonces Alicia, considerando que era como jugar con un caballo percherón, y temiendo a cada momento que la pisase con sus patas, corrió al cardo otra vez; entonces el cachorrillo inició una serie de breves cometidas al palo, dando carreritas hacia delante y largas cabalgadas hacia atrás, y ladrando roncamente sin parar, hasta que finalmente se sentó a bastante distancia, jadeando, con la lengua colgándole de la boca, y sus ojazos medio cerrados.



Ésta le pareció a Alicia una buena ocasión para escapar: así que echó a correr, y siguió corriendo hasta que se sintió completamente agotada y sin aliento, y los ladridos del perrito sonaron muy débiles a lo lejos.

—¡Pero qué perrito más precioso era! —se dijo Alicia, mientras se apoyaba en un ranúnculo a descansar, y se abanicaba con una de sus hojas. Me habría gustado enseñarle a hacer monerías... ¡si hubiese tenido yo el tamaño normal! ¡Ay, Dios mío! ¡Casi se me había olvidado que tengo que crecer otra vez! Veamos, ¿cómo se hace? Supongo que debo comer o beber algo; pero el gran enigma es: ¿qué?

El gran enigma era, desde luego, «¿qué?» Alicia miró en torno suyo, observó las flores y las hojas de yerba; pero no conseguía ver nada con pinta de comerse o de beberse en esta situación. Había un seta enorme cerca de ella, casi de su misma altura; y después de mirar debajo, a uno y otro lado, y detrás, se le ocurrió que también podía mirar encima, a ver si había algo.

Se estiró de puntillas, y atisbó por el borde de la seta: y sus ojos se encontraron instantáneamente con los de una oruga azul que estaba sentada en lo alto, con los brazos cruzados, fumando tranquilamente un narguile, y sin hacer el menor caso de ella ni de nada.



El Consejo de una Oruga

La Oruga^[1] y Alicia se miraron durante un rato en silencio: por último, la Oruga se quitó el narguile de la boca, y le habló con voz lánguida y soñolienta.

—¿Quién eres *Tú*? —dijo la Oruga.

No era ésta una forma alentadora de iniciar una conversación. Alicia replicó con cierta timidez: «Pues... pues creo que en este momento no lo sé, señora... sí sé quién *era* cuando me levanté esta mañana; pero he debido de cambiar varias veces desde entonces».

—¿Qué quieres decir? —dijo la Oruga con severidad—. ¡Explícate!

—Me temo que no *me* puedo explicar, señora —dijo Alicia—; porque, como ve, no soy yo misma.

—Pues no lo veo —dijo la Oruga.

—Me temo que no se lo puedo explicar con más claridad —replicó Alicia muy cortésmente—; porque para empezar, yo misma no consigo entenderlo; y el cambiar de tamaño tantas veces en un día es muy desconcertante.

—No lo es —dijo la Oruga.

—Bueno, quizá no lo encuentre usted desconcertante —dijo Alicia—; pero cuando se convierta en crisálida, como le ocurrirá algún día, y después en mariposa, creo que le parecerá un poquito raro, ¿no?

—De ninguna manera —dijo la Oruga.

—Bueno, tal vez *sus* sensaciones sean diferentes —dijo Alicia—; lo que sí puedo decirle es que *yo* me sentiría muy rara.

—¡Tú! —dijo la Oruga con desprecio—. ¿Quién eres *tú*?

Lo que les devolvió al principio de la conversación. Alicia se sintió un poco irritada ante los comentarios tan secos de la Oruga; así que se acercó y dijo muy seria:

—Creo que debería decirme quién es *usted*, primero.

—¿Por qué? —dijo la Oruga.

Ésta era otra pregunta desconcertante; y como a Alicia no se le ocurrió una buena razón, y la Oruga parecía estar de *muy* mal talante, dio media vuelta.

—¡Vuelve aquí! —llamó la Oruga—. ¡Tengo algo importante que decir!

Esto parecía prometedor, desde luego. Alicia dio media vuelta y regresó.

—Domina tu mal genio —dijo la Oruga.

—¿Eso es todo? —dijo Alicia, tragándose su enfado lo mejor que podía.

—No —dijo la Oruga.

Alicia decidió esperar, ya que no tenía otra cosa que hacer; a lo mejor le decía

algo que valiese la pena escuchar. Durante unos minutos, la Oruga estuvo soltando bocanadas de humo sin hablar; finalmente, desplegó los brazos, volvió a quitarse el narguile de la boca y dijo: «Conque crees que has cambiado, ¿eh?».

—Me temo que sí, señora —dijo Alicia—. No recuerdo las cosas como solía... ¡y no conservo el mismo tamaño diez minutos seguidos!

—¿No puedes recordar el *qué*? —dijo la Oruga.

—Pues, he intentado recitar «*Cómo la hacendosa abejita*», ¡pero me salía todo distinto!

—Recítame «*Sois viejo, padre William*» dijo la Oruga.

Alicia entrelazó las manos, y empezó^[2]:

«Sois viejo, padre William», dijo el joven,
«el cabello se os ha vuelto blanco;
sin embargo, siempre andáis de cabeza:
¿os parece sensato, a vuestra edad?».

«En mi juventud», replicó el padre William al hijo,
«temía lastimarme el cerebro;
hoy, en cambio, sé seguro que no tengo,
y ando así a cada momento».



«Sois viejo», dijo el joven, «como digo,
y habéis engordado por demás;
pero habéis dado una voltereta al entrar:

¿Me podéis decir por qué?».

«En mi juventud», dijo sacudiendo el pelo gris,
«conservé muy ágiles mis miembros
con este unguento, de un chelín la caja.^[3]
¿Queréis comprarme un par?».



«Sois viejo, tenéis flojas las quijadas
para lo que es más duro que la grasa;
sin embargo, os habéis zampado el ganso, huesos y pico incluidos;
¿me podéis decir cómo es eso?»

«En mi juventud», dijo el padre, «me dediqué a las leyes;
cada pleito lo discutía con mi mujer;
y la fuerza que dio eso a mis quijadas
me ha durado el resto de mi vida».



«Sois viejo», dijo el joven, «y se supone que no tenéis la vista de antes;
sin embargo, mantenéis una anguila
en la punta de la nariz:
¿Qué os ha hecho tan habilidoso?».

«He contestado a tres preguntas, ya es bastante»,
dijo el padre. «¡No te des esos aires!
¿Crees que voy a aguantar tus tonterías?
¡Largo, o te hago bajar de una patada la escalera!»



—No la has dicho bien —dijo la Oruga.

—Me temo que no del *todo* bien —dijo Alicia con timidez—; algunas palabras están cambiadas.

—Está mal de cabo a rabo —dijo la Oruga tajante; y guardó silencio unos minutos.

La Oruga fue la primera en hablar.

—¿De qué tamaño quieres ser? —preguntó.

—Bueno, no soy muy exigente en cuanto a tamaño —se apresuró a replicar Alicia—; lo único, que no me gusta andar cambiando tan a menudo, ¿sabe?

—¡Yo *no sé!* —dijo la Oruga.

Alicia no dijo nada: jamás en toda su vida le habían llevado tanto la contraria, y se sentía como si fuera a reventar.

—¿Estás contenta con el que tienes ahora? —dijo la Oruga.

—Bueno, me gustaría ser un *poco* más grande, si no le importa a usted, señora —dijo Alicia—; tener tres pulgadas de estatura es una desgracia.

—¡Es una estatura muy buena! —dijo la Oruga irritada, enderezándose (ella medía exactamente tres pulgadas).

—¡Pero yo no estoy acostumbrada a medir eso! —alegó la pobre Alicia en tono lastimero. Y pensó para sí: «¡Ojalá no se ofendiesen con tanta facilidad todos los

bichos!».

—Te acostumbrarás con el tiempo —dijo la Oruga; y llevándose el narguile a la boca, empezó a fumar nuevamente.

Esta vez Alicia esperó con paciencia a que quisiese hablar. Al cabo de un minuto o dos la Oruga se quitó el narguile de la boca, bostezó una o dos veces, y se desperezó. Luego bajó de la seta y se internó en la yerba, comentando simplemente: «Un lado te hará crecer, y el otro te hará menguar».^[4]

«¿Un lado de *qué?* ¿Y el otro de *qué?*», pensó Alicia para sí.

—De la seta —dijo la Oruga, como si Alicia hubiese formulado la pregunta en voz alta; un instante después había desaparecido.

Alicia se quedó mirando pensativa la seta un minuto, tratando de averiguar cuáles eran sus dos lados; dado que era completamente redonda, encontraba muy difícil la cuestión. Por último, extendió los brazos a su alrededor todo lo que pudo, y rompió con cada mano un trocito del borde.

—Y ahora, ¿cuál es cuál? —se dijo; y mordisqueó un poco del trozo de la mano derecha para probar su efecto. Al instante, sintió un golpe violento debajo de la barbilla: ¡había chocado con sus propios pies!

Se asustó bastante ante este cambio repentino; pero pensó que no había tiempo que perder, ya que seguía menguando rápidamente; así que empezó en seguida a comer del otro trozo. Tenía la barbilla apretada contra el pie, de manera que apenas le quedaba espacio para abrir la boca; pero lo consiguió al fin, y se las arregló para tragarse un bocado del trozo de la izquierda.

* * * * *
* * * * *
* * * * *

—¡Vaya, al fin tengo libre la cabeza! —se dijo Alicia en un tono de alivio, que se transformó en alarma un instante después, al darse cuenta de que no se veía los hombros por ninguna parte; todo lo que conseguía ver, al mirar hacia abajo, era una inmensa longitud de cuello que parecía emerger como un tallo de un mar de hojas verdes que se extendía muy por debajo de ella.

—¿Qué *será* todo ese verde? —se dijo Alicia—. ¿Dónde *estarán* mis hombros? ¡Ay, pobres manos mías!, ¿cómo es que no puedo veros? —y las movió mientras hablaba, aunque sin conseguir ningún resultado al parecer, salvo una pequeña agitación entre las lejanas hojas verdes.

Dado que no parecía haber posibilidades de levantar las manos hasta la cabeza, trató de bajar la cabeza hasta *ellas*, y le encantó comprobar que su cuello se doblaba fácilmente en cualquier dirección, como una serpiente. Acababa de curvarlo hacia abajo en gracioso zigzag, e iba a bucear entre las hojas, que según había descubierto no eran sino las copas de los árboles bajo los que había estado deambulando, cuando un agudo siseo la hizo retirarse al instante: una gran paloma se había abalanzado

sobre su cara dando violentos aletazos.

—¡Serpiente! —chilló la Paloma.

—¡No soy una serpiente! —dijo Alicia indignada—. ¡Déjame en paz!

—¡Serpiente! ¡Serpiente! —repitió la Paloma; pero en tono más calmado, y añadió con una especie de sollozo—: ¡Lo he intentado todo, pero parece que nada las detiene!

—No tengo ni idea de qué me hablas —dijo Alicia.

—Lo he intentado en las raíces de los árboles, lo he intentado en las orillas de los ríos, lo he intentado en los setos —prosiguió la Paloma, sin hacerle caso—; ¡pero dichas serpientes! ¡Nada las detiene!

Alicia estaba cada vez más intrigada; pero consideró que era inútil decir nada hasta que la Paloma hubiese terminado.

—Como si no fuese bastante preocupación incubar —dijo la Paloma—; ¡encima tener que andar vigilando noche y día a causa de las serpientes! ¡No he pegado ojo en estas tres semanas!

—Siento muchísimo haberle molestado —dijo Alicia, que empezaba a comprender.

—Y precisamente cuando me había instalado en el árbol más alto del bosque —prosiguió la Paloma, elevando la voz hasta chillar—, precisamente cuando ya creía que al fin me había librado de ellas, empiezan a bajar contorsionándose del cielo! ¡Uf, dichas serpientes!

—¡Le repito que *no* soy una serpiente! —dijo Alicia—. Soy una... soy una...

—¡A ver! ¿*Qué* eres? —dijo la Paloma— ¡Ya veo que estás tratando de inventarte algo!

—Soy... soy una niña —dijo Alicia con cierta vacilación, al recordar el número de cambios que había sufrido ese día.

—¡Bonito cuento! —dijo la Paloma en tono de profundo desprecio—. He visto montones de niñas, en mis tiempos, y *ninguna* tenía un cuello así! ¡No, no! Eres una serpiente; de nada te valdrá negarlo. ¡Supongo que me vas a decir también que jamás te has comido un huevo!

—*He* comido huevos, desde luego —dijo Alicia, que era una niña muy veraz—; pero las niñas comen huevos igual que las serpientes.

—No me lo creo —dijo la Paloma—; pero si lo hacen, entonces son una especie de serpientes: es cuanto puedo decir.

Esta idea le resultaba tan nueva a Alicia, que se quedó callada un minuto o dos, lo que dio ocasión a la Paloma para añadir:

—Estás buscando huevos, lo sé de sobra; ¿qué me importa a mí que seas niña o serpiente?

—Pues a *mí* sí me importa, y mucho —se apresuró a decir Alicia—; pero da la

casualidad de que no estoy buscando huevos; y si los buscase, no serían los de *usted*: no me gustan crudos.

—¡Pues entonces lárgate! —dijo la Paloma en tono agrio, al tiempo que se acomodaba otra vez en su nido.

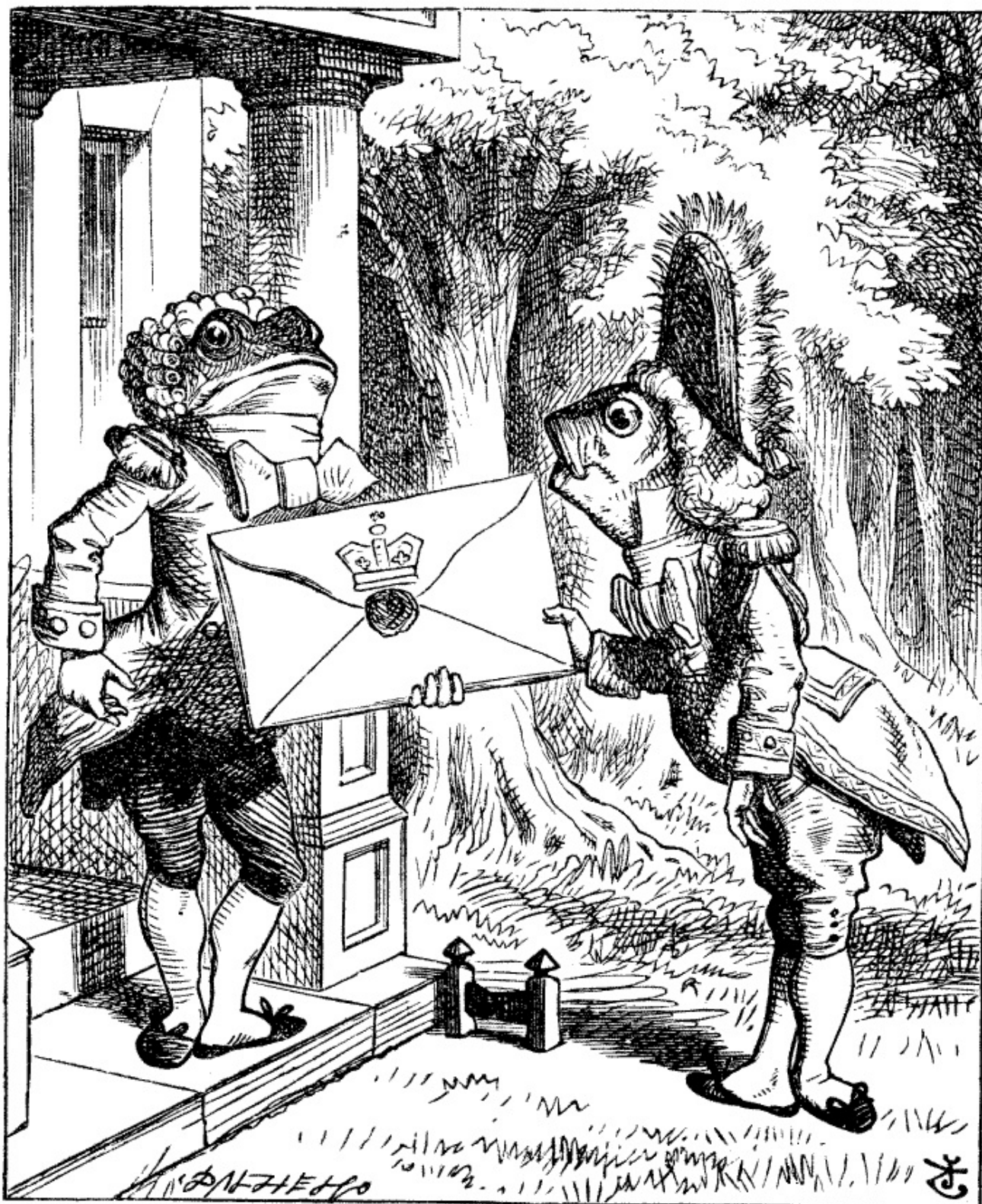
Alicia se agachó entre los árboles cuanto pudo; pues se le seguía enredando el cuello entre las ramas, y de cuando en cuando tenía que pararse a desenredarlo. Al cabo de un rato, recordó que todavía tenía los trozos de seta en las manos, y se puso a mordisquearlos con todo cuidado, primero uno y luego el otro, creciendo unas veces y menguando otras, hasta que consiguió recobrar su estatura habitual.

Hacía tanto que no tenía su tamaño normal, que al principio se sintió extraña; pero a los pocos minutos se había acostumbrado, y empezó a hablar consigo misma como antes: «¡Bueno, la mitad de mi plan se ha cumplido ya! ¡Qué desconcertantes son todos estos cambios! ¡Nunca estoy segura de cómo voy a ser, de un minuto a otro! De todos modos, he vuelto a mi tamaño normal; el siguiente paso es entrar en ese hermoso jardín... ¿Cómo lo conseguiré?». Mientras decía esto, dio de repente con un claro, en el que había una casita de unos cuatro pies de altura. «Quienquiera que viva ahí», pensó Alicia, «no conviene que me vea de *este* tamaño; ¡se llevarían un susto mortal!». Así que empezó a roer el trozo de la mano derecha, y no se decidió a acercarse a la casa hasta que se hubo reducido a nueve pulgadas de estatura.

Cerdo y Pimienta

Estuvo mirando la casa durante un minuto o dos, sin saber qué hacer a continuación, cuando de repente salió corriendo del bosque un Lacayo de librea (Alicia le consideró Lacayo porque llevaba librea; pero juzgándolo sólo por la cara, lo habría tomado por un pez), y llamó sonoramente a la puerta con los nudillos. Abrió otro Lacayo de librea, con una cara redonda y unos ojos abultados como los de una rana; y los dos, observó Alicia, llevaban empolvado el pelo, cuyos rizos les cubrían toda la cabeza. Sintió gran curiosidad por saber qué era todo aquello, y salió sigilosamente un trecho del bosque para escuchar.

El Lacayo-Pez empezó por sacarse de debajo del brazo una carta enorme, casi tan grande como él mismo, y entregársela al otro, diciendo en tono solemne: «Para la Duquesa. Es una invitación de la Reina para jugar al croquet». El Lacayo-Rana repitió con el mismo tono solemne, cambiando únicamente el orden de las palabras: «De la Reina. Una invitación para la Duquesa para jugar al croquet».



Luego se hicieron una profunda reverencia los dos, y se les enredaron los rizos.

A Alicia le dio tanta risa esto, que tuvo que volver corriendo al bosque por temor a que la oyesen; cuando se volvió a asomar, el Lacayo-Pez había desaparecido, y el otro estaba sentado en el suelo cerca de la puerta, mirando estúpidamente al cielo.

Alicia se acercó tímidamente a la puerta y llamó.

—Es inútil llamar —dijo el Lacayo—, y ello por dos razones. Primero, porque estoy en el mismo lado de la puerta que tú. Y segundo, porque están armando tanto

alboroto dentro, que nadie te puede oír —y ciertamente, se oía dentro un alboroto de lo más extraordinario: un constante aullar y estornudar, y de vez en cuando, un estrépito enorme, como si se hiciese añicos un plato o una olla.

—Entonces dígame, por favor —dijo Alicia—, ¿cómo puedo entrar?

—Tendría sentido llamar a la puerta —prosiguió el Lacayo, sin hacerle caso—, si la puerta se encontrase entre los dos. Por ejemplo: si estuvieses tú *dentro*, podrías llamar, y entonces yo podría dejarte salir —mientras hablaba, no dejaba de mirar al cielo, detalle que a Alicia le parecía francamente descortés. «Pero quizá no pueda evitarlo, se dijo; tiene los ojos *muy* encima de la cabeza. Pero de todos modos, podía contestar a mis preguntas».

—¿Cómo puedo entrar? —repitió Alicia en voz alta.

—Yo estaré sentado aquí —comentó el Lacayo—, hasta mañana...

En ese momento se abrió la puerta de la casa, y salió rasante un gran plato, derecho a la cabeza del Lacayo; le rozó la nariz, y fue a estrellarse contra uno de los árboles que había detrás de él.

—... o hasta pasado mañana, quizá —prosiguió el Lacayo en el mismo tono, exactamente como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Cómo puedo entrar? —preguntó Alicia otra vez, más alto.

—Pero ¿acaso vas a entrar? —dijo el Lacayo—. Ésa es la primera cuestión.

Lo era, en efecto; sólo que a Alicia no le gustó que se lo dijeran. «Es realmente horrible», murmuró para sí, «la manía que tienen todos los bichos de discutir. ¡Hay para volverse loca!».

Al Lacayo le pareció ésta una buena ocasión para repetir su comentario con alguna variación: «Estaré sentado aquí», dijo, «unas veces sí y unas veces no, días y días».

—Pero, ¿qué voy a hacer yo? —dijo Alicia.

—Lo que te apetezca —dijo el Lacayo; y se puso a silbar.

«¡Bueno, es inútil intentar hablar con él! —se dijo Alicia desesperada—; ¡es completamente idiota!».

Y abrió la puerta y entró.

La puerta daba directamente a una amplia cocina, llena de humo de un rincón a otro; la Duquesa^[1] estaba sentada en medio, en un taburete de tres patas, y acunaba a un niño; la cocinera estaba inclinada sobre el fogón, removiendo un gran caldero que parecía lleno de sopa.



—¡La verdad es que esa sopa tiene demasiada pimienta! —se dijo Alicia sin parar de estornudar.

Desde luego, había demasiada en el *aire*. Hasta la Duquesa estornudaba de vez en cuando; en cuanto al niño, estornudaba y aullaba alternativamente sin parar. Los dos únicos seres de la cocina que *no* estornudaban eran la cocinera y un gatazo enorme que había tumbado en el hogar y sonreía de oreja a oreja.

—Por favor, ¿me podrían decir —dijo Alicia con cierta timidez, ya que no estaba segura de si era correcto que hablase ella en primer lugar— por qué sonrío así su gato?

—Es un gato de Cheshire^[2] —dijo la Duquesa—. Ahí está el porqué. ¡Cerdo!

Esta última exclamación la profirió con tan inesperada brusquedad que Alicia dio un brinco; pero un instante después vio que se dirigía al niño y no a ella; así que hizo acopio de valor, y continuó:

—No sabía que los gatos de Cheshire estuvieran siempre sonrientes; a decir verdad, no sabía que *pudieran* sonreír.

—Pueden todos —dijo la Duquesa—; y la mayoría lo hacen.

—Yo no sé de ninguno que lo haga —dijo Alicia muy cortésmente, sintiéndose muy contenta de haber podido entablar conversación.

—Tú no sabes gran cosa —dijo la Duquesa—; ésa es la verdad.

A Alicia no le gustó el tono de este comentario, y pensó que quizá convenía iniciar otro tema de conversación. Mientras trataba de encontrar uno, la cocinera quitó el caldero del fuego, y acto seguido empezó a lanzar cuantas cosas encontraba a su alcance a la Duquesa y al niño: primero los hierros de la chimenea; luego siguió una lluvia de sartenes, platos y fuentes. La Duquesa no hacía caso, aun cuando le daban; y el niño aullaba tanto, que era completamente imposible saber si los golpes le hacían daño o no.

—¡Oh, *por favor*, mire lo que está haciendo! —gritó Alicia, saltando de un lado a otro angustiada de terror—. ¡Oh, allá va la *preciosa* nariz del niño! —al ver pasar una sartén inusitadamente grande tan cerca de él que casi se la arranca.

—Si cada cual se ocupase de sus propios asuntos —dijo la Duquesa con un gruñido sordo—, el mundo andaría bastante más deprisa de lo que va.

—Lo cual *no* sería una ventaja —dijo Alicia, contentísima de poder exhibir un poco sus conocimientos—. ¡Piense lo que se acortaría el día y la noche! Como sabe, la tierra tarda veinticuatro horas en ejecutar una vuelta completa sobre su eje...

—Hablando de ejecutar —dijo la Duquesa—: ¡córtale la cabeza!

Alicia miró con inquietud a la cocinera para ver si intentaba cumplir esta orden; pero la cocinera estaba ocupada en remover la sopa, y parecía no atender; de modo que continuó:

—Veinticuatro horas *creo* que tarda; ¿o son doce? Me...

—Bueno, no *me* des la lata —dijo la Duquesa—. ¡Jamás he podido soportar las cifras! —y dicho esto, empezó a mecer al niño otra vez, cantando una especie de nana al mismo tiempo, y dándole un violento achuchón al final de cada verso^[3]:

«Habla a tu niño con tirria
pégale si estornuda;
lo hace por incordiar,
porque sabe que importuna.»

CORO

(al que se unieron la cocinera y el niño)
«¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!»

La Duquesa siguió sacudiendo violentamente al niño, arriba y abajo, mientras cantaba la segunda estrofa, y la pobre criatura aullaba de tal manera que Alicia apenas conseguía entender las palabras:

«¡Yo regaño a mi nene,
y le pego si estornuda;
y él disfruta a rabiarse
con la pimienta que gusta!»

CORO

«¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!»

—¡Toma! Mécelo tú un poco, si quieres! —le dijo la Duquesa a Alicia, lanzándole al niño al mismo tiempo—. Yo tengo que ir a arreglarme para jugar al croquet con la Reina —y salió corriendo de la habitación. La cocinera le lanzó una sartén desde atrás, pero erró el tiro.

Alicia cogió al bebé con cierta dificultad, dado que la criatura tenía una forma rara, y estiraba los brazos y las piernas en todas direcciones, «como una estrella de mar», pensó Alicia. Al cogerlo, la pobre criatura se puso a resoplar como una máquina de vapor, y siguió doblándose y estirándose sin parar durante un minuto o dos, y de una manera tal que Alicia tuvo que emplearse a fondo para sujetarlo.

Tan pronto como encontró la forma de mecerlo (consistente en doblarlo en una especie de nudo, y luego estirarlo sujetándolo de la oreja derecha y el pie izquierdo, a fin de evitar que se desanudara), lo llevó afuera. «Si no saco a este niño de aquí», pensó Alicia, «seguro que lo matarán en espacio de un día o dos. ¿No sería un crimen dejarlo?». Alicia dijo estas últimas palabras en voz alta, y la criaturita soltó un gruñido en respuesta (había dejado ya de estornudar). «No gruñas —dijo Alicia—; ésa no es manera de expresarse.»

El bebé volvió a gruñir, y Alicia le miró a la cara muy preocupada para ver qué le ocurría. No cabía duda de que tenía una nariz arremangadísima, mucho más parecida a un hocico que a una nariz de verdad: y los ojos, también, eran demasiado pequeños para un bebé; total, que a Alicia no le gustó ni pizca la pinta del niño. «Pero a lo mejor es sólo que estaba llorando», pensó; y se asomó a mirarle los ojos otra vez, para ver si tenía lágrimas.

No, no tenía lágrimas. «Si te vas a convertir en cerdito, cariño —dijo Alicia muy seria—, no voy a querer saber nada de ti. ¡Tenlo en cuenta!» El pobre niño sollozó otra vez (o gruñó, era imposible decir el qué), y luego siguieron los dos un rato en silencio.

No había hecho Alicia más que empezar a pensar: «¿Qué haré con esta criatura cuando llegue a casa?», cuando gruñó de nuevo, tan violentamente que Alicia le miró a la cara alarmada. Esta vez *no* había error: no era ni más ni menos que un Cerdo; así que consideró que era absurdo seguir cargada con él.^[4]



Conque dejó en el suelo al animal, y se sintió aliviada al verlo alejarse trotando tranquilamente hacia el bosque. «Si llega a crecer así —se dijo— se habría hecho un niño feísimo; en cambio como Cerdo resulta la mar de mono, creo». Y empezó a pensar en los niños que conocía y que podrían pasar muy bien por cerditos; y se estaba diciendo a sí misma: «¡Ojalá supiese la manera de cambiarlos...!», cuando se llevó un ligero sobresalto al descubrir al Gato de Cheshire sentado en la rama de un árbol, a unas yardas.^[5]



El Gato se limitó a sonreír al ver a Alicia. Parecía bueno, pensó Alicia; sin embargo, tenía unas uñas larguísimas, y muchísimos dientes, así que comprendió que

debía tratarlo con respeto.

—Minino de Cheshire —empezó, un poco tímidamente, ya que no sabía si le gustaba que le llamasen así; pero al Gato se le ensanchó la sonrisa. «Vaya, de momento parece complacido», pensó Alicia, y prosiguió—: ¿te importaría decirme, por favor, qué dirección debo tomar desde aquí?

—Eso depende en gran medida de adónde quieres ir —dijo el Gato.

—No me importa mucho adónde... —dijo Alicia.

—Entonces, da igual la dirección —dijo el Gato.^[6]

—... con tal de que llegue a *alguna* parte —añadió Alicia a modo de explicación.

—¡Ah!, ten la seguridad de que llegarás —dijo el Gato—, si andas lo bastante.

Alicia comprendió que eso era innegable, así que aventuró otra pregunta:

—¿Qué clase de gente vive por aquí?

—En *esa* dirección —dijo el Gato, haciendo un gesto amplio con la zarpa derecha —vive un Sombrerero; y en *esa* otra —hizo un movimiento con la otra zarpa—, una Liebre de Marzo. Ve a ver a quien quieras, los dos están locos.^[7]

—Pero yo no quiero andar entre locos —comentó Alicia.

—¡Ah, eso es algo que no puedes evitar! —dijo el Gato—; aquí estamos todos locos. Yo estoy loco. Y tú estás loca.^[8]

—¿Cómo sabes que yo estoy loca? —dijo Alicia.

—Tienes que estarlo —dijo el Gato—; de lo contrario no habrías venido aquí.

Alicia no creía que eso probara nada; sin embargo, continuó:

—¿Y cómo sabes que estás loco tú?

—Para empezar —dijo el Gato—, un perro no está loco. ¿Estás de acuerdo en eso?

—Supongo que sí —dijo Alicia.

—Bien —continuó el Gato—: vemos que el perro gruñe cuando está enfadado, y que meneaba la cola cuando está contento. Pues bien, yo gruño cuando estoy contento y meneo la cola cuando estoy enfadado. Por tanto, estoy loco.

—Yo a eso lo llamo ronronear, no gruñir —dijo Alicia.

—Llámalo como quieras —dijo el Gato—. ¿Vas a jugar al croquet con la Reina, hoy?

—Me gustaría muchísimo —dijo Alicia—. Pero aún no me han invitado.

—Ya nos veremos allí —dijo el Gato, y se desvaneció.

A Alicia no le sorprendió mucho esto: se estaba acostumbrando demasiado a que sucedieran cosas extrañas. Todavía seguía mirando el lugar donde había estado el Gato, cuando de repente apareció otra vez.



—A propósito, ¿qué has hecho con el bebé? —dijo el Gato—. Casi se me olvida preguntártelo.

—Se ha convertido en Cerdo —contestó Alicia con toda tranquilidad, como si el Gato hubiese vuelto de manera natural.

—Me lo figuraba —dijo el Gato; y se desvaneció otra vez.

Alicia aguardó un poco, medio esperando verlo aparecer de nuevo, pero no fue así; y al cabo de un minuto o dos siguió andando hacia donde le habían dicho que vivía la Liebre de Marzo. «Ya he visto sombrereros —se dijo—; la Liebre de Marzo será mucho más interesante; y como estamos en mayo, quizá no esté loca de atar... al menos, no lo estará tanto como en marzo.» Alzó los ojos mientras decía esto, y allí estaba el Gato otra vez, sentado en la rama de un árbol.

—¿Has dicho «cerdo» o «lerdo»? —preguntó el Gato.

—He dicho «cerdo» —replicó Alicia—; y quisiera que no sigues apareciendo y desapareciendo de manera tan repentina; ¡me estás produciendo vértigo!

—De acuerdo —dijo el Gato; y esta vez se desvaneció muy despacio, empezando por el extremo de la cola y terminando por la sonrisa, que permaneció un rato después de que el resto hubiese desaparecido.

«¡Bueno! He visto muchas veces a un Gato sin sonrisa», pensó Alicia; «¡pero una sonrisa sin Gato! ¡Es lo más raro que me ha ocurrido en toda mi vida!».^[9]

No había andado mucho, cuando divisó la casa de la Liebre de Marzo; pensó que debía de ser su casa, dado que las chimeneas tenían forma de orejas y el tejado estaba cubierto de piel. Era una casa tan grande que no juzgó prudente acercarse hasta haber

mordisqueado un poco el trozo de seta de la mano izquierda, y alcanzado los dos pies de estatura; aun entonces avanzó con cierta cautela, diciéndose a sí misma: «¡A ver si está loca de atar! ¡Casi habría sido preferible tomar la dirección del Sombrero!».

Una Merienda de Locos

Había una mesa puesta bajo un árbol, delante de la casa, en la que la Liebre de Marzo y el Sombreroero^[1] estaban tomando el té; sentado entre los dos había un Lirón^[2] profundamente dormido, al que ambos utilizaban como cojín, apoyando el codo en él y hablando por encima de su cabeza. «¡Qué incómodo para el Lirón!», pensó Alicia; «claro que, como está dormido, imagino que no le importa».

Era una mesa grande, pero los tres estaban apretujados en un extremo.

—¡No hay sitio! ¡No hay sitio! exclamaron al ver llegar a Alicia.

—¡Hay sitio de *sobra*! —dijo Alicia indignada, y se sentó en un amplio sillón, junto a una de las esquinas de la mesa.

—Toma un poco de vino —dijo la Liebre de Marzo en tono conciliador.

Alicia miró por toda la mesa, pero no había más que té.

—Yo no veo vino —comentó.

—No lo hay —dijo la Liebre de Marzo.

—Entonces, no es muy cortés por su parte ofrecérmelo —dijo Alicia con enfado.



—Tampoco lo es por la tuya sentarte sin ser invitada —dijo la Liebre de Marzo.

—Yo no sabía que la mesa era de *usted* —dijo Alicia—: está puesta para muchísimos más de tres.

—Necesitas un corte de pelo —dijo el Sombrerero; hacía rato que miraba a Alicia con mucha curiosidad, y eso fue lo primero que dijo.

—Debería aprender a no hacer comentarios personales —dijo Alicia con cierta severidad—; es de muy mala educación.

El Sombrerero abrió los ojos desmesuradamente al oír esto; pero todo lo que dijo fue:

—¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?^[3]

«¡Bueno, al fin nos vamos a divertir un poco!», pensó Alicia. «Me alegro de que nos pongamos a jugar a las adivinanzas...»

—Creo que ésa la sé —añadió en voz alta.

—¿Quieres decir que crees que sabes la solución? —dijo la Liebre de Marzo.

—Exactamente —dijo Alicia.

—Entonces debes decir lo que piensas —prosiguió la Liebre de Marzo.

—Lo hago —replicó Alicia apresuradamente—; al menos... al menos pienso lo que digo... que es lo mismo.

—¡Ni mucho menos! —dijo el Sombrerero—. ¡Vamos, es como si dijese que «veo lo que como» es lo mismo que «como lo que veo»!

—¡Es como si dijese! —añadió la Liebre de Marzo— ¡que «me gusta lo que tengo» es lo mismo que «tengo lo que me gusta»!

—¡Es como si dijese —añadió el Lirón, que pareció hablar en sueños— que «respiro cuando duermo» es lo mismo que «duermo cuando respiro»!

—Será lo mismo para ti —dijo el Sombrerero; y aquí cesó la conversación, y el grupo se quedó en silencio durante un minuto, mientras Alicia repasaba todo lo que recordaba sobre cuervos y escritorios, lo cual no era mucho.

El primero en romper el silencio fue el Sombrerero.

—¿A cómo estamos hoy? —dijo, volviéndose a Alicia: se había sacado el reloj del bolsillo, y lo consultaba inquieto, sacudiéndolo de cuando en cuando, y llevándose al oído.

Alicia reflexionó un poco, y luego dijo:

—A cuatro.^[4]

—¡Va retrasado dos días! —suspiró el Sombrerero—. ¡Ya te dije que no le iría bien la mantequilla a la maquinaria! —añadió, mirando furioso a la Liebre de Marzo.

—Era mantequilla de la *mejor* —replicó la Liebre de Marzo humildemente.

—Sí, pero deben de haberse metido migas también —refunfuñó el Sombrerero—; no debías habérsela puesto con el cuchillo del pan.

La Liebre de Marzo cogió el reloj y lo miró melancólicamente; luego lo sumergió

en su taza de té, y lo volvió a mirar; pero no se le ocurrió otro comentario que el que había hecho al principio: «Era mantequilla de la mejor».

Alicia había estado observando por encima del hombro con cierta curiosidad:

—¡Qué reloj más raro!^[5] —comentó—. ¡Indica los días del mes, en vez de las horas!

—¿Por qué había de hacerlo? —murmuró el Sombrerero—. ¿Indica *tu* reloj los años?

—¡Desde luego que no! —replicó Alicia con presteza—; pero es porque se está mucho tiempo seguido en el mismo año.

—Ése es exactamente el caso del *mío* dijo el Sombrerero.

Alicia se sintió terriblemente desconcertada. Le pareció que las palabras del Sombrerero no tenían sentido; sin embargo, no cabía duda de que hablaba su mismo idioma: «No le comprendo del todo», dijo lo más cortésmente que pudo.

—El Lirón se ha vuelto a dormir —dijo el Sombrerero, y le vertió un poco de té caliente en el hocico.

El Lirón sacudió la cabeza con impaciencia, y dijo, sin abrir los ojos: «Por supuesto, por supuesto; es precisamente lo que yo iba a decir».

—¿Sabes ya la solución de la adivinanza? —dijo el Sombrerero, volviéndose de nuevo a Alicia.

—No, me rindo —replicó Alicia—. ¿Cuál es?

—No tengo ni la menor idea —dijo el Sombrerero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia suspiró con cansancio. «Creo que podían emplear el tiempo mejor —dijo—, en vez de perderlo en adivinanzas que no tienen solución.»

—Si tú conocieses al Tiempo como yo —dijo el Sombrerero—, no hablarías de perderlo. Es *él*.

—No sé qué quiere decir —dijo Alicia.

—¡Claro que no lo sabes! —dijo el Sombrerero, echando la cabeza hacia atrás con desdén—. ¡Creo que ni siquiera has hablado nunca con el Tiempo!

—Tal vez no —replicó Alicia precavidamente—; pero sé que tengo que marcar el tiempo cuando estudio música.

—¡Ah! Eso lo explica todo —dijo el Sombrerero—. Él no soporta que le marquen. Pero si mantuvieras buenas relaciones con él, haría casi lo que tú quisieras con el reloj. Por ejemplo, suponte que fueran las nueve de la mañana, justo la hora de empezar las clases: no tendrías más que susurrarle una indicación al Tiempo, ¡y allá que iría el reloj en un abrir y cerrar de ojos! ¡La una y media, hora de irse a comer!

—(«Me encantaría que lo fuera ya», susurró para sí la Liebre de Marzo.)

—Sería maravilloso, desde luego —dijo Alicia pensativa—; pero entonces... no tendría hambre.

—Al principio quizá no —dijo el Sombrerero—; pero podrías hacer que fuera la una y media el tiempo que quisieras.

—¿Hace *usted* eso? —preguntó Alicia.

El Sombrerero negó tristemente con la cabeza. «¡Desde luego que no! —replicó—. Nos peleamos el mes de marzo pasado... poco antes de que ésta se volviera loca... —señalando con la cucharilla del té a la Liebre de Marzo—. Fue en el gran concierto que dio la Reina de Corazones, donde yo tenía que cantar»^[6]:

«¡Tiembra, tiembra, murcielaguito!
¡Yo no sé qué tramarás!»

—¿Conoces la canción por casualidad?

—Me parece que la he oído —dijo Alicia.

—Pues verás —continuó diciendo el Sombrerero—; sigue así:

«Por encima del mundo, vuela
cual bandeja de té por los aires.
Tiembra, tiembra...»



Aquí el Lirón se sacudió, y empezó a cantar en sueños: «*Tiembla, tiembla, tiembla, tiembla...*», y así siguió durante tanto tiempo, que tuvieron que pellizcarlo para que parase.

—Bueno, pues apenas había terminado la primera estrofa —dijo el Sombrerero—, cuando chilló la Reina: «¡Está matando el tiempo!^[7] ¡Que le corten la cabeza!».

—¡Qué crueldad! —exclamó Alicia.

—Y desde entonces —prosiguió el Sombrerero con tristeza—, ¡no quiere hacer lo que le pido! Ahora siempre son las seis.

A Alicia le vino a la cabeza una idea luminosa.

—¿Es ésa la razón por la que ponen tantos servicios de té en la mesa? —preguntó.

—Sí, ésa es —dijo el Sombrerero con un suspiro—: siempre es la hora del té^[8], y no nos da tiempo a fregar las tazas entremedias.

—Entonces tienen que ir cambiando de sitio, ¿no? —dijo Alicia.

—Exactamente —dijo el Sombrerero—: a medida que las vamos ensuciando.

—Pero, ¿qué ocurre cuando tienen que empezar de nuevo? —se atrevió a preguntar Alicia.

—¿Y si cambiamos de tema? —interrumpió la Liebre de Marzo, bostezando—. Me estoy cansando de eso. Propongo que esta señorita nos cuente un cuento.

—Me temo que no sé ninguno —dijo Alicia, algo alarmada ante la sugerencia.

—¡Entonces que lo cuente el Lirón! —exclamaron los dos—. ¡Despierta, Lirón! —y le pellizcaron por los dos lados a un tiempo.

El Lirón abrió los ojos lentamente. «No estaba dormido —dijo con voz ronca y débil—; he oído todo lo que hablabais».

—¡Cuéntanos un cuento! —dijo la Liebre de Marzo.

—¡Sí, por favor! —suplicó Alicia.

—Y hazlo de prisa —añadió la Liebre—; no sea que te vuelvas a dormir antes de haber terminado.

—Había una vez tres hermanitas —empezó apresuradamente el Lirón—, que se llamaban Elsie, Lacie y Tillie^[9], y vivían en el fondo de un pozo...

—¿Y de qué se alimentaban? —dijo Alicia, siempre interesada por las cuestiones de comer y beber.

—Se alimentaban de melaza^[10] —dijo el Lirón, después de pensarlo un minuto o dos.

—No habrían podido —comentó Alicia suavemente—. Se habrían puesto malas.

—Y se pusieron —dijo el Lirón—: se pusieron *malísimas*.

Alicia trató de imaginar un poco cómo sería tan extraordinaria manera de vivir, pero se sentía demasiado perpleja; de modo que siguió preguntando:

—Pero, ¿por qué vivían en el fondo de un pozo?

—Toma un poco más de té —le dijo la Liebre de Marzo a Alicia, muy seria.

—Todavía no he tomado nada —replicó Alicia en tono ofendido— así que no puedo tomar más.

—Dirás que no puedes tomar *menos* —terció el Sombrerero—: es muy fácil tomar *más* que nada.

—Nadie le ha pedido *su* opinión —dijo Alicia.

—¿Quién está haciendo comentarios personales ahora? —preguntó el Sombrerero triunfalmente.

Alicia no supo qué contestar a esto; así que se sirvió un poco de té y pan con mantequilla; luego se volvió hacia el Lirón, y repitió la pregunta: ¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?

El Lirón se tomó otra vez un minuto o dos para pensarlo, y luego dijo:

—Era un pozo de melaza.

—¡Eso no existe! —empezó Alicia muy enfadada, pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo sisearon: «¡Chist! ¡Chist!», y el Lirón comentó de mal humor: «Si no te

comportas con educación, será mejor que termines tú el cuento».

—¡No, por favor, continúa! —dijo Alicia humildemente—. No le volveré a interrumpir otra vez. Incluso creo que puede que exista *uno*.

—¡Pues claro que existe! —dijo el Lirón indignado. Sin embargo, accedió a proseguir—: Así que las tres hermanitas... estaban aprendiendo a sacar...

—¿Qué sacaban? —dijo Alicia, olvidando por completo su promesa.

—Melaza —dijo el Lirón, sin pararse a pensar esta vez.

—Quiero una taza limpia —interrumpió el Sombrerero—; cambiémonos de sitio.

Se cambió mientras hablaba, y el Lirón le siguió; la Liebre de Marzo ocupó el sitio del Lirón, y Alicia, de mala gana, se sentó en el de la Liebre de Marzo. El Sombrerero era el único que salía beneficiado con el cambio; y Alicia se encontró peor que antes, ya que la Liebre de Marzo acababa de derramar la jarra de la leche en su plato.

Alicia no quiso ofender al Lirón otra vez, así que empezó muy cautamente:

—Pero no comprendo. ¿De dónde sacaban la melaza?

—De un pozo de agua se puede sacar agua —dijo el Sombrerero—; así que imagino que de un pozo de melaza se podrá sacar melaza... ¿no, tonta?

—Pero ellas estaban *dentro* del pozo —dijo Alicia al Lirón, prefiriendo no darse por enterada de este último comentario.

—Por supuesto que lo estaban —dijo el Lirón—: y bien dentro.

Esta respuesta confundió tanto a la pobre Alicia, que dejó al Lirón que siguiera durante un rato sin interrumpirle.

—Estaban aprendiendo a sacar... y a dibujar —siguió el Lirón, bostezando y frotándose los ojos, ya que le estaba entrando sueño—, toda clase de cosas... todo lo que empezaba por M...

—¿Por qué por M? —dijo Alicia.

—¿Por qué no? —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia se quedó callada.

Al Lirón se le habían cerrado ya los ojos, y empezaba a cabecear; pero al pellizcarle el Sombrerero, volvió a despertarse con un pequeño alarido, y prosiguió: «... Lo que empieza por M; como matarratas, mar, memoria y magnitud; como cuando decimos que las cosas que son «más o menos lo mismo»^[11]; ¿has visto alguna vez dibujar una magnitud?

—La verdad: ahora que me lo preguntas —dijo Alicia muy confusa—, no creo...

—Entonces no hables —dijo el Sombrerero.

Esta muestra de descortesía era más de lo que Alicia podía soportar: se levantó indignada, y se fue; el Lirón se quedó dormido instantáneamente, y ninguno de los otros dos se dio por enterado de su marcha, aunque ella se volvió una o dos veces, medio esperando que la llamasen; la última vez que les vio, estaban tratando de meter

al Lirón en la tetera.



—¡De todos modos, no volveré! —se dijo Alicia, mientras se internaba por el bosque—. ¡Es el té más estúpido al que he asistido en toda mi vida!

Nada más decir esto, observó que uno de los árboles tenía una puerta que daba acceso a su interior. «¡Qué cosa tan curiosa!», pensó Alicia. «Aunque hoy todo es curioso. Creo que voy a meterme por aquí sin más». Y se metió.

Otra vez se encontró en la sala larga, y junto a la mesita de cristal. «Bueno, ahora haré las cosas mejor», se dijo a sí misma; y empezó por coger la llavecita de oro, y abrir la puerta que conducía al jardín. Luego se puso a mordisquear la seta (se había guardado un trocito en el bolsillo) hasta que tuvo un pie de estatura; entonces se internó por el pasadizo; y a continuación... se encontró en el hermoso jardín, entre brillantes macizos de flores y frescas fuentes.

El Campo de Croquet de la Reina

Junto a la entrada del jardín había un gran rosal: las rosas que crecían en él eran blancas; pero había tres jardineros afanosamente ocupados en pintarlas de rojo. A Alicia le pareció esto muy extraño, y se acercó a observar; y cuando llegaba junto a ellos, oyó que uno decía: «¡Ten cuidado, Cinco! ¡Me estás salpicando de pintura!».

—Ha sido sin querer —dijo el Cinco en tono malhumorado—. Me ha dado un codazo el Siete.

A lo cual el Siete alzó los ojos y dijo: «¡Eso es, Cinco! ¡Siempre echando la culpa a los demás!».

—¡Tú es mejor que no hables! —dijo el Cinco—. Ayer mismo oí decir a la Reina que merecías que te cortaran la cabeza.

—¿Por qué? —dijo el que había hablado primero.

—¡Eso a ti no te importa, Dos! —dijo el Siete.

—¡Sí; sí que le importa! —dijo el Cinco—. Y se lo voy a decir: fue por llevarle a la cocinera bulbos de tulipán en vez de cebollas.



El Siete tiró la brocha al suelo; y no había hecho más que empezar a decir: «Bueno, de todas las injusticias...», cuando sus ojos repararon en Alicia, que les estaba observando, y se calló de repente; los otros se volvieron también, y los tres

hicieron una profunda reverencia.

—Por favor, ¿me podríais decir —dijo Alicia con cierta timidez— por qué estáis pintando esas rosas?

El Cinco y el Siete no dijeron nada, pero miraron al Dos. Y el Dos empezó en voz baja: «Pues veré, señorita, la verdad es que aquí tenía que haber un rosal *rojo*, y pusimos uno blanco por equivocación; y si la Reina llegase a descubrirlo, nos mandaría cortar a todos la cabeza. Así que, como ve, señorita, hacemos lo que podemos, antes de que llegue, para...». En ese momento, el Cinco, que había estado mirando con inquietud hacia el otro lado del jardín, gritó: «¡La Reina! ¡La Reina! ¡La Reina!», y los tres jardineros se echaron instantáneamente al suelo boca abajo. Se oyó un rumor de numerosos pasos, y Alicia se volvió a mirar, deseosa de ver a la Reina.

Primero llegaron diez soldados portando clavos; tenían la misma forma que los jardineros, plana y rectangular, con las manos y los pies en las esquinas; a continuación les seguían diez cortesanos, todos adornados con diamantes; marchaban de dos en dos, igual que los soldados. Detrás de ellos venían los infantes reales; eran diez, y las criaturas iban saltando alegremente, cogidas de la mano, por parejas, todos adornados con corazones.^[1] Después venían los invitados, Reyes y Reinas en su mayoría, entre los que Alicia reconoció al Conejo Blanco: hablaba de manera nerviosa y atropellada, sonreía a cuanto le decían, y pasó sin reparar en ella. A continuación marchaba la Jota de Corazones, llevando la corona del Rey sobre un cojín de terciopelo rojo; y al final de este brillante cortejo iban EL REY Y LA REINA DE CORAZONES.

Alicia no sabía si tumbarse boca abajo como los tres jardineros; pero no recordaba haber oído hablar de semejante norma en los desfiles; «y además, ¿de qué serviría hacer un desfile», pensó, «si la gente tuviera que tumbarse boca abajo y no pudiese verlo»? Así que se quedó de pie, y esperó.

Cuando la comitiva llegó a la altura de Alicia, se detuvieron todos y se quedaron mirándola; y dijo la Reina con severidad:

—¿Quién es ésta?

Se lo preguntó a la Jota de Corazones, que se limitó a hacer una reverencia y sonreír por toda respuesta.

—¡Idiota! —dijo la Reina, sacudiendo la cabeza con impaciencia; y volviéndose a Alicia, preguntó otra vez.

—¿Cómo te llamas, niña?

—Me llamo Alicia, Majestad —dijo Alicia con mucha educación; pero añadió para sus adentros: «¡Vaya!, en realidad no son más que un mazo de cartas. ¡No tengo por qué tenerles miedo!».

—¿Y quiénes son éstos? —dijo la Reina señalando a los tres Jardineros que estaban tumbados alrededor del rosal; pues, como estaban boca abajo, y el dibujo de

sus espaldas era igual que el del resto de la baraja, no podía saber si eran jardineros, soldados, cortesanos, o tres de sus propios hijos.

—¿Cómo voy a saberlo yo? —dijo Alicia, sorprendida de su propio valor—, eso no es asunto *mío*.

La Reina se puso congestionada de furia, y, tras lanzarle una mirada felina, empezó a gritar: «¡Que le corten la cabeza!^[2] ¡Que le corten...!».



—¡Qué tontería! —dijo Alicia, con voz alta y decidida; y la Reina se quedó callada.

El Rey posó una mano sobre el brazo de la Reina, y le dijo tímidamente:

—Reflexiona, querida: ¡es sólo una niña!

La Reina se apartó irritada, y le dijo a la Jota:

—¡Vuélvelos boca arriba!

La Jota les dio la vuelta cuidadosamente con el pie.

—¡Levantaos! —dijo la Reina con voz desgañitada; y los tres jardineros se pusieron instantáneamente en pie de un brinco, y empezaron a hacer reverencias al Rey, a la Reina, a los infantes reales y a todos los demás.

—¡Terminad! —chilló la Reina—. Me estáis mareando —y luego, volviéndose hacia el rosal, prosiguió—: ¿Qué *habéis* estado haciendo aquí?

—Con permiso de vuestra Majestad —dijo el Dos en tono humildísimo, hincando una rodilla mientras hablaba—: estábamos tratando de...

—¡Ya lo veo! —dijo la Reina, que entretanto había estado examinando las rosas—. ¡Que les corten la cabeza!

Y la comitiva reanudó la marcha, quedándose tres soldados con objeto de ejecutar a los desventurados jardineros, los cuales corrieron a Alicia para pedirle protección.

—¡No seréis decapitados! —dijo Alicia; y los metió en un tiesto grande que había allí cerca. Los tres soldados anduvieron buscándolos un minuto o dos, y luego se marcharon tranquilamente detrás de los demás.

—¿Les habéis cortado la cabeza? —gritó la Reina.

—La han perdido, con permiso de vuestra Majestad —gritaron los soldados en respuesta.

—¡Muy bien! —gritó la Reina—. ¿Sabes jugar al croquet?

Los soldados guardaron silencio, y miraron a Alicia, dado que la pregunta iba dirigida a ella, evidentemente.

—¡Sí! —gritó Alicia.

—¡Entonces ven! —vociferó la Reina; y Alicia se unió a la comitiva, preguntándose qué ocurriría a continuación.

—¡Hace... hace un día buenísimo! —dijo una tímida voz a su lado. Marchaba al lado del Conejo Blanco, que le dirigía ansiosas miradas a la cara.

—¡Mucho! —dijo Alicia—. ¿Dónde está la Duquesa?

—¡Chist! ¡Chist! —susurró el Conejo en voz baja y atribulada. Echó una mirada por encima del hombro, se enderezó sobre la punta de los pies, acercó la boca al oído de Alicia, y le susurró—: Está condenada a muerte.

—¿Por qué? —dijo Alicia.

—¿Has dicho «¡qué lástima!»? —preguntó el Conejo.

—No, no he dicho eso —dijo Alicia—. No creo que sea una lástima en absoluto. He dicho «¿por qué?».

—Ha abofeteado a la Reina... —empezó el Conejo. Alicia soltó una breve risita

—. ¡Por favor, calla! —susurró el Conejo asustado—. ¡Te va a oír la Reina! Es que ha llegado tarde, y la Reina le ha dicho...

—¡Ocupad vuestros puestos! —gritó la Reina con voz atronadora; y la gente empezó a correr de aquí para allá, entrechocando unos con otros; sin embargo, al cabo de un minuto o dos se habían situado, y empezó el juego.

Alicia pensó que en su vida había visto un campo de croquet más raro: estaba lleno de surcos y caballones; las pelotas de croquet eran erizos vivos, los mazos eran flamencos^[3] vivos, y los soldados tenían que curvarse, apoyándose con los pies y las manos, para hacer de arcos.

La mayor dificultad con que Alicia se tropezó al principio fue manejar su flamenco; consiguió colocarle el cuerpo cómodamente debajo de su brazo, con las patas colgando; pero en general, cuando lograba enderezarle el cuello, y se disponía a darle un golpe al erizo con la cabeza, ésta se *torcía* hacia arriba y la miraba a la cara con una expresión tan perpleja, que Alicia no podía por menos de echarse a reír; y cuando volvía a ponerle la cabeza hacia abajo, e iba a empezar otra vez, se encontraba con que el erizo se había desenrollado y se alejaba de allí; además de todo esto, había por lo general un surco o un caballón en la dirección hacia la que quería lanzar el erizo; y, como los soldados curvados estaban constantemente enderezándose y cambiándose a otras partes del campo, Alicia no tardó en sacar la conclusión de que era muy difícil jugar.



Los jugadores intervenían todos a la vez, sin guardar turno, y se peleaban sin

parar, disputándose los erizos; poco después, la Reina tuvo un arrebato de cólera, y empezó a dar patadas, gritando: «¡Que le corten la cabeza!» a cada instante.

Alicia empezó a sentirse muy inquieta: desde luego, todavía no había tenido ninguna discusión con la Reina, pero sabía que eso podía ocurrir en cualquier momento; «y entonces», pensó, «¿qué será de mí? Aquí son enormemente aficionados a decapitar; ¡lo que me asombra es que todavía quede alguien con vida!».

Miró en torno suyo buscando una forma de escapar, preguntándose si podría marcharse sin ser vista, cuando descubrió una extraña aparición en el aire; al principio se quedó muy perpleja, pero después de observarla durante un minuto o dos, llegó a la conclusión de que era una sonrisa, y se dijo: «Es el Gato de Cheshire; ahora tendré con quien charlar».

—¿Cómo te va? —dijo el Gato, tan pronto como apareció la boca lo bastante como para hablar.

Alicia esperó a que apareciesen los ojos, y entonces lo saludó con un movimiento de cabeza. «Es inútil que le hable», pensó, «mientras no tenga las orejas; al menos una de ellas». Un minuto después había aparecido toda la cabeza; entonces Alicia dejó al flamenco en el suelo, y empezó a contarle el juego, muy contenta de tener a alguien que la escuchase. El Gato debió de considerar que ya era visible la suficiente parte de su persona, y no apareció nada más.

—Creo que no juegan limpio —empezó Alicia, en tono más bien quejoso—; y discuten todos de una forma tan horrible que una no es capaz de oír su propia voz... aparte de que no parece que haya ninguna regla concreta; si la hay, desde luego nadie hace caso de ella..., así que no te puedes imaginar la confusión que supone el que todo esté vivo; por ejemplo, el arco que me toca cruzar anda paseándose por el otro extremo del campo... ¡y hace un momento, le habría dado un buen golpe al erizo de la Reina, si no hubiese echado a correr al ver llegar el mío!

—¿Te cae simpática la Reina? —dijo el Gato en voz baja.

—Ni pizca —dijo Alicia—. Es tan terriblemente... —en ese preciso momento se dio cuenta de que tenía a la Reina escuchando justo detrás, así que prosiguió— ... seguro que va a ganar, que casi no merece la pena seguir jugando.

La Reina sonrió y pasó de largo.

—¿Con quién hablas? —dijo el Rey, acercándose a Alicia y observando la cabeza del Gato con gran curiosidad.

—Es un amigo mío... un Gato de Cheshire —dijo Alicia—. Permittedme que os lo presente.

—No me gusta nada su pinta —dijo el Rey—; sin embargo, puede besarme la mano, si lo desea.

—Prefiero no hacerlo —contestó el Gato.

—¡No seas impertinente —dijo el Rey—, y no me mires así! —se colocó detrás

de Alicia mientras hablaba.

—Un gato puede mirar a un rey —dijo Alicia—. Lo he leído en un libro, aunque no recuerdo en cuál.^[4]

—Bueno, pues habría que suprimirlo —dijo el Rey con decisión; y llamó a la Reina que pasaba en ese momento—: ¡Querida! ¡Quisiera que mandases suprimir a este Gato!

La Reina tenía sólo una forma de arreglar todas las dificultades, las grandes y las pequeñas. «¡Que le corten la cabeza!», dijo, sin volverse a mirar siquiera.

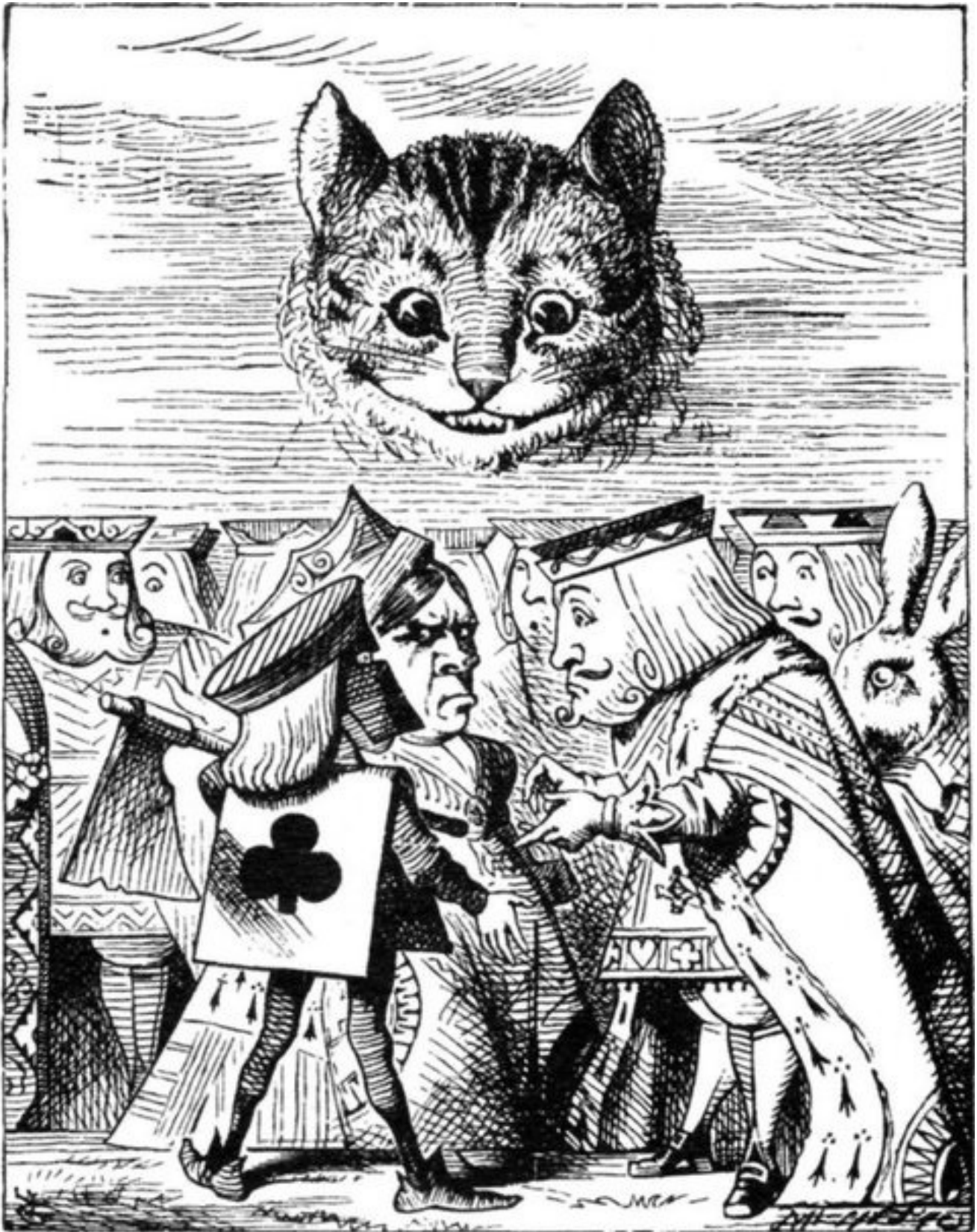
—Yo mismo traeré al verdugo —dijo el Rey impaciente, y echó a correr.

Alicia pensó que quizá era más conveniente regresar al juego y ver cómo iba, ya que había oído la voz de la Reina a lo lejos gritando acaloradamente. Ya la había oído sentenciar a tres de los jugadores por haberse equivocado de turno, y no le gustaba un pelo cómo se estaban poniendo las cosas, dado que había tal confusión en el juego que nunca sabía si le tocaba a ella o no. Así que se fue en busca de su erizo.

El erizo estaba enzarzado en una pelea con otro erizo, por lo que a Alicia le pareció una estupenda ocasión para hacer carambola con los dos; la única dificultad estaba en que su flamenco había cruzado al otro lado del jardín, donde Alicia podía verle hacer vanos esfuerzos por alzar el vuelo hasta un árbol.

Cuando cogió al flamenco y regresó con él, la pelea había terminado, y los dos erizos habían desaparecido; «pero no importa demasiado», pensó Alicia, «dado que se han ido todos los arcos de este lado del campo». Así que se echó el flamenco debajo del brazo para que no volviera a escapársele, y regresó a charlar otro poco con su amigo.

Cuando llegó adonde estaba el Gato de Cheshire, se quedó sorprendida al descubrir que se había reunido una gran multitud a su alrededor; se había entablado una discusión entre el verdugo, el Rey y la Reina, que hablaban al mismo tiempo, mientras los demás estaban completamente callados, y parecían muy incómodos.



Al ver llegar a Alicia, los tres apelaron a ella para que dirimiese la cuestión, repitiéndole sus respectivos argumentos; no obstante, como hablaban los tres a la vez, le resultó muy difícil averiguar qué decían exactamente.

El verdugo alegaba que no se podía cortar una cabeza, a menos que hubiese un cuerpo del cual separarla; que él no había tenido que hacer nunca una cosa así, y que no iba a empezar a estas alturas de su vida.

El criterio del Rey era que todo lo que tenía cabeza podía ser decapitado, y que lo demás eran tonterías.

El criterio de la Reina era que si no se hacía algo y pronto, mandaría ejecutar a todos los presentes (esta última observación hizo que los allí reunidos se mostrasen graves y desosegados).

A Alicia no se le ocurrió decir otra cosa que: «Es de la Duquesa; será mejor que le pregunten a ella».

—Está en la cárcel —dijo la Reina al verdugo—; tráela aquí —y el verdugo partió como un flecha.

La cabeza del Gato empezó a desvanecerse cuando se iba el verdugo, y al regresar con la Duquesa, el Gato había desaparecido por completo: así que el Rey y el verdugo echaron a correr precipitadamente en su busca, mientras el resto de los reunidos se volvían a incorporar al juego.

Historia de la Falsa Tortuga

—¡No te puedes imaginar lo contenta que estoy de volverte a ver, mi querida pequeña! —dijo la Duquesa, al tiempo que metía el brazo afectuosamente por debajo del de Alicia, y se alejaban juntas.

Alicia se alegró mucho de encontrarla de tan buen humor, y pensó que quizá era la pimienta lo que la había puesto tan violenta cuando se conocieron en la cocina.

«Cuando yo *sea* duquesa —se dijo Alicia (aunque no en un tono muy esperanzado)—, no tendré *ni una mota* de pimienta en la cocina. La sopa está buena sin ella... Puede que sea la pimienta lo que pone siempre a las personas acaloradas —prosiguió, contentísima de haber descubierto una nueva regla—, y el vinagre, agrias; y la manzanilla^[1], amargas; y... y el azúcar cande^[2], y cosas así, lo que da a los niños un carácter dulce. Me encantaría que la gente estuviera enterada de *esto*; así no sería tan tacaña con los dulces...»

Se había olvidado por completo de la Duquesa, y se sobresaltó un poco al oír su voz junto a su oído: «Vas pensando en algo, querida, y eso hace que te olvides de hablar. En este momento no recuerdo la moraleja que tiene eso, pero la recordaré dentro de un momento».

—A lo mejor no la tiene —se atrevió a decir Alicia.

—¡Vamos, vamos, criatura! —dijo la Duquesa—. Todo tiene su moraleja; lo que hace falta es dar con ella —y se apretó contra el costado de Alicia mientras hablaba.



PATHEFFE



A Alicia no le hacía mucha gracia llevar tan pegada a la Duquesa: primero porque era *feísima*; y en segundo lugar, porque tenía la estatura precisa para apoyar la barbilla en el hombro de Alicia; una barbilla que era molesta de tan puntiaguda. Sin embargo, no quiso ser descortés, así que aguantó lo mejor que pudo.

—El juego va mejor ahora —dijo, a fin de mantener un poco la conversación.

—En efecto —dijo la Duquesa—; y la moraleja es: «¡Ah, el amor, el amor es lo que hace andar al mundo!».

—¡Alguien dijo —susurró Alicia— que andaría mejor si cada cual se ocupara de sus propios asuntos!^[3]

—¡Ah, bueno!, viene a ser lo mismo —dijo la Duquesa, hincando su barbilla puntiaguda en el hombro de Alicia, a la vez que añadía—: y la moraleja de *eso* es: «Cuida del sentido, y el sonido cuidará de sí mismo».^[4]

«¡Qué manía de buscarles moraleja a las cosas!», se dijo Alicia para sus adentros.

—Quizá te estés preguntando por qué no te pongo el brazo alrededor de la cintura —dijo la Duquesa tras una pausa—; pero es que no sé qué genio tiene el flamenco que llevas. ¿Pruebo a ver?

—A ver si le da un picotazo —replicó Alicia precavida, sin el menor deseo de que probara.

—Muy cierto —dijo la Duquesa—; los flamencos y la mostaza pican. Y la moraleja es: «Dios los cría y ellos se juntan».

—Sólo que la mostaza no es ningún pájaro —comentó Alicia.

—Tienes razón, como siempre —dijo la Duquesa—; ¡qué manera más clara de decir las cosas!

—Es mineral, *creo* —dijo Alicia.

—Por supuesto que lo es —dijo la Duquesa, que parecía dispuesta a coincidir en todo lo que dijese Alicia—: hay una gran mina de mostaza cerca de aquí. Y la moraleja de eso es: «Cuanto más mino yo, menos tienes tú».

—¡Ah, ya me acuerdo! —exclamó Alicia, que no había prestado atención a este último comentario—, es vegetal; no lo parece, pero lo es.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo la Duquesa—; y la moraleja de eso es: «Sé lo que quisieras parecer»; o si lo prefieres más sencillamente: «Nunca imagines no ser de otro modo que pueda parecer a otros que lo que eras o podías haber sido no fuera de modo que lo que habías sido les hubiera parecido distinto».

—Creo que lo entendería mejor —dijo Alicia muy cortésmente— si me lo pusiese por escrito; pero diciéndomelo, no consigo seguirla.

—Eso no es nada comparado a como podría decirlo, si quisiera —replicó la Duquesa en tono complacido.

—Por favor, no se moleste en decirlo de otra forma —dijo Alicia.

—¡Oh, no es ninguna molestia! —dijo la Duquesa—: te regalo todo lo que he

dicho hasta aquí.

«¡Un regalo bien barato!», pensó Alicia. «¡Me alegro de que la gente no haga regalos de cumpleaños de esa clase!». Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Estás pensando otra vez? —preguntó la Duquesa, hincándole de nuevo su puntiaguda barbilla.

—Tengo derecho a pensar —dijo Alicia con sequedad, ya que empezaba a estar un poco molesta.

—El mismo derecho —dijo la Duquesa— que los cerdos a volar; y la mo...

Pero aquí, para gran sorpresa de Alicia, la voz de la Duquesa se apagó, incluso a mitad de su palabra favorita: «moraleja»; y el brazo con que tenía enlazado el suyo empezó a temblar. Alicia alzó los ojos, y allí estaba la reina, delante de ellas, con los brazos cruzados y el ceño fruncido como una tormenta.

—¡Hermoso día, Majestad! —empezó la Duquesa con voz floja y débil.

—Bueno, te lo advierto con toda franqueza —exclamó la Reina, dando una patada en el suelo, mientras hablaba—: ¡o desapareces tú, o desaparece tu cabeza; pero eso en un santiamén! ¡Elige!

La Duquesa eligió, y desapareció en un segundo.

—Sigamos con el juego —le dijo la Reina a Alicia; Alicia estaba demasiado asustada para decir nada; pero la siguió lentamente hasta el terreno de juego.

Los demás invitados habían aprovechado la ausencia de la Reina, y estaban descansando a la sombra; sin embargo, en cuanto la vieron, se apresuraron a reanudar el juego; y la Reina se limitó a advertirles que como se demorasen un segundo les costaría la vida.

Mientras duró el juego, la Reina no paró de pelearse con los demás jugadores, y de gritar: «¡Que le corten la cabeza!». Aquellos a quienes sentenciaba la Reina eran detenidos por los soldados, quienes, para cumplir tales órdenes, tenían que dejar de ser arcos, como es natural, de manera que al cabo de media hora más o menos no quedaban arcos, y todos los jugadores, excepto el Rey, la Reina y Alicia, habían sido detenidos y condenados a muerte.

Entonces la Reina abandonó el juego, completamente sin aliento, y le dijo a Alicia:

—¿Has visto ya a la Falsa Tortuga?

—No —dijo Alicia—. Ni siquiera sé qué es una Falsa Tortuga.

—Es de lo que se hace la sopa de Falsa Tortuga^[5] —dijo la Reina.

—Jamás las he visto, ni había oído hablar de ellas.

—Entonces ven —dijo la Reina—, y que te cuente su historia.

Cuando se alejaban juntas, Alicia oyó al Rey que decía en voz baja a los invitados en general: «Estáis todos perdonados». «¡Vaya, *é*sa sí que es una buena acción!», se dijo Alicia, ya que estaba muy apenada por el número de ejecuciones que la Reina

había ordenado.

Poco después se encontraron con un Grifo^[6] que estaba tumbado y profundamente dormido al sol (si no sabéis lo que es un Grifo, mirad la ilustración). «¡Levanta, perezoso! —dijo la Reina—, y lleva a esta señorita a ver a la Falsa Tortuga para que oiga su historia. Yo tengo que regresar a ocuparme de unas cuantas ejecuciones que he ordenado»; y se marchó dejando a Alicia sola con el Grifo.



A Alicia no le hacía gracia la pinta del animal, pero pensó que, en resumidas cuentas, tan segura estaba quedándose junto a él como yéndose con la cruel Reina; así que esperó a ver.

Se incorporó el Grifo, y se restregó los ojos; luego se quedó mirando a la Reina hasta que se perdió de vista; entonces soltó una risita: «¡Qué gracia!», dijo el Grifo, medio para sí, medio para Alicia.

—¿Qué es lo que tiene gracia? —dijo Alicia.

—Pues *ella* —dijo el Grifo—. Todo es imaginación suya; aquí nunca se ejecuta a nadie. ¡Vamos!

«Aquí todos andan diciendo ¡vamos! a cada momento», pensó Alicia mientras le seguía despacio. «En la vida me habían mandado tanto, ¡en la vida!».

No habían andado mucho, cuando vieron a lo lejos a la Falsa Tortuga sentada, triste y sola, en el borde de una roca; y cuando estuvieron cerca, Alicia la oyó suspirar como si fuese a partírsele el corazón. La compadeció profundamente. «¿Cuál es su desgracia?», preguntó al Grifo. Y el Grifo contestó casi con las mismas palabras

de antes: «Es todo imaginación: no tiene ninguna desgracia. ¡Vamos!».

Conque se acercaron a la Falsa Tortuga, y ésta les miró con sus ojos arrasados en lágrimas, pero no dijo nada.

—Aquí, esta señorita —dijo el Grifo— quiere conocer tu historia.

—Se la contaré —dijo la Falsa Tortuga con voz profunda y cavernosa—. Sentaos los dos, y no habléis hasta que haya terminado.

Se sentaron, y nadie habló durante unos minutos. Alicia pensó: «No sé cuándo va a terminar a este paso, si no se decide a empezar». Pero siguió esperando pacientemente.

—En otro tiempo —dijo por fin la Falsa Tortuga con un hondo suspiro—, fui una Tortuga de verdad.

Estas palabras fueron seguidas de un largo silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por alguna exclamación: «¡Hjckrrh!», por parte del Grifo, y los sollozos de la Falsa Tortuga. Alicia estuvo a punto de levantarse y decirle: «Muchas gracias, señora, por su interesante historia»; pero pensó que *debía* haber algo más; así que siguió sentada sin decir nada.



—De pequeñas —continuó al fin la Falsa Tortuga, más calmada, aunque sollozando todavía de vez en cuando—, fuimos a la escuela, en el mar. La maestra era una vieja Tortuga; solíamos llamarla Tortuga de Tierra...

—¿Por qué la llamaban así, si no lo era? —preguntó Alicia.

—La llamábamos así porque nos enseñaba^[7] —dijo la Falsa Tortuga con enfado—. ¡Cuidado que eres estúpida!

—Debería darte vergüenza hacer una pregunta tan tonta —añadió el Grifo; y a continuación se quedaron mirando en silencio a Alicia, que deseó que se la tragara la

tierra. Por último, el Grifo dijo a la Falsa Tortuga: «Bueno, continúa, muchacha. ¡Vas a tardar todo el día!», y la Falsa Tortuga prosiguió con estas palabras:

—Sí; íbamos a la escuela, en el mar, aunque no lo creas...

—¡Yo no he dicho eso! —interrumpió Alicia.

—Sí que lo has dicho —dijo la Falsa Tortuga.

—¡Cállate ya! —añadió el Grifo, antes de que Alicia empezara otra vez. La Falsa Tortuga continuó:

—Recibimos la mejor formación...; de hecho, íbamos a clase todos los días...

—Yo también voy diariamente a clase —dijo Alicia—. No tiene por qué estar tan orgullosa de eso.

—¿Con clases complementarias? —preguntó la Falsa Tortuga con cierta ansiedad.

—Sí —dijo Alicia—: dábamos Francés y Música.

—¿Y lavado? —dijo la Falsa Tortuga.

—¡Por supuesto que no! —dijo Alicia indignada.

—¡Ah! Entonces tu colegio no es verdaderamente bueno —dijo la Falsa Tortuga con gran alivio—. En cambio en *nuestro* colegio, al final del recibo ponía: «Complementos: Francés, Música y Lavado».^[8]

—Pues no les hacía mucha falta —dijo Alicia—, si vivían en el fondo del mar.

—Yo no pude costearme esa asignatura —dijo la Falsa Tortuga con un suspiro—. Sólo cursé las materias *fundamentales*.

—¿Cuáles eran? —preguntó Alicia.

—Para empezar, Mecer y Esgrimir^[9], por supuesto —replicó la Falsa Tortuga—; después, las distintas partes de la Aritmética: Ambición, Distracción, Feificación y Discusión.

—Nunca había oído hablar de la «Feificación» —se atrevió a comentar Alicia—. ¿Qué es?

El Grifo alzó las zarpas con sorpresa.

—¡No has oído hablar de feificar! —exclamó—. Supongo que sí sabrás lo que es embellecer.

—Sí —dijo Alicia dubitativa—: significa hacer... una cosa... más bonita.

—Bueno —prosiguió el Grifo—; entonces si no sabes qué es feificar es que *eres* tonta.

Alicia no se sintió con ánimos para hacer más preguntas sobre el particular; de modo que se volvió a la Falsa Tortuga, y le dijo: «¿Qué más ha estudiado?».

—Bueno, pues teníamos Escoria —replicó la Falsa Tortuga, contando las materias con las aletas—: Escoria antigua y moderna, y Marografía; después, Difuso... el profesor de Difuso era un viejo Congrio que iba un día a la semana; además de Difuso nos enseñaba a hacer Boletos y Pringar al Cóleo.

—¿Y eso cómo era? —dijo Alicia.

—Bueno, ahora no te puedo hacer una demostración —dijo la Falsa Tortuga—. Estoy muy desentrenada. Y el Grifo no cursó esas materias.

—No tuve tiempo —dijo el Grifo—, sin embargo, me dio clase el profesor de lenguas clásicas. Era un viejo Cangrejo.

—A mí no —dijo la Falsa Tortuga con un suspiro—. Decían que enseñaba Batín y Friego.

—Así es, así es —dijo el Grifo suspirando a su vez; y los dos animales ocultaron la cara entre sus zarpas.

—¿Y cuántas horas de clase daban al día? —dijo Alicia, apresurándose a cambiar de tema.

—El primer día diez horas —dijo la Falsa Tortuga—; el siguiente, nueve y así sucesivamente.

—¡Qué horario más extraño! —exclamó Alicia.

—Por eso las materias se llaman dis-ci-plinas —subrayó el Grifo—: porque disminuyen de día en día.

Esta idea era completamente nueva para Alicia, y estuvo dándole vueltas antes de hacer la siguiente observación:

—Entonces, el undécimo día no habría clase, ¿no?

—Pues claro que no —dijo la Falsa Tortuga.

—Y el duodécimo día, ¿qué? —prosiguió Alicia interesada.

—Ya basta de hablar de clases —interrumpió el Grifo tajante—. Cuéntale ahora algo sobre los juegos.

La Contradanza de los Bogavantes

La Falsa Tortuga suspiró profundamente, y se pasó el dorso de una aleta por los ojos. Miró a Alicia y trató de hablar, pero durante un minuto o dos, los sollozos le ahogaron la voz. «Igual que si se le hubiese atascado un hueso en la garganta», dijo el Grifo; y se puso a sacudirla y a darle golpes en la espalda. Por último, la Falsa Tortuga recobró la voz, y, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, prosiguió:

—Puede que no hayas vivido mucho bajo el mar... —(«No he vivido nunca dijo Alicia»)...— Y no te hayan presentado nunca a un Bogavante... —(Alicia empezó a decir: «Una vez probé...», pero se contuvo apresuradamente, y dijo: «No, nunca»)—, ... ¡así que no te puedes hacer idea de lo graciosa que es una Contradanza de Bogavantes!^[1]

—No, desde luego —dijo Alicia—. ¿Qué clase de baile es?

—Pues —dijo el Grifo—, primero se forma una fila a lo largo de la orilla...

—¡Dos filas! —gritó la Falsa Tortuga—. Focas, tortugas, salmones y demás; luego, una vez quitadas de en medio todas las medusas...

—Lo que por regla general lleva bastante tiempo —interrumpió el Grifo.

—... Dan dos pasos hacia delante...

—¡Cada cual con un Bogavante de pareja! —exclamó el Grifo.

—Naturalmente —dijo la Falsa Tortuga—: dan dos pasos adelante, se forman las parejas...

—... cambian de Bogavante, y se retiran en el mismo orden —dijo el Grifo.

—Entonces —prosiguió la Falsa Tortuga— se lanzan los...

—¡Los Bogavantes! —exclamó el Grifo, dando un salto en el aire.

—... Al mar, lo más lejos que se puede...

—¡Y se echan a nadar tras ellos! —gritó el Grifo.

—¡Das una voltereta en el mar! —exclamó la Falsa Tortuga, haciendo una cabriola, entusiasmada.

—¡Cambio de Bogavante otra vez! —chilló el Grifo a voz en cuello.

—Vuelta a tierra otra vez, y... ésa es la primera figura —dijo la Falsa Tortuga, bajando de pronto la voz; y los dos bicharracos, que habían estado brincando como locos todo el rato, se sentaron otra vez tristísimos y en silencio, y se quedaron mirando a Alicia.

—Debe de ser un baile muy bonito —dijo Alicia con timidez.

—¿Te gustaría ver un trozo? —dijo la Falsa Tortuga.

—Muchísimo —dijo Alicia.

—¡Venga, pues vamos a bailar la primera figura! —dijo la Falsa Tortuga al Grifo

—. Podemos bailarla sin Bogavantes. ¿Quién de los dos canta?
—¡Anda, canta tú! —dijo el Grifo—. A mí se me ha olvidado la letra.



Y empezaron a bailar solemnemente, dando vueltas y vueltas alrededor de Alicia, pisándole los pies de cuando en cuando, cada vez que pasaban demasiado cerca, y balanceando las patas delanteras para marcar el compás, mientras la Falsa Tortuga cantaba, muy lenta y lastimera, lo siguiente^[2]:

«¿Quieres andar más de prisa?». Dijo la Pescadilla^[3] al Caracol,

«Detrás, viene un delfín que me va pisando la cola.

¡Mira lo ansiosos que avanzan Bogavantes y Tortugas!

Ya esperan en la grava^[4]... ¿vienes a unirte a la danza?

¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres unirte a la danza?

¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres, no quieres unirte a la danza?

«¡No puedes imaginar lo delicioso que es

cuando nos cogen y nos lanzan, con los Bogavantes, al mar!».

Pero el Caracol replicó: «Demasiado lejos», mirando de soslayo.

Dijo la Pescadilla que lo agradecía, pero no se uniría a la danza.

No quería, no podía, no quería, no podía, no quería unirse a la danza.

No quería, no podía, no quería, no podía, no podía unirse a la danza.

«¿Qué importa lo lejos que sea?», replicó su escamosa amiga.

«Sabes que hay otra orilla, al otro lado.»

Cuanto más lejos se está de Inglaterra, más cerca de Francia se está...

Conque no palidezcas, querido Caracol, y ven a unirte a la danza.

¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres, quieres unirte a la danza?

¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres, unirte a la danza?

—Muchas gracias, es un baile interesantísimo —dijo Alicia muy contenta de que hubiese terminado por fin—; ¡y me ha encantado esa curiosa canción de la Pescadilla!

—¡Ah! las Pescadillas —dijo la Falsa Tortuga— son... pero tú las has visto, ¿verdad?

—Sí —dijo Alicia—. Las he visto muchas veces en la cen... —se contuvo precipitadamente.

—No sé qué sitio es ése de la cen —dijo la Falsa Tortuga—, pero si las has visto a menudo, naturalmente sabes cómo son, ¿no?

—Creo que sí —replicó Alicia pensativa—; tienen la cola cogida con la boca^[5]... y están todas cubiertas de pan rallado.

—En lo del pan rallado te equivocas —dijo la Falsa Tortuga—. El mar les quitaría el pan. Pero sí se muerden la cola; y el motivo es... —aquí la Falsa Tortuga bostezó y cerró los ojos—. Cuéntale tú el motivo y demás —le dijo al Grifo.

—El motivo es —dijo el Grifo— que *quisieron* bailar con los bogavantes, así que fueron arrojadas al mar. Así que tuvieron que caer muy lejos. Así que se sujetaron la cola fuertemente con la boca. Así que no se la pudieron volver a soltar. Eso es todo.

—Gracias —dijo Alicia—, es muy interesante. Nunca había oído tantas cosas sobre las Pescadillas.

—Aún te puedo contar más, si quieres —dijo el Grifo—. ¿A que no sabes por qué se llaman Pescadillas?

—Nunca se me había ocurrido pensarlo —dijo Alicia—. ¿Por qué?

—Porque *sirven para blanquear las botas y los zapatos* —replicó el Grifo con

solemnidad.^[3b]

Alicia se quedó completamente perpleja: «¿Para blanquear las botas y los zapatos?» —repitió asombrada.

—¡Pues claro!, ¿con qué crees que se limpian tus zapatos?

Alicia se miró los zapatos, y meditó un momento antes de contestar:

—Se limpian con betún. Creo.

—Pues bajo el mar —prosiguió el Grifo con voz profunda—, las botas y los zapatos se limpian con pescadilla. Ahora ya lo sabes.

—¿Y de qué están hechos? —preguntó Alicia con gran curiosidad.

—De sollos y cazones, naturalmente —replicó el Grifo, algo irritado—; cualquier gamba habría sabido decírtelo.

—Yo en lugar de la Pescadilla —dijo Alicia, cuyos pensamientos aún estaban en la canción—, le habría dicho al delfín: «¡Vete, por favor! ¡No te queremos con nosotros!».

—No tienen más remedio que llevarlo con ellos —dijo la Falsa Tortuga—. Ningún pez prudente anda por ahí sin un delfín.

—¿Es verdad eso? —dijo Alicia con tono de gran sorpresa.

—Pues claro —dijo la Falsa Tortuga—. Si me viniese un pez y me dijese que iba a hacer un viaje, le preguntaría: «¿Con qué Delfín?».

—¿No querrás decir «con qué fin»? —dijo Alicia.

—Yo quiero decir lo que digo —replicó la Falsa Tortuga en tono ofendido. Y el Grifo añadió:

—Venga, oigamos alguna de tus aventuras.

—Podría contaros mis aventuras... empezando por esta mañana —dijo Alicia con cierta timidez—; no vale la pena retroceder hasta ayer, porque entonces era yo una persona muy distinta.

—Explícanos todo eso —dijo la Falsa Tortuga.

—¡No, no! Las aventuras primero —dijo el Grifo impaciente—; las explicaciones son horriblemente largas.

Así que Alicia empezó a contarles sus aventuras desde el momento en que vio al Conejo Blanco por primera vez. Al principio, la ponía un poco nerviosa tener a los dos animales tan pegados, uno a cada lado, con los ojos y la boca *muy* abiertos; aunque fue cobrando valor, a medida que avanzaba. Sus oyentes se estuvieron completamente callados, hasta que llegó al momento en que tuvo que recitarle «*Eres viejo, Padre William*» a la Oruga, y le salieron las palabras completamente diferentes; entonces la Falsa Tortuga aspiró profundamente y dijo:

—¡Es curiosísimo!

—Tan curioso que no puede serlo más —dijo el Grifo.

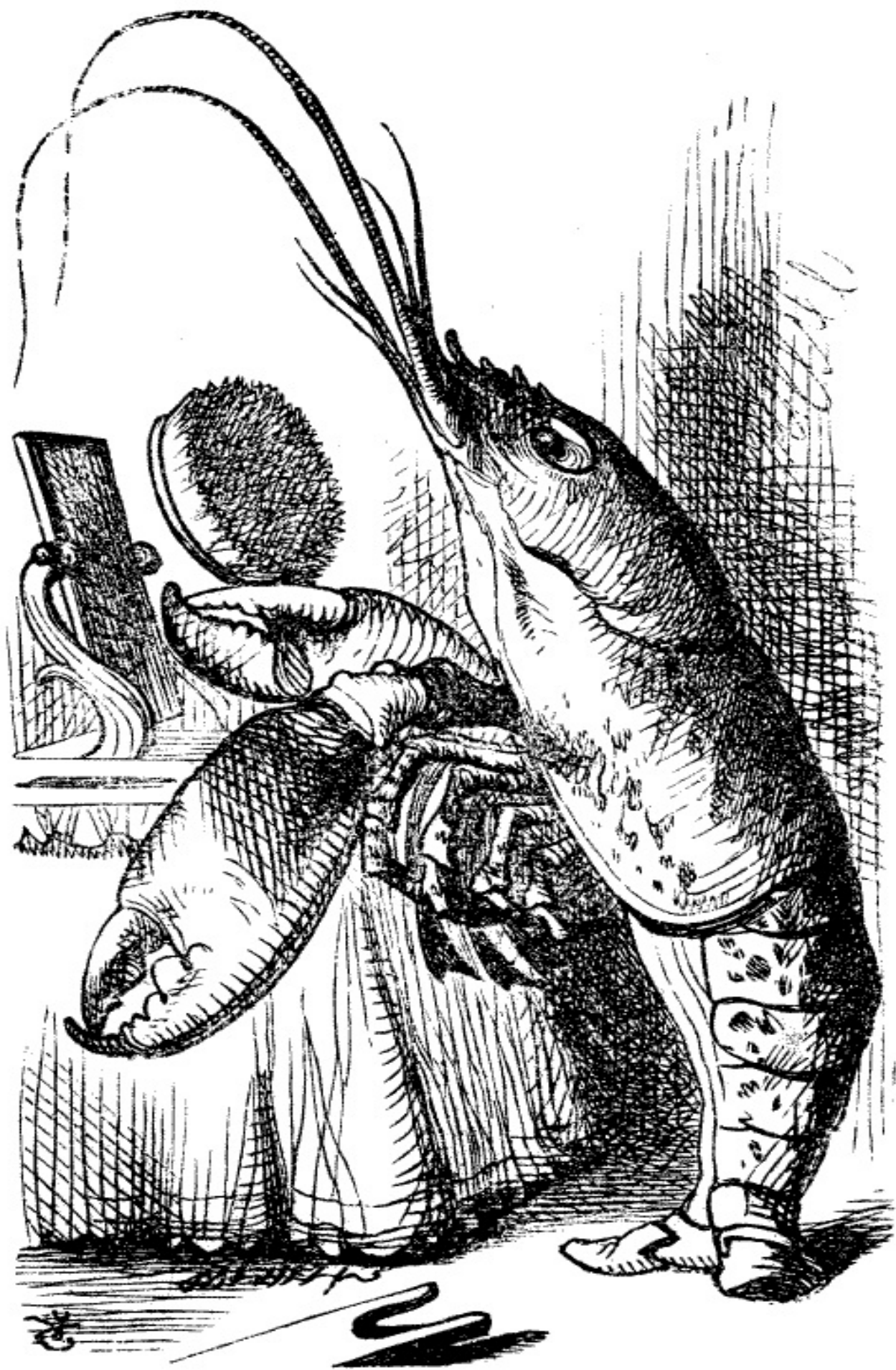
—¡Y le salían todas diferentes! —repitió pensativa la Falsa Tortuga—. Me

gustaría que probara a recitar algo ahora. Dile que empiece —miró al Grifo como si considerase que éste tenía alguna autoridad sobre Alicia.

—Levántate y recita: «*Es la voz del holgazán*» —dijo el Grifo.

«¡Qué manera de mandar y de hacerle a una repetir lecciones tienen estos bichos!», pensó Alicia. «¡Igual que si estuviese en el colegio!». Sin embargo, se levantó y empezó a recitarla; pero tenía la cabeza tan puesta en la Contradanza de los Bogavantes, que apenas sabía lo que decía; en efecto, le salió una letra muy rara^[6]:

«Es la voz del Bogavante; le oí que declaraba:
"Muy moreno me has tostado, tendré que endulzarme el pelo".
Como el pato con sus párpados, así él, con su nariz,
se ajusta el cinturón y los botones, y tuerce las puntas de los pies.
Cuando se secan las arenas, disfruta como un Lirón,
y habla con desprecio del Tiburón;
pero cuando sube la marea, y el Tiburón merodea,
su voz se vuelve un tímido, un tembloroso son.»



—Es muy diferente de como solía recitarla yo, cuando era niño —dijo el Grifo.

—Vaya; yo nunca la había oído —dijo la Falsa Tortuga—; pero parece una solemne tontería.

Alicia no dijo nada; se había sentado con la cara entre las manos, preguntándose si *alguna* vez volverían a suceder las cosas de manera natural.

—Quisiera que la explicases —dijo la Falsa Tortuga.

—No la puede explicar —se apresuró a decir el Grifo—. Continúa con la siguiente estrofa.

—Pero, ¿y lo de las puntas de los pies? —insistió la Falsa Tortuga—. ¿Cómo *podía* torcerlas con la nariz?

—Es la posición inicial en el baile —dijo Alicia; pero estaba terriblemente asombrada por todo aquello, y deseando cambiar de conversación.

—Continúa con la siguiente estrofa —repitió el Grifo—, la que empieza: «*Al pasar por su jardín*».

Alicia no se atrevió a desobedecer, aunque estaba convencida de que le saldría todo mal; y prosiguió con voz temblorosa:

«Al pasar por su jardín, pude observar de reojo
cómo el Búho y la Pantera se repartían un pastel:
para la Pantera la miga, la salsa y lo de dentro;
en cuanto al Búho, la fuente fue su parte en el banquete.
Terminado el pastel, al Búho, como favor,
se le permitió quedarse con la cuchara;
mientras la Pantera cogía gruñendo el cuchillo y el tenedor;
y el banquete concluyó...»^[7]

—¿De qué sirve recitar todo eso —interrumpió la Falsa Tortuga—, si no lo vas explicando al mismo tiempo? Es lo más confuso que *he* oído en mi vida.

—Sí, creo que es mejor que lo dejes —dijo el Grifo; y Alicia lo dejó encantadísima.

—¿Probamos a bailar otra figura de la Contradanza de los Bogavantes? —dijo a continuación el Grifo—. ¿O prefieres que la Falsa Tortuga cante otra canción?

—¡Oh, prefiero la canción, por favor!, si a la Falsa Tortuga no le importa —replicó Alicia, con tanta ansiedad que el Grifo dijo en tono algo ofendido:

—¡Hum! ¡Sobre gustos no hay nada escrito! Anda, cántale «*Sopa de Tortuga*», ¿eh, muchacha?

La Falsa Tortuga suspiró hondamente, y empezó a cantar con la voz ahogada por los sollozos^[8]:

«¡Hermosa Sopa, rica y verde;
que esperas en la soperita caliente!
¿Quién ante su exquisitez no se rinde?
¡Sopa de la noche, hermosa Sopa!

¡Sopa de la noche, hermosa Sopa!

¡Hermo... oosa Soo... oopa!

¡Hermo... oosa Soo... oopa!

¡Soo... oopa de la noo... oo... oche,
hermosa, hermosa Sopa!»

«¡Hermosa Sopa! ¿Quién apetece el pescado,
la caza o cualquiera bocado?

¿Quién no lo daría todo por dos
peniques de Hermosa Sopa?

¿Por dos peniques de Hermosa Sopa?

¡Hermo... oosa Soo... oopa!

¡Hermo... oosa Soo... oopa!

Soo... oopa de la noo... oo... oche,
¡Hermosa, hermo... SA SOPA!»

—¡Repite el estribillo! —exclamó el Grifo.

Pero no había hecho más que empezar la Falsa Tortuga, cuando se oyó a lo lejos el grito de: «¡Está empezando el juicio!».

—¡Vamos! —exclamó el Grifo; y cogiendo a Alicia de la mano, echó a correr, sin esperar a que acabara la canción.

—¿De qué juicio se trata? —jadeó Alicia mientras corría; pero el Grifo se limitó a repetir:

—¡Vamos!

Y corrió más deprisa aún, mientras oían cada vez más débiles, arrastradas por la brisa que soplaba en la misma dirección que ellos, las melancólicas palabras:

«Soo... oopa de la noo... oo... oche,
¡Hermosa, Hermosa Sopa!»

¿Quién robó las tartas?

Cuando llegaron, el Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en su trono, con una gran multitud congregada a su alrededor: toda clase de pajarillos y bestezuelas, así como un mazo entero de cartas; la Jota estaba de pie delante de ellos, encadenada, con un soldado a cada lado custodiándola; y junto al Rey estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano, y un rollo de pergamino en la otra. En el centro mismo de la sala había una mesa, y encima de ella una gran fuente con tartas: tenían tan buena pinta, que a Alicia le entró hambre sólo de verlas: ¡«Ojalá terminen el juicio», pensó, «y pasen al refrigerio»! Pero parecía que no había posibilidad de que ocurriese tal cosa; así que empezó a mirar a su alrededor para pasar el rato.

Alicia no había estado nunca en un tribunal de justicia, pero había leído cosas sobre ellos en los libros, y se sintió contenta al comprobar que se sabía el nombre de casi todo lo que había allí: «Ése es el Juez —se dijo—, según se ve por su enorme peluca».

El Juez, dicho sea de paso, era el Rey: y como llevaba la corona encima de la peluca (mirad el frontispicio si queréis saber cómo la llevaba) no parecía estar nada cómodo, ni desde luego le sentaba bien.

«Eso debe de ser la tribuna del jurado», pensó Alicia; «y esos bichos» (no tenía más remedio que llamarlos bichos, porque unos eran bestezuelas y otros eran pájaros), «supongo que son los miembros del jurado». Este último término se lo repitió a sí misma dos o tres veces, orgullosa, porque pensaba, y con razón, que muy pocas niñas de su edad sabían lo que significaba. Sin embargo, podía haber dicho simplemente «jurados».

Los doce miembros del jurado escribían afanosamente en sus pizarras. «¿Qué hacen? —susurró Alicia al Grifo—. No pueden escribir nada mientras no empiece el juicio».

—Están escribiendo sus nombres —contestó el Grifo en voz baja—, por temor a que se les olviden antes de terminar el juicio.

—¡Qué estúpidos! —empezó Alicia en voz alta, indignada; pero se calló apresuradamente, porque el Conejo Blanco gritó: «¡Silencio en la sala!», y el Rey se puso los lentes y miró ansiosamente por el recinto para averiguar quién estaba hablando.

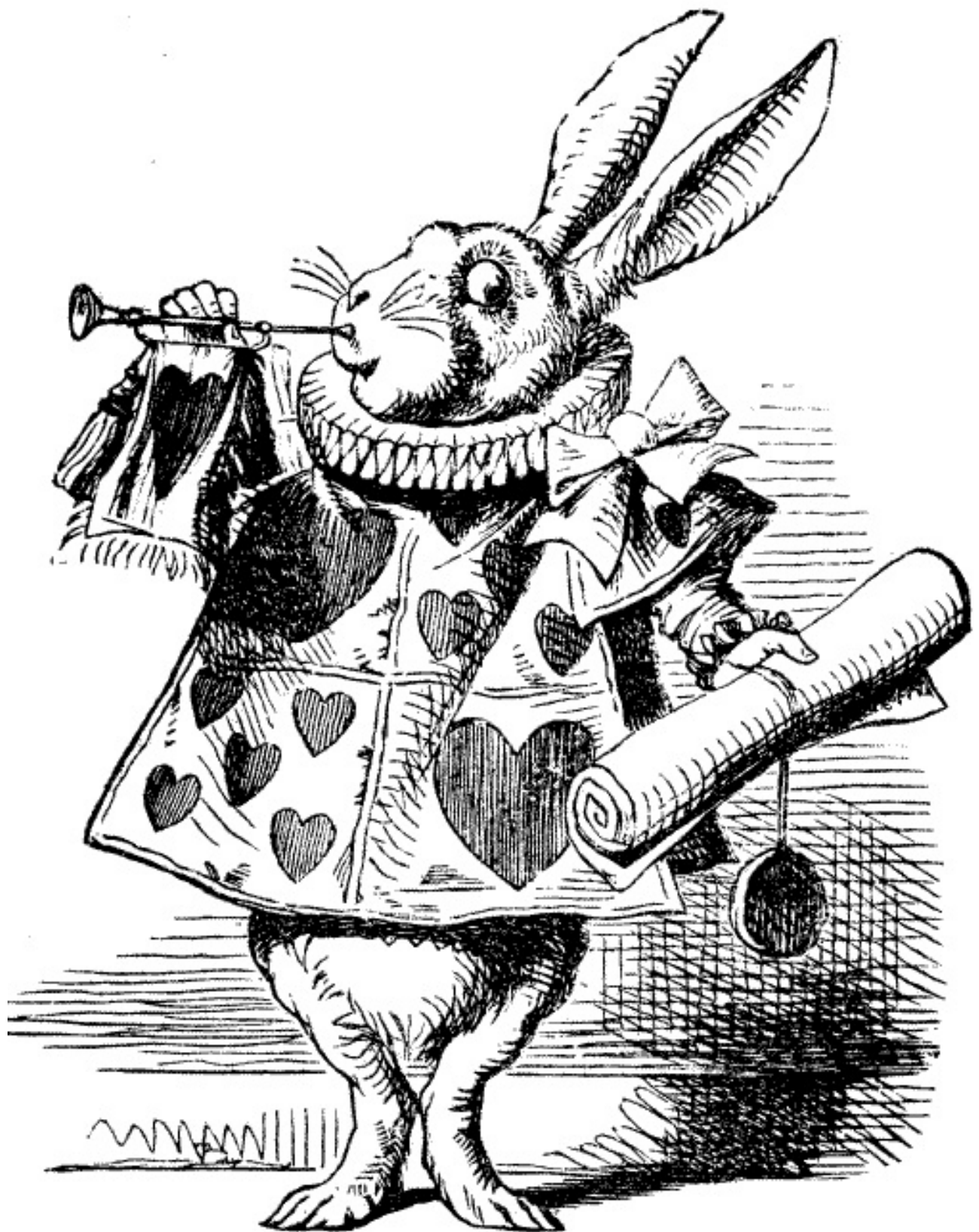
Alicia pudo ver, como si mirase por encima del hombro de todos ellos, que los miembros del jurado escribían: «¡Qué estúpidos!» en sus pizarras; incluso descubrió que uno de ellos no sabía escribir la palabra «estúpidos», y había tenido que pedirle a

su vecino que se la deletreara. «Vaya embrollo van a tener en sus pizarras antes de que termine el juicio!», pensó Alicia.

Uno de los jurados tenía un pizarrín que chirriaba. Naturalmente, esto Alicia *no* lo podía soportar; así que dio la vuelta a la sala, se colocó detrás de él, y no tardó en encontrar ocasión de quitárselo. Lo hizo con tanta habilidad que el pobre jurado (era Bill, el Lagarto) no se enteró de qué había pasado con su pizarrín; así que después de buscarlo alrededor suyo, no tuvo más remedio que seguir escribiendo con el dedo durante el resto del día; lo que servía de bien poco, ya que no dejaba señal alguna en la pizarra.

—¡Heraldo, lee la acusación! —dijo el Rey.

A lo que el Conejo Blanco dio tres trompetazos, desenrolló después el pergamino, y leyó lo siguiente^[1]:



Chapman & Co. 1865

«La Reina de Corazones hizo unas tartas,
un buen día de verano;
la Jota de Corazones ha cogido esas tartas,
¡sin más se las ha llevado!»

—Considerad vuestro veredicto —dijo el Rey al jurado.

—¡Todavía no, todavía no! —interrumpió apresuradamente el Conejo—. ¡Aún falta mucho para eso!

—Llama al primer testigo —dijo el Rey, y el Conejo Blanco tocó la trompeta tres veces, y llamó: «¡Primer testigo!».

El primer testigo era el Sombrerero. Entró con una taza de té en una mano y una rebanada de pan con mantequilla en la otra. «Os ruego que me perdonéis, Majestad —empezó—, por traer estas cosas; pero aún no me había terminado el té cuando me han llamado».

—Debías habértelo terminado —dijo el Rey—. ¿Cuándo lo empezaste a tomar?

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo que había entrado tras él en la sala, cogida del brazo del Lirón. «El catorce de marzo, creo que fue», dijo.

—El quince —dijo la Liebre de Marzo.

—El dieciséis —dijo el Lirón.

—Anotad eso —dijo el Rey a los jurados; y éstos escribieron afanosamente las tres fechas en sus pizarras; luego las sumaron, y redujeron el resultado a chelines y peniques.

—Quítate tu sombrero —dijo el Rey al Sombrerero.

—No es mío —dijo el Sombrerero.

—¡*Lo has robado!* —exclamó el Rey, volviéndose hacia los jurados, los cuales tomaron instantáneamente buena nota de esto.

—Los llevo para venderlos —añadió el Sombrerero como explicación—. No tengo ninguno de mi propiedad. Soy sombrerero.

Aquí la Reina se puso los lentes, y empezó a mirar con severidad al Sombrerero, que se puso pálido y nervioso.

—Haz tu declaración —dijo el Rey—, y no te pongas nervioso, o te mando ejecutar sin más.

Esto no pareció animar al testigo ni mucho menos: siguió basculando sobre un pie y sobre otro, mirando con desasosiego a la Reina; y en su confusión, arrancó de un bocado un gran trozo de taza, en vez de morder la rebanada de pan con mantequilla.

En ese preciso momento Alicia tuvo una sensación muy extraña que la dejó perpleja, hasta que averiguó qué era: estaba empezando otra vez a aumentar de tamaño; al principio pensó levantarse y abandonar la sala, pero luego cambió de parecer y decidió seguir donde estaba mientras cupiese.

—Quisiera que no empujases tanto —dijo el Lirón, que estaba sentado junto a ella—. Casi no puedo respirar.

—No puedo evitarlo —dijo Alicia muy dócilmente—: estoy creciendo.

—No tienes derecho a crecer aquí —dijo el Lirón.

—No digas tonterías —dijo Alicia más decidida—, sabes de sobra que tú también creces.

—Sí, pero yo crezco a un ritmo razonable —dijo el Lirón—; no de esa manera tan desconsiderada —y se puso de mal humor, y cruzó al otro lado de la sala.

Durante todo este tiempo, la Reina no le había quitado ojo al Sombrerero, y precisamente en el momento en que el Lirón cruzaba la sala para cambiarse de sitio, dijo a uno de los ujieres: «Tráeme la lista de los que cantaron en el último concierto». Al oír esto, el desventurado Sombrerero se echó a temblar de tal modo que se le salieron los zapatos de los pies.^[2]



—Haz tu declaración —repitió el Rey irritado—; o te mando ejecutar, tanto si estás nervioso como si no.

—Soy un pobre hombre, Majestad —empezó el Sombrerero con voz temblorosa —, y no había empezado a tomarme el té... hará como una semana... con unas rebanadas de pan con mantequilla que son cada vez más finas... y el temblor del té...

—¿El temblor de *qué*? —dijo el Rey.

—*Empezaba* con el té —replicó el Sombrerero.

—¡Naturalmente que *empieza* con T! —dijo el Rey con sequedad—. ¿Me tomas por un zopenco? ¡Continúa!

—Soy un pobre hombre —prosiguió el Sombrerero—, y casi todas las cosas temblaban después... aunque la Liebre de Marzo dijo...

—¡Yo no dije nada! —interrumpió la Liebre de Marzo apresuradamente.

—¡Sí lo dijiste! —dijo el Sombrerero.

—¡Lo niego! —dijo la Liebre de Marzo.

—Lo niega —dijo el Rey—. Suprimid esa parte.

—Bueno, en todo caso, el Lirón dijo... —prosiguió el Sombrerero, volviéndose con inquietud hacia el Lirón para comprobar si éste lo negaba también; pero el Lirón no negó nada, ya que estaba profundamente dormido.

—Después —prosiguió el Sombrerero—, me serví un poco más de pan con mantequilla...

—Pero, ¿qué dijo el Lirón? —preguntó uno de los miembros del jurado.

—No me acuerdo —dijo el Sombrerero.

—*Tienes* que acordarte —comentó el Rey—; si no, serás ejecutado.

El desventurado Sombrerero dejó caer la taza de té y el pan con mantequilla e hincó una rodilla: «Soy un pobre hombre, Majestad», empezó.

—Y un pobrísimo orador —dijo el Rey.

Aquí, uno de los Conejillos de Indias aplaudió; pero fue sofocado inmediatamente por los ujieres de la sala (como el término es algo difícil, os explicaré cómo lo hicieron. Tenían una gran bolsa de tela cuya abertura se cerraba con un cordel: metieron de cabeza en ella al Conejillo de Indias, y luego se sentaron encima).

«Me alegro de haber visto cómo lo han hecho», pensó Alicia. «Lo he leído muchas veces en los periódicos, al final de los juicios: "Hubo un conato de aplausos que fue inmediatamente sofocado por los ujieres de la sala"; pero no sabía lo que quería decir, hasta ahora».

—Si es eso todo lo que sabes del caso, puedes bajar —prosiguió el Rey.

—No puedo bajar más —dijo el Sombrerero—. Estoy ya en el suelo.

—Entonces puedes *sentarte* —replicó el Rey.

Aquí aplaudió el otro Conejillo de Indias, y fue sofocado.

«¡Bueno, eso acaba con los Conejillos de Indias!», pensó Alicia. «Ahora todo irá mejor.»

—Preferiría terminar de merendar —dijo el Sombrerero con una mirada de

inquietud a la Reina, que estaba leyendo la lista de los cantores.

—Puedes irte —dijo el Rey; y el Sombrerero salió precipitadamente de la sala, sin esperar siquiera a ponerse los zapatos.



—... Y que le corten la cabeza al salir —añadió la Reina a uno de los ujieres; pero el Sombrerero se había perdido de vista antes de que el ujier llegase a la puerta.

—¡Llamad al siguiente testigo! —dijo el Rey.

El siguiente testigo era la cocinera de la Duquesa. Llevaba la caja de la pimienta en la mano, y Alicia adivinó quién era, incluso antes de que entrase en la sala, por la forma en que la gente situada junto a la puerta empezó a estornudar de repente.

—Presta declaración —dijo el Rey.

—No lo haré —dijo la Cocinera.

El Rey miró inquieto al Conejo Blanco, que dijo en voz baja: «Vuestra Majestad debe interrogar a *esta* testigo».

—Bueno; si hay que hacerlo, hay que hacerlo —dijo el Rey con expresión melancólica; y tras cruzarse de brazos y fruncir el ceño y mirar a la Cocinera con unos ojos que casi no se le veían, dijo con voz profunda: «¿De qué están hechas las tartas?».

—De pimienta en su mayor parte —dijo la Cocinera.

—De melaza —dijo una voz dormida detrás de ella.

—¡Acorralad a ese Lirón! —chilló la Reina—. ¡Decapitad a ese Lirón! ¡Sacad de aquí a ese Lirón! ¡Sofocadle! ¡Pellizcadle! ¡Cortadle los bigotes!

Durante unos minutos reinó gran confusión en la sala, al tratar de sacar al Lirón; y cuando todos se hubieron acomodado otra vez, la Cocinera había desaparecido.

—¡No importa! —dijo el Rey con una expresión de inmenso alivio—. Llamad al siguiente testigo —y añadió en voz baja, dirigiéndose a la Reina—: En realidad, querida, deberías interrogar *tú* al siguiente testigo; ¡a mí me produce terribles dolores de cabeza!

Alicia observó al Conejo Blanco manejar torpemente la lista, y sintió gran curiosidad por saber quién era el siguiente testigo, «ya que *hasta ahora* no han obtenido demasiadas pruebas», se dijo. Imaginad su sorpresa cuando el Conejo Blanco leyó, forzando al máximo su vocecita chillona, el nombre de:

—¡Alicia!

El Testimonio de Alicia

—¡Presente! —gritó Alicia, olvidando por completo, con la tribulación del momento, lo grande que se había hecho en los últimos minutos; y se levantó tan de repente que volcó la tribuna del jurado con el borde de su falda, precipitando a todos sus miembros de cabeza sobre la multitud de abajo, donde quedaron desparramados, escena que le recordó muchísimo la pecera con peces de colores que ella había volcado accidentalmente la semana anterior.^[1]



—¡Oh, les *ruego* que me perdonen! —exclamó consternada; y empezó a recogerlos a toda prisa, ya que el incidente de los peces le seguía dando vueltas en la cabeza, y tenía la vaga impresión de que debía devolverlos en seguida a la tribuna, o se morirían.

—El juicio no puede continuar —dijo el Rey con voz grave—, mientras no estén todos los jurados en sus sitios como es debido... *todos* —repitió con gran énfasis, mirando con severidad a Alicia al decirlo.

Alicia miró la tribuna del jurado, y vio que, con la prisa, había puesto al Lagarto boca abajo, y que el pobre bicho movía la cola de forma lastimera, incapaz de darse la vuelta. Lo volvió a sacar inmediatamente, y lo colocó bien: «aunque no importa mucho —se dijo—; me parece que, para el juicio, lo mismo da que lo ponga del derecho que del revés».

Tan pronto como los jurados se recobraron un poco del sobresalto del revolcón, y se les hubo buscado y devuelto sus pizarrines y sus pizarras, se pusieron a redactar con gran diligencia la historia del incidente; todos salvo el Lagarto, que parecía demasiado abrumado para hacer otra cosa que permanecer sentado con la boca abierta, mirando al techo de la sala.

—¿Qué sabes de este asunto? —le dijo el Rey a Alicia.

—Nada —dijo Alicia.

—¿Nada de *nada*? —insistió el Rey.

—Nada de nada —dijo Alicia.

—Eso es muy relevante —dijo el Rey, volviéndose hacia el jurado.

Empezaban precisamente sus miembros a tomar nota de todo esto, cuando interrumpió el Conejo Blanco: «Irrelevante es lo que naturalmente ha querido decir vuestra Majestad», dijo en un tono respetuosísimo, pero frunciendo el ceño y haciéndole gestos mientras hablaba.

—Irrelevante, por supuesto, quiero decir —se apresuró a rectificar el Rey; y prosiguió para sí, en voz baja—: Relevante... irrelevante... irrelevante... relevante... —como si estuviese probando a ver cómo sonaba mejor.

Unos miembros del jurado escribieron «relevante»; otros «irrelevante». Alicia tuvo ocasión de verlo, ya que estaba lo bastante cerca como para observar sus pizarras; «pero da exactamente igual», pensó para sí.

En este momento el Rey, que durante un rato había estado escribiendo febrilmente en su cuaderno de notas, gritó:

—¡Silencio! —y leyó en voz alta: «Regla Cuarenta y Dos. *Todas las personas que midan más de una milla tienen que abandonar la sala*».

Todo el mundo miró a Alicia.

—Yo no mido una milla —dijo Alicia.

—Sí la mides —dijo el Rey.

—Casi dos millas —añadió la Reina.

—Bueno, de todos modos, no me iré —dijo Alicia—; además, ésa no es una regla general: la acabáis de inventar.

—Es la regla más antigua del libro —dijo el Rey.

—Entonces debería ser la Número Uno —dijo Alicia.

El Rey palideció y cerró de golpe su cuaderno:

—Considerad vuestro veredicto —dijo al jurado con voz baja y temblorosa.

—Hay más pruebas, Majestad —dijo el Conejo Blanco, levantándose de un salto —: acaba de aparecer este documento.

—¿Qué pone? —dijo la Reina.

—Aún no lo he abierto —dijo el Conejo Blanco—; pero parece una carta escrita por la prisionera a... a alguien.

—Así debe ser —dijo el Rey—, a menos que no se la haya escrito a nadie, lo que no suele ser habitual.

—¿A quién está dirigida? —dijo uno de los jurados.

—No está dirigida —dijo el Conejo Blanco—: en realidad, no pone nada *fuera* — desplegó el papel mientras hablaba, y añadió—: No es una carta: son unos versos.

—¿Están escritos con la letra de la prisionera? —preguntó otro de los jurados.

—No, no lo están —dijo el Conejo Blanco—; y eso es lo más extraño (los jurados se quedaron perplejos).

—Ha debido de imitar la letra de alguien —dijo el Rey (los jurados se animaron todos otra vez).

—Con la venia de vuestra Majestad —dijo la Jota—, yo no he escrito ese papel, y no pueden probar que lo haya hecho: no lleva ninguna firma al final.

—Si no lo has firmado —dijo el Rey—, eso no hace sino empeorar las cosas. Sin duda tenías alguna intención aviesa; de lo contrario, lo habrías firmado como toda persona honrada.

Hubo un aplauso general: en verdad, era lo primero inteligente que el Rey había dicho ese día.

—Eso *prueba* su culpabilidad, por supuesto —dijo la Reina—; así que le corten...

—¡Eso no prueba nada en absoluto! —dijo Alicia—. ¡Ni siquiera sabéis qué dicen!

—Léelos —dijo el Rey.

El Conejo Blanco se puso los lentes.

—Con la venia de vuestra Majestad, ¿por dónde empiezo? —preguntó.

—Empieza por el principio —dijo el Rey muy serio—, y sigue hasta llegar al final; entonces para.

Reinó un silencio mortal en la sala, mientras el Conejo Blanco leía estos versos^[2]:

«Me dijeron que habías sido de ella,
que le hablaste de mí a él;
ella me tuvo por gran persona,
aunque dijo que no sé nadar.

Él les avisó que yo no había ido
(lo que sabemos que es verdad):
si ella siguiese insistiendo,

¿qué sería entonces de ti?

Yo le di a ella una, ellos le dieron a él dos,
tú nos diste tres o más;
y todas volvieron de él a ti,
aunque todas fueron mías antes.

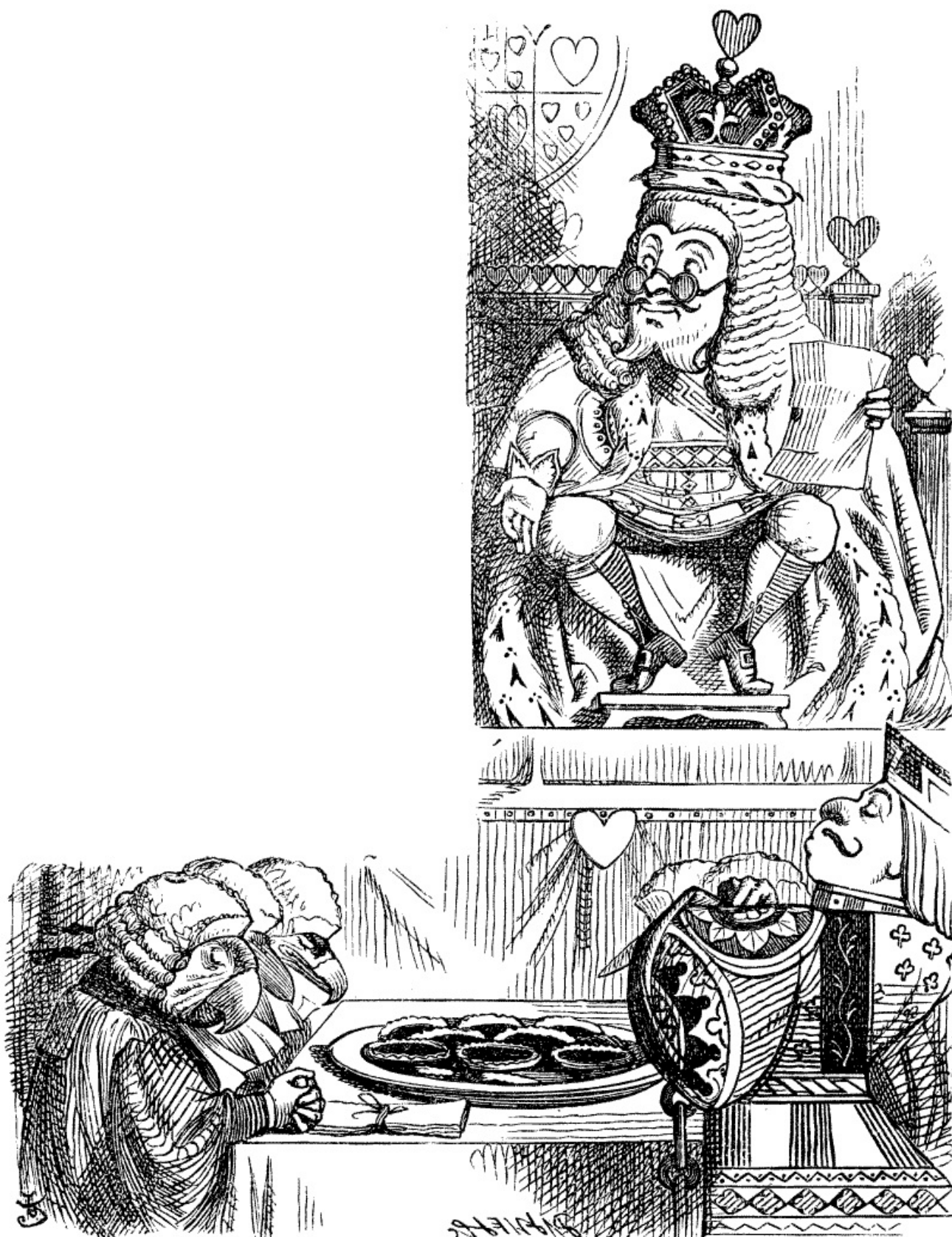
Si yo o ella nos viéramos por azar
implicados en el caso,
él confía en que tú las dejes libres,
exactamente como éramos.

Mi idea es que tú habías sido
(antes de tener ella ese ataque)
un obstáculo que surgió entre
él, nosotros y ello.

Que no sepa él que a ella le gustaban más:
pues esto siempre ha de ser
un secreto, ante los demás,
tuyo y mío y nada más.»

—Esta es la prueba más importante que hemos oído hasta aquí —dijo el Rey, frotándose las manos—; de modo que el jurado...

—Si alguno de ellos es capaz de explicarla —dijo Alicia (había aumentado tanto de tamaño en los últimos minutos que no le daba ningún miedo interrumpirle)— le doy seis peniques. Yo creo que todo eso no tiene ni pizca de sentido.



Los jurados escribieron en sus pizarras: «Ella cree que todo eso no tiene ni pizca de sentido»; pero ninguno trató de explicar el contenido del papel.

—Si no tiene sentido —dijo el Rey—, eso nos ahorra un sinfín de quebraderos de cabeza, ya que no hace falta que se lo busquemos. Sin embargo, no sé —prosiguió, extendiendo los versos sobre su rodilla, y mirándolos por encima—; me parece notar

en ellos cierto sentido, a pesar de todo: «... *Dijo que no sé nadar...*». No sabes nadar, ¿a que no? —añadió, volviéndose hacia la Jota. La Jota negó abrumada con la cabeza (desde luego, ni sabía ni *podía*, ya que era enteramente de cartulina).

—Hasta aquí, bien —dijo el Rey, y siguió murmurando versos para sí—: «*Lo cual sabemos que es verdad...*», naturalmente, se refiere al jurado; «... *si ella siguiese insistiendo*», debe de ser la Reina; «¿*qué sería entonces de ti?*», ¡en efecto, en efecto! «*Yo le di a ella una, ellos le dieron a él dos...*» desde luego, eso es lo que ha debido hacer con las tartas...

—Pero continúa diciendo: «*Y todas volvieron de él a ti*» —dijo Alicia.

—¡Pues claro, y ahí están! —dijo el Rey triunfalmente, señalando las tartas de la mesa—. Nada más evidente que *eso*. Y sigue: «*Antes de tener ella su ataque*». Tú nunca has tenido ataques, ¿verdad, querida? —preguntó a la Reina.

—¡Jamás! —dijo la Reina furiosa, arrojando un tintero al Lagarto mientras hablaba (el infortunado Bill había dejado de escribir en su pizarra con el dedo al comprobar que no hacía ninguna señal; pero ahora se puso a escribir otra vez, apresuradamente, utilizando la tinta que le goteaba por la cara, mientras duraba).

—Entonces no es a ti a quien *ataca* esa frase —dijo el Rey paseando la mirada por la sala con una sonrisa. Había un silencio mortal.^[3]

—¡He hecho un juego de palabras! —añadió el Rey irritado, y todo el mundo se echó a reír.

—Que el jurado considere su veredicto —dijo el Rey, por vigésima vez lo menos en ese día.

—¡No, no! —dijo la Reina—. Primero, la sentencia; el veredicto después.

—¡Qué tontería! —exclamó Alicia en voz alta—. ¡Dictar primero la sentencia!

—¡Calla la boca! —dijo la Reina, poniéndose congestionada.

—¡No quiero! —dijo Alicia.

—¡Qué le corten la cabeza! —gritó la Reina a voz en cuello. Nadie se movió.

—¿A quién podéis importar? —dijo Alicia (había alcanzado ya su estatura normal)—. ¡No sois más que una baraja!

Al oír esto, todas las cartas volaron por los aires, y se precipitaron sobre ella; Alicia profirió un gritito, mitad de miedo, mitad de indignación; braceó tratando de rechazarlas, y se encontró con que estaba tumbada en la orilla del río, con la cabeza en el regazo de su hermana, que le apartaba dulcemente unas hojas de árbol que le habían caído en la cara.



—¡Despierta, Alicia, cariño! —le decía su hermana— ¡Vamos, lo que has podido dormir!

—¡Oh, he tenido un sueño curiosísimo! —dijo Alicia.

Y le contó a su hermana, tal como las recordaba, todas estas extrañas Aventuras

suyas que acabáis de leer; y cuando hubo terminado, su hermana le dio un beso, y dijo: «Desde luego, ha sido un sueño muy curioso, cariño; pero ahora corre a merendar; se te está haciendo tarde». Así que se levantó Alicia, y echó a correr, pensando mientras corría, con razón, lo maravilloso que había sido ese sueño.

Pero su hermana se quedó sentada, tal como ella la había dejado, con la cabeza apoyada en la mano, observando la puesta de sol, y pensando en la pequeña Alicia y todas sus maravillosas Aventuras, hasta que se puso a soñar también en cierto modo; y su sueño fue éste:

Primero soñó con la propia Alicita: otra vez sus manos diminutas estuvieron entrelazadas sobre su rodilla, y sus ojos vivos y anhelantes estuvieron fijos en los de ella...; incluso volvió a oír las entonaciones de su voz, y a ver aquel característico gesto de cabeza para echarse hacia atrás el pelo ondulante que siempre le caía sobre los ojos..., y mientras la oía, o le parecía oírla, todo el lugar en torno suyo se pobló de las extrañas criaturas que había soñado su hermanita.^[4]

La yerba alta susurró a sus pies al pasar corriendo el Conejo Blanco, el asustado Ratón cruzó chapoteando el charco vecino... oyó el tintineo de las tazas de té que producían la Liebre de Marzo y sus amigos en su merienda interminable, y la voz estridente de la Reina que ordenaba decapitar a sus infelices invitados...; otra vez el bebé-cerdito estornudó sobre las rodillas de la Duquesa, mientras las fuentes y las bandejas se hacían añicos a su alrededor..., y otra vez el alarido del Grifo, el chirrido del pizarrín del Lagarto, y la voz de los Conejillos de Indias al ser sofocados, llenaron el aire y se mezclaron con el sollozo lejano de la desventurada Falsa Tortuga.

Así que siguió sentada, con los ojos cerrados, y medio convencida de que estaba en el País de las Maravillas; aunque sabía que no tenía más que abrirlos otra vez, para que todo volviese a ser insulsa realidad: la yerba susurraría por el viento tan sólo, y el agua chapotearía con el balanceo de las cañas..., el tintineo de las tazas se convertiría en el tañido de los cencerros de las ovejas, y los gritos estridentes de la Reina en las voces del pastorcillo... Y el estornudo del bebé, el alarido del Grifo y demás ruidos extraños se transformarían (lo sabía) en el clamor confuso del ajetreado corral de la granja, mientras que el mugido del ganado, a lo lejos, sustituiría a los hondos sollozos de la Falsa Tortuga.

Por último, imaginó cómo esta misma hermanita, con el tiempo, se convertiría en mujer, y cómo conservaría en sus años maduros el corazón sencillo y adorable de su niñez; y cómo reuniría a su alrededor a otros niños, y haría que *sus* ojos brillasen y mirasen anhelantes al contarles muchos cuentos extraños, quizá su antiguo sueño del País de las Maravillas, y cómo sentiría con todos ellos sus sencillas tribulaciones, y encontraría placer en todas sus sencillas alegrías, recordando su propia niñez, y los días felices del verano.

**A TRAVÉS
DEL ESPEJO
Y LO QUE
ALICIA
ENCONTRÓ ALLÍ**



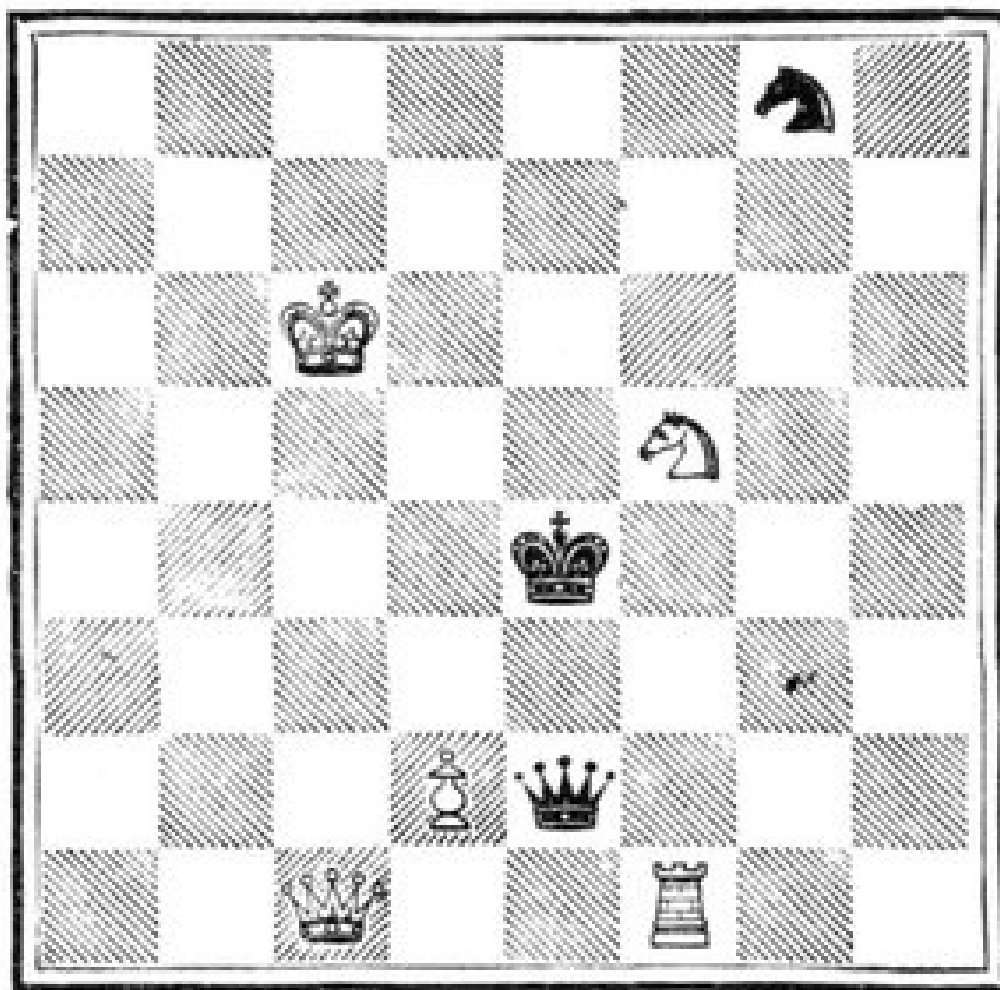
PREFACIO DEL AUTOR

Como el problema de ajedrez expuesto en la página siguiente ha desconcertado a algunos de mis lectores, quizá convenga decir que está correctamente resuelto en lo que se refiere a las *jugadas*. Quizá no se cumple la *alternancia* de jugadas rojas y blancas con todo el rigor que debiera, y el «enroque» de las tres Reinas es meramente una forma de decir que han entrado en palacio; pero el «jaque» del Caball[er]o Blanco en la jugada 6, la captura del Caball[er]o Rojo en la 7, y el «jaque mate» final al Rey Rojo las encontrará, cualquiera que se tome la molestia de colocar las piezas y efectuar los movimientos como se indica, estrictamente conformes con las reglas del juego.^[1]

Los neologismos, en el poema «Jerigóndor», han suscitado alguna controversia respecto a su pronunciación, de modo que convendrá que dé alguna orientación sobre esto también: Pronunciad «*slithy*» como si fuesen dos palabras: «*Sly* y *the*»; haced áspera la «ge» en «*gyre*» y en «*gimble*»; y pronunciad «*rath*» de forma que rime con «*bath*».

Navidad, 1896.

ROJAS



BLANCAS

Juega Peón Blanco (Alicia), y gana en once jugadas.

1. ALICIA SE ENCUENTRA CON D ROJA. 1. D ROJA A 4TR.
2. ALICIA CRUZA *(en tren)* 3D A 4D 2. D BLANCA A 4AD *(tras su chal)*.
(Patachunta y Patachún).
3. ALICIA SE ENCUENTRA CON D 3. D BLANCA A 5AD *(se convierte*
BLANCA *con su chal)* *en oveja)*.
4. ALICIA A 5D *(tienda, río, tienda)*. 4. D BLANCA A 8AR *(deja el huevo*
en el estante).
5. ALICIA A 6D *(Tentetieso)*. 5. D BLANCA A 8AD *(huyendo de*
C Rojo).
6. ALICIA A 7D *(bosque)*. 6. C ROJO A 2R *(jaque)*.
7. C BLANCO CAPTURA A C ROJO. 7. C ROJO A 5AR.
8. ALICIA A 8D *(coronación)*. 8. D ROJA A 1R *(examen)*.
9. ALICIA SE CONVIERTE EN REINA. 9. ENROQUE DE REINAS.
10. ALICIA ENROCA *(banquete)*. 10. D BLANCA A 6TD *(sopa)*.

11. ALICIA CAPTURA A D ROJA Y GANA.

¡Niña de frente pura y despejada
y ojos soñadores de prodigios!
Aunque el tiempo huya, y a ti y a mí
nos separe media vida,
tu sonrisa encantada saludará, sin duda,
el regalo de este cuento.

No he visto tu rostro luminoso,
ni he oído tu risa argentina:
ni una sola vez pensarás en mí,
después, en tu joven vida.^[2]
Pero basta con que ahora quieras
escuchar mi cuento de maravillas.

Un cuento empezado en otra época,
cuando brillaban soles veraniegos:
sencillo carillón que acompasaba
el ritmo manso de los remos,
y cuyo eco aún suena en la memoria
aunque los años envidiosos nos digan que
olvidemos.

¡Ven, escucha, antes de que la voz del miedo,
cargada de amargas nuevas,
llame al lecho no deseado
a una melancólica joven!
Sólo somos niños grandes, cariño,
inquietos al ver cercana la hora de ese sueño.

Fuera está el frío, la nieve cegadora,
la hosca locura del viento tormentoso;
dentro, el rojo resplandor de nuestro fuego,
el cobijo dichoso de la infancia.
Te prenderán las mágicas palabras;
no escucharás la furia de los vientos.

Y, aunque la sombra de un suspiro
recorra temblorosa este relato,
pues se han ido «los días felices del verano»^[3],

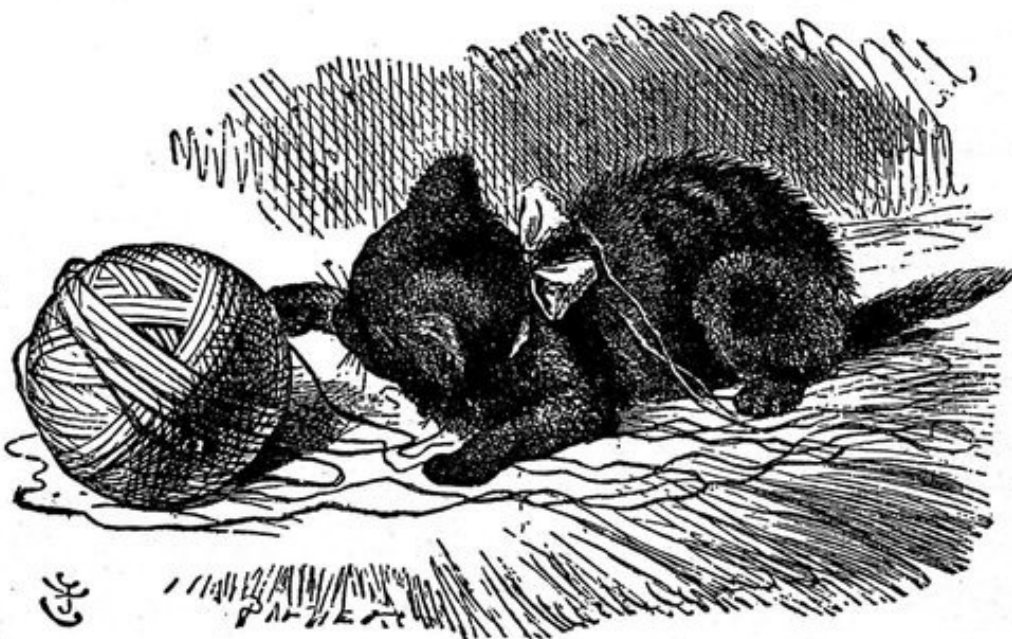
y ha muerto todo el esplendor estival,
no rozará, con su soplo doloroso,
el mágico encanto^[4] de este cuento.

La Casa del Espejo

Una cosa era segura: la gatita *blanca* no tenía nada que ver con aquello; toda la culpa había sido de la gatita negra. Porque durante el último cuarto de hora, la vieja gata había estado lavándole la cara a la gatita blanca (la cual lo había soportado muy bien, ésa es la verdad); así que, como veis, no *pudo* tener parte alguna en el desaguisado.

La forma que tenía Dinah de lavarles la cara a sus hijitas era la siguiente: primero, sujetaba a la pobre criatura por la oreja con una zarpa, y luego le frotaba con la otra toda la cara a la contra, empezando por el hocico; y justo en aquel preciso momento, como digo, se encontraba atareada con la gatita blanca, que estaba tumbada, quietecita, y tratando de ronronear... sin duda porque comprendía que era lo único que podía hacer.

Pero la gatita negra había quedado arreglada a primera hora de la tarde; y mientras Alicia estaba acurrucada en un ángulo del gran sillón, medio hablando consigo misma, medio dormida, la gatita había estado disfrutando lo indecible con el ovillo de lana que Alicia acababa de devanar, haciéndolo rodar de aquí para allá, hasta deshacerlo del todo; y allí había quedado, desparramado sobre la alfombra del hogar, hecho una maraña de nudos y líos, mientras la gatita, en medio, se perseguía su propia cola.



—¡Oh, mala, más que mala! —gritó Alicia, cogiendo a la pequeñuela y dándole un besito para hacerle comprender que había caído en desgracia. ¡La verdad es que Dinah te debía haber enseñado a portarte mejor! ¡Era tu *obligación*, Dinah, lo sabes

muy bien!, añadió, mirando con reproche a la vieja gata, y con el tono más enfadado que le fue posible poner; luego volvió a encaramarse en la butaca, llevándose consigo a la gatita y la lana, y empezó a ovillar otra vez. Pero no avanzaba mucho, ya que no paraba de hablar, unas veces a la gatita, otras a sí misma. Kitty estaba sumisamente sentada en su rodilla, haciendo como que observaba devanar a Alicia; de cuando en cuando alargaba una zarpa y tocaba el ovillo, como dando a entender que le encantaría ayudar si pudiese.



—¿Sabes qué día es mañana, Kitty? —empezó Alicia—. Lo habrías adivinado si te hubieras asomado a la ventana conmigo; pero como Dinah te estaba arreglando, no has podido: he estado viendo cómo los chicos recogían leña para la hoguera... ¡hace

falta un montón de leña, Kitty! Pero hacía tanto frío, y nevaba tanto, que han tenido que dejarlo. No importa, Kitty, mañana iremos a ver la hoguera»^[1], y Alicia le enrolló dos o tres vueltas de lana alrededor del cuello para ver qué tal le sentaba: esto dio pie a una pequeña pelea en la que el ovillo rodó por el suelo, dejando yardas y yardas de lana desenrollada otra vez.

—Mira, Kitty, me tienes muy enfadada —prosiguió Alicia en cuanto estuvieron de nuevo cómodamente instaladas—; al ver la travesura que has hecho, he estado a punto de abrir la ventana y echarle a la nieve. ¡Y te lo habrías tenido merecido, mi precioso diablillo! ¿Qué dices a eso? ¡Ahora no me interrumpas! —prosiguió, levantándole el dedo—. Voy a decirte todas tus faltas. Primera: has gritado dos veces cuando Dinah te lavaba la cara esta mañana. Ahora no lo niegues, Kitty: ¡te he oído! ¿Qué es lo que dices? —haciendo como que hablaba la gatita—. ¿Que te ha metido la zarpa en el ojo? Bueno, pues ha sido culpa tuya, por tener los ojos abiertos...; si los hubieses mantenido fuertemente cerrados, nada te habría pasado. ¡Ahora déjate de excusas y atiende! Segunda: ¡has apartado a Campanilla^[2] arrastrándola por la cola cuando yo acababa de ponerle el platito de leche! ¿Que tenías sed? ¿Y acaso no la tenía ella también? Y tercera: ¡has deshecho el ovillo cuando yo no miraba!

«Esas son tus tres faltas, Kitty, y todavía no has sido castigada por ninguna de ellas. Sabrás que te estoy reservando todos los castigos para el miércoles de la semana que viene... ¿Y si ellos me reservasen a mí todos *mis* castigos? —prosiguió, hablando más para sí que para la gatita—. ¿Qué me *harían* al final del año? Me meterían en la cárcel, supongo, cuando llegara el día. O... vamos a ver: supongamos que cada castigo fuese quedarme sin cenar; entonces cuando llegase el día fatal, tendría que quedarme sin cincuenta cenas seguidas! Bueno, tampoco me importaría... mucho. ¡Preferiría mil veces quedarme sin esas cenas, a tomármelas de una vez!

«¿Oyes la nieve contra los cristales de la ventana, Kitty? ¡Qué delicada y suave suena! Exactamente como si alguien besase la ventana desde fuera. Me pregunto si *amará* la nieve a los árboles y los campos, que los besa con tanta dulzura. Luego los arroja confortablemente con una colcha preciosa; y dice, quizá: "Ahora dormid, queridos míos, hasta que llegue otra vez el verano". Y al despertar en verano, Kitty, se visten todos de verde, y se ponen a bailar cada vez que sopla el viento... ¡ay, qué precioso! —exclamó Alicia soltando el ovillo de lana para palmotear—. ¡Cómo me *gustaría* que fuera ya! Desde luego, los bosques parecen dormidos en otoño, cuando las hojas se vuelven de color marrón.

«Kitty, ¿sabes jugar al ajedrez? Vamos, no te sonrías, cariño; te lo estoy preguntando en serio. Porque, cuando estábamos jugando hace un momento, tú mirabas exactamente como si lo comprendieses; y cuando dije: "¡Jaque!", ronroneaste. Bueno, *fue* un jaque precioso, Kitty; y la verdad es que podía haber ganado, si no llega a ser por ese asqueroso Caballero que llegó escurriéndose^[3] entre

mis piezas. Kitty, cariño, hagamos como que...» —y aquí me habría gustado poderos contar la mitad de las cosas que solía decir Alicia cuando empezaba con su frase predilecta: «Hagamos como que...». Precisamente el día anterior había tenido una larga discusión con su hermana sólo porque Alicia había empezado: «Hagamos como que éramos reyes y reinas»; y su hermana, a quien le gustaba ser muy exacta, había replicado que no podían, porque sólo eran dos, y Alicia se había visto obligada a decir finalmente: «Bueno, *tú* serás una sola, y yo *seré* todos los demás». Una vez llegó a asustar de verdad a su vieja nodriza gritándole de repente en el oído: «¡Hagamos como que yo era una hiena hambrienta, y tú eras un hueso!».

Pero esto nos aleja de lo que Alicia le estaba diciendo a la gatita: «¡Hagamos como que tú eras la Reina Roja, Kitty! Creo que si te incorporas y cruzas los brazos, serás exactamente igual que ella. ¡Venga, vamos a probar, cariño!». Y cogió la Reina Roja de la mesa y la colocó delante de la gatita como modelo, para que la imitase; sin embargo, la prueba no tuvo éxito; sobre todo, según dijo Alicia, porque la gatita no consintió en cruzar los brazos correctamente. Así que, en castigo, la levantó y la puso ante el Espejo para que viese lo enfurruñada que estaba: «... Y si no te portas bien desde ahora mismo», añadió, «te meteré en la Casa del Espejo. ¿Te gustaría *eso*?».

—Veamos: si prestas atención, Kitty, y no hablas tanto, te contaré todo lo que pienso sobre la Casa del Espejo. Primero está la habitación que puedes ver a través del espejo: es exactamente igual que nuestro salón, sólo que las cosas están para el otro lado.^[4] Subida a una silla puedo verlo todo..., todo menos el trozo que queda exactamente detrás de la chimenea. ¡Ah! ¡Cómo me gustaría poder ver *ese* trozo! Me encantaría saber si encienden el fuego en invierno; no se puede saber, a menos que nuestro fuego haga humo; entonces el humo sube por la otra habitación también... pero puede que sólo estén disimulando, para hacer como que tienen fuego. En cambio, los libros son como los nuestros, sólo que con las palabras al revés; lo sé porque he puesto uno de los libros delante del espejo, y ellos han puesto otro también en la otra habitación.

«¿Te gustaría vivir en la Casa del Espejo, Kitty? No sé si te darían leche allí. Tal vez la leche del Espejo no sea buena de beber...^[5] ¡Mira, Kitty!, ahí está el corredor. Se puede ver un poquitín de corredor de la Casa del Espejo, si dejamos abierta de par en par la puerta de nuestro salón: como ves, es muy parecido al nuestro; pero debes tener en cuenta que más allá puede ser completamente distinto. ¡Oh, Kitty, qué maravilloso sería si consiguiéramos entrar en la Casa del Espejo! ¡Estoy segura de que tiene cosas preciosas! Hagamos como que había una manera de entrar en esa casa, Kitty. Hagamos como que el espejo se volvía tenue como la gasa, y que podíamos atravesarlo. ¡Mira, pero si se está convirtiendo en una especie de niebla! Será bastante fácil pasar...»

A todo esto, Alicia estaba sobre el revellín^[6], aunque no sabía cómo había subido

allí. Y a decir verdad, el espejo *empezaba* a deshacerse como si fuese una bruma brillante y plateada.



Un momento después, Alicia atravesaba el cristal, y saltaba ágilmente a la habitación del Espejo. Lo primerísimo que hizo fue mirar si estaba encendido el fuego en la chimenea; y comprobó con satisfacción que había un auténtico fuego, ardiendo tan animadamente como el que había dejado atrás. «Así estaré tan calentita aquí como en la otra habitación», pensó; «más, en realidad, porque aquí no habrá

nadie que me regañe y me haga separarme del fuego; ¡ay, qué divertido va a ser cuando me vean aquí a través del espejo, y no me puedan regañar!».



A continuación empezó a mirar alrededor suyo, y comprobó que lo que podía verse desde la otra habitación era bastante corriente y moliente, pero que el resto no podía ser más distinto. Por ejemplo, los cuadros de la pared cercana a la chimenea parecían tener vida; y el mismo reloj de la repisa (como sabéis, en el Espejo^[7] sólo

puede verse la parte de atrás) tenía cara de viejecito, y le sonreía.

«Esta habitación no la tienen tan ordenada como la otra», pensó Alicia para sí, al descubrir varias de las piezas de ajedrez en el hogar, entre la ceniza; pero un momento después, con una exclamación de sorpresa, se puso a gatas para observarlas con atención. ¡Las piezas deambulaban de aquí para allá, por parejas!

—Ahí están el Rey Rojo y la Reina Roja —dijo Alicia en un susurro, por temor a asustarles—; y allá, el Rey Blanco y la Reina Blanca, sentados en el borde de la paleta; y ahí van dos Torres, paseando del brazo...^[8]; no creo que puedan oírme —prosiguió, acercando la cabeza—; y estoy casi segura de que no me pueden ver. Es como si, en cierto modo, me estuviese volviendo invisible...



En ese momento, alguien empezó a berrear encima de la mesa, detrás de Alicia, haciéndole volver la cabeza a tiempo de ver cómo rodaba uno de los Peones Blancos y empezaba a patear; se puso a observarlo con curiosidad, para ver qué sucedía a continuación.

—¡Es la voz de mi hijita! —exclamó la Reina Blanca, abalanzándose por delante del Rey con tal violencia que lo derribó entre las cenizas—. ¡Mi preciosa Lily! ¡Mi gatita imperial! —y trató de trepar desesperadamente por la pantalla de la chimenea.

—¡Tontería imperial! —dijo el Rey, frotándose la nariz, en la que se había hecho

daño al caer. Tenía derecho a enfadarse un *poco* con la Reina, ya que había quedado cubierto de ceniza de pies a cabeza.

Alicia se sintió deseosa de ayudar; y dado que la pobre Lily chillaba casi como si fuera a darle un ataque, cogió apresuradamente a la Reina y la colocó sobre la mesa, junto a su escandalosa hijita.

La Reina se sentó jadeando: el rápido viaje por los aires le había cortado el aliento, y durante un minuto o dos no pudo hacer otra cosa que tener abrazada a su pequeña Lily en silencio. Tan pronto como recobró un poco el aliento, le gritó al Rey Blanco, que estaba sentado entre las cenizas: «¡Ten cuidado con el volcán!».

—¿Qué volcán? —preguntó el Rey, mirando con inquietud hacia el hogar, como si pensase que era donde más probablemente podía surgir uno.

—Me ha lanzado... hacia... arriba... —jadeó la Reina, que aún estaba un poco sin aliento—. ¡Procura subir... de manera normal... no vuelas!

Alicia observó al Rey Blanco mientras subía afanosamente barra tras barra; hasta que le dijo por fin:

—¡Bah!, a este paso vas a tardar horas en llegar a la mesa. Será mucho mejor que te ayude, ¿no? —pero el Rey no pareció enterarse de la pregunta: estaba claro que no la oía ni la veía.

Así que Alicia lo cogió muy suavemente, y lo levantó más despacio que a la Reina para no cortarle el aliento; pero antes de ponerlo sobre la mesa consideró que convenía desempolvarlo un poco, ya que estaba cubierto de ceniza.



Después contó que en su vida había visto una cara como la que puso el Rey, cuando se encontró suspendido en el aire por una mano invisible, y fue desempolvado: estaba demasiado estupefacto para gritar; pero la boca y los ojos se le iban poniendo cada vez más abiertos, cada vez más redondos, hasta que la mano de Alicia lo agitó de tal modo, a causa de la risa, que casi se le cayó al suelo.

—¡Oh, *por favor*, no pongas esa cara, cariño! —exclamó, olvidando completamente que el Rey no la podía oír—. ¡Me das tanta risa que apenas te puedo sostener! ¡Y no abras la boca de ese modo! Se te va a llenar toda de ceniza... ¡Hala, ya está, creo que has quedado bastante limpio! —añadió mientras le alisaba el pelo y lo colocaba en la mesa junto a la Reina.

El Rey se cayó inmediatamente de espaldas, y se quedó inmóvil; y Alicia se alarmó un poco ante lo que había hecho, y dio una vuelta por la habitación para ver si encontraba agua para rociarlo. Pero sólo descubrió un frasco de tinta; y cuando volvía con él, vio que el Rey había vuelto en sí, y que él y la Reina hablaban atemorizados, en voz baja..., tan baja, que Alicia apenas oía lo que decían.

El Rey estaba diciendo: ¡Te aseguro, querida, que se me han helado hasta las puntas de los bigotes!

A lo que replicó la Reina: Tú no tienes bigotes.

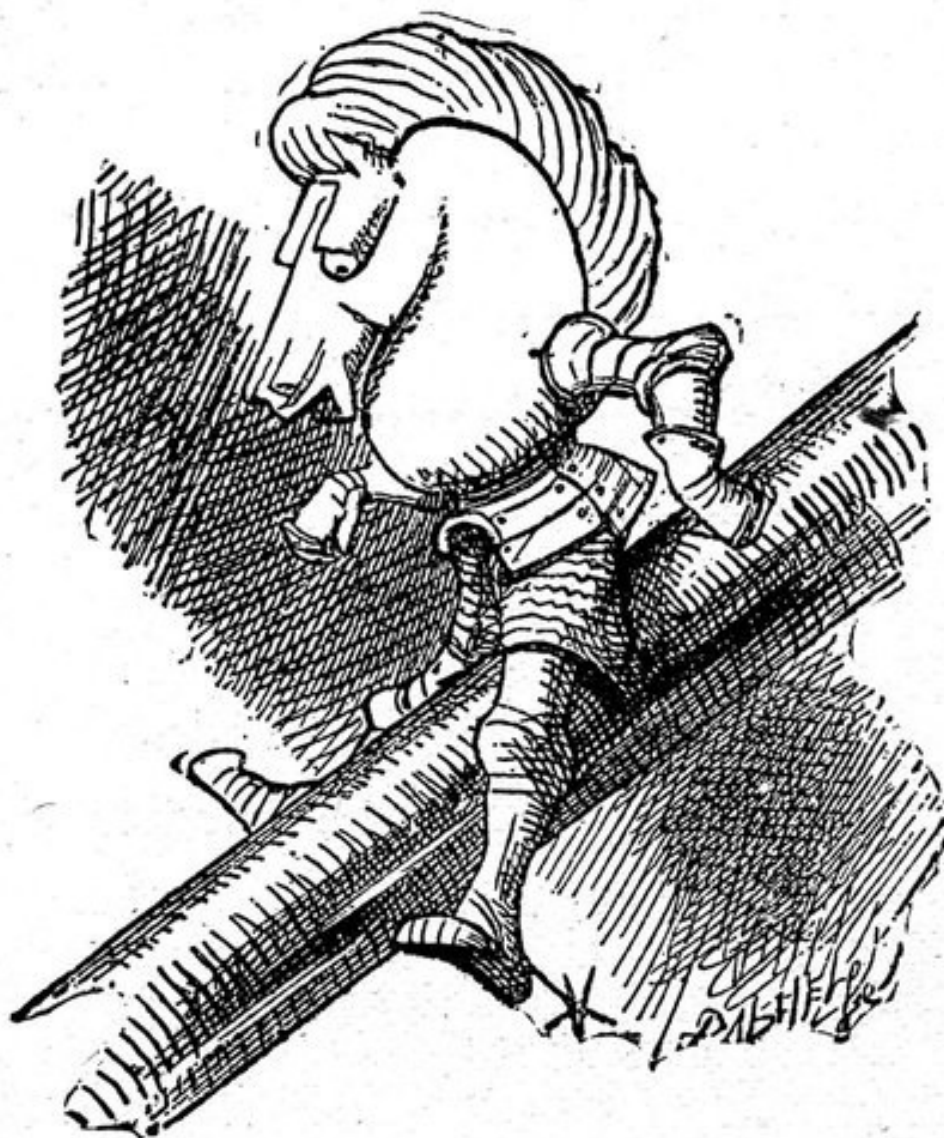
—¡Jamás, *jamás* se me olvidará —prosiguió el Rey— el horror de ese momento!

—Pues se te olvidará —dijo la Reina—, si no lo anotas.

Alicia observó con gran interés cómo el Rey se sacaba del bolsillo un enorme cuaderno de notas, y empezaba a escribir. De pronto, se le ocurrió una idea: le cogió el extremo del lápiz, que le sobresalía un poco por encima del hombro, y empezó a escribir por él.

El pobre Rey parecía perplejo y desdichado, y durante un rato forcejeó con el lápiz sin decir nada; pero Alicia era mucho más fuerte que él, y jadeó finalmente: «¡Querida! Verdaderamente, *necesito* conseguir un lápiz más delgado. Éste no lo puedo manejar lo que se dice nada; escribe toda clase de cosas que yo no quiero...».

—¿Qué clase de cosas? —dijo la Reina, echando un vistazo al cuaderno (en el que Alicia había puesto: «*El Caballo Blanco se desliza por el atizador. Guarda el equilibrio muy mal*»^[9]—). ¡Eso no es una anotación de tus sentimientos!



Había un libro junto a Alicia, en la mesa; y mientras permanecía sentada observando al Rey Blanco (pues aún estaba un poco preocupada por él, y tenía preparado el frasco de tinta para echárselo encima, en caso de que volviera a desmayarse), pasaba las hojas para ver si encontraba algún trozo que poder leer: «...

Porque está todo en una lengua que no entiendo», se dijo.

Estaba así^[10]:

JERIGÓNDOR

Cocillaba el día y las tovas agilimosas
giroscopaban y barrenaban en el larde.
Todos debirables estaban los burgovos,
y silbramaban las alecas rastas

Durante un rato, estuvo contemplando esto perpleja; pero al final se le ocurrió una brillante idea. «¡Ah, ya sé!, ¡es un libro del Espejo, naturalmente! Si lo pongo delante de un espejo, las palabras se verán otra vez al derecho.»

Y éste es el poema que leyó Alicia^[11]:

JERIGÓNDOR

Cocillaba el día y las tovas^[12] agilimosas^[13]
giroscopaban^[14] y barrenaban^[15] en el larde.
Todos debirables^[16] estaban los burgovos,
y silbramaban^[17] las alecas^[18] rastas^[19]

«¡Cúdate, hijo mío, del Jerigóndor^[20]
que sus dientes muerden y sus garras agarran!
¡Cúdate del pájaro Jubjub^[21], y huye
del frumioso^[22] zumbabadanas!»^[23]

Echó mano a su espada vorpal^[24];
buscó largo tiempo al manxomo^[25] enemigo,
descansó junto al árbol Tumtum^[26],
y permaneció tiempo y tiempo meditando.

Y, estando sumido en irribumdos^[27] pensamientos,
surgió, con ojos de fuego,
bafeando^[28], el Jerigóndor del túlgido bosque,
y burbulló^[29] al llegar!

¡Zis, zas! ¡Zis, zas! ¡Una y otra vez
tajó y hendió la hoja vorpal!
Cayó sin vida, y con su cabeza,
emprendió galofante^[30] su regreso.

«¿Has matado al Jerigóndor?»^[31]
Ven a mis brazos, sonrillante chiquillo^[32],
¡Ah, frazoso día! ¡Calós!^[33] ¡Calay!»,
mientras él resorreía^[34] de gozo.

Cocillaba el día, las tovas agilimosas
giroscopaban y barrenaban en el tarde.
Todos debirables estaban los burgovos,
y silbramaban las alecas rastas.



—Parece muy bonita —dijo al terminar—, ¡pero resulta un poco difícil de comprender! —como veis, no le gustaba confesar, ni siquiera a sí misma, que no

había entendido ni jota—. En cierto modo, parece llenarme la cabeza de ideas..., ¡sólo que no sé exactamente cuáles son! Sin embargo, *alguien* mata *algo*: en todo caso, eso está claro...^[35]

«¡Ay!», pensó Alicia, dando un brinco de repente, «si no me doy prisa, me tocará regresar a través del Espejo antes de haber visto el resto de la casa! ¡Echemos primero una mirada al jardín!». Salió al instante de la habitación, y corrió escaleras abajo... aunque no era correr exactamente, sino una nueva forma de bajar rápida y fácil, como Alicia se dijo a sí misma. Tan sólo puso las puntas de los dedos en el pasamano de la barandilla, y descendió flotando suavemente sin tocar siquiera los peldaños con los pies: luego cruzó flotando el vestíbulo, y habría salido directamente por la puerta de la misma manera, si no llega a agarrarse a la jamba. Empezaba a sentirse un poco mareada de tanto flotar en el aire; y se alegró de andar otra vez de manera natural.

El Jardín de las Flores Vivas

«Vería el jardín muchísimo mejor —se dijo Alicia—, si pudiese subir a lo alto de aquella colina: aquí hay un sendero que va derecho a ella... bueno, no; precisamente derecho no va...» (añadió, después de caminar unas cuantas yardas por el sendero y pasar varias revueltas); «aunque supongo que llegará al final. ¡Pero qué manera tan rara de retorcerse! ¡Parece más un sacacorchos que un sendero! Bueno, después de esta curva toma ya la dirección de la colina, supongo... no, ¡no va hacia allí! ¡Vuelve directamente a la casa! En fin, probaré en la otra dirección».

Y así lo hizo: anduvo de un lado para otro, probó curva tras curva, pero, hiciera lo que hiciese, siempre regresaba a la casa. Por cierto que, una de las veces, al torcer por una revuelta más deprisa de lo normal, chocó con ella antes de poder detenerse.

—Es inútil que hablemos del asunto —dijo Alicia, mirando hacia la casa y haciendo como que hablaba con ella—. *No voy a volver a entrar todavía. Sé que me tocaría cruzar otra vez el Espejo, regresar a la vieja habitación, ¡y eso sería poner punto final a todas mis aventuras!*

Así que, volviéndole decididamente la espalda a la casa, emprendió de nuevo la marcha por el sendero, dispuesta a seguir en línea recta hasta la colina. Durante unos minutos todo fue bien; y se estaba diciendo: «Esta vez lo voy a conseguir...», cuando el sendero, súbitamente, se retorció y se sacudió (según lo describió ella más tarde), y un momento después se encontró con que entraba por la puerta.

—¡Qué rabia! —exclamó—. ¡Jamás había visto una casa que se interpusiese tanto en el camino! ¡Jamás!

Sin embargo, la colina estaba completamente a la vista, de manera que lo único que se podía hacer era volver a empezar. Esta vez llegó a un gran macizo de flores, con una bordura de margaritas, y un sauce en medio.

—¡Oh Azucena Atigrada! ^[1] —dijo Alicia, dirigiéndose a una que se cimbreaba graciosamente con el viento— ¡Cómo me *gustaría* que pudieses hablar!

—Nosotras *podemos* hablar —dijo la Azucena Atigrada—, cuando hay alguien con quien vale la pena.

Alicia se quedó tan estupefacta que durante un minuto no pudo pronunciar palabra: parecía como si se hubiese quedado sin respiración. Por último, mientras la Azucena Atigrada seguía balanceándose, Alicia volvió a hablar, y preguntó con voz tímida... casi en un susurro: «¿Y pueden hablar *todas* las flores?».

—Igual que *tú* —dijo la Azucena Atigrada—. Y mucho más fuerte.

—No está bien que hablemos primero nosotras —dijo la Rosa—; y la verdad es que me estaba preguntando cuándo empezarías tú. Me decía: «Tiene un *poco* cara de

juiciosa; ¡aunque no se la ve muy lista!». Sin embargo, tienes el color adecuado, y eso ya es mucho.

—A mí me da igual el color —comentó la Azucena Atigrada—. Si se le curvasen los pétalos un poco más hacia arriba, sería perfecta.



No le gustó a Alicia que se pusiesen a criticarla, así que empezó a hacer preguntas:

—¿No os da miedo a veces estar plantadas aquí fuera, sin nadie que cuide de vosotras?

—Tenemos el árbol de en medio —dijo la Rosa—. ¿Para qué sirve, si no?

—Pero, ¿qué haría él, si surgiese algún peligro? —preguntó Alicia.

—Podría llorar —dijo la Rosa.

—Gritaría: «¡Ay, ay!» —exclamó una Margarita—. ¡Por algo se llama llorón!

—¿No sabías tú todo *eso*? —exclamó otra Margarita. Y aquí empezaron a alborotar todas a la vez, hasta que el aire se pobló de vocecitas escandalosas. «¡Silencio todas!», exclamó la Azucena Atigrada, agitándose enfadada de un lado a otro, y temblando de excitación. «¡Saben que no puedo alcanzarlas!», jadeó, inclinando su cabeza temblorosa hacia Alicia; «¡de lo contrario, no se atreverían a gritar!»

—¡Ahora verás! —dijo Alicia en tono tranquilizador; e inclinándose hacia las margaritas, que en ese momento empezaban otra vez, susurró—: ¡Si no os calláis, os arrancaré!

Instantáneamente se hizo el silencio, y varias margaritas de color rosa se volvieron blancas.

—¡Bien dicho! —dijo la Azucena Atigrada—. Las margaritas son las peores. Cuando una quiere decir algo, se ponen todas a la vez; ¡es como para secarse, la algarabía que arman!

—¿Cómo es que habláis todas tan bien? —dijo Alicia, esperando aplacarle el mal genio con un cumplido—; he estado en muchos jardines, pero ninguna de las flores podía hablar.

—Baja la mano y toca la tierra —dijo la Azucena Atigrada—. Entonces sabrás por qué.

Alicia obedeció. «Está muy dura», dijo; «pero no comprendo qué tiene eso que ver».

—En la mayoría de los jardines —dijo la Azucena Atigrada—, preparan lechos demasiados mullidos... de manera que las flores están siempre dormidas.

Parecía una buena razón, y Alicia se alegró de saberlo.

—¡Nunca lo habría pensado! —dijo.

—Me parece que tú nunca piensas *nada* —dijo la Rosa en tono bastante severo.

—En la vida he visto a nadie más estúpido —dijo una Violeta^[2], tan de sopetón, que Alicia dio un respingo, ya que no había hablado antes.

—¡Calla la boca! —gritó la Azucena Atigrada—. ¡Cómo si hubieses visto a nadie alguna vez! ¡Te pasas la vida con la cabeza metida entre las hojas, roncando, y te enteras de lo que ocurre en el mundo tanto como un capullo!

—¿Hay más personas en el jardín, aparte de mí? —dijo Alicia, prefiriendo ignorar el último comentario de la Rosa.

—Hay otra flor en el jardín que puede andar por ahí, como tú —dijo la Rosa—. Me pregunto cómo lo hacéis... («Tú siempre preguntándote», dijo la Azucena

Atigrada)—; es más frondosa que tú.

—¿Es cómo yo? —preguntó Alicia interesada, ya que le cruzó por el pensamiento la idea: «¡Hay otra niña en algún lugar del jardín!».

—Bueno, tiene la forma lacia como tú —dijo la Rosa—; pero es más roja... y con los pétalos más cortos, creo.

—Los tiene para arriba como una dalia —dijo la Azucena Atigrada—; no caídos como tú.

—Pero no es culpa *tuya* —añadió la Rosa con amabilidad—. Estás empezando a marchitarte, y en esa situación, una no puede evitar que se le desordenen un poco los pétalos.

A Alicia no le hizo ninguna gracia esta idea; así que para cambiar de conversación, preguntó: «¿Suele venir por aquí?».

—Puede que no tardes en verla —dijo la Rosa—. Es de las que tienen nueve puntas.

—¿Dónde las tiene? —preguntó Alicia con cierta curiosidad.

—Pues alrededor de la cabeza, por supuesto —replicó la Rosa—. A mí me ha extrañado que no las tuvieras *tú* también. Yo creía que era lo normal.

—¡Ahí viene! —exclamó la Espuela de Caballero—. Oigo sus pasos: bum, bum, por el paseo de grava.^[3]

Alicia se volvió ansiosa a mirar, y descubrió que era la Reina Roja.

—¡Ha crecido una barbaridad! —fue su primer comentario. Y así era, en efecto: la primera vez que la vio Alicia en la ceniza medía sólo tres pulgadas... ¡en cambio, ahora, le sacaba media cabeza a la propia Alicia!

—Es lo que hace el aire libre —dijo la Rosa: el aire maravillosamente agradable que tenemos aquí.

—Creo que voy a salirle al encuentro —dijo Alicia; pues aunque las flores eran bastante interesantes, le pareció que sería muchísimo más distinguido trabar conversación con toda una Reina.

—No podrás —dijo la Rosa—: yo te aconsejaría que fueses en sentido contrario.

Esto le pareció a Alicia una tontería; de modo que no dijo nada, pero salió inmediatamente al encuentro de la Reina Roja. Para su sorpresa, un momento después la había perdido de vista, y descubrió que ella misma estaba entrando de nuevo por la puerta.

Retrocedió un poco irritada, y después de buscar con la mirada a la Reina (a la que divisó finalmente a lo lejos), decidió probar esta vez a caminar en dirección contraria.

El resultado fue magnífico.^[4] Todavía no llevaba andando un minuto, cuando se encontró cara a cara con la Reina Roja y frente a la colina, a la que hacía tanto rato que trataba de llegar.

—¿De dónde vienes? —dijo la Reina Roja—. ¿Y adónde vas? Levanta los ojos, habla con discreción y deja de jugar ya con los dedos.^[5]

Alicia cumplió todas estas instrucciones, y explicó lo mejor que pudo que se había extraviado en su camino.

—No sé qué quieres decir con eso de tu camino —dijo la Reina—; todos los caminos que hay aquí son *míos*... Pero ¿por qué has venido? —añadió en tono más amable—. Haz una reverencia mientras piensas lo que vas a decir. Ahorra tiempo.



A Alicia le asombraron un poco estas palabras; pero le tenía demasiado temor a la

Reina para ponerlas en duda. «Lo probaré en casa», pensó, «la próxima vez que llegue un poco tarde a cenar».

—Ya es hora de que contestes —dijo la Reina, consultando su reloj—: abre la boca *algo* más cuando hables, y di siempre: «Majestad».

—Sólo quería ver cómo era el jardín, Majestad...

—¡Así me gusta! —dijo la Reina, dándole unas palmaditas en la cabeza, lo que a Alicia no le hizo ninguna gracia—; aunque, cuando dices «jardín»... Yo *he* visto jardines, al lado de los cuales, éste sería un desierto.

Alicia no se atrevió a rebatir esta opinión, y prosiguió: «... Y se me ha ocurrido intentar subir a lo alto de aquella colina...».

—Aunque dices «colina» —interrumpió la Reina—, yo podría enseñarte colinas al lado de las cuales a ésta la llamarías valle.

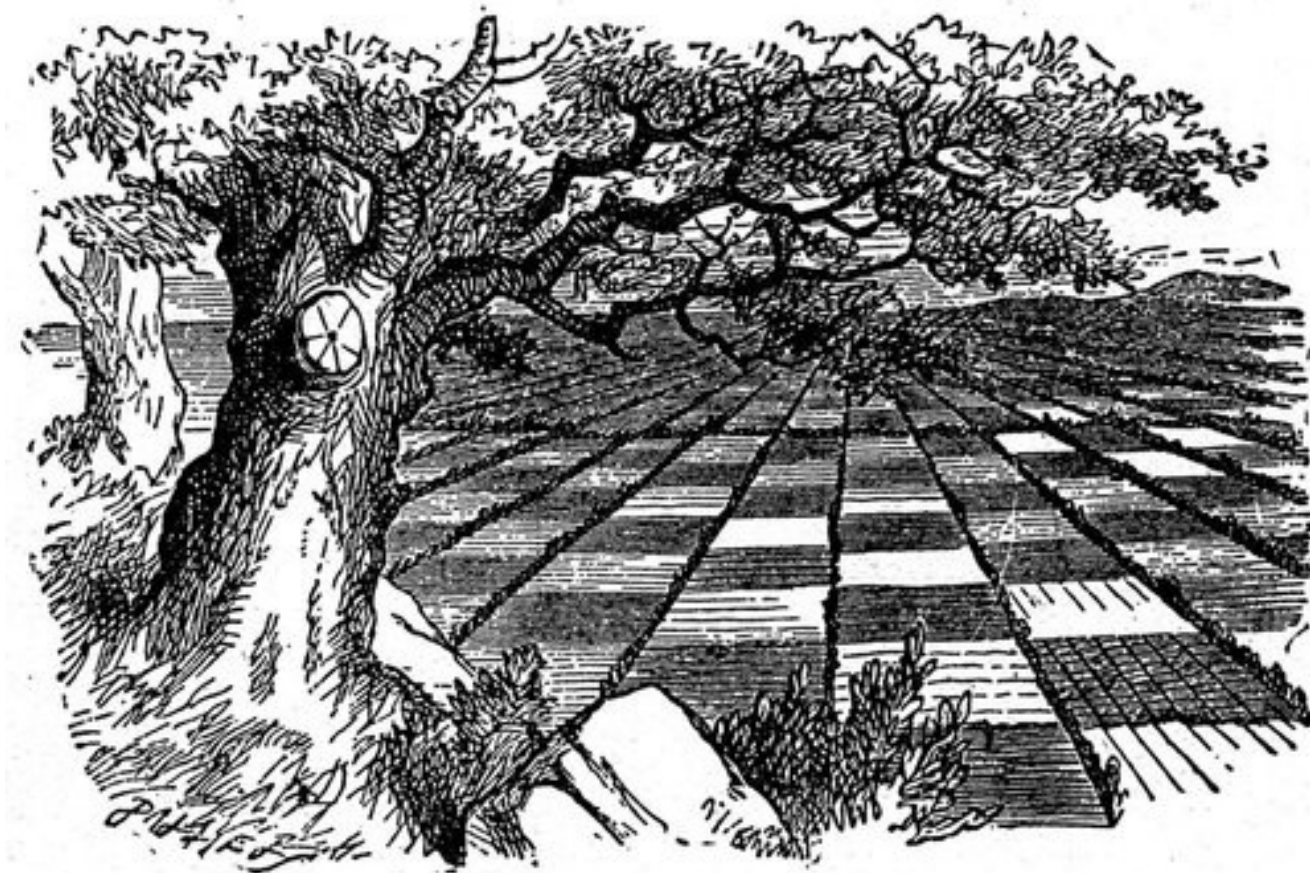
—No, no lo haría —dijo Alicia, sorprendida de encontrarse contradiciéndola al fin—; porque una colina *no* puede ser un valle. Sería un sinsentido...

La Reina Roja movió negativamente la cabeza.

—Llámalo «sin sentido» si quieres —dijo—; pero yo he oído sin sentidos al lado de los cuales éste tiene tanto sentido como un diccionario.^[6]

Alicia hizo otra reverencia, temerosa, ante el tono de la Reina, de que estuviera un *poco* ofendida; y siguieron andando en silencio hasta que llegaron a lo alto de la pequeña colina.

Durante unos minutos, Alicia permaneció callada, contemplando el campo en todas direcciones: era un campo de lo más singular. Tenía numerosos arroyuelos que lo recorrían de parte a parte en línea recta, y el terreno que quedaba entre uno y otro estaba dividido en cuadros mediante pequeños setos verdes, que iban de un arroyo a otro.



—¡Vaya, está trazado exactamente como un gran tablero de ajedrez! —dijo Alicia por fin—. Debería haber hombres deambulando por él... ¡y los hay! —añadió en tono entusiasmado, y el corazón empezó a latirle violentamente de emoción, mientras proseguía—: Están jugando una inmensa partida de ajedrez que abarca todo el mundo^[7], si es que esto es el mundo. ¡Ah, qué divertido! ¡Cómo me *gustaría* ser uno de ellos! No me importaría ser Peón, con tal de poder jugar... aunque naturalmente, me gustaría más ser Reina.

Miró con cierta timidez a la verdadera Reina al decir esto; pero su compañera se limitó a sonreír complacida, y dijo: «Eso se puede arreglar fácilmente. Puedes ser el Peón de Reina Blanca, si quieres; ya que Lily^[8] es demasiado pequeña para jugar; y para empezar, estás en la Segunda Casilla; cuando llegues a la Octava Casilla te convertirás en Reina...». En ese momento, sin saber cómo, echaron a correr.

Alicia nunca ha podido entender, al pensar después en ello, cómo empezaron; todo lo que recuerda es que corrían cogidas de la mano, y que la Reina iba tan deprisa que ella tenía que correr con todas sus fuerzas para no quedarse atrás; sin embargo, la Reina seguía gritando: «¡Más deprisa! ¡Más deprisa!»; pero Alicia veía que *no podía* correr más, aunque estaba sin aliento y no podía decírselo.

Lo más curioso de todo era que los árboles y las cosas que tenían a su alrededor no cambiaban de lugar: por deprisa que corrieran, no parecían dejar nada atrás. «¿Se moverán las cosas a la vez que nosotras?», pensó la pobre Alicia, perpleja. Y la Reina pareció adivinar sus pensamientos, porque exclamó: «¡Más deprisa! ¡No trates de

hablar!».

Pero Alicia no tenía intención de hacerlo. Le daba la impresión de que no volvería a poder hablar nunca más, tan sin aliento se sentía; y la Reina seguía gritando: «¡Más deprisa! ¡Más! y tirando de ella. «¿Estamos ya cerca?», consiguió preguntar Alicia, jadeando.

—¿Cerca? —repitió la Reina—. ¡Eso lo hemos pasado hace diez minutos! ¡Más deprisa! —y siguieron corriendo en silencio durante un rato, con el viento silbándole a Alicia en los oídos, y casi arrancándole el cabello de la cabeza, según le parecía.



—¡Venga! ¡Venga! —gritaba la Reina—. ¡Más deprisa! ¡Más!

Y corrían a tal velocidad, que finalmente fue como si volaran por el aire, sin tocar apenas el suelo con los pies; hasta que, de repente, cuando ya Alicia se estaba quedando completamente exhausta, se detuvieron, y se encontró con que estaba sentada en el suelo, mareada y sin aliento.

La Reina la apoyó contra un árbol, y le dijo con amabilidad: «Puedes descansar un poco, ahora».

Alicia miró en torno suyo, muy sorprendida. «¡Vaya, para mí que todo el tiempo he estado debajo de este árbol! ¡Todo es igual que antes!

—¡Naturalmente! —dijo la Reina—. Pues ¿cómo querías que fuera?

—Bueno, en *nuestro* país —dijo Alicia jadeando todavía un poco—, habríamos llegado a algún sitio... si hubiésemos estado corriendo deprisísima tanto tiempo, como hemos corrido aquí.^[9]

—¡Pues sí que es lento ese país! —dijo la Reina—. Aquí, como ves, necesitas correr con todas tus fuerzas para permanecer en el mismo sitio. Si quieres ir a otra

parte, tienes que correr lo menos el doble de deprisa.

—¡Prefiero no intentarlo, gracias! —dijo Alicia—. *Estoy bastante bien* aquí... ¡aunque *tengo* mucha sed y mucho calor!

—¡Yo sé lo que *te* gustaría! —dijo la Reina afablemente, sacando una cajita del bolsillo—. ¿Quieres una galleta?

Alicia consideró que no era de buena educación decirle que no; pero no era eso ni mucho menos lo que le apetecía. Así que la cogió, y se la comió como pudo: estaba *sequísima*; pensó que en su vida había estado tan cerca de ahogarse.

—Mientras tú te refrescas —dijo la Reina—, yo voy a tomar medidas— y se sacó una cinta del bolsillo y se puso a medir el terreno, clavando estaquitas de vez en cuando.

—Cuando llegue a las dos yardas —dijo, hincando una estaca para señalar la distancia—, te daré instrucciones; ¿quieres otra galleta?

—No, gracias —dijo Alicia—. ¡Con una tengo *más* que suficiente!

—¿Has apagado la sed, entonces? —dijo la Reina.

Alicia no supo qué contestar a esto; pero afortunadamente la Reina no esperó a que contestase, sino que continuó: «A las *tres* yardas te las repetiré... no vaya a ser que se te olviden. A las *cuatro*, te diré adiós. Y a las *cinco*, ¡me iré!

A todo esto, había clavado ya todas las estacas; Alicia la observó con gran interés mientras regresaba al árbol, y luego empezaba a avanzar despacio siguiendo la fila de estacas.

Al llegar a la que marcaba las dos yardas, se volvió y dijo: «El peón avanza dos casillas en su primer movimiento. De modo que cruzarás muy pronto la Tercera Casilla (en tren, creo), y en un santiamén te encontrarás en la Cuarta. Bueno, *esa* Cuarta Casilla pertenece a Patachunta y Patachún; la Quinta es agua casi toda; la Sexta pertenece a Tentetieso... Pero ¿no tienes nada que decir?

—Yo... yo no sabía que tenía que decir algo... por ahora —tartamudeó Alicia.

—Pues *debías* haber dicho —prosiguió la Reina en tono de grave reprobación—: «Sois sumamente amable al informarme de todo esto»; pero supondremos que lo has dicho; la Séptima Casilla es toda bosque; sin embargo, uno de los Caballeros te enseñará el camino, y en la Octava Casilla estaremos las Reinas juntas, ¡y habrá un banquete, y alegría!

Alicia se levantó, hizo una reverencia, y se volvió a sentar.

Al llegar a la estaca siguiente, la Reina se volvió otra vez, y dijo: «Habla en francés cuando no consigas acordarte de algo en inglés, pon las puntas de los pies hacia afuera al andar... ¡y recuerda quién eres!». No esperó a que Alicia le hiciese una reverencia en esta ocasión, sino que siguió andando deprisa hasta la siguiente estaca; y una vez allí, se volvió un instante para decir: «Adiós», y continuó corriendo hasta el final.

Alicia no supo nunca cómo ocurrió: pero al llegar exactamente a la última estaca, desapareció.^[10] Si se desvaneció en el aire, o se internó corriendo en el bosque («¡*puede* correr deprisísima!», pensó Alicia), no hubo forma de averiguarlo; el caso es que desapareció, y Alicia empezó a recordar que era Peón, y que muy pronto le tocaría jugar.

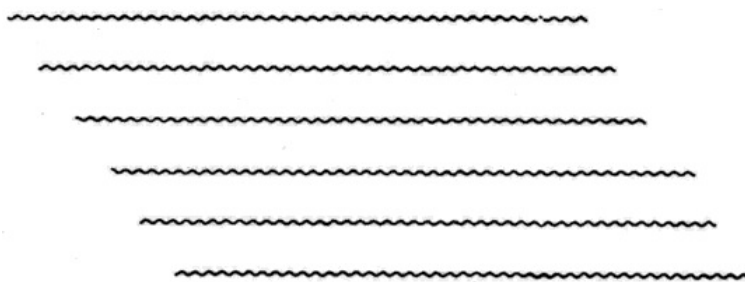
Insectos del Espejo

Naturalmente, lo primero era efectuar un reconocimiento general del campo que iba a recorrer. «Es muy parecido a estudiar geografía», pensó Alicia, poniéndose de puntillas con la esperanza de poder abarcar un poco más. «Ríos principales: no *hay* ninguno. Montañas principales: estoy sobre la única; aunque no creo que tenga nombre. Ciudades principales: ¡vaya!, ¿qué serán aquellos bichos que hacen miel allá abajo? No pueden ser abejas... nadie ha visto nunca abejas desde una milla de distancia...» y durante un rato estuvo observando en silencio a uno que revoloteaba entre las flores, metiendo en ellas su trompa «igual que una abeja normal y corriente», pensó Alicia.

Sin embargo, era todo menos una abeja normal y corriente: en realidad era un elefante... como Alicia no tardó en descubrir, aunque la idea la dejó al principio sin respiración. «¡Y qué flores más enormes deben de ser!», fue el pensamiento que le vino a continuación. «Como cabañas a las que les han quitado la techumbre y les han puesto tallo... ¡y qué cantidad de miel deben de hacer! Me parece que voy a bajar a... no, *todavía* no», prosiguió, conteniéndose cuando iba a echar a correr cuesta abajo, y tratando de encontrar alguna justificación a su súbita timidez. «No conviene que ande entre ellos sin una rama bien larga para espantarlos... ¡qué divertido va a ser cuando me pregunten qué tal el paseo! Les diré: ”¡Ah!, me ha gustado bastante...”» (aquí sacudió la cabeza con su gesto favorito), «pero *hacía* mucho calor, había mucho polvo, ¡y los elefantes estaban muy pesados!».

—Creo que voy a bajar por el otro lado —dijo tras una pausa—, quizá pueda visitar más tarde a los elefantes. ¡Además, tengo muchas ganas de llegar a la Tercera Casilla!

De modo que, con esta excusa, echó a correr cuesta abajo, y saltó el primero de los seis arroyuelos.^[1]



—¡Billetes, por favor! —dijo el Revisor, metiendo la cabeza por la ventanilla. Un instante después, todos le tendían sus billetes: eran más o menos del mismo tamaño que las personas, y parecían llenar completamente el vagón.

—¡Vamos! ¡Enséñame tu billete, niña! —continuó el Revisor, mirando a Alicia con enfado. Y un montón de voces dijo a la vez («como el coro de una canción», pensó Alicia): «Niña, no le hagas esperar! ¡Venga, que su tiempo vale a mil libras el minuto!».

—Lo siento, pero no he sacado —dijo Alicia en tono asustado—; no había despacho de billetes en el lugar de donde vengo.

Y nuevamente se elevó el coro de voces:

—No había espacio para un despacho en el lugar de donde viene. ¡El terreno allí vale a mil libras la pulgada!

—No me vengas con excusas —dijo el Revisor—: podías habérselo pedido al maquinista.

Y otra vez se elevó el coro de voces con: «El hombre que lleva la locomotora. ¡Sólo el humo vale a mil libras la fumarada!».

Alicia pensó para sí: «Total, que es inútil hablar». Las voces no intervinieron *esta vez*, dado que Alicia no había hablado; pero, para su enorme sorpresa, todos *pensaron a coro* (espero que comprendáis lo que significa *pensar a coro*... porque confieso que yo no): «Es mejor no decir nada. Hablar vale a mil libras la palabra!».

«Esta noche voy a soñar con mil libras, ¡estoy segura!», pensó Alicia.

Durante todo este tiempo, el Revisor no hacía más que mirarla: pero primero con un catalejo, luego con un microscopio, y después con unos gemelos. Por último, dijo: «Vas en dirección contraria», y cerró la ventanilla y se fue.



—¡Una niña tan pequeña —dijo un señor que iba sentado enfrente de ella (iba vestido de papel blanco)^[2]— debe saber en qué dirección viaja, aunque no sepa su propio nombre!

Un Chivo que iba sentado al lado del señor de blanco cerró los ojos y dijo en voz alta:

—¡Debe saber la dirección del despacho de billetes, aunque no sepa el alfabeto!

Había un Escarabajo sentado junto al Chivo (eran extrañísimos los pasajeros que iban en el vagón), y como parecía que la regla general era que hablasen todos por turno, prosiguió él, diciendo: «¡Habrás que devolverla desde aquí como equipaje!».

Alicia no podía ver quién iba sentado al otro lado del Escarabajo, pero a continuación habló una voz ronca: «Cambio de máquina...», dijo; sufrió un ahogo, y calló.

«Parece un caballo», pensó Alicia para sí. Y una voccecita extremadamente pequeña, cerca de su oído, dijo:

—Podías hacer un chiste sobre eso, con las palabras «caballo» y «calló», por ejemplo.

A continuación, una voz muy suave y alejada comentó: «Habrás que ponerle la siguiente etiqueta: "Frágil, niña"^[3]...».

Después, otras voces («¡Cuánta gente viaja en este vagón!», pensó Alicia), siguieron: «Debe ser remitida por correo, ya que va con los labios sellados^[3a]...». «Debe ser enviada como telegrama...» «Debe tirar del tren el resto del viaje...», y así sucesivamente.

Pero el señor vestido de papel blanco se inclinó hacia adelante, y le susurró al oído: «No hagas caso de lo que digan, pequeña, y saca billete de ida y vuelta cada vez que pare el tren».

—¡Ni hablar! —dijo Alicia algo enfadada—. Yo no tengo nada que ver con este viaje en tren; estaba en un bosque hace sólo un momento... ¡y ojalá pudiera volver allí!

—Podías hacer un chiste sobre eso —dijo la vocecita cerca de su oído—: sobre que «*quisieras* si pudieras» o algo por el estilo.

—Deja de incordiar —dijo Alicia, tratando en vano de averiguar de dónde provenía la voz—. Si tan deseoso estás de chistes, ¿por qué no haces uno tú?

La vocecita suspiró profundamente. Era *muy* desgraciado, evidentemente, y a Alicia le habría gustado decir algo compasivo que le consolase. «¡Si al menos suspirara como los demás!», pensó. Pero éste había sido un suspiro tan prodigiosamente minúsculo que, de no haber sonado *cerquísima* de su oído, no lo habría oído en absoluto. El resultado fue que le hizo muchas cosquillas en el oído, y le apartó el pensamiento de la infelicidad del pobre bichito.

—Sé que eres amiga —prosiguió la vocecita—; una amiga sincera y buena. Y que no me harás daño, aunque *sea* un insecto.

—¿Qué clase de insecto? —preguntó Alicia con cierta inquietud. Lo que quería saber en realidad era si picaba o no; pero consideró que no era de buena educación hacer esa pregunta.

—¿Cómo, entonces no...? —empezó la vocecita, cuando la ahogó un chillido estridente de la locomotora, y todo el mundo dio un brinco alarmado, Alicia incluida.

El Caballo, que había sacado la cabeza por la ventanilla, la metió otra vez tranquilamente, y dijo: «Sólo es un arroyo que tenemos que saltar».

Todo el mundo pareció contentarse con esta explicación, aunque Alicia se sintió un poco nerviosa ante la idea de que los trenes saltasen. «De todos modos, nos va a llevar a la Cuarta Casilla; ¡lo cual es un consuelo!», se dijo. Un momento después sintió que el vagón saltaba directamente en el aire; y, con el susto, se agarró a lo que tenía más a mano, que resultó ser la barba del Chivo^[4].

* * * * *
* * * * *
* * * * *

Pero la barba pareció desvanecerse al tocarla Alicia, y se encontró con que estaba tranquilamente sentada bajo un árbol, mientras el Mosquito (pues era éste el insecto con el que había estado hablando) se balanceaba en una rama justo encima de su

cabeza, y la abanicaba con sus alas.

Desde luego, era un Mosquito *grandísimo*: «Como del tamaño de un pollo», pensó Alicia. Sin embargo, no podía sentirse nerviosa, después de la larga conversación que había sostenido con él.

—... entonces, ¿no te gustan *todos* los insectos? —prosiguió el Mosquito, la mar de tranquilo, como si nada hubiese ocurrido.

—Me gustan cuando hablan —dijo Alicia—. Pero de donde *vengo*, no habla ninguno.

—¿Con qué insectos te lo pasas bien de donde *vienes*? —preguntó el Mosquito.

—Yo no me lo paso *bien* con los insectos —explicó Alicia—, porque me dan un poco de miedo..., al menos los grandes. Pero puedo decirte el nombre de algunos.

—Naturalmente, responderán a sus nombres, ¿no? —comentó el Mosquito despreocupadamente.

—No sé que lo hayan hecho nunca.

—Entonces, ¿de qué les sirve tener nombre —dijo el Mosquito—, si no responden a él?

—A *ellos*, de nada —dijo Alicia—; pero me imagino que es útil para la gente que los nombra. Si no, ¿por qué iban a tener nombre las cosas?

—No lo sé —replicó el Mosquito—. Más adelante, en aquel bosque, las cosas no tienen nombre; pero sigue con tu lista de insectos: estás perdiendo el tiempo.

—Pues está el Caballito del Diablo —empezó Alicia, contando los nombres con los dedos.

—Bueno —dijo el Mosquito—, pues allí, en mitad de aquel arbusto, puedes ver un Caballito-balancín. Es enteramente de madera, y va balanceándose de rama en rama.



—¿De qué se alimenta? —preguntó Alicia con gran curiosidad.

—De savia y serrín —dijo el Mosquito—. Continúa con la lista.

Alicia observó al Caballito-balancín con gran interés, y concluyó que sin duda lo acababan de repintar, ya que se le veía muy brillante y pegajoso; luego prosiguió:

—Está también la Luciérnaga.

—Mira en la rama que tienes encima de la cabeza —dijo el Mosquito—, y verás una Luciernagolosina. Tiene el cuerpo de budín de ciruelas, sus alas son hojas de acebo, y su cabeza una pasa flameada al coñac^[4a].



—¿Y de qué se alimenta? —preguntó Alicia como antes.

—De polvorones^[5] y fruta escarchada —contestó el Mosquito—; y anida en los regalos de Navidad.

—Luego está la Mariposa —continuó Alicia, tras mirar largamente al insecto de cabeza llameante, y pensar para sus adentros: «A lo mejor, por eso tienen los insectos tanta afición a volar hacia las velas... ¡porque quieren convertirse en Luciernagolosinas!».

—Arrastrándose a tus pies —dijo el Mosquito (Alicia retiró los pies alarmada)— tienes a una Maripán-con mantequilla. Sus alas son finas rebanadas de pan con mantequilla, su cuerpo es de corteza, y su cabeza es un terrón de azúcar.



—¿Y de qué se alimenta?

—De té flojo con leche.

Una nueva dificultad le vino a Alicia a la cabeza. «¿Y si no encuentra té?», sugirió.

—Entonces se moriría, naturalmente.

—Pero eso debe ocurrir muy a menudo —comentó Alicia pensativa.

—Ocurre siempre —dijo el Mosquito.

Después de esto, Alicia se quedó callada durante un minuto o dos, meditabunda. Entretanto, el Mosquito se entretuvo borboreando alrededor de su cabeza; por último se posó otra vez y comentó: «Supongo que tú no querrás perder tu nombre, ¿verdad?».

—Claro que no —dijo Alicia con cierta inquietud.

—De todos modos, no sé —prosiguió el Mosquito con indiferencia—: ¡imagina lo práctico que sería si volviesses a tu casa sin él! Por ejemplo, si la institutriz quisiera darte la lección, te llamaría: «Venga aquí...», pero al llegar ahí tendría que callarse porque no habría nombre con qué llamarte; y naturalmente, no tendrías por qué ir.

—No serviría, estoy segura —dijo Alicia—; la institutriz jamás me perdonaría la lección por eso. Si no pudiese acordarse de mi nombre, me llamaría «señorita», como hacen las criadas.

—Bueno, si te llamase «señorita» sin más —comentó el Mosquito—, naturalmente, podrías decir que entendiste «visita», y que por tanto no iba a darte la lección. Es un chiste. Me habría gustado que lo hubieses hecho *tú*.

—¿Por qué lo iba a hacer yo? —preguntó Alicia—. Es malísimo.

Pero el Mosquito se limitó a suspirar profundamente, al tiempo que le resbalaban por las mejillas dos enormes lagrimones.

—No deberías hacer chistes —dijo Alicia—, si eso te hace sentirte tan desgraciado.

Entonces dejó escapar otro de sus pequeños suspiros melancólicos y, al parecer, esta vez el pobre Mosquito se deshizo verdaderamente en suspiros, porque cuando Alicia miró hacia arriba, no vio nada sobre la rama; y como se estaba quedando fría de permanecer sentada tanto tiempo, se levantó y echó a andar.

Muy pronto llegó a un campo abierto, con un bosque en el otro extremo: parecía mucho más oscuro que el anterior, y le dio un *poco* de miedo la idea de entrar en él. Sin embargo, tras pensárselo bien, decidió proseguir: «Naturalmente, no voy a *retroceder*», pensó para sí; además, era el único camino para llegar a la Octava Casilla.

«Éste debe de ser el bosque», se dijo Alicia pensativa, «donde no tienen nombre las cosas. ¿Qué le pasará al *mío* cuando entre? No me haría ninguna gracia perderlo... porque tendrían que ponerme otro, y es casi seguro que sería feo. ¡De todos modos, sería divertido buscar al bicho que hubiera encontrado mi nombre anterior! Sería como esos anuncios que pone la gente cuando pierde a su perro: *Responde al nombre de "Chas" lleva un collar de latón*. ¡Figúrate, ir llamando a todo el mundo "Alicia", hasta que alguien contestase! Sólo que si fueran listos no contestarían» .

Iba divagando de esta manera, cuando llegó al bosque: parecía muy frío y sombrío. «Bueno, en todo caso es un gran alivio», se dijo al internarse bajo los árboles, «después de pasar tanto calor, entrar en el... en el... ¿en el *qué?*», prosiguió, bastante sorprendida, al ver que no conseguía dar con la palabra. «O sea, internarme bajo los... bajo los... ¡bajo los *éstos!*», dijo, poniendo la mano sobre el tronco de un árbol. «¿Cómo se llaman? Me parece que no tienen nombre... ¡Vaya, por supuesto que no lo tienen!»

Se detuvo, y permaneció callada un minuto, pensando; luego empezó súbitamente otra vez: «¡Entonces *ha* ocurrido, al final! Y ahora, ¿quién soy? ¡*Quiero* acordarme, si puedo! ¡Estoy decidida!». Pero el estar decidida no la ayudó mucho, y todo lo que fue capaz de decir, tras cavilar largo rato, fue: «¡L; sé que empieza por L!^[6]».

En ese preciso momento se acercó por allí un Cervatillo: miró a Alicia con sus dulces ojazos, pero no pareció asustarse en absoluto: «¡Ven aquí! ¡Ven aquí!», dijo Alicia, al tiempo que extendía la mano tratando de acariciarlo; el Cervatillo se limitó a retroceder un poco, y luego se quedó mirándola otra vez.

—¿Cómo te llamas? —dijo el Cervatillo por fin. ¡Qué vocecita más dulce tenía!

«¡Ojalá lo supiera!», pensó la pobre Alicia. Contestó un poco triste:

—Ahora mismo, nada.

—Piénsalo —dijo el Cervatillo—: eso no vale.

Alicia se puso a pensar, pero no se le ocurría nada.

—Por favor, ¿quieres decirme cómo te llamas *tú*? —dijo ella tímidamente—.

Creo que eso podría ayudarme un poco.

—Te lo diré, si vienes conmigo un poco más allá —dijo el Cervatillo—. *Aquí* no puedo acordarme.

Conque caminaron juntos por el bosque, Alicia con los brazos amorosamente ceñidos alrededor del suave cuello del Cervatillo, hasta que llegaron a otro campo abierto; aquí el Cervatillo dio un salto repentino en el aire, librándose del brazo de Alicia. «¡Soy un cervatillo!», exclamó con voz complacida.^[7] «¡Dios mío! ¡Y tú eres una criatura humana!» —una expresión de súbita alarma asomó a sus hermosos ojos castaños; y un instante después salió disparado.



Alicia se quedó mirándole casi dispuesta a llorar de disgusto, por haber perdido tan repentinamente al pequeño compañero. «Al menos, ahora sé mi nombre», se dijo; «eso ya es *algún* consuelo. Alicia... Alicia... No quiero que se me olvide otra vez. Y ahora, ¿cuál de esos postes indicadores debo seguir?».

No era una pregunta muy difícil de contestar, ya que sólo había un camino que cruzaba el bosque, y los dos postes señalaban el mismo sentido. «Lo decidiré», se dijo Alicia, «cuando el camino se divida, y señalen direcciones diferentes».

Pero no parecía que esto fuera a suceder. Siguió andando y andando durante largo rato, pero cada vez que el camino se dividía, había invariablemente dos postes que señalaban la misma dirección. Uno ponía:



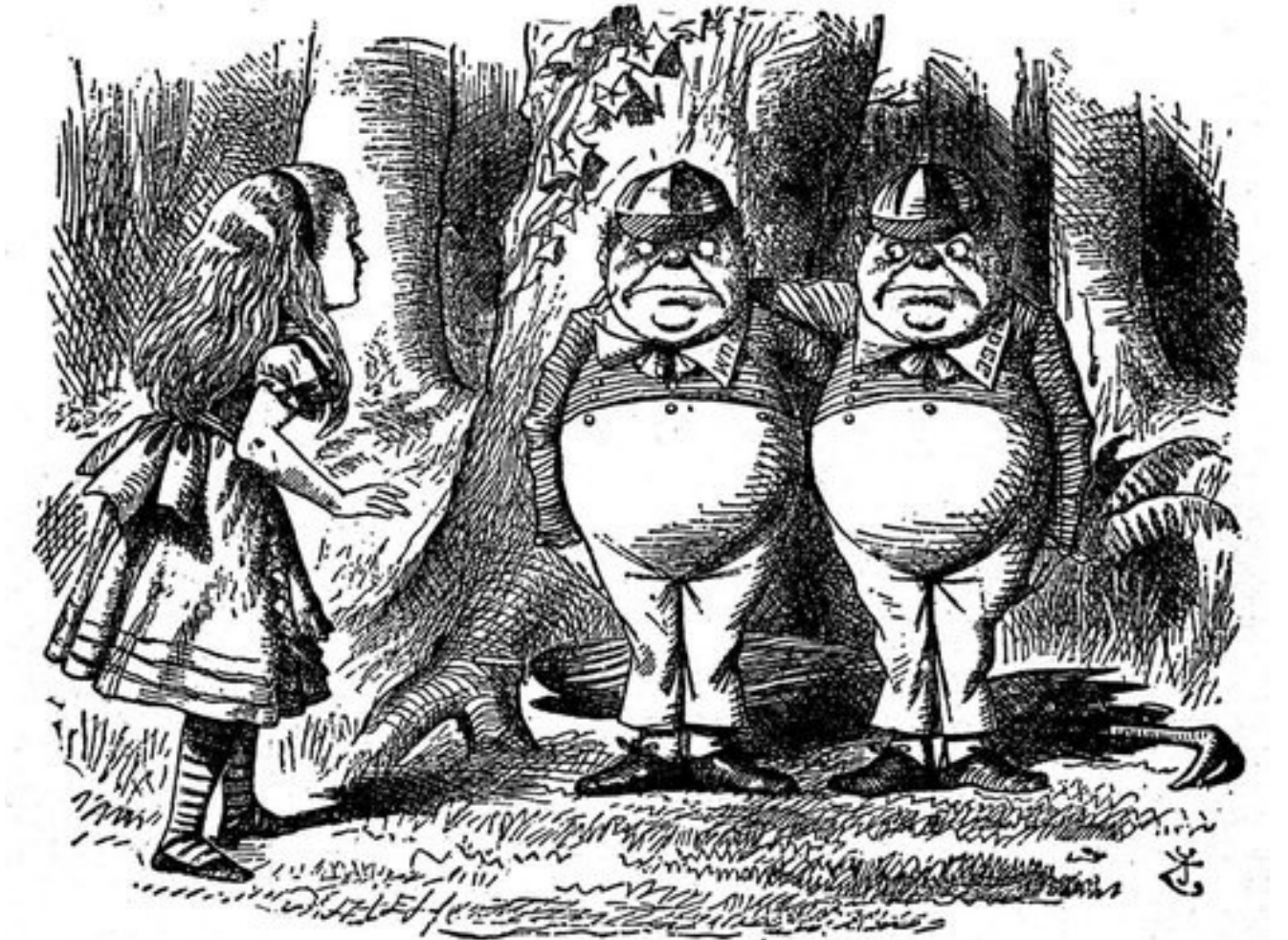
y el otro:



—¡Creo que los dos viven en la *misma* casa! —se dijo Alicia por fin—. No sé cómo no se me ha ocurrido antes... Pero no voy a poder entretenerme allí mucho tiempo. Llamaré, les diré: «¿Qué tal estáis?», y les preguntaré el camino para salir del bosque. ¡A ver si llego a la Octava Casilla antes de que se haga de noche! —así que siguió andando, y hablando consigo misma mientras caminaba, cuando al dar la vuelta en un recodo del camino se topó, tan súbitamente, con dos hombrecillos rechonchos que no pudo evitar dar un salto atrás; pero se recobró en seguida, convencida de que debían de ser ellos.^[8]

Patachunta y Patachún

Estaban de pie, bajo un árbol, el uno con el brazo en el cuello del otro; y en seguida se dio cuenta Alicia de quién era quién, ya que uno tenía «CHUNTA» bordado en el cuello de la camisa, y el otro «CHUN». «Supongo que los dos llevan el PATA en la parte de atrás», se dijo.



Estaban tan quietos que a Alicia se le olvidó por completo que estaban vivos; de modo que iba a dar la vuelta alrededor de ellos para comprobar si tenían el «PATA» en la parte de atrás del cuello, cuando se llevó un sobresalto al oír una voz que salió del que tenía el «CHUNTA»:

—Si crees que somos figuras de cera —dijo—, deberías pagar entrada. Las figuras de cera no se hacen para verlas gratis. ¡Ni mucho menos!

—¡Y al revés! —añadió el que llevaba «CHUN»—: si crees que estamos vivos, deberías saludar.

—Lo siento muchísimo, de veras —fue todo lo que Alicia pudo decir; porque le acudió al pensamiento, con la insistencia del tictac de un reloj, la letra de la vieja

canción, y no pudo evitar recitarla en voz alta^[1]:

«Patachunta y Patachún
acordaron tener un duelo
Patachunta acusó a Patachún
de romper su cascabel nuevo.

Pero llegó un cuervo monstruoso,
negro como un barril de alquitrán;
y asustó a los dos de tal modo
que se olvidaron de luchar.»

—Sé lo que estás pensando —dijo Patachunta—; pero no es así, ni mucho menos.

—Al revés —continuó Patachún—: si fuera así, podría ser; y si lo fuera, sería; pero como no lo es, no es. Es cuestión de lógica.

—Estaba pensando —dijo Alicia cortésmente—, cuál sería el mejor camino para salir de este bosque: está oscureciendo. ¿Podéis decírmelo, por favor?

Pero los rechonchos hombrecillos se limitaron a mirarse y sonreír.

Se parecían tanto a un par de colegiales mayores que Alicia no pudo evitar el señalar con el dedo a Patachunta, y decir: «¡Primer alumno!».

—¡Ni mucho menos! —exclamó Patachunta enérgicamente; y volvió a cerrar la boca con un chasquido.

—¡El siguiente! —dijo Alicia, pasando a Patachún, aunque estaba completamente segura de que se limitaría a gritar: «¡Al revés!»), como efectivamente hizo.

—¡Has empezado mal! —gritó Patachunta—. ¡Cuando se va de visita, lo primero que se hace es decir: «Mucho gusto», y dar la mano! —y aquí los dos hermanos se dieron un abrazo, y luego tendieron la mano libre para estrechar la de Alicia.^[2]

Alicia no quería estrecharle en primer lugar la mano a ninguno de los dos por temor a herir los sentimientos del otro; así que, para salir del apuro de la mejor manera posible, cogió al mismo tiempo las dos manos; un momento después estaban bailando al corro. Fue algo completamente natural (recordaba Alicia después), de forma que ni siquiera se sorprendió al oír música: parecía venir del árbol bajo el que estaban bailando, y producirla (según pudo advertir ella) las ramas al frotar unas contra otras, como violines y arcos.

—Pero sí resultaba gracioso —dijo Alicia más tarde, cuando le contó a su hermana la historia de todo esto—, encontrarme cantando: «*Al corro chirimbolo*». No sé cómo empecé; ¡pero me daba la sensación de que llevaba cantando muchísimo rato!

Los otros dos bailarines eran gordos, y no tardaron en quedarse sin aliento. «Cuatro vueltas es suficiente para un baile» —jadeó Patachunta; y lo dejaron tan repentinamente como habían empezado: la música paró también en aquel mismo instante.

Entonces le soltaron las manos a Alicia, y se quedaron mirándola un minuto: fue una pausa bastante embarazosa, ya que Alicia no sabía cómo empezar la conversación con unas personas con las que acababa de bailar. «No estaría bien decir Mucho gusto *ahora*», se dijo: «¡eso parece que ya lo hemos dejado atrás!»

—Espero que no os hayáis cansado mucho —dijo por fin.

—Ni mucho menos. *Muchísimas* gracias por tu interés —dijo Patachunta.

—¡Muy *agradecido*! —añadió Patachún—. ¿Te gusta la poesía?

—Sí, bastante... *algunas* poesías —dijo Alicia, indecisa—. ¿Queréis decirme cuál es el camino para salir del bosque?

—¿Qué le podría recitar? —dijo Patachún, volviéndose hacia Patachunta con ojos grandes y solemnes, sin hacer caso de la pregunta de Alicia.

—La más larga es «*La Morsa y el Carpintero*» —replicó Patachunta, dándole a su hermano un abrazo afectuoso.

Patachún empezó sin más:

«Lucía el sol...»

Aquí Alicia se atrevió a interrumpirle:

—Si es *muy* larga —dijo lo más amablemente posible—, ¿te importaría decirme primero, en qué dirección...?

Patachún sonrió afablemente, y empezó otra vez^[3];

Lucía el sol en el mar;
brillaba con toda su fuerza:
todo su empeño ponía
en hacer las olas tersas...
cosa extraña por demás,
ya que media noche era.

La luna brillaba ceñuda:
pensaba que el sol no tenía
que estar ahora presente
habiendo acabado el día.
«¡Venir a aguar la función
es una gran grosería!»

La mar estaba mojada;
seca, muy seca, la arena.
No se veía una nube
en la bóveda azulenca;
tampoco volaban aves
ni a lo lejos, ni a lo cerca.

La Morsa y el Carpintero,
que paseaban muy cerca,
lloraban con desconsuelo

viendo tantísima arena:
«¡Qué magnífico sería
si la limpiasen entera!».



«Siete criadas barriendo
siete meses con la escoba
quizá la podrían quitar.
¿Tú qué opinas?», dijo la Morsa.
«Tal vez no», dijo el Carpintero
soltando una lágrima sola.

«¡Venid, queridas Ostras!»
La Morsa les suplicaba,
«a charlar y a pasear
por esta playa salada;
y si no sois más de cuatro,
daremos la mano a cada».

Una Ostra vieja la miró,
pero no quiso decir nada;
se limitó a guiñar un ojo,
a mover su cabeza pesada,
mostrando que no iba a dejar
el ostrero donde estaba.

Cuatro ostras jovencitas
echaron ansiosas a correr,
limpias, sus caras y sus capas;
sus zapatitos daba gusto ver...
cosa extraña, pues se sabe
que las ostras no suelen tener pies.

Cuatro Ostras las siguieron
y luego otras cuatro más;

al final fueron multitud,
y acudieron más y más,
saltando entre las olas
ansiosas por dejar el mar.

La Morsa y el Carpintero
anduvieron una milla,
descansaron en una roca
lo bastante baja y fina,
mientras las Ostras, de pie,
esperaban formando fila.



«Es hora ya», dijo la Morsa,
«de hablar de muchos enseres:
de zapatos, de barcos, de lacre,
de repollos y de reyes^[4],
de por qué hierve el agua del mar,
o si los cerdos alas tienen».

«¡Espera un poco», gritaron las Ostras,
«antes de ponerte a charlar;
algunas estamos sin aliento,
y las gordas las que más!»
«¡No hay prisa!», gritó el Carpintero,
lo que a todas pareció aliviar.

«Algo de pan», dijo la Morsa,
«es lo que necesitamos;
además de pimienta y vinagre,
que hay que tener mano.
ahora, Ostritas queridas,
comamos como hermanos».

«¡Pero no a nosotras!», clamaron

poniéndose algo azulencas.
«¡Después de tanta cortesía,
sería una pura vileza!»
«La noche es preciosa», dijo la Morsa.
¿No la admiráis, tan serena?»

«¡Qué buenas sois al venir!
¡Y qué suculentas estáis!»
Pero el Carpintero dijo sólo:
«Anda y córtame pan.
procura no estar sorda,
para no repetírtelo más».

«¡Qué vergüenza», dijo la Morsa,
«hacerles tal villanía
después de traerlas tan lejos,
y hacerlas trotar tan deprisa!»
El Carpintero dijo tan sólo:
«¡No pongas más mantequilla!».

«Lloro por vosotras», dijo la Morsa;
«me dais una pena inmensa».
entre sollozos y llantos
cogía las más suculentas,
con un pañuelo en los ojos
para disimular la cuenta.



«¡Ostritas mías», dijo el Carpintero,
«¡buen paseo habéis tenido!
¿Volvemos al trote también?»
Pero ninguna respuesta vino,
lo que era natural, porque
todas se las habían comido.^[5]

—Me cae mejor la Morsa —dijo Alicia—, porque lo sentía un *poco* por las

pobres ostras.

—Pero comió más que el Carpintero —dijo Patachún—. Se ponía el pañuelo en los ojos para que el Carpintero no pudiese contar cuántas cogía: al revés.

—¡Qué villanía! —dijo Alicia indignada—. Entonces prefiero al Carpintero... si no comió tantas como la Morsa.

—De todas maneras, se comió todas las que pudo —dijo Patachunta.

Esto era un difícil problema.^[6] Tras una pausa, dijo Alicia:

—¡Bueno! Los *dos* eran unos personajes desagradabilísimos... —aquí se contuvo, un poco alarmada, al oír en el bosque cercano algo que le pareció como el resoplido de una gran máquina de vapor, aunque temió que fuera más probablemente una fiera salvaje.

—¿Hay tigres o leones por aquí? —preguntó con timidez.

—Es sólo el Rey Rojo, roncando —dijo Patachún.

—¡Vamos a verle! —gritaron los dos hermanos; y cada uno le cogió una mano a Alicia, y la llevaron adonde estaba durmiendo el Rey.

—¿No es una visión *encantadora*? —dijo Patachunta.

Alicia no pudo decir sinceramente que lo fuera. Tenía puesto un largo gorro de dormir de color rojo con una borla, y estaba en el suelo, encogido, como una especie de bulto desordenado; y soltaba unos ronquidos sonoros... «¡capaces de hacerle saltar la cabeza!», según comentó Patachunta.



—Me temo que se va a resfriar, tumbado ahí en la yerba húmeda —dijo Alicia,

que era una niña muy precavida.

—Ahora está soñando —dijo Patachún—; ¿Con quién dirías tú que está soñando?

—Eso no se puede saber —dijo Alicia.

—¡Pues *contigo!* —exclamó Patachún palmoteando triunfalmente—. Si dejase de soñar contigo, ¿dónde crees que estarías tú?

—Donde estoy ahora, naturalmente —dijo Alicia.

—¡Ni mucho menos! —replicó Patachún con desprecio—. No estarías en ninguna parte. ¡Vamos, tú no eres más que un objeto soñado por él!^[7]

—Si ese Rey se despertase —añadió Patachunta—, ¡paf!, te apagarías como una vela.

—¡No me apagaría! —exclamó Alicia indignada—. ¡Además, si soy un objeto soñado por él, me gustaría saber qué sois *vosotros!*

—Idem —dijo Patachunta.

—¡Idem de idem! —exclamó Patachún.

Lo gritó tan fuerte, que Alicia no pudo por menos de decirle:

—¡Chitón!; le vas a despertar, si armas tanto alboroto.

—¡Bah!, es inútil que hables de despertarle —dijo Patachún—, cuando no eres más que uno de los objetos soñados por él. Sabes muy bien que no eres real.

—¡Sí soy real! —dijo Alicia, y se echó a llorar.

—No te vas a hacer ni una pizca más real por llorar —comentó Patachún—; no hay ninguna razón para llorar.

—Si yo no fuese real —dijo Alicia, casi riendo en medio de las lágrimas, dado que todo aquello le parecía de lo más ridículo—, no me sería posible llorar.

—Supongo que no creerás que esas lágrimas son *reales*, ¿verdad? —intervino Patachunta con tono de enorme desprecio.

«Sé que estáis diciendo tonterías», pensó Alicia para sí: «y es una estupidez llorar por eso». Así que se enjugó las lágrimas, y prosiguió, lo más animadamente que pudo: «De todos modos, será mejor que salga del bosque, porque la verdad es que se está poniendo muy oscuro. ¿Creéis que va a llover?»

Patachunta abrió un enorme paraguas por encima de él y de su hermano y, mirando hacia arriba desde allí, dijo: «No, no creo que llueva; al menos *aquí* debajo. Ni mucho menos».

—Pero, ¿lloverá *fuera?*

—Puede ser... si le da por ahí —dijo Patachún—: por nosotros, no hay inconveniente. Al revés.

«¡Qué seres más egoístas!», pensó Alicia; y estaba a punto de decirles «¡Buenas tardes!» y dejarles, cuando de repente salió Patachunta de debajo del paraguas, y la agarró por la muñeca.

—¡Mira eso! —dijo con una voz ahogada por la indignación, mientras los ojos se

le dilataban y se le ponían súbitamente amarillos, al tiempo que señalaba con dedo tembloroso un pequeño objeto blanco que había debajo del árbol.

—No es más que un cascabel —dijo Alicia tras observar atentamente el blanco objeto—. O sea, no es *una* cascabel —se apresuró a añadir, creyendo que estaba asustado—; sino sólo un cascabel... completamente viejo y roto.^[7a]

—¡Lo sabía! —gritó Patachunta, poniéndose a patalear frenéticamente y a mesarse los cabellos—. ¡Está roto, por supuesto! —y miró a Patachún, quien inmediatamente se sentó en el suelo, y trató de ocultarse debajo del paraguas.



Alicia posó una mano sobre su brazo, y le dijo en tono conciliador: «No debes enfadarte tanto por un viejo cascabel».

—¡No es viejo! —gritó Patachunta, más furioso aún—. Es nuevo, nuevo; lo compré ayer... ¡mi precioso CASCABEL NUEVO! —y su voz se elevó hasta convertirse en un grito.

A todo esto, Patachún trataba de plegar el paraguas lo mejor posible consigo dentro, lo que era un empeño tan extraordinario, que desviaba por completo la atención de Alicia del irritado hermano. Pero no lo consiguió del todo, y terminó rodando envuelto en el paraguas, asomando tan sólo la cabeza; y allí se quedó, abriendo y cerrando la boca y sus grandes ojazos, «con pinta más de pez que de otra cosa», pensó Alicia.

—Como es natural, estarás de acuerdo en que tengamos un duelo. ¿No? —dijo Patachunta en tono más calmado.

—Claro que sí —replicó el otro de mal talante, saliendo a rastras de debajo del paraguas—; pero *ella* tiene que ayudarnos a vestirnos.

Así que los dos hermanos se metieron en el bosque cogidos de la mano, y regresaron un minuto después con los brazos cargados de objetos: colleras, mantas, alfombrillas, manteles, tapaderas y cubos del carbón.

—Espero que tengas buena mano para atar y prender alfileres —comentó Patachunta—. Tenemos que ponernos todas estas cosas como sea.

Alicia contó más tarde que en la vida había visto armar tanto jaleo por tan poca cosa: afanándose de aquí para allá, poniéndose toda aquella cantidad de chirimbolos, y cargándola a ella con la molestia de atarles cordeles y abrocharles botones... «¡La verdad es que van a parecer más dos bultos de ropa vieja que otra cosa, cuando estén preparados!», se dijo para sus adentros, mientras le colocaba una collera a Patachunta «para evitar que le cortaran la cabeza», como dijo él.



—Como sabes —añadió éste muy serio—, es una de las cosas más graves que le pueden ocurrir a uno en un combate... eso de que le corten la cabeza.

Alicia se echó a reír; pero consiguió hacer que su risa pareciese un acceso de tos, por temor a herir sus sentimientos.

—¿Estoy muy pálido? —dijo Patachunta, acercándose para que le atara el yelmo (él lo *llamaba* yelmo, aunque la verdad es que parecía mucho más un cazo).

—Bueno... sí... un *poco* —replicó Alicia con amabilidad.

—Por lo general, soy muy valeroso —prosiguió él en voz baja—; pero hoy precisamente me duele la cabeza.

—¡Y yo tengo dolor de muelas! —dijo Patachún, que había oído el comentario—. ¡Estoy muchísimo peor que tú!

—Entonces será mejor que no luchéis hoy —dijo Alicia, juzgando que era una buena ocasión para que hiciesen las paces.

—*Tenemos* que luchar un poco, aunque no me importaría que fuese un rato nada más —dijo Patachunta—. ¿Qué hora es?

Patachún consultó su reloj, y dijo: «Las cuatro y media».

—Luchemos hasta las seis; luego nos iremos a cenar —dijo Patachunta.

—Muy bien —dijo el otro algo triste—; *ella* que se quede a vernos..., pero no te pongas muy cerca —añadió—; por lo general, le doy a todo lo que veo... cuando me acaloro.

—¡Y yo, a todo lo que se pone a mi alcance —exclamó Patachunta—, tanto si lo veo como si no!

Alicia se echó a reír. «Pues le habréis tenido que dar a los *árboles* bastante a menudo, me parece», dijo.

Patachunta miró en torno suyo con sonrisa complacida.

—¡No creo que quede un solo árbol en pie a nuestro alrededor —dijo—, cuando hayamos terminado!

—¡Y todo por un cascabel! —dijo Alicia, todavía con la esperanza de que se sintieran un *poco* avergonzados de luchar por semejante pequeñez.

—No me habría importado tanto —dijo Patachunta— si no hubiese sido nuevo.

«¡Ojalá viniera el cuervo monstruoso!», pensó Alicia.

—Sólo hay una espada —dijo Patachunta a su hermano—: aunque *tú* puedes usar el paraguas..., es bastante puntiagudo. Pero debemos empezar en seguida. Está oscureciendo a toda prisa.

—Y más aún —dijo Patachún.

Estaba oscureciendo tan repentinamente que Alicia pensó que se avecinaba una tormenta. «¡Qué nubarrón más negro!», dijo. «¡Y qué deprisa llega! ¡Vaya, si me parece que tiene alas!»

—¡Es el cuervo! —exclamó Patachunta con voz chillona y alarmada; y los dos hermanos pusieron pies en polvorosa, y desaparecieron en un santiamén.

Alicia corrió hacia el bosque, y se detuvo debajo de un gran árbol. «*Aquí* no me podrá coger», pensó: «es demasiado grande para poder meterse entre los árboles. ¡Pero ojalá no diera esos aletazos...!; ahí va un chal que le ha arrebatado a alguien!».

Lana y Agua

Cogió el chal mientras hablaba, y buscó con la mirada a su propietaria: un instante después apareció la Reina Blanca corriendo alocadamente por el bosque, con los brazos abiertos, como si volara^[1]; y Alicia, muy cortésmente, fue a su encuentro con el chal.

—Me alegro muchísimo de haber pasado por aquí —dijo Alicia, mientras la ayudaba a ponérselo otra vez.

La Reina Blanca se limitó a mirarla con expresión de desamparo y temor, y siguió repitiendo en voz baja, para sí misma, algo así como: «Pan-con-mantequilla, pan-con-mantequilla»; y Alicia comprendió que si quería trabar conversación, tenía que ser ella quien la iniciara. Así que empezó con cierta timidez: «¿Es a la Reina Blanca a quien tengo el honor de abordar?».

—Pues sí, si llamas a esto «abordar» —dijo la Reina—. Aunque no es ésa en absoluto la idea que tengo yo de la cuestión.

Alicia pensó que no convenía ponerse a discutir desde el principio mismo de la conversación, así que sonrió y dijo: «Si vuestra Majestad se digna a decirme la forma correcta de empezar, lo haré lo mejor que pueda».

—¡Pero es que precisamente no quiero que lo hagas! —gimió la pobre Reina—. Acabo de pasarme dos horas poniéndome alfileres...

Habría sido mucho mejor, según le pareció a Alicia, haber tenido a alguien que se los pusiese, ya que iba horriblemente desarreglada. «Todo lo lleva mal puesto», pensó Alicia para sí, «¡y va plagada de alfileres...! ¿Puedo ponerlos bien el chal?», añadió en voz alta.

—¡No sé qué le pasa! —dijo la Reina, con voz triste—. Me parece que está de mal humor. Lo he prendido aquí, lo he prendido allá, ¡pero no hay manera de contentarlo!

—No *puede* quedar bien si lo prendéis todo de un lado —dijo Alicia, mientras se lo colocaba bien—; ¡y válgame Dios, cómo lleváis el pelo!

—¡Se me ha quedado el cepillo enredado en él! —dijo la Reina con un suspiro—. Y perdí el peine ayer.

Alicia le desenredó cuidadosamente el cepillo, y trató de arreglarle el pelo lo mejor posible. «¡Bueno, ahora tenéis bastante mejor aspecto!», dijo, tras cambiarle de sitio la mayoría de los alfileres. «¡Pero la verdad es que deberíais tener doncella!»



—¡Por supuesto, te contrataré encantada! —dijo la Reina—. A dos peniques la semana, y mermelada cada dos días.

Alicia no pudo por menos de reírse, mientras decía: «No quiero que *me* contratéis... y no me gusta la mermelada».

—Es una mermelada muy buena —dijo la Reina.

—Bueno, de todos modos *hoy* no me apetece.

—Hoy no la tendrías aunque *quisieras* —dijo la Reina—. La regla es: mermelada ayer, mermelada mañana... pero no *hoy*.

—Pero de vez en cuando *debe* haber «mermelada hoy» —objetó Alicia.

—No; no puede ser —dijo la Reina—. La mermelada toca al otro día; como comprenderás, hoy es siempre *éste*.

—No os comprendo —dijo Alicia—. ¡Lo veo horriblemente confuso!

—Es lo que pasa al vivir hacia atrás —dijo la Reina con afabilidad—: siempre produce un poco de vértigo al principio...

—¡Vivir hacia atrás! —repitió Alicia con gran asombro—. ¡Jamás había oído nada semejante!^[2]

—Sin embargo, tiene una gran ventaja: la memoria funciona en las dos direcciones.

—Desde luego, la *mía* sólo funciona en una —comentó Alicia—. No puedo recordar cosas antes de que hayan sucedido.

—Es mala memoria, la que funciona sólo hacia atrás —comentó la Reina.

—¿Qué cosas recordáis vos mejor? —se atrevió a preguntar Alicia.

—¡Oh!, pues las que sucedieron dentro de un par de semanas —replicó la Reina con despreocupación—. Por ejemplo —prosiguió—, pegándose un gran emplasto en un dedo mientras hablaba—; ahí tienes al Mensajero del Rey.^[3] Ahora está encarcelado, cumpliendo condena; sin embargo, su juicio no va a empezar lo menos hasta el miércoles que viene; y naturalmente, el delito ocurrirá al final de todo.



—¿Y si no llegara a cometer el delito? —dijo Alicia.

—Entonces mucho mejor; ¿no te parece? —dijo la Reina, atándose el emplasto en el dedo con una cinta.

Alicia comprendió que *eso* era innegable. «Por supuesto que sería mucho mejor», dijo; «pero no lo sería haberle castigado».

—En *eso* te equivocas de todas todas —dijo la Reina—. ¿Te han castigado a *ti* alguna vez?

—Sólo por faltas —dijo Alicia.

—¡Y te vino muy bien el castigo, seguro! —dijo la Reina triunfalmente.

—Sí, pero *había* cometido las faltas por las que me castigaron —dijo Alicia—: es muy distinto.

—Pero si *no* las hubieras cometido —dijo la Reina—, habría sido mejor aún; ¡mejor, y mejor, y mejor! —su voz fue subiendo de tono a cada «mejor», hasta convertirse en un chillido al final.

Alicia iba a empezar a decir: «Debe de haber algún error...», cuando la Reina se puso a chillar de tal manera, que Alicia tuvo que dejar la frase sin acabar. «¡Ay, ay, ay!», gritaba la Reina, sacudiendo la mano como si quisiese desprendérsela. «¡Me está sangrando el dedo! ¡Ay, ay, ay, ay!»

Sus gritos eran tan parecidos a los silbidos de una locomotora, que Alicia tuvo que taparse los oídos con las manos.

—¿Qué *ocurre*? —preguntó, tan pronto como tuvo ocasión de hacerse oír—. ¿Os habéis pinchado el dedo?

—*Todavía* no —dijo la Reina—; pero no tardaré... ¡ay, ay, ay!

—¿Cuándo esperáis pinchároslo? —preguntó Alicia, con unas ganas terribles de echarse a reír.

—Cuando me vuelva a sujetar el chal —gimió la pobre reina—: se me va a desprender en seguida. ¡Ay, ay! —mientras decía estas palabras, se soltó el prendedor, y la Reina lo agarró atropelladamente, y trató de volverlo a cerrar.

—¡Cuidado! —gritó Alicia—. ¡Lo estáis cogiendo mal! —y echó mano al prendedor; pero era demasiado tarde: el alfiler había resbalado, y la Reina se había pinchado en el dedo.

—Como ves, esto explica la sangre de antes —le dijo a Alicia con una sonrisa—. Ahora ya sabes cómo ocurren las cosas aquí.

—Pero, ¿por qué no gritáis *ahora*? —preguntó Alicia, alzando las manos para taparse otra vez los oídos con las manos.

—Pues porque ya he gritado todo lo que tenía que gritar —dijo la Reina—. ¿De qué serviría volverlo a hacer?

A todo esto empezaba a haber más claridad. «El cuervo ha debido de levantar el vuelo, creo —dijo Alicia—: me alegro infinitamente de que se haya ido. Creí que se estaba haciendo de noche.»

—¡Ojalá pudiese *yo* alegrarme! —dijo la Reina—: pero nunca consigo acordarme de cuál es la regla. ¡Debes de ser muy feliz, viviendo en este bosque, y alegrándote

siempre que quieras!

—¡Pero estoy *muy* sola aquí! —dijo Alicia con voz melancólica; y al pensar en su soledad, le rodaron dos lagrimones por las mejillas.

—¡Oh, no te pongas así! —gritó la pobre Reina, estrujándose las manos con desesperación—. Considera la niña tan maravillosa que eres. Considera lo lejos que has llegado hoy. Considera la hora que es. Considera lo que sea, ¡pero no llores!

Al oír esto, Alicia no pudo por menos de echarse a reír en medio de las lágrimas.

—¿Podéis vos dejar de llorar poniéndoos a considerar cosas? —preguntó.

—Ésa es la manera de hacerlo —dijo la Reina con gran decisión—: nadie puede hacer dos cosas a la vez.^[4] Consideremos tu edad para empezar: ¿Cuántos años tienes?

—Siete y medio exactamente.

—No hace falta que digas «exactamente» —comentó la Reina—. Puedo creerlo sin necesidad de eso. Y ahora *te* propongo algo que creer. Yo tengo ciento un años, cinco meses y un día.

—¡Eso no lo puedo creer! —dijo Alicia.

—¿De veras? —dijo la Reina en tono compasivo—. Inténtalo otra vez: aspira profundamente y cierra los ojos.

Alicia se echo a reír. «Es inútil que lo intente», dijo: los imposibles *no* se pueden creer.

—Quizá sea porque no tienes mucha práctica —dijo la Reina—. Cuando yo tenía tu edad, practicaba media hora al día. ¡A veces llegaba a creerme hasta seis imposibles, antes del desayuno!^[5] ¡Allá va el chal otra vez!

Se le había soltado el prendedor mientras hablaba, y una ráfaga repentina se había llevado el chal al otro lado de un arroyuelo. La Reina abrió nuevamente los brazos, y voló tras él^[6]; esta vez consiguió atraparlo ella. «¡Ya lo tengo!», gritó triunfalmente. ¡Verás ahora cómo me lo sujeto yo sola!

—Entonces, supongo que tendréis el dedo mejor, ¿no? —dijo Alicia muy cortésmente, cruzando el arroyuelo detrás de la Reina.^[7]

* * * * *
* * * * *
* * * * *

—¡Oh, mucho mejor! —gritó la Reina, elevando la voz cada vez más, a medida que hablaba, hasta que se convirtió en un chillido—. ¡Mucho mejor! ¡Me-ejor! ¡Me-ejor! ¡Me-e-ejor! ¡Me-e-e-e! —la última palabra terminó en un largo balido, tan parecido al de una oveja, que Alicia se sobresaltó.

Miró a la Reina: parecía haberse cubierto de lana de repente. Alicia se frotó los ojos y miró otra vez. No conseguía comprender en absoluto lo que había sucedido. ¿Estaba en una tienda? ¿Y era de verdad... era de verdad una *oveja*, la que había sentada al otro lado del mostrador? Por mucho que se los frotaba, no podía distinguir

nada más: se encontraba en una tiendecita oscura^[8], apoyada con los codos en el mostrador, y frente a ella había una vieja Oveja sentada en un sillón, haciendo punto, y de cuando en cuando lo dejaba para mirar a través de un par de grandes lentes.



—¿Qué quieres comprar? —dijo por fin la Oveja, alzando un momento los ojos de su labor.

—Todavía no lo sé *exactamente* —dijo Alicia con mucha suavidad—. Me

gustaría echar primero una mirada a todo mi alrededor, si puedo.

—Puedes mirar delante de ti, y a los lados, si quieres —dijo la Oveja—; pero no puedes mirar a *todo* tu alrededor..., a menos que tengas ojos en la nuca.

Pero daba la casualidad de que Alicia *no* los tenía; así que se contentó con dar vueltas y mirar los estantes acercándose a ellos.

La tienda parecía estar llena de toda clase de objetos curiosos..., pero lo más extraño de todo era que, cada vez que se fijaba en un estante para averiguar qué contenía exactamente, dicho estante particular estaba siempre vacío, aunque los de su alrededor se encontraban atestados hasta los topes.^[9]

—¡Las cosas van aquí de un lado para otro! —dijo finalmente en tono de queja, después de intentar seguir en vano, durante un minuto lo menos, a un objeto grande y brillante que unas veces parecía un muñeco y otras un costurero, y que estaba siempre en el estante superior al que miraba—. Y ésta es la más fastidiosa de todas..., pero ahora verás —añadió, al ocurrírsele de repente una idea—. La seguiré hasta el estante de más arriba. ¡La sorpresa que se va a llevar cuando le toque atravesar el techo, espero!

Pero incluso este plan fracasó: el «objeto» atravesó el techo con la mayor tranquilidad, como si para él fuera lo más normal.

—¿Eres una niña o una perinola?^[10] —dijo la Oveja, cogiendo otro par de agujas—. Me vas a marear, si sigues dando vueltas de esa manera —ahora trabajaba con catorce pares a la vez, y Alicia no pudo por menos de mirarla con gran asombro.

«¿Cómo *podrá* hacer punto con tantas?», pensó la niña para sus adentros. «¡Cada minuto tiene más, como un puerco espín!»

—¿Sabes remar? —preguntó la Oveja, tendiéndole un par de agujas de hacer punto mientras hablaba.

—Sí, un poco..., pero no en tierra... ni con un par de agujas... —no bien había dicho esto Alicia, cuando de pronto las agujas se convirtieron en remos en sus manos, y descubrió que estaban en una barquita, y se deslizaban entre dos orillas: de manera que no tuvo más remedio que remar lo mejor posible.



—¡Alza!^[11] —gritó la Oveja, echando mano de otro par de agujas.

No parecía ser éste un comentario que requiriese respuesta, así que Alicia se limitó a sacar los remos del agua sin decir nada. Pasaba algo muy raro con el agua, pensó, ya que de cuando en cuando los remos se quedaban atascados en ella, y costaba volverlos a sacar.

—¡Alza! ¡Alza! —gritó otra vez la Oveja cogiendo más agujas—. O no tardarás en coger un cangrejo.^[12]

«¡Un cangrejito encantador!», pensó Alicia. «Me encantaría.»

—¿No me has oído decir «alza»? —exclamó la Oveja irritada, cogiendo un

puñado entero de agujas.

—Claro que sí —dijo Alicia—; lo ha dicho un montón de veces... y bien alto. Dígame, por favor, ¿dónde *están* los cangrejos?

—¡En el agua, naturalmente! —dijo la Oveja, hincándose en el pelo algunas de las agujas, ya que tenía las manos llenas—. ¡Venga, alza!

—¿*Por qué* dice tanto «alza»? —preguntó Alicia finalmente, bastante molesta—. ¡No voy a alzar el vuelo! ¡No soy un ave!

—¡Sí lo eres! —dijo la Oveja—: eres una gansa.

Esto ofendió un poco a Alicia, de modo que dejó de hablar durante un minuto o dos, mientras el bote seguía deslizándose suavemente, unas veces entre bancos de algas (que retenían los remos en el agua más embarazosamente que nunca), y otras bajo árboles; pero siempre con los mismos ribazos asomando severos por encima de sus cabezas.

—¡Oh, por favor! ¡Hay juncos olorosos! —exclamó Alicia en un súbito arrebató de entusiasmo—; son de verdad... ¡y qué preciosos!

—No hace falta que *me* digas «por favor» a propósito de los juncos —dijo la Oveja sin levantar los ojos de su labor—: no los he puesto yo ahí, ni los voy a quitar.

—No, pero lo que yo quería decir, es: por favor, ¿podemos detenernos a coger algunos? —suplicó Alicia—. Si no le importa detener la barca un minuto.

—¿Cómo voy yo a detenerla? —dijo la Oveja—. Si dejas de remar, se detendrá ella sola.

Así que dejó que la barca fuera a la deriva, llevada por la corriente, hasta que se deslizó suavemente entre los ondulantes juncos. Entonces se subió con cuidado las mangas y sumergió los bracitos hasta el codo, para coger los juncos lo más abajo posible antes de arrancarlos... y durante un rato, Alicia se olvidó por completo de la Oveja y de su labor, mientras se inclinaba por encima del costado de la barca, con las puntas de su enmarañado cabello sumergidas en el agua..., y miraba con ojos ansiosos y brillantes, una tras otra, las matas de juncos olorosos...

«¡Espero que no vuelque la barca!», se dijo. «¡Oh, *qué* precioso! Lástima no haberlo podido alcanzar.» Y la verdad es que resultaba un poco irritante («casi como si fuese adrede», pensó) el que, aunque conseguía coger montones de preciosos juncos al pasar la barca junto a ellos, los más bonitos estuvieran siempre fuera de su alcance.

—¡Los más bonitos están siempre más allá! —dijo por último, con un suspiro, ante la terquedad de los juncos en crecer tan retirados, al tiempo que, con las mejillas encendidas y el pelo y las manos goteando, volvía a colocarse en su asiento y se ponía a ordenar sus tesoros recién encontrados.

¿Qué le importaba que los juncos hubieran empezado a marchitarse y a perder su fragancia y su belleza desde el instante mismo de cogerlos?^[13] Como sabéis, hasta los

juncos olorosos de verdad duran un momento tan sólo...; en cuanto a éstos, que eran juncos soñados, se deshacían casi como la nieve, amontonados a sus pies..., pero Alicia apenas se daba cuenta de ello; había muchísimas otras cosas curiosas en qué pensar.

No se habían alejado mucho, cuando la pala de uno de los remos se atascó en el agua, y no *quería* salir (así es como Alicia lo explicó más tarde); el resultado fue que el puño del remo la pilló por debajo de la barbilla, y a pesar de una serie de gritos: «¡Ay, ay, ay!», de la pobre Alicia, la barrió de su asiento y la arrojó sobre el montón de juncos.

Sin embargo, no se hizo ningún daño, y volvió a incorporarse enseguida; la Oveja seguía con su labor como si nada hubiera ocurrido.

—¡Precioso cangrejo el que has cogido! —comentó, mientras Alicia volvía a sentarse en el banco, aliviadísima de encontrarse todavía en la barca.

—¿De veras? Pues no lo he visto —dijo Alicia, asomándose precavidamente por encima de la regala y escrutando las oscuras aguas—. ¡Ojalá no se hubiese soltado! ..., ¡me encantaría llevarme a casa un cangrejito!

Pero la Oveja se limitó a reír desdeñosamente, y siguió haciendo punto.

—¿Hay muchos cangrejos aquí? —dijo Alicia.

—Cangrejos, y toda clase de cosas —dijo la Oveja—. Hay para todos los gustos; no tienes más que escoger. Veamos, ¿qué quieres comprar?

—¿Comprar? —repitió Alicia en un tono que era mitad de asombro, mitad de susto... porque los remos, la barca y el río habían desaparecido en un instante, y estaba otra vez en la tiendecita oscura.

—Quisiera comprar un huevo, por favor —dijo tímidamente—. ¿A cómo son?

—A cinco peniques y cuarto, uno; y a dos peniques el par —replicó la Oveja.

—Entonces, ¿dos son más baratos que uno? —dijo Alicia en tono sorprendido, sacando su monedero.

—Pero si compras dos, *tienes* que comerte los dos —dijo la Oveja.

—Entonces, deme *uno*, por favor —dijo Alicia, mientras dejaba el dinero en el mostrador. Porque pensó para sí: «No vaya a ser que no estén buenos».^[14]

La Oveja cogió el dinero, y lo metió en una caja; luego dijo: «Yo nunca pongo las cosas en la mano de la gente..., no conviene; tienes que cogerlo tú misma».

Dicho esto, fue al otro extremo de la tienda^[15], y colocó el huevo de pie en un estante.

«No sé *por qué* no conviene», pensó Alicia, abriéndose paso a tientas entre mesas y sillas, ya que la tienda estaba muy oscura en el fondo. «El huevo parece estar cada vez más lejos, a medida que avanzo hacia él. Pero bueno, ¿es esto una silla? ¡Válgame Dios, si tiene ramas! ¡Qué extraño, encontrar árboles aquí! ¡Y además, hay un arroyuelo! ¡Pues sí, es la tienda más extraña que he visto en mi vida!»^[16]

* * * * *
* * * * *
* * * * *

Así que siguió andando, más asombrada a cada paso, mientras todas las cosas se iban convirtiendo en árboles en cuanto ella se acercaba, y convencida de que al huevo le pasaría lo mismo también.

Tentetieso

Sin embargo, el huevo se limitó a aumentar cada vez más de tamaño, y a hacerse más humano; cuando Alicia llegó a unas yardas de él, vio que tenía ojos y nariz y boca; y cuando estuvo muy cerca, se dio cuenta claramente de que era el mismísimo TENTETIESO. «¡No puede ser nadie más!», se dijo, ¡Estoy tan segura como si tuviese el nombre escrito por toda su cara!»

Podía haberlo llevado escrito un centenar de veces, fácilmente, sobre aquella enorme cara. Tentetieso estaba sentado con las piernas cruzadas como un turco, encima de una alta tapia... tan estrecha que Alicia se asombró de que pudiese mantenerse en equilibrio; y como tenía la mirada constantemente fija al frente y no hacía el menor caso de ella, pensó que sería de trapo, en definitiva.

—¡Qué parecido es a un huevo! —dijo en voz alta ante él, con las manos dispuestas a cogerlo, convencida de que se iba a caer de un momento a otro.

—*Es muy irritante* —dijo Tentetieso tras un largo silencio, con la mirada apartada de Alicia mientras hablaba— que le llamen a uno huevo... ¡*mucho!*

—He dicho que *parecía* un huevo, señor —explicó Alicia amablemente—. Y usted sabe que algunos huevos son preciosísimos —añadió, esperando convertir su comentario en un cumplido.

—¡Alguna gente —dijo Tentetieso, sin dejar de mirar a otra parte— tiene menos sentido que un niño de pañales!

Alicia no supo qué decir a eso: no era en absoluto una conversación, pensó, puesto que nunca se dirigía a *ella*; de hecho, su último comentario iba claramente dirigido a un árbol..., así que recitó en voz baja para sí^[1]:

«Tentetieso estaba en la tapia
y se dio el gran batacazo.
Los caballos y los hombres del Rey
no pudieron volverlo a subir a lo alto.»

—Ese último verso es demasiado largo para la poesía —añadió ella misma, casi en voz alta, olvidando que la oiría Tentetieso.

—Deja de charlar contigo misma de esa manera —dijo Tentetieso, mirándola por primera vez—, y dime tu nombre y ocupación.

—Me *llamo* Alicia, pero...

—¡Qué nombre más estúpido! —interrumpió Tentetieso con impaciencia—. ¿Qué significa?

—¿*Tiene* que significar algo un nombre? —preguntó Alicia dubitativa.

—Naturalmente —dijo Tentetieso con una risa seca—: el *mío* significa lo que soy..., y una figura bien elegante que tengo, por cierto. Con un nombre como el tuyo podrías tener cualquier forma, casi.^[2]

—¿Por qué está sentado ahí completamente solo? —dijo Alicia, no queriendo empezar una discusión.

—¡Pues, porque no hay nadie conmigo! —exclamó Tentetieso—. ¿Creías que no iba a saber contestar a *eso*? Venga, haz otra pregunta.

—¿No cree usted que estaría más seguro en el suelo? —prosiguió Alicia, sin la menor intención de proponer un acertijo, sino simplemente movida por su amable preocupación por el extraño ser—. ¡Esa tapia es *estrechísima*!

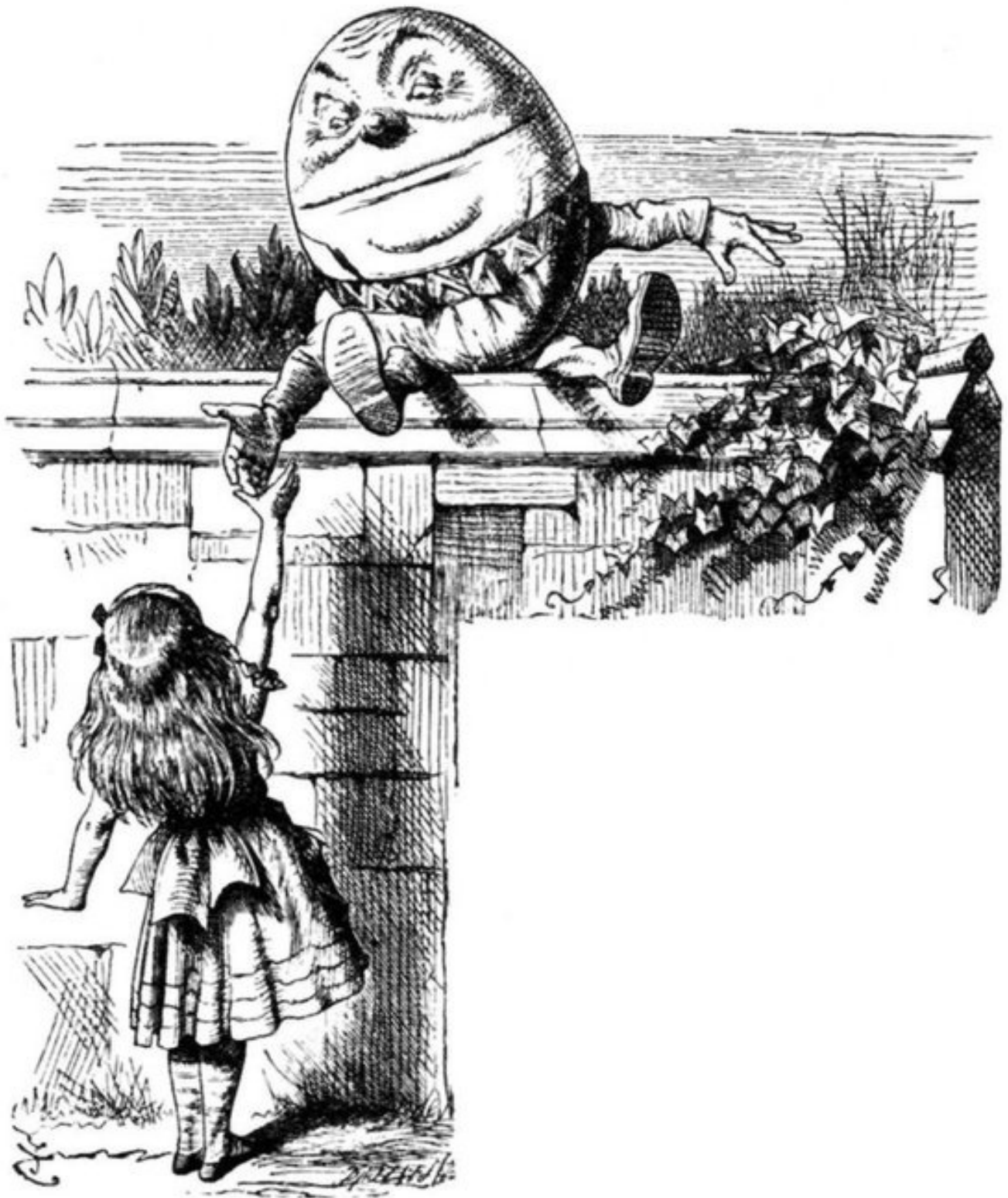
—¡Qué tremendamente fáciles son los acertijos que planteas! —gruñó Tentetieso—. ¡Pues claro que no lo creo! Si llegara a caerme, cosa que no es posible, pero *si* me cayese... —aquí frunció los labios y adoptó una expresión tan solemne e importante que Alicia apenas podía contener la risa—. *Si* llegase a caerme —continuó—, *el Rey me ha prometido...* ¡ah, puedes palidecer, si quieres! No creías que iba a decir eso, ¿verdad? *El Rey me ha prometido, con su propia boca...* que... que...

—Enviaré a todos sus caballos y a todos sus hombres —interrumpió Alicia, indiscretamente.

—¡Vaya, me parece bastante feo! —exclamó Tentetieso, en un acceso de súbito malhumor—. ¡Has estado escuchando en las puertas, detrás de los árboles... y al pie de las chimeneas...; de lo contrario, no lo sabrías!

—¡Pues no lo he hecho! —dijo Alicia con mucha suavidad—. Viene en un libro.

—¡Ah, bueno! Puede que escriban esas cosas en un *libro* —dijo Tentetieso en un tono más calmado—. Es lo que llaman Historia de Inglaterra, ¿no? ¡Pues ahora mírame bien! Aquí donde me ves, he hablado con un Rey, nada menos; puede que no vuelvas a ver a nadie más que lo haya hecho; ¡y para demostrarte que no soy orgulloso, puedes estrecharme la mano!^[3] —y sonrió casi de oreja a oreja, al tiempo que se inclinaba hacia adelante (con lo que estuvo cerquísima de caerse), y le ofreció la mano a Alicia. Ella le observó con cierta inquietud al cogérsela. «Si sonriese mucho más, se le podrían juntar por detrás las comisuras de la boca», pensó; «¡y entonces no sé *qué* le pasaría a su cabeza! ¡Me temo que se le separaría!».



—Sí, a todos los caballos y a todos sus hombres —prosiguió Tentetieso—. ¡Me recogerían otra vez al instante, ya lo creo! Pero esta conversación va un poco demasiado deprisa: volvamos al penúltimo comentario.

—Me temo que no recuerdo sobre qué era —dijo Alicia muy cortésmente.

—En ese caso empecemos de nuevo —dijo Tentetieso—; ahora me toca a mí elegir el tema... —(«¡Habla como si se tratase de un juego!», pensó Alicia)—. La pregunta que te hago es ésta: ¿Qué edad has dicho que tenías?

Alicia hizo un breve cálculo, y dijo: «Siete años y seis meses».

—¡Mal! —exclamó Tentetieso triunfalmente—. ¡Tú no habías dicho ni una palabra de eso!

—Yo creía que quería decir usted «¿Qué edad *tienes?*» —explicó Alicia.

—Si hubiese querido decir eso, lo habría dicho —dijo Tentetieso.

Alicia no quería iniciar otra discusión, así que no dijo nada.

—¡Siete años y seis meses! —repitió Tentetieso pensativo—. Una edad muy incómoda. Si me hubieses pedido consejo, te habría dicho: «Déjalo a los siete»..., pero ahora ya es demasiado tarde.

—Yo nunca pido consejo para crecer —dijo Alicia con indignación.

—¿Demasiado orgullosa? —preguntó el otro.

Alicia se sintió más indignada aún ante esta sugerencia. «Me refiero —dijo— a que una no puede evitar hacerse mayor.»

—*Una* quizá no —dijo Tentetieso—; pero *dos* sí. Con la ayuda necesaria, podrías haberte quedado en los siete.^[4]

—¡Qué bonito cinturón lleva! —comentó Alicia de repente (ya habían hablado más que suficiente de la edad, pensó; y si de verdad iban a elegir tema por turno, ahora le tocaba a *ella*)—. O más bien —rectificó, después de pensarlo—, qué bonita corbata, he querido decir..., no, cinturón, mejor dicho... ¡usted perdone! —añadió, apurada, ya que Tentetieso parecía bastante ofendido, y ella empezaba a desear no haber elegido este tema de conversación. «¡Ojalá supiera», pensó para sus adentros, «qué es el cuello, y qué la cintura!».

Evidentemente, Tentetieso estaba enfadadísimo, aunque no dijo nada durante un minuto o dos. Cuando *habló* otra vez, fue en una especie de gruñido profundo.

—¡Es de... *lo más... irritante...* —dijo al fin— que una persona no sepa distinguir una corbata de un cinturón!

—Sé que es una terrible ignorancia por mi parte —dijo Alicia en un tono tan humilde que Tentetieso se aplacó.

—Es una corbata, niña; una hermosa corbata, como dices. Es regalo de la Reina y el Rey Blancos. ¡Para que veas!

—¿De verdad? —dijo Alicia muy contenta de comprobar que *había* elegido un buen tema, en definitiva.

—Me la dieron —prosiguió Tentetieso meditabundo, mientras cruzaba una rodilla sobre la otra y la rodeaba con las manos— me la dieron... como regalo de no-cumpleaños.

—¿Perdón? —dijo Alicia con una expresión de perplejidad.

—No me has ofendido —dijo Tentetieso.

—Quiero decir, ¿qué es un regalo de no-cumpleaños?

—Un regalo que te hacen cuando no es tu cumpleaños, naturalmente.

Alicia meditó un momento. «Prefiero los regalos de cumpleaños», dijo por fin.

—¡No sabes lo que dices! —exclamó Tentetieso—. ¿Cuántos días tiene el año?

—Trescientos sesenta y cinco —dijo Alicia.

—¿Y cuántos cumpleaños tienes?

—Uno.

—Y si restas uno a trescientos sesenta y cinco, ¿cuántos te quedan?

—Trescientos sesenta y cuatro, naturalmente.

Tentetieso la miró dubitativo. «Será mejor que lo vea sobre el papel», dijo.^[5]

Alicia no pudo evitar sonreírse mientras sacaba un cuaderno de notas y hacía la operación por él:

$$\begin{array}{r} 365 \\ -1 \\ \hline 364 \end{array}$$

Tentetieso cogió el cuaderno, y lo observó atentamente.

—Parece que está bien... —empezó.

—¡Lo está cogiendo del revés! —le interrumpió Alicia.

—¡Es verdad! —dijo Tentetieso alegremente, mientras ella se lo ponía bien—: Ya me parecía a mí un poco rara. Como iba diciendo, *parece* que está bien... aunque no tengo tiempo de repararla entera ahora..., lo que demuestra que hay trescientos sesenta y cuatro días en que podrías recibir regalos de no-cumpleaños.

—Desde luego —dijo Alicia.

—Frente a sólo *uno* de cumpleaños. ¡Te has cubierto de gloria!

—No sé qué entiende por «gloria» —dijo Alicia.

Tentetieso sonrió desdeñosamente:

—Naturalmente que no... hasta que yo te lo diga. ¡Significa que es un argumento aplastante en contra tuya!

—¡Pero «gloria» no significa «argumento aplastante»! —objetó Alicia.

—Cuando *yo* empleo una palabra —dijo Tentetieso en tono despectivo— significa exactamente lo que yo quiero que signifique: ni más ni menos.

—La cuestión es —dijo Alicia— si *puede* usted hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas.

—La cuestión es quién manda —dijo Tentetieso—; nada más.^[6]

Alicia se quedó demasiado perpleja para decir nada; así que al cabo de un minuto Tentetieso empezó otra vez: «Algunas tienen su genio..., los verbos sobre todo: son los más orgullosos; con los adjetivos se puede hacer lo que sea, pero con los verbos...; ¡sin embargo, yo puedo manejar todas las palabras! ¡Impenetrabilidad! ¡Es lo que yo digo!

—¿Podría decirme, por favor —dijo Alicia— qué significa eso?

—Ahora hablas como una niña razonable —dijo Tentetieso muy complacido—. Con «impenetrabilidad» quiero decir que ya hemos hablado suficiente de ese tema, y que convendría que hablastes sobre qué te propones hacer a continuación, porque supongo que no te vas a estar ahí el resto de tu vida.

—Eso es hacer que una palabra signifique un montón de cosas —dijo Alicia en tono pensativo.

—Cuando yo hago trabajar a una palabra de esa manera —dijo Tentetieso—, le doy paga extra.

—¡Oh! —dijo Alicia. Estaba demasiado desconcertada para hacer ningún otro comentario.

—¡Ah, deberías verlas apiñarse a mi alrededor los sábados por la tarde —prosiguió Tentetieso, meneando la cabeza gravemente de un lado a otro—, para cobrar, naturalmente!

(Alicia no se atrevió a preguntar con qué les pagaba, así que no os lo puedo decir.)

—Es usted listísimo explicando palabras, señor —dijo Alicia—. ¿Tendría la amabilidad de explicarme el significado del poema titulado «Jerigóndor»?

—Oigámoslo —dijo Tentetieso—. Yo puedo explicar todos los poemas que se han inventado... y muchos de los que no se han inventado aún.

Esto parecía muy prometedor, así que Alicia recitó la primera estrofa.

Cocillaba el día, y las tovas agilimosas
giroscopaban y barrenaban en el tarde;
Todos debirables estaban los burgovos;
y silbramaban las alecas rastas.

—Es suficiente para empezar —interrumpió Tentetieso—: hay ahí bastantes palabras difíciles. «*Cocillaba el día*» significa que eran las cuatro de la tarde: la hora de empezar a *cocer* los alimentos para la cena.

—Eso encaja muy bien —dijo Alicia—; ¿y «*agilimosas*»?

—Bueno; «*agilimosas*» significa «ágiles y limosas». «Ágil» es lo mismo que «activo». Como ves, es como una maleta: hay dos significados metidos dentro de una palabra.^[7]

—Ya comprendo —comentó Alicia pensativa—; ¿y qué son «*tovas*»?...

—Bueno, pues las *tovas* son un poco parecidas a los tejones, un poco parecidas a los lagartos... y un poco parecidas a los sacacorchos.

—Deben de ser unos bichos rarísimos.

—Lo son —dijo Tentetieso—; y hacen sus madrigueras debajo de los relojes de sol... y se alimentan de queso.



—¿Y qué es «giroscopar» y «barrenar»?

—«Giroscopar» es dar vueltas como un giróscopo. «Barrenar» es hacer agujeros como una barrena.

—Y «el larde» es la glorieta en el centro de la cual están los relojes, ¿no? —preguntó Alicia, sorprendida de su propio ingenio.

—Claro que sí. Y sabrás que se llama «larde» porque hay un largo trecho delante, y un largo trecho detrás.

—Y otro largo trecho desde cada lado^[8] —añadió Alicia.

—Exactamente. En cuanto a «*debirables*», significa «débiles y miserables» (ahí tienes otra maleta). Y el «*burgovo*» es un pájaro flaco y de pinta desaliñada, con las plumas erizadas a todo su alrededor..., algo así como un estropajo viviente.

—¿Y las «*alecas rastas*»? —dijo Alicia—. Siento causarle tantas molestias.

—Pues una «*rasta*» es una especie de cerdo verde; pero de «*alecas*» no estoy muy seguro. Creo que es una contracción de «*alejadas de casa*»... y significa que se han extraviado.^[9]

—¿Y qué quiere decir «*silbramaban*»?

—Bueno, «*silbramaban*» es algo entre silbar y bramar, con una especie de estornudo en medio; pero ya lo oirás, seguramente, en aquel bosque de allá; y en cuanto lo hayas oído una vez, te darás más que por satisfecha. ¿Quién ha andado recitándote todas esas tonterías?

—Lo he leído en un libro —dijo Alicia—. Pero me *han* recitado también poesías mucho más fáciles... Patachún, creo que ha sido.

—Pues lo que es poesía —dijo Tentetieso, extendiendo una de sus manazas—, yo sé recitarla tan bien como cualquiera, si vamos a eso...

—¡Oh, no hace falta que vayamos a eso! —se apresuró a decir Alicia, con la esperanza de evitar que empezara.

—El poema que voy a recitar —prosiguió él, sin hacer caso de su comentario— fue escrito enteramente para distracción tuya.

Alicia consideró que, siendo así, *debía* escucharlo; conque se sentó, y dijo «Gracias», con resignación.

«En invierno, con el campo cubierto de nieve, canto este canto para tu deleite...

aunque no lo canto —añadió, a modo de explicación.

—Ya veo que no —dijo Alicia.

—Si puedes *ver* si canto o no canto, tienes una vista más aguda que la mayoría de la gente —exclamó Tentetieso con severidad.

Alicia se quedó callada.

«En primavera, con los bosques verdes
trato de decirte lo de siempre;

—Muchas gracias —dijo Alicia.

«En verano, con los días largos,
quizá entiendas lo que canto;
en otoño, cuando la hoja empieza a caer,
coge la pluma y ponlo en el papel.

—Lo haré, si lo recuerdo después de tanto tiempo —dijo Alicia.

—No hace falta que vayas haciendo comentarios a cada momento —dijo Tentetieso—; son estúpidos y me confunden.

Envié recado a los peces;
les dije: «Esto me apetece».

Los pececillos del mar
decidieron contestar.

Su respuesta fue:
«Señor, no podemos, pues...».

—Creo que no comprendo bien —dijo Alicia.

—Más adelante se hace más fácil —replicó Tentetieso.

«Les mandé decir otra vez
que era mejor obedecer.

Los peces, sonrientes, contestaron:
«¡Vaya, no esté tan enfadado!»

Se lo dije una vez, y más;
pero no quisieron escuchar.

Cogí una olla grande y nueva
apropiada para mi idea.

El corazón me palpitaba
mientras la olla llenaba.

Luego, alguien vino diciendo:
«Los pececillos están durmiendo».

Yo le dije con claridad:
«Entonces los vas a despertar».

Se lo dije claro, sin remilgos:
«se lo grité al oído».

Tentetieso fue elevando la voz hasta casi gritar, mientras recitaba este verso, y Alicia pensó con un estremecimiento: «No me habría gustado ser el mensajero por *nada*».



Pero él, tieso y arrogante, dijo:
«¡No hace falta gritarme al oído!».

Y muy tieso y muy arrogante,
dijo: «Yo iría a despertarles...».

Cogí un sacacorchos de la estantería
y corrí a despertarles en seguida.

Y al encontrar la puerta cerrada,
empujé, tiré y empecé a darle patadas.

Viendo que no lo había logrado
probé con el picaporte, porfiado...

Aquí hubo una larga pausa.

—¿Ya está? —preguntó Alicia tímidamente.

—Ya está —dijo Tentetieso—. Adiós.

Esto resultaba un tanto brusco, pensó Alicia; pero después de una insinuación tan *directa* de que debía marcharse, juzgó que no estaba bien seguir allí. Así que se levantó, y le tendió la mano. «¡Adiós, hasta que nos volvamos a ver!», dijo lo más animadamente que pudo.

—Si nos *volviéramos* a ver no te reconocería —replicó Tentetieso en tono malhumorado, dándole a estrechar un dedo—; eres exactamente igual que los demás.

[9a]

—Hay que fijarse en la cara, por lo general —comentó Alicia en tono pensativo.

—De eso es precisamente de lo que me quejo —dijo Tentetieso—. Tienes la cara exactamente igual que todos los demás: los dos ojos ahí... —señalando su lugar en el aire, con el pulgar—, la nariz en medio, y la boca debajo. Siempre igual. En cambio, si tuvieses los ojos al mismo lado de la nariz, por ejemplo, o la boca en la parte de arriba, eso *sí* que me serviría de ayuda.

—No haría bonito —objetó Alicia.

Pero Tentetieso se limitó a cerrar los ojos, y dijo: «Espera a probar antes».

Alicia aguardó un minuto, a ver si volvía a hablar; pero como no abría los ojos ni hacía caso, dijo: «¡Adiós!» otra vez, y al no obtener respuesta, se alejó en silencio; pero no pudo por menos de decirse a sí misma, mientras caminaba: «De todas las personas desconsideradas...», y lo repitió en voz alta, como si encontrase gran alivio en pronunciar esa larga palabra, «de todas las personas desconsideradas que he conocido en *mi vida...*», no terminó la frase; pues en ese momento, un tremendo estrépito sacudió el bosque de un extremo al otro.^[10]

El León y el Unicornio

Un momento después llegaban soldados corriendo a través del bosque, al principio en grupos de dos y de tres, luego de diez o de veinte, y por último en tales multitudes que parecían poblar toda la floresta. Alicia se colocó detrás de un árbol, por temor a que la atropellasen, y les observó pasar.

Pensó que en su vida había visto a unos soldados más inseguros sobre sus pies: andaban tropezando constantemente con unas cosas u otras; y cada vez que se caía uno, varios otros lo hacían sobre él, de manera que no tardó el suelo en quedar cubierto de pequeños montones de hombres.

Luego llegaron los caballos. Como tenían cuatro patas, se las arreglaban mejor que los soldados de infantería; pero también *ellos* tropezaban de cuando en cuando; y parecía una regla invariable el que, cada vez que tropezaba un caballo, su jinete se cayera instantáneamente. La confusión aumentaba por momentos, y Alicia se alegró muchísimo de salir del bosque a un espacio abierto, donde encontró al Rey Blanco sentado en el suelo, escribiendo afanosamente en su cuaderno de notas.



—¡Los he enviado a todos! —gritó el Rey en tono complacido, al ver a Alicia—. ¿Te has cruzado con soldados por casualidad, pequeña, cuando venías por el bosque?

—Sí —dijo Alicia—; eran varios miles, creo.

—Cuatro mil doscientos siete; ése es su número exacto —dijo el Rey, consultando su cuaderno—. No he podido mandar todos los caballos porque hacen falta dos en la partida.^[1] Tampoco he mandado a los dos Mensajeros. Han ido a la ciudad. Echa una mirada al camino y dime a quién ves.

—A nadie —dijo Alicia.

—¡Ojalá tuviera yo esa vista! —comentó el Rey en tono quejumbroso—. ¡Poder ver a Nadie! ¡Y a esa distancia, además! ¡En cambio yo, bastante hago con ver a personas reales, con esta luz!

Todo esto pasó inadvertido para Alicia, que seguía mirando atentamente a lo largo del camino, protegiéndose los ojos con la mano. «¡Ahora veo a alguien!», exclamó por fin. «Pero viene despacísimo... ¡y qué posturas más raras pone!» (pues el Mensajero iba saltando arriba y abajo y contorsionándose como una anguila al andar, con sus manazas extendidas como abanicos a cada lado).

—Nada de raras —dijo el Rey—. Es un Mensajero anglosajón... y ésas son posturas anglosajonas.^[2] Las pone sólo cuando está contento. Se llama Alebre^[3] —lo pronunció de forma que rimara con «endeble».

—Amo a mi amor con la A^[4] —empezó Alicia, sin poderse contener—, porque es Amable. Lo odio con la A porque es un Adefesio. Lo alimento con... con... con Arenques y Alfalfa... Se llama Alebre, y vive...

—Vive en el Altozano —comentó el Rey sencillamente, sin la menor idea de que de esta forma se incorporaba al juego, mientras Alicia seguía vacilando sobre el nombre de una ciudad que empezase por A—. El otro mensajero se llama Brerero. Tengo que tener dos..., para la ida y la vuelta. Uno para ir, y otro para venir.

—¡Vaya por Dios!, pero ¿qué decís? —dijo Alicia.

—No es respetable pordiosear —dijo el Rey.

—Sólo he querido expresar mi extrañeza —dijo Alicia—. ¿Por qué uno para ir y otro para venir?

—¿No te lo he dicho? —repitió el Rey con impaciencia—. Necesito *dos*: para llevar y para traer. Uno lleva y el otro trae.

En ese momento llegó el Mensajero: estaba demasiado exhausto para decir nada, y únicamente fue capaz de agitar las manos y hacerle al pobre Rey las muecas más espantosas.

—Esta señorita te ama con la A —dijo el Rey, presentándole a Alicia con la esperanza de desviar de sí la atención del Mensajero... pero fue inútil: las actitudes del anglosajón se iban volviendo más extraordinarias por momentos, al tiempo que sus enormes ojos giraban desorbitadamente de un lado a otro.

—¡Me estás asustando! —dijo el Rey—. Me siento mareado... ¡Dame un emparedado de arenque!

A lo cual el Mensajero, para regocijo de Alicia, abrió una bolsa que llevaba colgada del cuello, y le tendió un emparedado al Rey, que lo devoró con avidez.



—¡Dame otro! —dijo el Rey.

—Ya no queda más que alfalfa —dijo el Mensajero, mirando el interior de la bolsa.

—Pues alfalfa —murmuró el Rey, en un débil susurro.

Alicia se alegró al observar que le reanimaba bastante. «No hay nada como la alfalfa, cuando uno se siente mareado», —le comentó a Alicia, mientras masticaba.

—Creo que si os rociasen con un poco de agua fría os sentiríais mejor —sugirió Alicia—; o si os diesen a oler sales aromáticas.

—Yo no he dicho que no haya nada *mejor* —replicó el Rey—. He dicho que no hay nada *como* eso —cosa que Alicia no se atrevió a negar.^[5]

—¿A quién has adelantado por el camino? —prosiguió el Rey, tendiéndole la mano al Mensajero para que le diese más alfalfa.

—A nadie —dijo el Mensajero.

—Muy bien —dijo el Rey—; esta señorita le ha visto también. Así que Nadie anda más despacio que tú.

—Hago lo que puedo —dijo el Mensajero en tono malhumorado—. ¡Estoy seguro que nadie va mucho más deprisa que yo!

—No puede —dijo el Rey—; de lo contrario habría llegado primero. En fin, ahora

que has recobrado el aliento, puedes contarnos qué ha pasado en la ciudad.

—Os lo diré en voz baja —dijo el Mensajero, poniendo las manos alrededor de la boca en forma de bocina, e inclinándose para acercarse al oído del Rey. Alicia lo sintió, ya que también quería oír las noticias. Sin embargo, en vez de susurrarlas, el Mensajero se puso a gritar con todas sus fuerzas: «¡Han vuelto a armarla!».

—¿A eso llamas tú voz baja? —exclamó el pobre Rey, dando un brinco y estremeciéndose—. ¡Si lo vuelves a hacer, te mando guisar con mantequilla! ¡Me ha retemblado la cabeza como si fuese un terremoto!

«¡Habría sido un terremoto pequeñísimo!», pensó Alicia: «¿Quiénes han vuelto a armarla?», se atrevió a preguntar.

—Pues el león y el unicornio, naturalmente —dijo el Rey.

—¿Disputándose la corona?

—Sí, en efecto —dijo el Rey—; ¡y lo más gracioso es que se trata de *mi* corona! Corramos a verles. Echaron a correr, y Alicia fue recitando para sí, mientras corría, la letra de la vieja canción^[6]:

«El León y el Unicornio querían la corona;
el León zurraba al otro por toda la ciudad.
Unos les dieron pan blanco; otros, moreno;
otros con cajas destempladas, les lograron echar.»

—¿Y... el... vencedor... recibe la corona? —preguntó ella, lo mejor que pudo, ya que la carrera la estaba dejando sin aliento.

—¡No, por Dios! —dijo el Rey—. ¡Qué ocurrencia! ^[7]

—¿Seríais... tan amable... —jadeó Alicia, tras correr un trecho más— de parar un minuto... sólo para... recobrar el aliento?

—Tan *amable* sí soy —dijo el Rey—; pero no tan *fuerte*. Comprenderás que los minutos pasan horriblemente deprisa. ¡Es como querer parar a un Zumbabadanas!

A Alicia no le quedaba aliento para hablar; así que siguieron corriendo en silencio, hasta que vieron una gran multitud, en medio de la cual se peleaban el León y el Unicornio. Estaban envueltos por una nube de polvo tal que al principio Alicia no pudo distinguir quién era quién; pero no tardó en identificar al Unicornio por su cuerno.

Se colocaron junto a Brerero, el otro Mensajero, que observaba la pelea con una taza de té en una mano y una rebanada de pan-con-mantequilla en la otra.

—Acaba de salir de prisión, y no se había terminado el té cuando le encerraron —le susurró Alebre a Alicia—: y allí no les dan más que conchas de ostras...; así que, como ves, tiene mucha hambre y sed. ¿Qué tal, muchacho? —prosiguió, echándole el brazo afectuosamente alrededor del cuello a Brerero.

Brerero se volvió, asintió, y siguió con su pan-con-mantequilla.

—¿Estabas contento en la cárcel, muchacho? —dijo Alebre.

Brerero se volvió nuevamente, y esta vez le resbalaron una lágrima o dos por la mejilla; pero no dijo una sola palabra.

—¡Di algo!, ¿quieres? —exclamó Alebre impaciente. Pero Brerero terminó de masticar, y tomó otro sorbo de té.



—¡Di algo!, ¿quieres? —gritó el Rey—. ¿Cómo va la pelea?

Brerero hizo un esfuerzo desesperado, y se tragó un gran trozo de pan-con-mantequilla. «Va muy bien», dijo con voz ahogada: «cada uno ha caído unas ochenta y siete veces».

—Entonces supongo que ya no tardarán en darles el pan blanco y el moreno, ¿no? —se atrevió a comentar Alicia.

—Están esperando ya a que se los den —dijo Brerero—; éste que me estoy comiendo yo es uno de los trozos.

Se produjo una tregua en la pelea en ese preciso momento, y el León y el Unicornio se sentaron jadeantes, al tiempo que el Rey anunciaba en voz alta: «¡Se conceden diez minutos para refrescos!». Brerero y Alebre se pusieron en acción inmediatamente, pasando bandejas de pan blanco y pan moreno. Alicia cogió un trozo para probarlo, pero estaba *sequísimo*.

—No creo que luchen más hoy —dijo el Rey a Brerero—; ve y di que empiecen los tambores —y Brerero se alejó brincando como un saltamontes.

Durante un minuto o dos, Alicia permaneció callada, observándoles. De repente, se animó: «¡Mirad, mirad! —gritó, señalando ansiosamente—. ¡Es la Reina Blanca, cruzando el campo a toda prisa!^[8] ¡Ha salido de aquel bosque de allá..., qué de prisa corren estas Reinas!».

—Seguro que las persigue algún enemigo —dijo el Rey sin volverse siquiera—. Ese bosque está lleno de enemigos.

—Pero, ¿no acudís a ayudarla? —preguntó Alicia, sorprendidísima de ver con qué tranquilidad se lo tomaba.

—¡Es inútil, es inútil! —dijo el Rey—. Corre a una velocidad tremenda. ¡Es como si quisieras atrapar a un Zumbabadanas! Pero redactaré un informe sobre ella, si quieres... es una criatura encantadora —repitió en voz baja para sí, al tiempo que abría su cuaderno de notas—. ¿«Criatura» se escribe con «e»?

En este momento el Unicornio pasó deambulando junto a ellos, con las manos en los bolsillos. «¿A qué he sido yo el mejor esta vez?», le dijo al Rey, dirigiéndole una mirada al pasar.

—Un poco... un poco —contestó el Rey bastante nervioso—. No has debido atravesarlo con el cuerno.

—No lo he herido —dijo el Unicornio con indiferencia; e iba a proseguir su paseo, cuando sus ojos repararon en Alicia; se volvió instantáneamente, y se quedó mirándola unos momentos, con una expresión del más profundo desagrado.

—¿Qué... es... esto? —dijo por fin.

—¡Es una niña! —se apresuró a contestar Alebre, poniéndose delante de Alicia para presentarla, y extendiendo las manos hacia ella en una actitud anglosajona—. La hemos encontrado hoy. ¡Es como las de verdad, y el doble de natural!^[9]

—¡Siempre pensé que eran monstruos fabulosos! —dijo el Unicornio—. ¿Y está viva?

—Puede hablar —dijo Alebre solemnemente.

El Unicornio miró a Alicia pensativo, y dijo: «Habla, niña».

Alicia no pudo evitar que sus labios se curvasen en una sonrisa, al empezar: «¿Sabes unas cosa? Yo siempre había creído que los Unicornios eran monstruos fabulosos también. ¡Jamás había visto uno de carne y hueso!»

—Bueno, pues ahora ya nos *hemos* visto mutuamente —dijo el Unicornio—; si tú crees en mí, yo creeré en ti. ¿De acuerdo?

—Como quieras —dijo Alicia.

—¡Venga, pásanos el bizcocho, viejo! —prosiguió el Unicornio, volviéndose hacia el Rey—. ¡A mí déjame de pan moreno!

—¡Por supuesto... por supuesto! —murmuró el Rey, y se quedó mirando a Alebre—. ¡Abre la bolsa! —susurró—. ¡Vamos! ¡Esa no: está llena de alfalfa!

Alebre sacó un gran bizcocho de la bolsa, y se lo dio a Alicia para que lo

sostuviera mientras sacaba una fuente y un cuchillo de trinchar. Alicia no comprendía cómo salía todo aquello de allí. Era como un juego de prestidigitación, pensó.



El León se había unido a ellos mientras ocurría todo esto: parecía muy cansado y soñoliento, y tenía los ojos medio cerrados.

—¿Qué es esto? —dijo, a la vez que miraba a Alicia y parpadeaba perezosamente, hablando con una voz profunda que sonaba como el tañido de una gran campana.^[10]

—¡A ver!, ¿qué es? —exclamó el Unicornio con impaciencia—. ¡No lo adivinarás! Yo no he podido.

El León miró a Alicia con cansancio.

—¿Eres animal... vegetal... o mineral? —dijo, bostezando detrás de cada palabra.

—¡Es un monstruo fabuloso! —exclamó el Unicornio, antes de que Alicia pudiese contestar.

—Entonces pasa el bizcocho, Monstruo —dijo el León, tumbándose en el suelo, y apoyando la barbilla sobre sus zarpas—. Y sentaos vosotros dos —al Rey y al Unicornio—: ¡hay que jugar limpio con el bizcocho!

Evidentemente, el Rey se sentía muy incómodo entre las dos enormes criaturas; pero no había otro sitio para él.

—¡Qué pelea podríamos entablar *ahora* por la corona! —dijo el Unicornio

mirando de soslayo la corona que estaba a punto de caérsele de la cabeza al pobre Rey de tanto que temblaba.

—Me sería muy fácil ganar —dijo el León.

—Yo no estaría tan seguro —dijo el Unicornio.

—¡Cómo, pero si te he estado zurrando por toda la ciudad, gallina! —replicó el León con enfado, medio incorporándose mientras hablaba.

Aquí terció el Rey para impedir que continuara la pelea: estaba nerviosísimo y le temblaba bastante la voz: «¿Por toda la ciudad?», dijo. «Pues es un largo recorrido. ¿Habéis pasado por el puente viejo, o por la plaza del mercado? La mejor perspectiva es la que se domina desde el puente viejo.»

—No tengo ni la menor idea —gruñó el León, tumbándose otra vez—. Había demasiado polvo para ver nada. ¡Pues sí que tarda el Monstruo en cortar ese bizcocho!

Alicia se había sentado en la orilla de un riachuelo, con la enorme fuente sobre las rodillas, y lo estaba aserrando afanosamente con el cuchillo. «¡Es fastidioso de lo más! —dijo en respuesta al León (se estaba acostumbrando a que la llamasen "el Monstruo")—. ¡He cortado ya varias rebanadas, pero se vuelven a juntar!»

—No sabes manejar los bizcochos del Espejo —comentó el Unicornio—. Repártelo primero, y córtalo después.

Esto parecía absurdo; pero Alicia se levantó muy obediente, pasó la fuente, y al hacerlo, el bizcocho se dividió en tres trozos.

—*Ahora córtalo* —dijo el León, al regresar ella a su sitio con la fuente vacía.

—¡Esto no es justo! —gritó el Unicornio en el momento en que Alicia se sentaba con el cuchillo en la mano, perplejísima, sin saber cómo empezar—. ¡El Monstruo le ha dado al León el doble que a mí!^[10a]

—En cambio no se ha reservado ningún trozo —dijo el León—. ¿No te gusta el bizcocho, Monstruo?

Pero antes de que Alicia pudiese contestar, empezaron los tambores.

No podía localizar de dónde procedían los redobles: llenaron el aire, y le penetraron la cabeza hasta que se sintió ensordecido completamente. Se puso en pie de un salto y cruzó desalada el arroyuelo, presa de terror^[11]; tuvo tiempo

* * * * *
 * * * * *
* * * * *

de ver incorporarse al León y al Unicornio, irritados por esta interrupción de su festín, antes de dejarse caer de rodillas y taparse los oídos con las manos, tratando inútilmente de protegerse del espantoso fragor.

«¡Si esto no les echa de la ciudad», pensó para sí, «no les echaré nada!».



«Es Invención mía»

Al cabo de un rato, el ruido se fue extinguiendo gradualmente, hasta que se hizo un silencio mortal, y Alicia levantó la cabeza algo alarmada. No se veía a nadie, y lo primero que pensó fue que había estado soñando con el León y el Unicornio, y con aquellos extraños Mensajeros anglosajones. Sin embargo, aún tenía a sus pies la gran fuente sobre la que había tratado de cortar el bizcocho: «Así que, en definitiva, no estaba soñando», se dijo, «a menos..., a menos que todos formemos parte del mismo sueño. ¡Pero espero que sea *mi* sueño, no el del Rey Rojo! No me hace gracia pertenecer al sueño de otra persona», prosiguió en tono más bien quejumbroso. «Me dan ganas de ir a despertarle; ¡a ver qué pasa!»

En ese momento, sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz que exclamó: «¡Eh! ¡Ahí! ¡Jaque!», y un Caballero, vestido con armadura carmesí, corrió al galope en dirección a ella blandiendo una gran maza^[1]. Tan pronto como llegó adonde estaba Alicia, el caballo se detuvo en seco: «¡Eres mi prisionera!», exclamó el Caballero, al tiempo que se caía del caballo.

A pesar del sobresalto que se había llevado, Alicia se asustó, de momento, más por él que por sí misma, y le observó con cierta inquietud mientras montaba otra vez. En cuanto se acomodó en la silla, empezó de nuevo: «Eres mi...», pero aquí le interrumpió otra voz, clamando: «¡Eh! ¡Ahí! ¡Jaque!», y Alicia se volvió un poco sorprendida hacia el nuevo enemigo.

Esta vez se trataba de un Caballero Blanco^[2]. Llegó junto a Alicia y se cayó del caballo exactamente como se había caído el Caballero Rojo; luego montó otra vez, y los dos Caballeros se quedaron mirándose mutuamente durante un rato sin decir nada. Alicia observaba a uno y a otro un poco perpleja.

—¡Como ves, es *mi* prisionera! —dijo el Caballero Rojo por fin.

—¡Sí, pero después he llegado yo y la he rescatado! —replicó el Caballero Blanco.

—Bueno, entonces tendremos que luchar por ella —dijo el Caballero Rojo, al tiempo que cogía su yelmo (que colgaba de la silla y tenía forma de cabeza de caballo) y se lo colocaba.

—Naturalmente, respetarás las Reglas del Combate, ¿verdad? —advirtió el Caballero Blanco, poniéndose el yelmo también.

—Siempre lo hago —dijo el Caballero Rojo; y empezaron a descargarse golpes el uno al otro con tanta furia que Alicia se situó detrás de un árbol para que no la alcanzaran los golpes.

«Quisiera saber, ahora, cuáles son las Reglas del Combate», se dijo mientras observaba la lucha, asomándose tímidamente de su escondite. «Una de ellas parece ser, que si un Caballero le acierta al otro, le derriba del caballo; y si no le acierta, se cae él; y otra, sujetar la maza con los brazos, como los muñecos de guiñol^[3]... ¡Qué estrépito arman al caer! Es como si se cayeran los hierros de la chimenea sobre la pantalla! ¡Y qué quietos están los caballos! ¡Les dejan montar y caerse como si fuesen mesas!»



Otra Regla del Combate, de la que Alicia no se había percatado, parecía ser la de caer siempre de cabeza; y el combate concluyó cayéndose los dos de esta manera, el uno junto al otro. Cuando se pusieron de pie nuevamente, se estrecharon la mano, y a continuación el Caballero Rojo montó y se marchó al galope.

—Ha sido una gloriosa victoria, ¿verdad? —dijo el Caballero Blanco, mientras se

acercaba jadeando.

—No lo sé —dijo Alicia insegura—. No quiero ser prisionera de nadie. Quiero ser Reina.

—Y lo serás cuando cruces el próximo arroyo —dijo el Caballero Blanco—. Te escoltaré hasta el final del bosque..., después tendré que regresar. Mi jugada termina allí.

—Muchas gracias —dijo Alicia—. ¿Le ayudo a quitarse el yelmo? —evidentemente, no podía arreglárselas él solo; sin embargo, Alicia consiguió quitárselo por fin.

—Ahora se puede respirar más a gusto —dijo el Caballero, echándose hacia atrás con ambas manos su pelo hirsuto, y volviendo hacia Alicia su rostro benévolo y sus dulces y grandes ojos. Ésta pensó que en su vida había visto un soldado de aspecto más extraño ^[4].

Iba vestido con una armadura de hojalata que le sentaba muy mal, y llevaba una extraña cajita de madera^[5] sujeta entre los hombros, boca abajo, y con la tapa colgando abierta. Alicia la observó con gran curiosidad.

—Veo que admiras mi caja —dijo el Caballero en tono amable—. Es invención mía: sirve para guardar la ropa y los emparedados. Como ves, la llevo boca abajo para que no le entre la lluvia.

—Pero puede *salirse* todo —advirtió Alicia con solicitud—. ¿Sabe que tiene la tapa abierta?

—No lo sabía —dijo el Caballero, pintándosele un asomo de disgusto en la cara—. ¡Entonces se me han debido caer todas las cosas! Y sin ellas, la caja no sirve de nada —se la desató mientras hablaba; y estaba a punto de tirarla a los arbustos, cuando pareció ocurrírsele una idea repentina, y la colgó cuidadosamente en un árbol—. ¿A que no adivinas por qué hago esto? —le dijo a Alicia.

Alicia negó con la cabeza.

—Con la esperanza de que las abejas hagan su panal en ella..., así podría tener miel.

—Pero lleva ya una colmena, o algo parecido, atada a la silla —dijo Alicia.

—Sí, es una colmena buenísima —dijo el Caballero en tono descontento—, de la mejor clase. Pero hasta ahora no se le ha acercado ni una sola abeja. Y eso otro es una ratonera. Supongo que los ratones ahuyentan a las abejas..., o las abejas a los ratones; no sé.

—Me estaba preguntando para qué sería esa ratonera —dijo Alicia—. No es muy probable que haya ratones en el lomo del caballo.

—Quizá no sea muy probable —dijo el Caballero—; pero si acuden, no me apetece que anden correteando por aquí.

«Como ves —prosiguió, tras una pausa—, conviene ir preparado para *todo*. Por

eso lleva el caballo esos brazaletes alrededor de las patas.»

—Pero, ¿para qué son? —preguntó Alicia en tono de gran curiosidad.

—Para protegerlo de los mordiscos de los tiburones —replicó el Caballero—. Son invención mía. Y ahora, ayúdame a montar. Te acompañaré hasta el final del bosque... ¿Para qué es esa fuente?

—Era para un bizcocho —dijo Alicia.

—Será mejor que nos la llevemos —dijo el Caballero—. Nos vendrá bien si encontramos algún bizcocho. Ayúdame a meterla en este saco.

Tardaron bastante, aunque Alicia sostenía el saco muy solícitamente abierto, porque el Caballero era *torpísimo* para meter la fuente: las dos o tres primeras veces que lo intentó se cayó dentro él en vez de la fuente: «Entra bastante justa —dijo, cuando lo consiguieron al fin—; hay muchas palmatorias en el saco». Y lo colgó de la silla, que ya iba cargada con montones de zanahorias, utensilios de chimenea y muchas cosas más.

—Llevarás el pelo bien sujeto, ¿verdad? —prosiguió, cuando se pusieron en marcha.

—Sólo lo corriente —dijo Alicia sonriendo.

—No es bastante —dijo él, preocupado—. Ya verás lo *fortísimo* que es el viento aquí. Como un caldo de fuerte.

—¿Ha inventado usted algún método para impedir que el viento se lleve el pelo? —preguntó Alicia.

—Todavía no —dijo el Caballero—. Pero tengo un método para evitar que se caiga.

—Me gustaría saberlo; muchísimo.

—Pues, primero coges un palo recto —dijo el Caballero—. Luego haces que el pelo trepe por él, como un árbol frutal. El motivo de que se caiga el pelo es porque cuelga hacia *abajo*...; las cosas nunca se caen hacia *arriba*, como sabes. El método es invención mía. Puedes probarlo, si quieres.

No parecía un método cómodo, pensó Alicia, y durante unos minutos, caminó en silencio, dándole vueltas a la idea, y deteniéndose a cada momento para ayudar al pobre caballero, que por cierto *no* era buen jinete.

Cada vez que el caballo se detenía (lo que hacía muy a menudo), se caía él de cabeza; y cada vez que se ponía en marcha (lo que hacía bruscamente por regla general), se caía de espaldas. Por lo demás, iba bastante bien, salvo la costumbre que tenía de caerse de costado, de vez en cuando; y como solía hacerlo por el lado en que iba Alicia, ésta comprendió muy pronto que lo más prudente era no ir *demasiado* pegada al caballo.



—Me parece que no está usted muy práctico en montar a caballo —se atrevió a decir, mientras le ayudaba a levantarse de su quinta caída.

El Caballero la miró sorprendidísimo, y un poco ofendido ante el comentario. «¿Por qué dices eso?», preguntó, mientras se encaramaba otra vez en la silla, agarrándose al pelo de Alicia con una mano para evitar caerse por el otro lado.

—Porque la gente no se cae tan a menudo cuando tiene mucha práctica.

—Yo tengo la mar de práctica —dijo el Caballero con gravedad—; ¡la mar de práctica!

A Alicia no se le ocurrió nada mejor que decir que: «¿De veras?»; aunque lo dijo con la mayor cordialidad posible. Siguieron un rato en silencio; después de esto, el

Caballero con los ojos cerrados y murmurando para sí, y Alicia esperando con preocupación la siguiente caída.

—El gran arte de montar a caballo —empezó de repente el Caballero en voz alta, haciendo un amplio movimiento con el brazo mientras hablaba— consiste en mantenerse... —aquí se interrumpió la frase tan de repente como había empezado, al caer de cabeza el Caballero, exactamente en el sendero por el que caminaba Alicia—. Alicia se llevó un buen susto, y dijo en tono preocupado, mientras le sacaba: «Confío en que no se haya roto ningún hueso».

—Ninguno que merezca la pena mencionar —dijo el Caballero, como si no le importase romperse dos o tres—. El gran arte de montar a caballo, como iba diciendo, es... mantenerse correctamente en equilibrio. Así: mira...

Soltó la brida, extendió los brazos para mostrarle a Alicia lo que quería decir, y esta vez se cayó de espaldas cuan largo era, justo detrás de las patas del caballo.

—¡La mar de práctica! —siguió repitiendo, mientras Alicia le volvía a poner de pie—. ¡La mar de práctica!

—¡Esto es de lo más ridículo! —exclamó Alicia, perdiendo completamente la paciencia—. ¡Debería montar en un caballo de madera con ruedas!

—¿Va con suavidad, esa clase de caballos? —preguntó el Caballero interesado, agarrándose con ambos brazos al cuello del caballo mientras hablaba, justo a tiempo de evitar una nueva caída.

—Mucho más suavemente que un caballo de verdad —dijo Alicia soltando una pequeña carcajada, a pesar de que hizo cuanto pudo por sofocarla.

—Conseguiré uno —dijo el Caballero pensativo para sí—. Uno o dos... o varios.

Hubo un breve silencio después de esto, y luego el Caballero prosiguió: «Soy fenomenal inventando cosas. Mira, supongo que habrás observado, al levantarme la última vez, que estaba algo pensativo, ¿verdad?»

—*Estaba* usted algo serio —dijo Alicia.

—Bueno, pues precisamente en ese momento estaba inventando una nueva manera de pasar por encima de una cerca... ¿te gustaría oírla?

—Muchísimo, sí —dijo Alicia cortésmente.

—Te contaré cómo se me ha ocurrido —dijo el Caballero—. Verás, me he dicho a mí mismo: «La única dificultad está en los pies; la *cabeza* se encuentra ya lo bastante alta». Pues bien, primero pongo la cabeza sobre la cerca; entonces queda la cabeza lo bastante alta; entonces me pongo vertical sobre la cabeza; entonces los pies se encuentran lo bastante altos; entonces paso, ¿no te parece?»

—Sí, supongo que pasará cuando consiga hacer todo eso —dijo Alicia pensativa—; pero, ¿no le parece un poco difícil?

—Todavía no he probado —dijo el Caballero con gravedad—; así que no lo puedo asegurar..., pero creo que sí *debe de ser* un poco difícil.

Pareció tan contrariado ante esta posibilidad, que Alicia se apresuró a cambiar de conversación: «¡Qué yelmo más curioso tiene! —dijo con animación—. ¿Es también invención suya?».

El Caballero miró con orgullo su yelmo, que colgaba de la silla: «Sí —dijo—; pero he inventado uno que es mejor que éste: es como un pan de azúcar^[6]. Cuando lo llevaba, si me caía del caballo, llegaba al suelo en seguida. Así que el recorrido en el aire, al caer, era *pequeñísimo*. Aunque *estaba* el peligro de *caer dentro* de él, desde luego. Eso me ocurrió una vez..., y lo peor fue que, antes de que pudiera volver a salir, llegó el otro Caballero Blanco y se lo puso. Creyó que era su yelmo».

El Caballero tenía una expresión tan solemne contando todo esto que Alicia no se atrevió a reír. «Me temo que le haría usted daño —dijo con voz temblorosa—, encima de su cabeza.»

—Tuve que darle patadas, naturalmente —dijo el Caballero, muy serio—. Entonces se quitó el yelmo..., pero tardó horas y horas en sacarme. Aquello apretaba como... como aprieta el paso de una centella en su carrera.

—Pero ésa es una forma muy distinta de apretar —objetó Alicia.

El Caballero negó con la cabeza. «¡Yo tenía apreturas de todas clases, te lo aseguro!», dijo. Alzó las manos con cierta emoción al decir esto, e instantáneamente resbaló de la silla y se cayó de cabeza a una profunda zanja.

Alicia corrió al borde de la zanja para atenderle. Esta caída la había cogido por sorpresa, ya que hacía rato que iba muy bien, y temió que se hubiera *hecho* bastante daño esta vez. Sin embargo, aunque no podía ver de él más que las plantas de los pies, se sintió muy aliviada al oír que decía en su tono habitual: «Apreturas de todas clases; pero aquella falta de cuidado, al ponerse el yelmo de otro... con su propietario dentro, además...».



—¿Cómo *puede* seguir hablando tan tranquilamente cabeza abajo? —preguntó Alicia mientras le sacaba por los pies y le dejaba hecho un montón en el borde de la zanja.

El Caballero se quedó sorprendido ante la pregunta: «¿Qué importa dónde esté mi cuerpo?», dijo. «Mi cerebro sigue funcionando de todas maneras. De hecho, cuanto más cabeza abajo estoy, más cosas invento.»

—Ahora, que lo más inteligente que he hecho —prosiguió tras una pausa— es inventar un nuevo budín durante el plato de carne.

—¿A tiempo para que lo preparasen para el plato siguiente? —dijo Alicia—. ¡Vaya, eso sí que es un trabajo rápido, desde luego!

—Bueno, no para el plato *siguiente* —dijo el Caballero en tono lento, pensativo—; no, desde luego, no fue para el *plato* siguiente.

—Entonces debió de ser para el día siguiente. Supongo que no le pondrían dos platos de budín en una misma comida, ¿verdad?

—Bueno, no para el día *siguiente* —repitió el Caballero como antes—; no para el *día* siguiente, en realidad —prosiguió cabizbajo, y bajando la voz cada vez más—. ¡No creo que hayan preparado *nunca* ese budín! ¡La verdad es que no creo que lo lleguen a preparar jamás! De todos modos, ese budín fue un invento inteligentísimo.

—¿De qué debía hacerse? —preguntó Alicia con la esperanza de animarle, ya que el pobre Caballero parecía bastante deprimido sobre el particular.

—Se empezaba con papel secante —contestó el Caballero con un gemido.

—Creo que no estaría muy gustoso...

—No lo estaría, con eso *sólo* —la interrumpió él con viveza—; pero no tienes idea de lo diferente que sabe mezclado con otros ingredientes..., como pólvora y lacre. Tengo que dejarte aquí —habían llegado al lindero del bosque.

Alicia se limitó a poner cara de sorpresa: iba pensando en el budín.

—Estás triste —dijo el Caballero en tono preocupado—; deja que te cante una canción para animarte.

—¿Es muy larga? —preguntó Alicia, ya que ese día llevaba escuchadas un montón de poesías.

—Es larga —dijo el Caballero—, pero muy, *muy* bonita. Todos los que me la oyen cantar... o se les llenan los ojos de *lágrimas*, o...

—¿O qué? —preguntó Alicia, ya que el Caballero se había quedado callado de repente.

—O no, claro^[7]. El nombre de la canción se llama «*Ojos de abadejo*».

—¿Ah, conque ése es el nombre de la canción, eh? —dijo Alicia, tratando de poner interés.

—No; no comprendes —dijo el Caballero, con expresión algo contrariada—. Eso es como se *llama* el nombre. Pero el nombre en realidad es «*Un Viejo Viejo*».

—Entonces, ¿qué debía haber dicho yo, «Así es como se llama la *canción*»? —rectificó Alicia.

—No, de ninguna manera: ¡eso es otra cosa completamente distinta! La canción se llama «*Medios y Maneras*»; ¡pero eso sólo es como se *llama*!

—Bueno, entonces, ¿cuál es la canción? —dijo Alicia, que ya estaba completamente hecha un lío.

—A eso iba —dijo el Caballero—. La canción en realidad es: «*En una cerca vi*»; y la música es invención mía^[8].

Y dicho esto, detuvo el caballo y dejó caer las riendas sobre su cuello; luego, marcando lentamente el compás con una mano, y con su rostro benévolo y aledado iluminado por una débil sonrisa, como si oyese la música de su canción, empezó.

De todas las cosas extrañas que Alicia vio en su viaje a Través del Espejo, ésta fue la única que recordaba con claridad. Años después, podía evocar perfectamente toda la escena, como si hubiese sucedido tan sólo el día anterior: los ojos dulces y azules y la sonrisa beatífica del Caballero, el sol poniente brillando a través de sus cabellos y reflejándose en su armadura en una llamarada de luz que la deslumbraba..., el caballo deambulando mansamente con las riendas sobre su cuello, triscando la yerba a sus pies, y las oscuras sombras del bosque detrás...; todo esto lo abarcó ella como un cuadro, protegiéndose los ojos con una mano, apoyada contra un árbol, mientras observaba a la extraña pareja, y escuchaba en una especie de ensueño la música melancólica de la canción^[9].

«Pero esa música no es invención suya —se dijo a sí misma—: es “*Todo te lo doy, que más no puedo*”». Escuchó con atención, pero no le asomaron lágrimas a los ojos.

Te narraré lo que pueda,
hay muy poco que decir.
A un viejo viejo, sentado
en una cerca vi.
«¿Quién es usted?», pregunté,
«¿qué hace para vivir?».
Su voz cruzó mi cabeza
como agua por tamiz.

Dijo: «Busco mariposas
que duermen en los trigales;
Las hago pastel de cordero,
y lo vendo por las calles.
Lo voy vendiendo a los hombres
que navegan por los mares.
Así me gano mi pan;
poca cosa, como sabes».

Pero yo pensaba un plan:
teñir los bigotes de verde
y usar un gran abanico
a fin de que no se viesen^[10].
Sin saber qué contestar
a lo que el viejo dijese, grité:
«¡Cuénteme cómo vive!»,
con un coscorrón bien fuerte.

Su voz reanudó el relato.
Dijo: «Por los caminos voy;
y cuando encuentro un arroyo,
le prendo fuego con calor
para hacer ese unguento que llaman
Rowland's Macassar Oil^[11]...
aunque dos peniques y medio
me dan por eso hoy».

Yo, que pensaba una forma
de alimentarme de berza
para ir día tras día
engordando a mi manera,
le zarandeeé con gana,
hasta ver su cara azulenca.
«¡Cuente ahora lo que hace»,
grité, «y de qué se alimenta!».



«Busco ojos de abadejo»,
dijo, «entre brezales y matas,
para hacer botones de chaleco
en las noches más calladas.
No los cambio por oro
ni por monedas de plata:
medio penique de cobre,
me dan por una caja.

Saco rollitos del suelo,
cazo cangrejos con liga^[12]
busco en las lomas herbosas
ruedas de coche amarillas.
así (haciéndome un guiño)
muy bien me gano la vida.
y brindo, de mil amores,
por su salud, señoría».

Aquí le oí; pues acababa
de pensar un plan divino:
evitar que se oxidase el Menai^[13]
haciéndolo cocer en vino.
Le di las gracias por contarme
cómo se había hecho rico,
y más al ver su deseo
de brindar por mi destino.

Y ahora, si por azar

me pringo de pegamento,
o meto mi pie derecho
en el zapato siniestro,
o se me cae en un pie,
algún objeto de peso,
lloro a todo rabiar,
porque me acuerdo del viejo,
de voz dulce y ojos buenos,
de cabellos como la nieve
y cara como de cuervo,
de pupilas encendidas
y expresión de desconsuelo,
que se mecía y mecía,
y murmuraba muy quedo,
como con la boca llena
y mugía como un reno...
sentado en aquella cerca,
aquel verano, ya lejos.

Cuando el Caballero terminó de cantar las últimas frases de la balada, cogió las riendas, e hizo volverse al caballo en la dirección por la que habían venido. «Sólo tienes que andar unas yardas —dijo—, hasta el pie de la colina; luego pasas ese arroyo, y ya eres Reina... Pero aguarda aquí a verme marchar, ¿quieres? —añadió, cuando Alicia se volvió con mirada ansiosa hacia donde él le señalaba—. No tardaré. ¡Aguarda, y dime adiós con el pañuelo cuando llegue a aquel recodo del sendero! Creo que eso me dará aliento.»

—Por supuesto que aguardaré —dijo Alicia—: y muchísimas gracias por haber venido tan lejos... y por la canción: me ha gustado muchísimo.

—Eso espero —dijo el Caballero dubitativo—; pero no has llorado como yo creía.

Así que se dieron la mano, y luego el Caballero se internó lentamente en el bosque. «No tardaré en *perderle* de vista, espero —se dijo Alicia, mientras le observaba—. ¡Allá va! ¡De cabeza, como de costumbre! Sin embargo, se vuelve a poner de pie con bastante facilidad; eso le pasa por llevar tantas cosas colgando alrededor del caballo...» Así siguió hablando consigo misma, mientras observaba cómo el caballo caminaba sosegadamente por el sendero, y se caía el caballero, primero por un lado y luego por el otro. Después de la cuarta o quinta caída llegó al recodo; entonces agitó ella el pañuelo, y aguardó a que se perdiera de vista^[14].

—Espero que esto le haya animado —dijo, volviéndose y echando a correr cuesta abajo—; y ahora, al último arroyo, ¡y a ser Reina! ¡Qué solemne suena eso! —unos cuantos pasos la llevaron al borde del arroyo—. «¡Al fin la Octava Casilla!», exclamó saltando y tumbándose a descansar en un

* * * * *
* * * * *
* * * * *

césped blando como el musgo, con pequeños macizos de flores diseminados aquí y allá.

«¡Ay, qué contenta estoy de haber llegado aquí! ¿Qué es esto que tengo en la cabeza?», exclamó consternada, llevándose las manos a algo pesadísimo que tenía ajustado alrededor de la cabeza.

—Pero, ¿cómo puede haberseme puesto sin que yo lo haya notado? —se dijo, mientras se lo quitaba y lo colocaba en su regazo para ver de qué se trataba.

Era una corona de oro^[15].



Alicia Reina

—¡Bueno, esto sí que es estupendo! —dijo Alicia—. No me esperaba ser Reina tan pronto... pues os voy a decir una cosa, Majestad —prosiguió en tono severo (era bastante aficionada a regañarse a sí misma)—. No está bien andar tumbándose en la hierba de esa manera! ¡Las Reinas deben comportarse con dignidad!

Así que se levantó y echó a andar... un poco tiesa al principio, ya que tenía miedo de que se le cayese la corona; aunque se animó al pensar que no la veía nadie; «si soy realmente una Reina», dijo sentándose otra vez, «conseguiré comportarme como tal con el tiempo».

Todo estaba ocurriendo de una forma tan extraña que no le sorprendió lo más mínimo descubrir sentadas junto a ella a la Reina Roja y a la Reina Blanca, una a cada lado^[1]; le habría gustado preguntarles cómo habían llegado, pero pensó que quizá no fuese muy educado hacerlo. En cambio, no había nada malo, pensó, en preguntar si había terminado la partida. «Por favor, ¿podrías decirme...», empezó, mirando tímidamente a la Reina Roja.

—¡Habla cuando te dirijan la palabra! —la interrumpió bruscamente la Reina.

—Pero si todo el mundo observara esa regla —dijo Alicia, dispuesta siempre a discutir un poco—, y vos hablaseis sólo cuando se os dirigiese la palabra, y la otra persona esperase a que empezaseis vos, nadie diría nada, así que...

—¡Ridículo! —gritó la Reina—. ¿Es que no ves, niña...? —aquí se interrumpió frunciendo el ceño, y tras meditar un minuto, cambió súbitamente de conversación—. ¿Qué quieres decir con eso de «si eres realmente una Reina»? ¿Qué derecho tienes a llamarte así? Sabrás que no puedes ser Reina mientras no apruebes el correspondiente examen. Y cuanto antes empecemos, mejor.

—¡Yo sólo he dicho «si»! —se quejó la pobre Alicia con tono lastimero.

Las dos Reinas se miraron mutuamente, y la Reina Roja comentó, con un pequeño estremecimiento: «*Dice* que sólo ha dicho "si"...».

—¡Pero ha dicho muchas más cosas! —gimió la Reina Blanca, retorciéndose las manos—. ¡Muchísimas más!

—Efectivamente, así es —le dijo la Reina Roja a Alicia—. Di siempre la verdad, piensa antes de hablar, y escríbelo después.

—Os aseguro que no era ése mi sentido... —empezó Alicia, pero la Reina Roja la interrumpió impaciente.

—¡De eso es precisamente de lo que me quejo! ¡*Deberías* tener sentido! ¿Para qué crees que sirve una niña sin sentido? Hasta un chiste tiene que tener sentido..., y una niña es más importante que un chiste, creo yo. Eso no me lo puedes negar,

Reina.

Alicia dijo lo más gravemente que pudo: «Puede que se fueran en otra dirección». Pero no pudo por menos de pensar: «¡Cuántas tonterías *estamos* diciendo!».

—¡No sabe ni jota de operaciones! —dijeron las Reinas a la vez, con mucho énfasis.

—¿Sabéis vos hacer operaciones? —dijo Alicia, volviéndose de repente hacia la Reina Blanca, ya que no le gustaba que la criticasen tanto.

La Reina abrió la boca y cerró los ojos: «Sé la Adición —dijo—, si me das tiempo..., ¡pero no haré una sustracción bajo *ningún* concepto!»

—Naturalmente, sabes el Abecedario, ¿no? —dijo la Reina Roja.

—Claro que sí —dijo Alicia.

—Yo también —susurró la Reina Blanca—: lo recitaremos a menudo juntas, cariño. Y te diré un secreto: ¡sé leer palabras de una letra! ¿No es maravilloso? Pero no te desanimes. Tú también lo harás con el tiempo.

Aquí la Reina Roja empezó otra vez: «¿Sabes responder a preguntas prácticas?», dijo. «¿De qué está hecho el pan?»

—¡Eso sí que lo sé! —exclamó Alicia, interesada—. Se pone harina...

—¿Dónde se pone? —preguntó la Reina Blanca—, ¿en el ponedero o en el gallinero?

—Bueno, la harina no es un huevo; sale de moler...

—¿Con cuántas muelas? —dijo la Reina Blanca—. No te saltes tantas explicaciones.

—¡Abanícale la cabeza! —intervino preocupada la Reina Roja—. Le va a dar calentura de tanto pensar —y se pusieron las dos a abanicarla con puñados de hojas, hasta que ella tuvo que rogarles que lo dejaran, ya que le alborotaban el pelo.

—Ya se encuentra bien otra vez —dijo la Reina Roja—. ¿Sabes idiomas? ¿Cómo se dice en francés pim pam pum?

—Pim pam pum no es inglés —contestó Alicia seria.

—¿Quién te ha dicho que lo sea? —dijo la Reina Roja.

Alicia pensó que esta vez tenía una forma de salir del apuro: «¡Si me decís en qué idioma está “pim pam pum”, os diré cómo es en francés!» —exclamó triunfalmente.

Pero la Reina Roja se enderezó, un poco envarada, y dijo: «Las Reinas jamás hacen tratos».



«Pues ojalá no hicieran jamás preguntas», pensó Alicia para sí.

—No discutamos —dijo la Reina Blanca en tono preocupado—. ¿Qué es lo que produce el rayo?

—Lo que produce el rayo —dijo Alicia con decisión, ya que se sentía completamente segura sobre esto— es el trueno...; ¡no, no! —se apresuró a rectificar—. Quiero decir al revés.

—Es demasiado tarde para rectificar —dijo la Reina Roja—: una vez que has dicho una cosa, se queda como está, y te toca cargar con las consecuencias.

—Eso me recuerda... —dijo la Reina Blanca, bajando la mirada y enlazando y desenlazando las manos con nerviosismo—, la tormenta que tuvimos el martes pasado... o sea, una de la última tanda de martes^[2].

Alicia se quedó desconcertada: «En *nuestro* país —comentó— sólo tenemos un día cada vez».

La Reina Roja dijo: «Esa es una forma bastante raquítica y pobretona de hacer las cosas. *Aquí*, en cambio, tenemos casi siempre los días y las noches en grupos de dos y de tres, y a veces en invierno hasta cinco noches juntas... para que den más calor».

—¿Son más calientes cinco noches que una, entonces? —se atrevió a preguntar Alicia.

—Cinco veces más, por supuesto.

—Pues tendrían que ser cinco veces más *frías*, por la misma regla...

—¡Exactamente! —gritó la Reina Roja—. ¡Cinco veces más calientes, y cinco veces más frías...! ¡Igual que yo soy cinco veces más rica que tú, y cinco veces más

lista!^[3]

Alicia suspiró y se dio por vencida. «¡Es exactamente como un acertijo sin solución!», pensó.

—Tentetieso vio la tormenta también —prosiguió la Reina Blanca en voz baja, como si hablase más para sí misma—. Llegó a la puerta con un sacacorchos en la mano...

—¿Qué quería? —preguntó la Reina Roja.

—Dijo que *quería* entrar —prosiguió la Reina Blanca— porque estaba buscando un hipopótamo. Pero daba la casualidad de que no había ninguno en casa, esa mañana.

—¿Suele haberlo? —preguntó Alicia en tono asombrado.

—Bueno, sólo los jueves —dijo la Reina.

—Yo sé a qué vino —dijo Alicia—: quería castigar a los peces, porque^[4]...

Aquí la Reina empezó otra vez: «¡*Qué* tormenta, no os podéis imaginar!» («Ella no podría», dijo la Reina Roja). «Parte del tejado se vino abajo, y empezaron a colarse los truenos... y rodaban por la habitación como grandes moles; atropellando mesas y demás..., ¡me asusté tanto, que era incapaz de recordar mi propio nombre!»

Alicia pensó para sí: «¡Jamás se me ocurriría *tratar* de recordar mi nombre en medio de un accidente! ¿De qué serviría?»; pero no lo dijo en voz alta por temor a herir los sentimientos de la pobre Reina.

—Vuestra Majestad debe excusarla —dijo la Reina Roja a Alicia, cogiendo una mano de la Reina Blanca entre las suyas, y acariciándola dulcemente—: tiene buena intención, pero no puede evitar decir tonterías, por regla general.

La Reina Blanca miró tímidamente a Alicia, y ésta comprendió que *debía* decir algo amable, aunque la verdad es que no se le ocurrió nada en ese momento.

—No llegaron a educarla bien, en realidad —prosiguió la Reina Roja—: ¡pero es asombroso el buen carácter que tiene! ¡Dale unas palmaditas en la cabeza, y verás lo contenta que se pone! —pero eso era más de lo que Alicia se habría atrevido a hacer.

—Un poco de amabilidad... y cogerle papillotes... le sentaría de maravilla.

La Reina Blanca dejó escapar un hondo suspiro, y apoyó la cabeza en el hombro de Alicia. «¡Qué sueño tengo!», gimió.

—¡Está cansada, pobrecita! —dijo la Reina Roja—. Alísale el pelo, préstale el gorro de dormir... y cántale una dulce nana.

—No tengo aquí gorro de dormir —dijo Alicia, tratando de cumplir la primera sugerencia—, y no me sé ninguna nana.

—Tendré que cantársela yo, entonces —dijo la Reina Roja, y empezó^[5]:

¡Ea, mi señora, en brazos de Alicia!

Hasta que empiece la fiesta, tendremos siesta.

¡Y cuando termine, iremos a bailar,

la Reina Roja, la Blanca, Alicia y los demás!

—Y ahora que sabes la letra —añadió, apoyando la cabeza en el otro hombro de Alicia—, cántamela entera a *mí*. Me está entrando sueño también —un momento después las dos Reinas estaban profundamente dormidas y roncaban de manera audible.

—¿Qué voy a hacer? —exclamó Alicia, mirando en torno suyo con gran perplejidad cuando, primero una y luego la otra, rodaron las cabezas de sus hombros, y se instalaron como un pesado bulto en su regazo—. ¡No creo que haya ocurrido *nunca* que alguien haya tenido que cuidar a dos Reinas dormidas a la vez! Jamás en toda la Historia de Inglaterra... ¡no podría ser, porque nunca ha habido más de una Reina al mismo tiempo! ¡Despertad, pesadas! —prosiguió en tono impaciente; pero no tuvo más respuesta que unos suaves ronquidos.



Los ronquidos se hacían más claros a cada minuto, y sonaban como una canción; por último, llegó incluso a distinguir palabras, y se puso a escuchar con tanto interés que, cuando las dos cabezotas se desvanecieron súbitamente de su regazo, apenas reparó en ello.

Estaba delante de una puerta, en cuyo arco había escritas las palabras: «REINA ALICIA» con grandes letras, y a cada lado del arco había un tirador de campanilla: en uno se indicaba: «Visitas», y en el otro: «Servidumbre».

«Esperaré a que termine la canción», pensó Alicia, «y luego llamaré en... en... ¿en *qué* campanilla?», prosiguió, perplejísima ante los letreros. «No soy una visita, ni

soy una criada. *Debería* haber una que pusiera "Reina".»

En ese preciso momento la puerta se abrió un poco, y un bicho de pico largo asomó la cabeza un momento y dijo: «¡Se prohíbe la entrada hasta dentro de dos semanas!», y cerró otra vez con un portazo.

Alicia hizo sonar inútilmente las dos campanillas y golpeó la puerta durante un buen rato; por último, un Sapo viejísimo que estaba sentado al pie de un árbol se levantó y se acercó renqueando adonde estaba ella: iba vestido de amarillo vivo y calzaba unas enormes botas.



—¿Qué pasa, vamos a ver? —dijo el Sapo en un susurro áspero y profundo.

Alicia se volvió, dispuesta a criticar a quien fuera. «¿Dónde está el criado que se encarga de contestar a la puerta?», empezó furiosa.

—¿Qué puerta? —dijo el Sapo.

Alicia casi dio una patada en el suelo, irritada por aquella manera de arrastrar las palabras: «¡Pues ésta, naturalmente!».

El Sapo se quedó mirando la puerta con sus grandes ojos turbios durante un minuto; luego se acercó y la frotó con el pulgar, como para probar si se desprendía la pintura: a continuación miró a Alicia.

—¿Contestar a la puerta? —dijo—. ¿Qué ha preguntado? —era tan ronca su voz que Alicia apenas le entendió.

—No sé qué quiere decir —dijo.

—Pues hablo inglés, ¿no? —prosiguió el Sapo—. ¿O es que estás sorda? ¿Qué te ha preguntado?

—¡Nada! —dijo Alicia impaciente—. La ha golpeado para llamar.

—No debías haberlo hecho..., no debías... —murmuró el Sapo—. Eso le molesta —y a continuación fue a la puerta y le largó una patada con uno de sus enormes pies—. Déjela en paz —jadeó, mientras regresaba renqueando a su árbol—, ya verás cómo ella te deja en paz a ti.

En este momento se abrió la puerta de par en par, y se oyó una voz chillona que cantaba^[6]:

«Al Mundo del Espejo Alicia así le dijo:
El cetro tengo en la mano, la corona en la cabeza.
Que vengan los seres del Espejo, sean lo que sean,
a cenar con la Reina Roja, la Blanca y conmigo.»

Y cientos de voces cantaron a coro:

«Llenad las copas cuan deprisa podáis,
regad la mesa de botones y salvado;
echad gatos en el café, ratones en el té.
¡Bienvenida la Reina Alicia treinta-veces-tres!»

Siguió un jadeo de aclamaciones, y Alicia pensó para sí: «Treinta veces tres son noventa. ¿Será que alguien está contando?». Un minuto después volvió a reinar silencio, y la misma voz chillona cantó otra estrofa:

«¡Seres del Espejo», dijo Alicia, «aquí reunidos,
un honor es verme, un favor oírme:
un privilegio tomar el té,
con la Reina Roja, la Blanca y conmigo!»

Y volvió a atacar el coro:

«Llenad la copa de melaza y de tinta,
o de alguna otra agradable bebida:
Mezclemos la sidra y la arena, la lana y el vino.
¡Bienvenida la Reina Alicia noventa-veces-cinco!»

«¡Noventa veces cinco!», repitió Alicia con desesperación. «¡Oh, no terminará en

la vida! Será mejor que entre inmediatamente...» Conque entró y, en el instante en que apareció, se hizo un silencio mortal.

Alicia miró nerviosa a lo largo de la mesa, mientras avanzaba por el gran salón, y observó que había unos cincuenta invitados, de todas clases: unos eran mamíferos, otros pájaros; había incluso unas cuantas flores: «Me alegro de que hayan venido sin esperar a que se les invitase», pensó; «¡no habría sabido a qué gente debía invitar!».

Había tres sillas a la cabecera de la mesa: las Reinas Roja y Blanca ocupaban ya las suyas, pero la del centro estaba vacía. Alicia se sentó en ella, algo cohibida por el silencio, y deseosa de que hablara alguien.

Por último, empezó la Reina Roja: «Te has perdido la sopa y el pescado», dijo. «¡Traed el asado!» Y los camareros pusieron una pierna de cordero delante de Alicia, que la miró con preocupación, ya que nunca había tenido que trinchar un asado.

—Pareces un poco cohibida: permíteme que te presente a esta pierna de cordero —dijo la Reina Roja—. Alicia, éste es Cordero; Cordero, ésta es Alicia —la pierna de cordero se levantó de la fuente e hizo una leve inclinación a Alicia; y Alicia le devolvió el saludo, sin saber si asustarse o reírse.



—¿Os corto un trozo? —dijo, cogiendo el cuchillo y el tenedor, y mirando a una y otra Reina.

—¡De ninguna manera! —dijo la Reina Roja con decisión—: no está bien cortar a alguien a quien nos acaban de presentar. ¡Llevaos el asado! —los camareros lo retiraron, y trajeron un gran budín de ciruelas en su lugar.

—Que no me presenten al budín, por favor —se apresuró a decir Alicia—; de lo contrario nos vamos a quedar sin cenar. ¿Os sirvo un poco?

Pero la Reina Roja puso mala cara, y gruñó: «Budín, te presento a Alicia; Alicia, éste es Budín. ¡Llevaos el Budín!» —y los camareros se lo llevaron tan de prisa que

Alicia no pudo devolverle el saludo.

Sin embargo, no veía por qué la Reina Roja tenía que ser la única en dar órdenes; así que, para probar, dijo en voz alta: «¡Camarero! ¡Vuelve a traer el budín!», y un instante después volvía a estar allí, como por arte de magia. Era tan grande, que no pudo por menos de sentirse un *poco* cohibida con él delante, lo mismo que le había ocurrido con el cordero; sin embargo, venció la timidez con gran esfuerzo, cortó un trozo y se lo pasó a la Reina Roja.

—¡Qué impertinencia! —dijo el Budín—. Quisiera saber qué dirías tú si te cortase yo a *ti* una loncha, ¿eh criatura?

—Di algo —dijo la Reina Roja—; ¡es ridículo dejarle al Budín todo el peso de la conversación!

—Pues veréis; hoy me han recitado un montón de poesías —empezó Alicia, algo asustada al ver que en el momento de despegar los labios se había hecho un silencio mortal, y que todas las miradas se habían concentrado en ella—; y es muy extraño, creo yo..., que todas las poesías se refirieran de alguna manera al pescado. ¿Me podríais decir por qué hay tanta afición al pescado aquí?

Se lo decía a la Reina Roja, y su respuesta se alejó un poco de la cuestión: «Sobre el pescado», dijo muy lenta y solemnemente, acercando la boca al oído de Alicia, «su Blanca Majestad sabe un precioso acertijo, todo en verso, y todo sobre peces. ¿Quieres que te lo recite?».

—Su Roja Majestad es muy amable al mencionarlo —murmuró la Reina Blanca al otro oído de Alicia con una voz parecida al arrullo de una paloma—. ¡Me gustaría muchísimo! ¿Me permites?

—¡No faltaba más! —dijo Alicia muy cortésmente.

La Reina Blanca rió encantada, y acarició la mejilla de Alicia. Luego empezó:

«Primero, el pez se tiene que pescar.»

Eso es fácil: sabría hacerlo un bebé.

«Después, se tiene que comprar.»

Eso es fácil: con un penique se puede hacer.

«¡Ahora, guísame el pescado!»

Eso es fácil; sólo se tarda un momento.

«¡Aderézalo en un plato!»

Eso es fácil; tiene ya su condimento.

«¡Tráelo aquí! ¡Quiero la cena!»

Es fácil traer a la mesa una fuente.

«¡Quita la tapadera!»

¡Ah, no puedo, por mucho que lo intente!

Pues está como un ladrillo:

la tapa pegada a la fuente, y el pez como en la panza.

¿Qué crees que es más sencillo,

destapar el pescado, o averiguar la adivinanza?^[7]

—Tómame un minuto para pensar, y luego di qué es —dijo la Reina Roja—. Mientras, beberemos a tu salud: ¡A la salud de la Reina Alicia! —gritó a voz en cuello; y todos los invitados empezaron a beber sin más, y de la manera más extraña: unos se ponían la copa encima de la cabeza como si fuese un apagavelas^[8], y se bebían lo que les chorreaba por la cara; otros volcaban las jarras y se bebían el vino que caía por el borde de la mesa... y tres de ellos (que eran como canguros) se metieron de un salto en la fuente del asado, y se pusieron a lamer ansiosamente la salsa, «¡como cerdos en una artesa!», pensó Alicia.

—Deberías pronunciar unas palabras de agradecimiento —dijo la Reina Roja, mirando ceñuda a Alicia mientras hablaba.

—Nosotras tendremos que apoyarte —susurró la Reina Blanca, mientras Alicia se levantaba para hacerlo, muy obediente, aunque algo asustada.

—Muchas gracias —contestó en voz baja—, pero puedo arreglármelas sola.

—No puede ser —dijo la Reina Roja tajante; así que Alicia procuró conformarse de buen grado.

(«¡Y cuidado que empujaban! —dijo más tarde, al contarle a su hermana la historia del banquete—. ¡Cualquiera habría pensado que me querían aplastar!»))

Lo cierto es que le resultaba bastante difícil mantenerse en su sitio mientras pronunciaba el discurso: las dos Reinas la empujaban de tal manera, cada una por su lado, que casi la levantaban en el aire. «Me levanto para agradecer...», empezó Alicia; y efectivamente, mientras hablaba se *levantó* varias pulgadas; pero se sujetó en el borde de la mesa, y se las arregló para ocupar su sitio otra vez.

—¡Ten cuidado! —gritó la Reina Blanca, cogiéndose al pelo de Alicia con las dos manos—. ¡Va a pasar algo!

Y entonces (como Alicia describió más tarde) empezaron a ocurrir toda clase de cosas en un instante. Las velas crecieron hasta el techo, y formaron como un macizo de juncos con fuegos artificiales en la punta. En cuanto a las botellas, cada una cogió un par de platos, se los ajustó en un instante a modo de alas, y con dos tenedores por patas, echaron a volar en todas direcciones: «son parecidísimas a los pájaros», pensó Alicia para sí, en medio de la horrible confusión que se había iniciado.

En ese momento oyó una ronca carcajada a su lado, y se volvió para ver qué le pasaba a la Reina Blanca; pero en vez de a la Reina, vio a la pierna de cordero sentada en la silla. «¡Estoy aquí!», exclamó una voz desde la sopera; y Alicia se volvió otra vez, justo a tiempo de ver la cara de la Reina que le sonreía por encima del borde de la sopera, antes de desaparecer en la sopa^[9].



No había un instante que perder. Varios de los invitados se habían tumbado en las fuentes, y el cucharón avanzaba por encima de la mesa hacia la silla de Alicia, y le hacía señas impacientes para que se apartase.

—¡No puedo soportarlo más! —gritó ella, al tiempo que se levantaba de un salto y cogía el mantel con las dos manos: dio un buen tirón, y platos, fuentes, invitados y velas cayeron estrepitosamente al suelo, en confuso montón.

—En cuanto a vos —prosiguió, volviéndose furiosa hacia la Reina Roja a la que consideraba causante de todo el alboroto..., pero la Reina ya no estaba a su lado: se había reducido súbitamente al tamaño de una muñeca, y estaba ahora sobre la mesa, dando vueltas y vueltas alegremente, persiguiendo su chal, que arrastraba tras de sí.

En cualquier otro momento, Alicia se habría sorprendido del cambio; pero *ahora* estaba demasiado excitada para que la sorprendiese nada. «En cuanto a *ti*», repitió, cogiendo al pequeño ser en el mismísimo instante en que saltaba sobre una botella que acababa de posarse en la mesa, «¡te voy a sacudir hasta convertirte en gatita, ahora verás!»^[10].

Al sacudir

La quitó de la mesa mientras hablaba, y la sacudió adelante y atrás con todas sus fuerzas.

La Reina Roja no ofreció ninguna resistencia: pero su cara se hizo muy pequeña, y sus ojos se volvieron grandes y verdes; y mientras Alicia seguía sacudiéndola, ella seguía haciéndose más pequeña, y más gorda, y más suave, y más redonda... y...



Al despertar

... y en realidad resultó ser una gatita, después de todo.



¿Quién lo ha soñado?

—Su Roja Majestad no debería ronronear tan fuerte —dijo Alicia, frotándose los ojos, y hablándole a la gatita respetuosamente, aunque con cierta severidad—. ¡Me has despertado de un sueño precioso! Y has estado conmigo, Kitty... por el mundo del Espejo. ¿Lo sabías, cariño?

Una costumbre molestísima de los gatitos (Alicia lo había comentado anteriormente) es que, les digas lo que les digas, *siempre* ronronean. «¡Ojalá ronroneasen para decir "sí" y maullasen para decir "no", o tuvieran alguna regla por el estilo —había dicho Alicia—, de manera que se pudiera mantener una conversación! Pero ¿cómo se va a *poder* hablar con una persona que *siempre* dice lo mismo?»

En esta ocasión, la gatita volvió a ronronear; y fue imposible saber si quería decir que «sí» o que «no».

Así que Alicia buscó entre las piezas de ajedrez que había sobre la mesa, hasta que encontró a la Reina Roja: entonces se arrodilló en la alfombra de la chimenea, y puso a la gatita y a la Reina frente a frente. «¡A ver, Kitty! —exclamó, palmoteando triunfalmente—. ¡Confiesa que te habías convertido en ella!»



(«Pero no la quiso mirar —contó cuando explicaba lo ocurrido a su hermana—: volvió la cabeza hacia otro lado, y fingió no verla; pero parecía un poco avergonzada de sí misma; así que creo que *debió* de ser ella la Reina Roja.»)

—¡Ponte un poco más derecha, cariño! —gritó Alicia con una risa divertida—. Y haz una reverencia mientras piensas lo que... lo que... vas a ronronear. ¡Ahorra tiempo, recuerda! —y la levantó y le dio un besito, «en honor a haber sido una Reina Roja».

—¡Campanilla, chiquitina! —prosiguió, mirando por encima del hombro a la Gatita Blanca que aún seguía soportando pacientemente su aseo—, ¿cuándo *terminará* Dinah con vuestra Blanca Majestad? Esa debe de ser la razón por la que iba tan desarreglada en mi sueño... ¡Dinah! ¿Sabes que estás fregoteando a una Reina Blanca? ¡La verdad es que eres de lo más irrespetuosa!

—¿Y en qué se había convertido Dinah? —siguió charlando, mientras se tumbaba

cómodamente, con un codo en la alfombra y la barbilla en la mano, para observar a las gatitas—. Dime, Dinah, ¿te habías convertido en Tentetieso? *Creo* que sí..., pero será mejor que no se lo digas a tus amigas todavía, porque aún no estoy segura.

«A propósito, Kitty, si hubieses estado efectivamente conmigo en mi sueño, hay algo con lo que *habrías* disfrutado: ¡me han recitado montones de poesías, todas sobre peces! Mañana por la mañana recibirás una atención real. Mientras desayunes, te recitaré "La Morsa y el Carpintero"; ¡así podrás imaginar que son ostras lo que estás tomando, cariño!

«A ver, Kitty, pensemos ahora quién lo ha soñado todo. Se trata de una cuestión muy seria, así que *no* debes seguir lamiéndote la zarpa sin parar... ¡como si Dinah no te hubiese lavado esta mañana! Veamos, Kitty, ha tenido que ser o el Rey Rojo o yo. Él formaba parte de mi sueño, desde luego..., pero por otro lado, ¡yo formaba parte de su sueño también! ¿*Fue* el Rey Rojo, Kitty? Tú eras su esposa, cariño, así que deberías saberlo. ¡Desde luego, tu zarpa puede esperar!» —pero la exasperante gatita se limitó a empezar con la otra zarpa, y fingió no haber oído la pregunta.

¿Quién creéis *vosotros* que lo soñó?

Un bote, bajo un cielo luminoso,
navegaba moroso y soñoliento
en una tarde de julio...

Tres niñas, sentadas muy juntas,
escuchaban fascinadas un cuento
con ojos y oídos anhelantes...

Hace tiempo que palideció aquel cielo:
se apagaron y se fueron ecos y recuerdos;
los fríos otoñales mataron aquel julio.

Sin embargo, como un espectro,
Alicia aún vaga bajo el cielo,
invisible a los ojos despiertos.

Los niños, para oír un cuento,
se sentarán muy juntos
con ojos y oídos anhelantes.

En un mundo maravilloso viven,
soñando mientras pasan los días
y mueren los veranos,

navegando siempre río abajo,
demorándose en la luz dorada...
¿Qué es la vida, sino un sueño?^[1]

Bibliografía

La siguiente bibliografía es sucinta, pero incluye todas las obras importantes a las que debo la mayor parte del material contenido en las anotaciones de este volumen (la biografía escrita por Florence Becker Lennon ha sido una fuente excepcionalmente abundante). Para una recopilación bibliográfica de las obras del rev. Dodgson, debe consultarse *A Handbook of the Literature of the Rev. C. L. Dodgson*, de Sidney Herbert Williams y Falconer Madan, 1931. En el libro de la señora Lennon puede encontrarse una excelente lista de libros y artículos sobre Dodgson.

SOBRE CARROLL

THE LIFE AND LETTERS OF LEWIS CARROLL, *Stuarf Dodgson Collingwood*, 1898.

Biografía escrita por un sobrino de Carroll; fuente esencial para la información sobre la vida de Carroll.

THE HISTORY OF LEWIS CARROLL, *Isa Bowman*, 1899.

Recuerdos sobre Carroll escritos por una de las actrices que intervinieron en la función musical que Savile Clarke hizo de Alicia, y que llegó a ser una de las grandes amiguitas de Carroll.

LEWIS CARROLL, *Walter de la Mare*, 1930.

THE LIFE OF LEWIS CARROLL, *Langford Reed*, 1932.

CARROLL'S ALICE, *Harry Morgan Ayres*, 1936.

VICTORIA THROUGH THE LOOKING GLASS, *Florence Becker Lennon*, 1945.

(Ésta es la edición norteamericana. Posteriormente apareció en Inglaterra con el título: *Lewis Carroll*.)

THE STORY OF LEWIS CARROLL, *Roger Lancelyn Green*, 1949.

LEWIS CARROLL: PHOTOGRAPHER, *Helmut Gernsheim*, 1949.

Incluye excelentes reproducciones de 64 fotografías hechas por Carroll.

THE WHITE KNIGHT, *Alexander L. Taylor*, 1952.

LEWIS CARROLL, *Derek Hudson*, 1954.

LEWIS CARROLL, coloquio radiofónico en el que intervinieron Bertrand Russell, Katherine Anne Porter y Mark Van Doren. *The New Invitation to Learning*, 1942.

SOBRE EL DISPARATE

«A Defense of Nonesense», Gilbert Chesterton en *THE DEFENDANT*, 1901.

«Lewis Carroll» y «How Pleasant to Know Mr. Lear», Gilbert Chesterton en *A HANDFUL OF AUTHORS*, 1953.

THE POETRY OF NONESENE, Emile Cammaerts, 1925.

«Nonesense Poetry», George Orwell en *SHOOTING AN ELEPHANT*, 1945.

THE FIELD OF NONESENSE, Elizabeth Sewell, 1952.

SOBRE CARROLL COMO LÓGICO Y MATEMÁTICO

«Lewis Carroll as Logician», R. B. Braithwaite, en THE MATHEMATICAL GAZETTE, Vol. 16, julio de 1932, págs. 174-178.

«Lewis Carroll, Mathematician», D. B. Eperson; en THE MATHEMATICAL GAZETTE, Vol. 17; mayo de 1933; págs. 92-100.

«Lewis Carroll and a Geometrical Paradox», Warren Weaver, en THE AMERICAN MATHEMATICAL MONTHLY; Vol. 45, abril de 1938, págs. 234-236.

«The Mathematical Manuscripts of Lewis Carroll», Warren Weaver, en PROCEEDINGS OF THE AMERICAN PHILOSOPHICAL SOCIETY, Vol. 98,15 de octubre de 1954, págs. 377-381.

«Lewis Carroll: Mathematician», Warren Weaver, en SCIENTIFIC AMERICAN, abril de 1956.

«Mathematical Games», Martin Gardner, en SCIENTIFIC AMERICAN; marzo 1960, págs. 172-176. Examen de los juegos y acertijos de Carroll.

INTERPRETACIONES PSICOANALÍTICAS DE CARROLL

«Alice in Wonderland: the Child as Swain», Willian Empson; en *SOME VERSION OF PASTORAL*, Chatto and Windus, 1935. La edición norteamericana lleva el título de *ENGLISH PASTORAL POETRY*. Reedición en *ART AND PSYCHOANALYSIS*, preparada por William Phillips. Criterion Books, 1957.

«Alice in Wonderland Psycho-Analyzed», A. M. E. Goldschmidt; en *NEW OXFORD OUTLOOK*. Mayo, 1933.

«Psychoanalyzing Alice», Joseph Wood Krutch; en *THE NATION*; Vol. 144, 30 de enero de 1937; págs. 129-130.

«Psychoanalytic Remarks on "Alice in Wonderland" and Lewis Carroll», Paul Schilder; en *THE JOURNAL OF NERVOUS AND MENTAL DISEASES*; Vol. 87, págs. 159-168.

«About the Symbolization of Alice's Adventures in Wonderland», Martin Grotjahn; en *AMERICAN IMAGO*; Vol. 4, 1947; págs. 32-41.

SWIFT AND CARROLL, Phyllis Greenacre, International Universities Press, 1955.

«All on a Golden Afternoon», Robert Bloch; en *FANTASY AND SCIENCE FICTION*, junio 1956. Breve relato en el que parodia la interpretación psicoanalítica de Alicia.

SOBRE TENNIEL

*Enchanting Alice! Black-and-white
Has made your charm perennial;
And nought, save «Chass and old Night»
Can part you now from Tenniel.*

de un poema de Austin Dobson

CREATORS OF WONDERLAND, Marguerite Mespoulet, 1934.

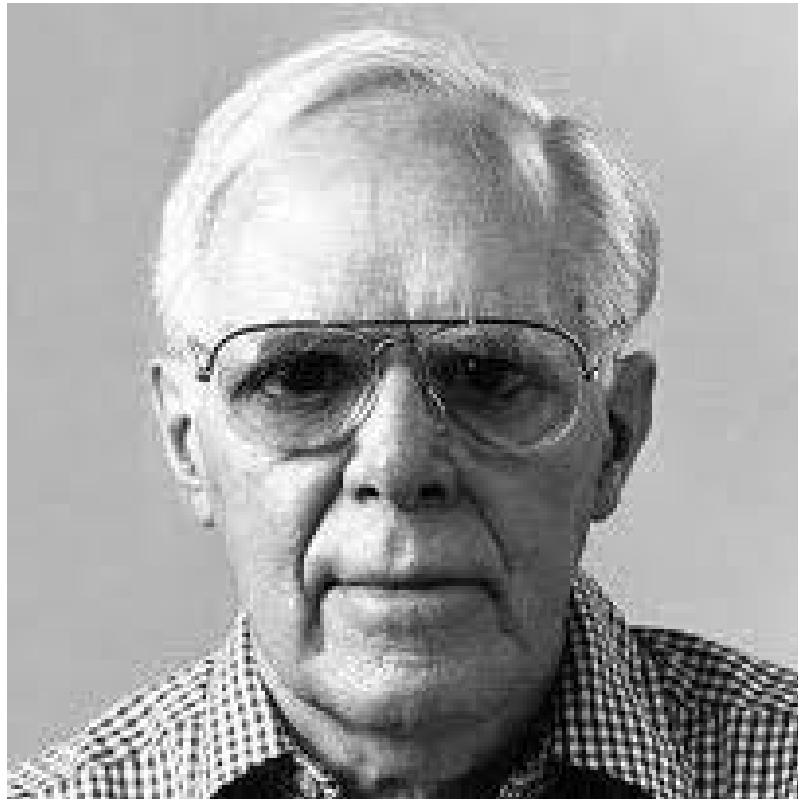
Este libro defiende la teoría de que Tenniel estuvo influido por el artista francés J. Grandville.

SIR JOHN TENNIEL, *Frances Sarzano*, 1948.

«The Life and Works of Sir John Tenniel», W. C. Monkhouse; en el ART JOURNAL; Número de Pascua, 1901.



CHARLES LUTWIDGE DODGSON, Matemático y escritor británico (Daresbury, Cheshire, 1832-Guildford 1898). Profesor de matemáticas en la Universidad de Oxford (1855-1881), publicó diversas obras científicas: *Fórmulas de trigonometría plana* (1861), *Tratado elemental de los determinantes* (1867), *Euclides y sus rivales modernos* (1879). Con el seudónimo **Lewis Carroll** ha publicado numerosas obras para los niños, llenas de fantasía y humor, como *Alicia en el país de las maravillas* (Alice's adventures in Wonderland), que apareció en 1865, ilustrada por sir John Tenniel, *A través del espejo* (Through the looking-glass, 1871), *Una historia complicada* (A tangled tale, 1885), *Silvia y Bruno* (1889-1893). Es autor también del poema corto *La caza de la Snark* (The hunting of the Snark, 1876).



MARTIN GARDNER, nació en Tulsa, Oklahoma (Estados Unidos), el 21 de octubre de 1914. Estudió filosofía y después de graduarse se dedicó al periodismo. Falleció el 22 de mayo de 2010 en Normal, Oklahoma.

Saltó a la fama gracias a su columna mensual *Juegos matemáticos*, publicada en la revista de divulgación científica *Scientific American* entre diciembre de 1956 y mayo de 1986. A lo largo de esos treinta años trató los temas más importantes y paradojas de las matemáticas modernas, como los algoritmos genéticos de John Holland o el juego de la vida de John Conway, con lo que se ganó un lugar en el mundo de la matemática merced a la evidente calidad divulgativa de sus escritos. Su primer artículo llevaba el título de *Flexágonos* y trataba en concreto sobre los hexaflexágonos; el de más reciente aparición tuvo como tema los árboles de Steiner minimales.

Gardner también escribió una columna en la revista *Skeptical Inquirer*, dedicada a la investigación científica de los fenómenos paranormales, con el objetivo de poner en evidencia los fraudes científicos. Además de sus libros sobre pasatiempos matemáticos y divulgación científica, escribió sobre filosofía (*Los porqués de un escriba filosófico*) y una versión comentada del clásico de Lewis Carroll *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas* (Alicia anotada), así como numerosas revisiones de libros de otros autores.

NOTAS

Aventuras de Alicia...

Versos preliminares

[1] En estos versos preliminares Carroll evoca aquella «tarde dorada» de 1862 en que él y su amigo el reverendo Robinson Duckworth (entonces miembro del consejo rector del Trinity College de Oxford, después canónigo de Westminster) llevaron a las tres encantadoras hermanas Liddell a una excursión en barca por el Támesis. «Prima» era la hermana mayor, Lorina Charlotte, de trece años. Alicia Pleasance, de diez, era «Secunda»; y la hermana más pequeña, Edith, de ocho, era «Tertia». Carroll tenía entonces treinta años. Era el 4 de julio, «día tan memorable para la historia de la literatura», comenta W. H. Auden, «como lo es para la historia americana».

El recorrido de la excursión fue de unas tres millas, empezó en Folly Bridge, cerca de Oxford, y terminó en el pueblo de Godstow. «Tomamos el té allí, en la orilla», consigna Carroll en su diario, «y no estuvimos de regreso en el *Christ Church* hasta las ocho y cuarto; entonces las llevamos a mis habitaciones para que viesen mi colección de microfotografías, y las devolvimos a la residencia del decano poco antes de las nueve». Siete meses más tarde añade a esta anotación el siguiente comentario: «En esa ocasión les conté el cuento de las aventuras de Alicia bajo tierra...»

Veinticinco años después (en su artículo «Alicia on the Stage», *The Theatre*; abril, 1887), escribe Carroll:

«Muchos días habíamos remado juntos por ese río tranquilo —las tres jovencitas y yo—, y muchos fueron los cuentos improvisados para beneficio de ellas —tanto si en ese momento el narrador estaba «en vena» y le venían en tropel fantasías no buscadas, o era un momento en que había que espolear a la agotada Musa para que trabajase, y seguía penosamente, más porque tenía que decir algo que porque tuviera algo que decir...—. Sin embargo, de toda esa cantidad de cuentos, ninguno llegó a ser escrito: nacieron y murieron, como minúsculas moscas de verano, cada uno en su correspondiente tarde dorada; hasta que llegó un día en que, por casualidad, una de mis pequeñas oyentes me pidió que le escribiese el cuento. Eso fue hace muchos años, pero recuerdo claramente, mientras escribo esto, cómo, en un desesperado intento por iniciar una nueva vía del cuento fabuloso, empecé metiendo a mi heroína por una madriguera de conejo, sin la menor idea de lo que iba a suceder después. Así que, para complacer a una niña a la que quería (no recuerdo otro motivo), escribí, e ilustré con mis dibujos rudimentarios —dibujos que se rebelaban contra toda ley de la Anatomía o del Arte (pues jamás he recibido una sola lección de dibujo)—, el libro que acabo de publicar en facsímil. Al escribirlo, añadí muchas ideas nuevas que parecían surgir espontáneamente del conjunto original; años más tarde vinieron a sumarse muchas más, al volver a redactarlo para su publicación...

«Emerge, pues, de las sombras del pasado, "Alicia", hija de mis sueños. Son muchos los años que han volado desde aquella "tarde dorada" que te dio el ser; sin embargo, puedo evocarla casi con tanta claridad como si hubiese sido ayer: el azul limpio en lo alto, el espejo acuoso abajo, la barca deslizándose perezosamente, el sonido de las gotas que caían de los remos al agitarse soñolientos adelante y atrás (único destello luminoso de vida en todo el paisaje amodorrado), las tres caritas anhelantes, ávidas de noticias del país maravilloso, las cuales no consentían que se les dijese que no; y de cuyos labios broto: "Cuéntenos un cuento por favor", ¡con toda la severa inexorabilidad del Destino!»

Alicia ha escrito dos veces sus recuerdos de aquella ocasión. Stuart Collingwood cita de ella las siguientes líneas en *The Life and Letters of Lewis Carroll*:

«La mayoría de los cuentos nos los contó el señor Dodgson durante nuestras expediciones en barca a Nuneham o a Godstow, cerca de Oxford. Mi hermana mayor, hoy señora Skene, era "Prima". Yo era "Secunda"; y "Tertia", mi hermana Edith. Creo que el principio de Alicia lo contó una tarde de verano en que el sol quemaba tanto que tuvimos que desembarcar en los prados junto al río, abandonando la barca para buscar refugio en el único trocito de sombra que encontramos, al pie de un almiar recién hecho. Aquí surgió de las tres la sempiterna petición de "cuéntenos un cuento"; y así empezó el delicioso cuento. A veces, para hacernos rabiar —y quizá porque estaba verdaderamente cansado—, el señor Dodgson terminaba de repente, diciendo: "Y colorín, colorado, hasta la próxima vez". "¡Ah, ya es la próxima vez!", exclamábamos las tres; y tras insistirle un poco, lo reanudaba nuevamente. Otras veces, a lo mejor empezaba el cuento en la barca; y el señor Dodgson, en medio de su emocionante aventura, fingía quedarse dormido para consternación nuestra».

El hijo de Alicia, Caryl Hargreaves, en un artículo que publicó en la *Cornhill Magazine* en julio de 1932, cita estas palabras de su madre:

«Casi la totalidad de *Alice's Adventures Underground* nos las contó aquella calurosa tarde de verano, con la ardiente calma temblando por encima del prado donde había desembarcado el grupo para protegerse un rato en la sombra que formaban los montones de heno cercanos a Godstow. Creo que los cuentos que nos contó aquella tarde fueron mejores de lo normal, porque guardo un recuerdo muy claro de la excursión, y también recuerdo que al día siguiente empecé a insistirle que me escribiese el cuento, cosa que nunca había hecho yo anteriormente. Fue mi "venga, venga" y mi pesadez lo que, después de decir que lo pensaría, le movió a hacer la vacilante promesa que le obligó a escribirlo».

Finalmente, tenemos el testimonio del reverendo Duckworth, que se puede consultar en *The Lewis Carroll Picture Book*, de Collingwood:

«Yo iba de *popel* y él de *proel* en la famosa excursión a Godstow, durante las Vacaciones de Verano, con las tres señoritas Liddell como pasajeras nuestras; y el cuento se compuso y se contó literalmente *sobre mi hombro*, en atención a Alicia Liddell, que iba de «patrón» de nuestra canoa. Recuerdo que me volví y le dije: "Dodgson, ¿es una de sus historias improvisadas?" y me contestó: "Sí, la estoy inventando mientras navegamos". También recuerdo perfectamente que, al volver a dejar a las tres niñas en la residencia del decano, Alicia dijo al despedirse de nosotros: "Señor Dodgson, quisiera que me escribiese las aventuras de Alicia". Él contestó que lo intentaría; después me contó que había permanecido en vela casi toda la noche, pasando a un manuscrito lo que recordaba de las extravagancias con que había alegrado la tarde. Le añadió ilustraciones de su propia mano, y le regaló el libro, que solía verse a menudo sobre la mesa que hay en el salón de la residencia del decano».

Siento tener que añadir que, al efectuarse en 1950 una comprobación en el departamento meteorológico de Londres (como nos informa Helmut Gernsheim en *Lewis Carroll: Photographer*), los datos registrados indican que el tiempo meteorológico en las proximidades de Oxford el día 4 de julio de 1862 fue «frío y bastante lluvioso». Hay poca probabilidad de que dicho informe sea erróneo. Tampoco es posible que Carroll fechase incorrectamente su anotación sobre el paseo en barca a Godstow, ya que su diario contiene una anotación para cada día de esa semana. La explicación más verosímil de esta lamentable contradicción es que Carroll, y más tarde Duckworth y Alicia, confundieran el memorable día con alguna otra ocasión soleada en la que efectuaron una excursión parecida en barca, durante la que se contaron cuentos parecidos. No importa. El día fue bastante dorado.

(Para una defensa sólidamente argumentada, pese a las conclusiones de Gernsheim, de que ese día pudo ser seco y soleado, véase «The Weather on Alice in Wonderland Day, 4 July, 1852», de H. B. Doheny, del Aeropuerto de Dublín, en *Weather*, vol. XXIII, febrero de 1968, págs. 75-8. Fue el lector Williams Mixon quien me llamó la atención sobre dicho artículo.) <<

[2] Era práctica habitual entre los primeros peregrinos llevar coronas de flores en la cabeza. <<

Capítulo I

[1] Los dibujos que Tenniel hizo de Alicia no son retratos de Alicia Liddell, que tenía el pelo moreno y corto, con un flequillo recto sobre la frente. Carroll le envió a Tenniel una fotografía de Mary Hilton Badcock, otra amiguita suya, recomendándole que la utilizara para su modelo; pero se discute si Tenniel aceptó su consejo o no. Las siguientes líneas, de una carta que Carroll escribió algún tiempo después de la publicación de los dos libros de *Alicia* (carta que cita la señora Lennon en su libro sobre Carroll), sugieren firmemente que no fue así:

«El señor Tenniel es el único artista, que ha dibujado para mí, que se ha negado categóricamente a utilizar un modelo, y ha declarado que lo necesita tanto como yo una tabla de multiplicar para resolver un problema matemático. Me atrevo a creer que se equivocaba, y que por falta de modelo, dibujó varios retratos de "Alicia" completamente desproporcionados, con la cabeza demasiado grande y los pies demasiado pequeños.»

En «Alice on the Stage», artículo citado en una nota anterior, Carroll dio la siguiente descripción de la personalidad de su heroína:

«¿Cómo eras tú, Alicia soñada, a los ojos de tu padre adoptivo? ¿Cómo te describiría él? En primer lugar, cariñosa; cariñosa y amable: cariñosa como un perro (perdona lo prosaico de este símil, pero no conozco un amor terrenal más puro y más perfecto), y amable como un cervatillo; después, deferente: deferente con todos, con el grande y con el humilde, con el ilustre y con el grotesco, con el Rey y con la Oruga, como si fuese ésta incluso la hija de un rey, y su vestido estuviese labrado en oro; en tercer lugar, confiada, dispuesta a aceptar los más disparatados imposibles con esa total credulidad que sólo los soñadores conocen; y por último, curiosa: ¡tremendamente curiosa, y con esa ávida fruición de la Vida que sólo se da en las horas felices de la niñez, cuando todo es nuevo y hermoso, y cuando el Dolor y el Pecado no son más que nombres, palabras vacías que no significan nada!» <<

[2] Como es natural, Carroll sabía que en un estado normal de caída libre, Alicia no podía ni dejar caer el tarro (habría seguido suspendido delante de ella), ni volverlo a colocar en un anaquel (su velocidad de descenso sería demasiado grande). Es interesante señalar que en el capítulo VIII de su novela *Sylvie and Bruno*, Carroll describe la dificultad de tomar el té en el interior de una casa cayendo, así como en una casa que es lanzada hacia abajo con una aceleración aún mayor, anticipándose en cierto modo al famoso «experimento del pensamiento» en el que Einstein utiliza la caída de un ascensor imaginario para explicar determinados aspectos de la teoría de la relatividad. <<

[3] William Empson ha señalado (en la parte dedicada a Lewis Carroll de su *Some Versions of Pastoral*) que éste es el primer chiste sobre la muerte que aparece en los libros de Alicia. Luego vienen muchos más. <<

[4] En tiempos de Carroll, la gente especuló muchísimo sobre qué sucedería si uno se cayese por un agujero que pasara por el centro de la tierra. Plutarco había formulado ya esta cuestión, y son muchos los pensadores famosos, entre ellos Francis Bacon y Voltaire, que la han abordado. Galileo (*Diálogo del Massimi Sistemi, Giornata Seconda*, edición de Florencia de 1842, vol. I, págs, 251-52) dio la solución correcta: el objeto caería a velocidad creciente pero con aceleración decreciente hasta que llegase al centro de la tierra, en cuyo momento su aceleración sería cero. A partir de ahí, su velocidad disminuiría al aumentar su deceleración, hasta alcanzar la abertura del otro extremo; entonces volvería hacia atrás otra vez. Ignorando la resistencia del aire y la fuerza coriolis resultante de la rotación de la tierra (a menos que el agujero fuese de polo a polo), el objeto se desplazaría eternamente en vaivén. La resistencia del aire, naturalmente, acabaría por detenerlo en el centro de la tierra. El lector interesado puede consultar «A Hole through the Earth», del astrónomo francés Camille Flammarion, en *The Strand Magazine*, vol. 38, pág. 348; 1909; aunque sólo sea para ver sus espeluznantes ilustraciones.

El interés de Carroll por esta cuestión se pone de relieve en el hecho de que en el capítulo VII de *Sylvie and Bruno Concluded* describe (además de un viaje de Moebius, un plano proyectivo, y otros inventos científicos y matemáticos extravagantes), un extraordinario método de hacer funcionar los trenes valiéndose de la gravedad como única fuente de energía. Las vías atraviesan un túnel completamente recto de una ciudad a otra. Como el punto medio del túnel está necesariamente más cerca del centro de la tierra que sus extremos, el tren se desplazará cuesta abajo hasta dicho punto, con lo que adquiere suficiente impulso para recorrer la otra mitad del túnel. Por extraño que parezca, este tren haría el recorrido (ignorando la resistencia del aire y la fricción de las ruedas) exactamente en el mismo tiempo que tardaría un objeto en caer a través del centro de la tierra: poco más de cuarenta y dos minutos. Este tiempo es constante, independientemente de la longitud del túnel.

La caída en el interior de la tierra como recurso para entrar en el país de las maravillas ha sido utilizada por otros muchos escritores de fantasías para niños, entre los que cabe destacar a L. Frank Baum, en su *Dorothy and the Wizard in Oz*, y Ruth Plumly Thompson en *The Royal Book of Oz*. Baum utiliza también el metro a través de la tierra como recurso eficaz en *Tik-Tok of Oz*. <<

[5] Dinah era el nombre de una gata que pertenecía a las pequeñas Liddell. La volvemos a encontrar, con sus gatitas, en el primer capítulo de *A través del Espejo*.

<<

[6] Como sub-bibliotecario del *Christ Church*, Carroll tenía un pequeño despacho desde el que se dominaba el jardín de la residencia del decano, donde las pequeñas Liddell jugaban al croquet. ¡Cuántas veces debió de observarlas, deseando escapar de los oscuros recintos de Oxford a las alegres flores y frescas fuentes del Paraíso de la niñez! <<

Capítulo II

[1] «*Fender*», utensilio metálico de forma rectangular, a veces ornamental, que se coloca entre la alfombrilla y la chimenea. <<

[2] En su artículo «Alice on the Stage» (citado en la primera nota del poema preliminar del libro), escribe Carroll:

«¿Y el Conejo Blanco, qué? ¿Se encuadra en las líneas de "Alicia", o está pensado como contraste? Como contraste evidentemente. Lo que en ella es "juventud", "audacia", "vigor", y "rapidez de resolución", léase: "madurez", "timidez", "debilidad", "titubeo nervioso", y nos habremos acercado *algo* a lo que yo quería que fuese. *Creo* que el Conejo Blanco debía llevar lentes. Estoy seguro de que tenía una voz destemplada, que le temblaban las rodillas, y que su aspecto general denotaba una total incapacidad para plantarle cara a una gallina.»

En *Alice's Adventures Underground*, el manuscrito original, el conejo deja caer un ramillete en vez de un abanico. La subsiguiente reducción del tamaño de Alicia es consecuencia de oler las flores. <<

[3] La explicación más sencilla de por qué Alicia no llegará nunca a 20 es la siguiente: la tabla de multiplicar se detiene tradicionalmente en el 12, de modo que si continuamos esta disparatada progresión —4 por 5, 12; 4 por 6, 13; 4 por 7, 14; y así sucesivamente, terminaremos en 4 por 12 (el número más elevado al que se puede llegar), 19: exactamente uno menos de 20.

A. L. Taylor, en su libro *The White Knight*, propone una teoría interesante aunque más complicada. 4 por 5 son efectivamente 12 en un sistema de numeración que utilice como base el 18. 4 por 6 son 13 en un sistema con base 21. Si seguimos esta progresión, aumentando siempre la base de 3 en 3, el producto seguirá aumentando hasta llegar a 20, en que por primera vez se rompe la pauta. 4 por 13 no son 20 (en un sistema numeral con base 42), sino «1», seguido de cualquier símbolo que se adopte para el «10». <<

[4] La mayoría de los poemas de los dos libros de Alicia son parodias de poemas o de canciones populares, muy conocidos por los lectores contemporáneos de Carroll. Salvo alguna excepción, los originales han caído en el olvido, conservándose los títulos únicamente por el hecho de haberlos elegido Carroll. Dado que gran parte de la gracia de una parodia se pierde si no se conoce el poema caricaturizado, reproducimos todos los originales en esta edición. En el presente caso se trata de una parodia ingeniosa del poema más conocido de Isaak Watts (1674-1748), teólogo inglés, y escritor de famosos himnos como «O God, our help in ages past». El poema entero de Watts «Contra la ociosidad y el daño» (de su *Divine songs for Children*, 1715) dice así:

*¡Cómo la afanosa abejita
aprovecha cada hora de luz,
y pasa el día cogiendo miel
de todas las flores abiertas!*

*¡Con qué habilidad hace su celda!
¡Con qué esmero pone cera
y almacena con trabajo
el dulce alimento que crea!*

*En obras de esfuerzo o destreza
quiero trabajar yo también;
pues Satanás tiene siempre un mal
que proponer a las manos ociosas.*

*Que en libros, obras y juegos saludables
pasen mis primeros años,
y pueda dar de cada día
al final buena cuenta.*

<<

[5] Los cosmólogos han citado las primeras expansiones de Alicia para ilustrar aspectos de la teoría de la expansión del universo. Su librarse por los pelos de este pasaje nos recuerda una teoría del universo en *disminución*, propuesta en otro tiempo en forma de broma carrolliana por el eminente matemático sir Edmund Whittaker. Quizá la cantidad total de materia del universo se está reduciendo continuamente, y al final el universo entero se desvanecerá en la nada. «Esto tendría la ventaja», dice Whittaker, «de facilitar una representación muy simple del destino final del universo» (*Eddington's Principie in the Philosophy of Science*; conferencia de Whittaker publicada en 1951 por Cambridge University Press). <<

[6] Las máquinas de bañarse eran pequeñas casetas con ruedas. Tiradas por caballos, eran arrastradas al mar hasta la profundidad deseada por el bañista, que entonces salía recatadamente por una puerta que se abría de cara al mar. Un enorme quitasol detrás de la máquina de bañarse le ocultaba de la vista del público. En la playa, las máquinas de bañarse se empleaban naturalmente para vestirse y desvestirse en privado. Este pintoresco artefacto Victoriano lo inventó Benjamin Beale hacia 1750, cuáquero que vivía en Mágina, y fue utilizado por primera vez en la playa de Mágina. Más tarde, estas máquinas fueron introducidas en Weymouth por Ralph Allen, el original del señor Allworthy, de la novela *Tom Jones*, de Fielding. En *Humphry Clinker* de Smollett, 1771, una de las cartas de Matt Bramble describe una máquina de bañarse en Scarborough (véase *Notes and Queries*, 13 de agosto de 1904, Serie 19, vol. 11, págs. 130-131).

El segundo «ataque» del gran disparate poético de Carroll, *La caza del Snark* (subtitulado: *Agonía en Ocho Ataques*), nos cuenta que la afición a las máquinas de bañarse es uno de los cinco «rasgos inequívocos» por los que se puede reconocer a un auténtico snark:

*El cuarto es su afición a la máquina de bañarse
que siempre lleva consigo
y cree que da belleza al paisaje...
convicción expuesta a toda duda.
<<*

[7] El Pato es el reverendo Duckworth; el Lori (loro australiano) es Lorina Liddell; Edith Liddell es el Aguilucho; y el Dodo es el propio Lewis Carroll. Cuando Carroll tartamudeaba, pronunciaba su apellido «Do-Do-Dodgson»; y es divertido señalar que cuando se incluyó su biografía en la *Encyclopaedia Britannica*, se insertó inmediatamente delante del término Dodo. Los individuos de este «grupo raro» representan a los que participaron en un episodio recogido en el diario de Carroll el 17 de junio de 1862. Carroll llevó a sus hermanas Fanny y Elizabeth y a su tía Lucy Lutwidge (¿los «otros bichos extraños»?) a una excursión en barca, acompañados por el reverendo Duckworth y las tres pequeñas Liddell:

«17 de junio (martes). Expedición a Nuneham. Ina y Duckworth (del *Trinity*); Alicia y Edith han venido con nosotros. Salimos alrededor de las 12.30 y llegamos a Nuneham hacia las 2; comimos allí, luego paseamos por el parque y emprendimos el regreso hacia las 4.30. Como una milla más arriba de Nuneham nos cogió un chaparrón; y después de soportarlo un rato, decidí que era mejor dejar el bote y caminar, tres millas de marcha nos dejaron calados. Yo iba delante con las niñas, ya que ellas andaban más de prisa que Elizabeth, y las llevé a la única casa que yo conocía en Sandford, la de la señora Broughton, donde se aloja Ranken. Las dejé con ella para que les secase las ropas, y salí en busca de un vehículo; pero no hubo forma de conseguirlo, así que al llegar los demás, Duckworth y yo continuamos hasta Iffley, desde donde les enviamos un simón.»

En el manuscrito original, *Alice's Adventures Underground*, aparecen varios detalles relacionados con esta experiencia, que Carroll eliminó después porque consideraba que tenían poco interés para nadie ajeno al círculo de personas que tuvo que ver con ello. Cuando se publicó una edición facsímil en 1886, Duckworth recibió un ejemplar con la siguiente inscripción: «The Duck from the Dodo» [«Al Pato, del Dodo»]. <<

Capítulo III

[1] Roger Lancelyn Green, editor del diario de Carroll, identifica este polvoriento pasaje con una cita real del *Short Course of History* de Havilland Chepmell, 1862, págs. 143-144. Carroll estaba emparentado lejanamente con los condes Eduino y Morcaro; pero Green considera poco probable que Carroll estuviera enterado (véase *The Diaries of Lewis Carroll*, vol. I, pág. 2). El libro de Chepmell fue uno de los textos estudiados por las pequeñas Liddell. Green sugiere en otra parte que quizá Carroll pretendió que el Ratón representara a la señorita Prickett, institutriz de las niñas. <<

[2] El término «caucus» («junta de gobierno» o «comité») se originó en Estados Unidos y designa la reunión de dirigentes de una facción para decidir el nombramiento de un candidato o una directriz política. Fue adoptado en Inglaterra con significado ligeramente diferente, al referirse a un sistema de organización por comités de partidos sumamente disciplinados. Por lo general, un partido lo aplica como término peyorativo a la organización de otro partido contrario. Puede que Carroll pretendiera que su «carrera de comité» simbolizara el hecho de que, en general, los miembros de los comités no paran de correr en círculo sin llegar a ninguna parte, y de que todo el mundo quiera una prebenda. Se ha dicho que estuvo influido por el comité de cuervos que aparece en el capítulo VII de *Water Bables*, escena que Charles Kingsley evidentemente concibió como una sátira política mordaz; pero las dos escenas tienen poco en común.

La carrera de comité no aparece en el manuscrito original, *Alice's Adventures Underground*. Sustituye al siguiente pasaje eliminado, basado en el episodio citado en la nota 7 del capítulo anterior:

«—Yo sólo quería decir —dijo el Dodo en tono algo ofendido— que conozco una casa cerca de aquí, donde pueden secarse la señorita y el resto del grupo, y que luego podemos escuchar cómodamente la historia que creo que has tenido la amabilidad de prometer contarnos —asintiendo gravemente al ratón.»

«El ratón no puso objeción alguna a esto, y todo el grupo echó a andar por la orilla del río (ya que el charco había empezado a fluir hacia afuera de la sala, y la orilla estaba bordeada de juncos y nomeolvides), en lenta procesión, con el Dodo a la cabeza. Poco después el Dodo se impacientó; y dejando que el Pato se ocupara del resto del grupo, apretó el paso con Alicia, el Lori y el Aguilucho, y no tardaron en llegar a una casita, y allí esperaron confortablemente sentados junto al fuego, envueltos en mantas, hasta que llegó el resto, y estuvieron secos todos otra vez.» <<

[3] Los confites son pequeñas golosinas hechas de azúcar, con algún fruto seco o semilla en el interior, y recubiertos con una ligera capa de almíbar. <<

[4] El cuento del ratón es quizá el ejemplo más conocido en inglés de verso emblemático o figurativo: poema impreso de manera que sus contornos sugieren alguna figura relacionada con el tema de que trata. El empleo de este recurso se remonta a la antigua Grecia. Entre los que lo han cultivado hay bardos tan distinguidos como Robert Herrick, George Herbert, Stéphane Mallarmé, Dylan Thomas, etc., y el poeta moderno francés Guillaume Apollinaire. Para una defensa vigorosa, si no convincente, del verso emblemático como forma de arte serio, véase el artículo de Charles Boultenhouse, «Poems in the Shapes of Things», en *Art News Annual*, 1959. Otros ejemplos de esta forma se pueden encontrar en la revista *Portfolio*, verano de 1950; *Cleanings for the Curious*, de C. C. Bombaugh, 1867 (revisada); *Handy-Book of Literary Curiosities*, de S. Walsh, 1892, y *A . Whimsey Anthology*, 1906, de Carolyn Wells.

Tennyson le dijo una vez a Carroll que había soñado con un largo poema sobre hadas que empezaba con unos versos muy largos, luego se acortaban cada vez más, hasta terminar con cincuenta o sesenta versos de dos sílabas cada uno (Tennyson apreció mucho el poema en su sueño, pero se le olvidó por completo al despertar). Se ha dicho (*The Diaries of Lewis Carroll*, vol. 1, pág. 146) que puede que sea Tennyson quien le diera a Carroll la idea para su cuento del ratón.

En el manuscrito original del libro aparece un poema enteramente distinto; es más apropiado, ya que cumple la promesa del ratón de explicar por qué tiene aversión a los gatos y a los perros; mientras, que tal como aparece aquí, no hace referencia alguna a los gatos. Según lo escribió Carroll originalmente, dice así:

*Vivíamos bajo el felpudo
calentitos, cómodos y gordos.
Salvo una contrariedad:
¡Era el gato!*

*Una traba a nuestro gozo.
Una niebla en nuestros ojos.
Un peso en el corazón,
¡Era el perro!*

*Cuando el Gato no está,
los ratones viven a sus anchas.
Pero, ¡ay!, un día
(según dicen)*

*vinieron el perro y el gato
persiguiendo a una rata;
aplastaron a los ratones
cuando estaban tranquilos*

*sentados bajo el felpudo
calentitos, cómodos y gordos.
¡Así que imaginad!*

El filósofo y lógico americano Charles Peirce se interesó enormemente por el análogo visual de la onomatopeya poética. Entre sus papeles no publicados hay una copia de *El Cuervo* de Poe, escrito en una técnica que Peirce llamó «quiográfica»: las palabras se distribuyen de manera que transmiten una impresión visual de las ideas del poema. No es tan absurdo como parece. Esta técnica se utiliza frecuentemente hoy día para la confección de anuncios, solapas de libros, títulos de relatos y artículos de revistas, títulos cinematográficos y de televisión, etc. <<

[5] Cfr. El sueño de Barrister (ataque 6 de *La caza del Snark*), en donde el Snark hace de juez, de jurado, y también de abogado defensor. <<

[6] [El Ratón ha gritado "not" y Alicia ha entendido "knot", "nudo"]. Esta frase la citó después el propio Carroll para encabezar una serie de diez rompecabezas matemáticos (que él llamó nudos) con los que colaboró en *The Monthly Packet*, en 1880. En 1885 aparecieron en forma de libro con el título de *A Tangled Tale*. <<

Capítulo IV

[1] Obsérvese la manera irritada que tiene el Conejo Blanco de mandar a sus criados; aquí, y en otras partes del capítulo, está en consonancia con su carácter tímido, tal como lo describe Carroll en el pasaje citado en la nota 2 del capítulo II. <<

[2] «*Going messages*». Esta expresión se emplea todavía en Inglaterra, y significa «hacer recados». <<

[3] Una «cajonera de calabazas» es un bastidor acristalado que proporciona calor para hacer germinar las calabazas reteniendo la radiación solar. <<

Capítulo V

[1] En *The Nursery «Alice»*, Carroll llama la atención sobre la nariz y la barbilla de la Oruga, según aparecen en el dibujo de Tenniel, y explica que en realidad son dos patas. Ned Sparks hizo el papel de la Oruga en la película de *Alicia* realizada por la Paramount en 1933, y Richard Haydn le puso voz en la versión en dibujos animados que hizo Walt Disney en 1951. Uno de los efectos visuales más sorprendentes de la película de Disney se consiguió haciendo que la Oruga ilustrase sus palabras exhalando anillos de humo multicolor que adoptaban formas de letras y de objetos.

<<

[2] «Sois viejo, padre William», una de las indiscutibles obras maestras del disparate poético, es parodia ingeniosa del poema didáctico de Robert Southey (1774-1843), hace tiempo olvidado, *Los consuelos del viejo y cómo los consiguió*:

«Sois viejo, padre William», exclamó el joven,
«y tenéis gris el poco pelo que os queda;
sin embargo, padre William, sois un anciano sano y robusto;
decidme por qué, os lo ruego.»

«De joven», replicó el padre William,
«tuve presente lo fugaz de la juventud,
y no abusé de mi vigor y mi salud,
no fueran a faltarme al final.»

«Sois viejo, padre William», exclamó el joven,
«y el placer se va con la juventud.
Sin embargo, no lamentáis los días que se fueron;
decidme por qué, os lo ruego.»

«De joven», replicó el padre William,
«tuve presente que la juventud no dura;
hiciera lo que hiciera, pensaba en el futuro
a fin de no lamentar nunca el pasado.»

«Sois viejo, padre William», gritó el joven,
«y la vida se os ha debido ir con rapidez;
sin embargo, estáis contento y os gusta hablar de la muerte;
decidme por qué, os lo ruego.»

«Estoy contento, muchacho», replicó el padre William,
de ver que soy la causa de tu interés;
¡de joven, tuve presente a mi Dios!
y Él no me ha olvidado en la vejez.»

Aunque Southey dejó una enorme producción literaria, en verso y en prosa, hoy es poco leído, salvo algún breve poema, como *The Incheape Rock* y *The Battle of Blenheim*, y su versión del inmortal cuento popular sobre Rizos de oro y los tres osos.

<<

[3] En la versión original de este poema, según aparece en *Alice's Adventures Underground*, el precio del ungüento es de cinco chelines. <<

[4] En *Alice's Adventures Underground*, la Oruga le dice a Alicia que el *sombrero* de la seta le hará aumentar de tamaño, y el *talo* le hará disminuir.

Muchos lectores me han facilitado referencia de viejos libros que Carroll pudo haber leído, en los que se describen las propiedades alucinógenas de ciertos hongos. Al comerlos ocasionan alucinaciones relacionadas con el tamaño y las distancias. <<

Capítulo VI

[1] Una mirada al retrato de *La duquesa fea*, obra del pintor flamenco del siglo XVI Quintín Matsys (reproducido en el libro de Langford Reed sobre Carroll) deja poca duda de que sirvió de modelo a Tenniel para la Duquesa. Se cree que la dama retratada por Matsys es Margaretha Maultasch, duquesa de Carinthia y el Tirol, que vivió en el siglo XIV. «Maultasch», que significa «boca de escarcela», es el nombre que le pusieron por la forma de su boca. Lion Feuchtwanger ha relatado la desventurada vida de esta Margarita, que tuvo fama de ser la mujer más fea de la historia, en su novela *The Ugly Duchess* (véase «A Portrait of the Ugliest Princess in History», de W. A. Baillie-Grohman; *Burlington Magazine*, abril 1921). <<

[2] «Sonríe como un gato de Cheshire» era expresión corriente en tiempos de Carroll. Se desconoce su origen. Las dos principales teorías son: (1) Un pintor de nombre, natural de Cheshire (condado donde nació Carroll, dicho sea de paso), pintaba leones sonrientes en las enseñas de las posadas de la región (véase *Notes and Queries*, núm. 130; 24 de abril 1852, pág. 402); (2) Los quesos de Cheshire se moldeaban en otro tiempo en forma de un gato sonriendo (véase *Notes and Queries*, núm. 55; 16 de noviembre, 1850, pág. 412). «Ésta tiene un atractivo carrolliano especial», escribe la doctora Phyllis Greenacre en su estudio psicoanalítico de Carroll, «ya que sugiere la fantasía de que el gato de queso puede comerse a la rata que quiera comerse el queso». El Gato de Cheshire no aparece en el manuscrito original, *Alice's Adventures Underground*. <<

[3] El original de esta parodia es *Hablad con dulzura*, poema afortunadamente olvidado que algunas autoridades atribuyen a un tal G. W. Langford, y otras a David Bates, agente de bolsa de Philadelphia.

John M. Shaw, en *The Parodies of Lewis Carroll and their Originals* (catálogo y notas de una exposición celebrada en la Biblioteca Universitaria del Estado de Florida en diciembre de 1960), confiesa no haber conseguido dar con la versión de Langford; en realidad lo que no consiguió fue dar con el propio Langford. Shaw encontró el poema en la página 15 de *The Eolian*, libro de poesía publicado por Bates en 1848. Shaw señala que el hijo de Bates, en un prefacio a las *Poetical Works* de su padre (1870), declara que su padre había escrito efectivamente este poema mundialmente citado.

*¡Hablad con dulzura! Es mejor
mandar por amor que por temor;
hablad con dulzura; que no dañe una palabra dura
el bien que podemos hacer.*

*¡Hablad con dulzura! El amor susurra
promesas que unen fieles corazones
y desgrana acentos de Amistad:
la voz del Afecto es amable.*

*¡Hablad al niño con dulzura!
seguro que así ganaremos su amor;
enseñadle con voz amable y dulce;
puede que eso no le dure.*

*¡Hablad con dulzura al joven,
que bastante ha de sufrir;
que pase por la vida lo mejor posible,
que llena está de ansiosos cuidados!*

*Hablad con dulzura al anciano,
no aflijáis su atribulado corazón;
si los granos de su vida ya se acaban,
¡dejad que se vaya en paz!*

*Hablad con dulzura al pobre;
que no os oiga en tono áspero;
¡bastante tiene que sufrir,
sin tener que escuchar tonos agrios!*

*Hablad con dulzura al que yerra;
puede que se haya esforzado en vano;
tal vez le ha hecho así el rigor.*

¡Oh, ganároslo otra vez!

*¡Hablad con dulzura! Aquel que dio su vida
para doblegar la obstinada voluntad del hombre,
cuando estaban los fieros elementos en conflicto
les dijo: «Paz, estaos quietos».*

*¡Hablad con dulzura! Es una gota
que cae en el hondo pozo del corazón;
el bien, el gozo que puede traer,
lo dirá la eternidad.*

<<

[4] No sin malicia sin duda, hizo Carroll que el niño se transformase en cerdo, ya que tenía muy mala opinión de los niños. En *Sylvie and Bruno Concluded*, un niño desagradable llamado Uggug («un niño espantosamente gordo... con la expresión de un cerdo de primera») se transforma finalmente en puerco espín. Carroll hacía de vez en cuando esfuerzos por mostrarse amistoso con algún niño, pero normalmente sólo cuando el pequeño tenía hermanas a las que Carroll quería conocer. Una de sus cartas de rima oculta (es decir, la carta parece escrita en prosa, pero un examen atento revela que está en verso), lleva una posdata con estos versos:

«Para ti, mis mayores cariños; para tu Madre
mi mejor consideración; para tu gordo,
impertinente, ignorante hermanito,
mi odio... Creo que eso es todo».

(Carta 21, a Maggie Cunynghame; de *A Selection from the Letters of Lewis Carroll to his Childfriends*, editada por Evelyn M. Hatch).

El retrato que hace Tenniel de Alicia sosteniendo al bebé-cerdo aparece, con el bebé como criatura humana, en la parte superior de la envoltura que contenía el estuche de sellos del País de las Maravillas. Este estuche consistía en una cajita de cartón para guardar sellos, ideada por Carroll y vendida por una empresa de Oxford. Al sacar el estuche de su envoltura, uno se encontraba el mismo dibujo, con la diferencia de que el bebé se había convertido en cerdo, como en el dibujo original de Tenniel. La parte de atrás de la envoltura y del estuche ofrecen una transformación similar del gato sonriente de Cheshire en el otro dibujo de Tenniel en el que el gato ha desaparecido casi del todo. Dentro del estuche iba un folleto diminuto titulado *Eight or Nine Words about Letter Writing*. Este delicioso ensayo de Carroll empieza así:

Cierto escritor americano ha dicho que «las serpientes de esta región se pueden dividir en una especie: la venenosa».

Aquí cabe aplicar el mismo principio. Los estuches para sellos se pueden dividir en una especie: la del «País de las Maravillas». Seguramente no tardarán en aparecer imitaciones; pero no podrán incluir las dos Sorpresas Pictóricas, ya que cuentan con el *copyright*.

«¿No ves por qué las llamo sorpresas?» Bueno, pues coge el estuche con la mano izquierda y míralo atentamente. ¿Ves a Alicia meciendo en brazos al Bebé de la Duquesa? (a propósito: se trata de una composición enteramente nueva; no aparece en el libro). Ahora sujeta el folleto con el pulgar y el índice de la mano derecha, y sácalo de un tirón. ¡*El Bebé se ha convertido en un Cerdo!* Si eso no te sorprende, supongo que no te sorprenderías tampoco aunque tu suegra se convirtiese de repente en un Giróscopo! <<

[5] En *The Nursery «Alice»*, Carroll llama la atención sobre la digital [«*Fox Glove*»; literalmente, «guante de zorro»] que se ve al fondo, en el dibujo de Tenniel para esta escena (también aparece en la ilustración anterior). Los zorros no llevan guantes, explica Carroll a sus jóvenes lectores. La palabra correcta es «*Folk's Gloves*». ¿No habéis oído decir que a las Hadas se las solía llamar la «buena gente» [*the good Folk*]? <<

[6] Estos comentarios se encuentran entre los pasajes más citados de los libros de *Alicia*. Un eco reciente lo encontramos en la novela de Jack Kerouac, digna de olvido, *On the Road*:

—«Nos pondremos en marcha, y no pararemos hasta llegar».

—«¿Adonde vamos?»

—«No lo sé, pero vamos».

John Kemeny pone la pregunta de Alicia, y la respuesta del Gato, en el encabezamiento del capítulo sobre la ciencia y los valores de su libro, *A Philosopher Looks at Science*, 1959. De hecho, cada capítulo del libro de Kemeny va precedido de una cita de *Alicia*. La respuesta del Gato expresa con toda precisión la eterna fisura entre la ciencia y la ética. Como señala Kemeny, la ciencia no puede decirnos adónde ir, pero después de tomada esta decisión en otro terreno, sí *puede* decirnos la mejor manera de llegar. <<

[7] Las frases «loco como un sombrerero» y «loco como una liebre de marzo» eran corrientes en tiempos de Carroll, y naturalmente fue ésa la razón por la que creó estos dos personajes. Tal vez «loco como un sombrerero» («s sombrerero» = «hatter») sea corrupción de la anterior «loco como una víbora» («víbora» = «adder»); pero más probablemente debe su origen al hecho de que hasta hace poco los sombrereros se volvían efectivamente locos. El mercurio utilizado para tratar el fieltro (hoy día existen leyes que prohíben su empleo en la mayoría de los Estados y en casi todas las regiones de Europa) era la causa más normal del envenenamiento por mercurio. Las víctimas adquirirían un temblor, llamado «del sombrerero», que les afectaba a los ojos y miembros y les embarullaba el habla. En los estados avanzados, tenían alucinaciones y otros síntomas psicóticos. «Loco como una liebre de marzo» hace alusión a las frenéticas cabriolas de la liebre macho durante el mes de marzo, su época de celo. <<

[8] Compárense los comentarios del Gato de Cheshire con la anotación en el diario de Carroll correspondiente al 9 de febrero de 1856:

«Pregunta: cuando soñamos y, como sucede a menudo, tenemos una vaga conciencia de la realidad y tratamos de despertar, ¿no decimos y hacemos cosas que en la vida vigil resultarían insensatas? ¿No podemos a veces definir la demencia como una incapacidad para distinguir la vigilia del sueño? A menudo soñamos sin la menor sospecha de irrealidad: "El sueño tiene su propio mundo", y a menudo es tan natural como el otro.»

En el *Teeteto* de Platón, Sócrates y Teeteto hablan de esta cuestión en los siguientes términos:

TEETETO: «Ciertamente, no puedo negar que en la locura y en los sueños se forman opiniones falsas, imaginándose, unos que son dioses, y otros que tienen alas, y que vuelan durante el sueño».

SÓCRATES: «¿NO recuerdas la controversia que suscitan con tal motivo los partidarios de este sistema, especialmente sobre la vigilia y el sueño?».

TEETETO: «¿Qué dicen?».

SÓCRATES: «LO que seguramente has oído decir a menudo a los que exigen pruebas de si en este momento dormimos, o si estamos despiertos o hablamos en estado de vigilia».

TEETETO: «Efectivamente, Sócrates, no sé cómo probar lo uno más que lo otro, pues en ambos casos los hechos se corresponden con precisión; y no hay dificultad en suponer que durante toda esa conversación nos hemos estado hablando en sueños; y cuando en un sueño nos parece estar contando sueños, el parecido de los dos estados es bastante asombroso».

SÓCRATES: «Ves, pues, cómo surge fácilmente una duda sobre este punto, ya que se llega incluso a negar la realidad del estado de vigilia o la del sueño. Y como nuestro tiempo está igualmente dividido entre estos dos estados, en cada una de las dos esferas de existencia el alma sostiene que los pensamientos que están presentes en nuestra mente en ese momento son verdaderos; y durante una mitad de nuestra vida afirmamos la verdad de lo uno, y durante la otra mitad, la de lo otro; y tenemos la misma confianza en los dos».

TEETETO: «Muy cierto».

SÓCRATES: «¿Y no puede decirse lo mismo de la locura y de los demás trastornos? La diferencia está únicamente en que los tiempos no son los mismos» (cfr. cap. XII, nota 4; y *A través del Espejo*, cap. IV, nota 7). <<

[9] La frase «sonrisa sin gato» no es una mala descripción de la matemática pura. Aunque los teoremas matemáticos pueden aplicarse prácticamente a la estructura del mundo externo, en sí mismos son abstracciones que pertenecen a otro reino «alejado de las pasiones humanas» como dijo Bertrand Russell en un memorable pasaje: «alejadas incluso de la despreciable realidad de la Naturaleza... un cosmos ordenado, donde el pensamiento puro puede habitar como en su hogar natural, y donde uno de nuestros más nobles impulsos, al menos, puede escapar del exilio monótono del mundo real». <<

Capítulo VII

[1] Hay motivos suficientes para creer que Tenniel aceptó la sugerencia de Carroll de dibujar al Sombrerero con el parecido de Theophilus Carter, negociante en muebles que tenía su establecimiento cerca de Oxford (y carece de todo fundamento la creencia extendida en aquel momento de que el Sombrerero era una parodia del primer ministro Gladstone). Carter era conocido en la región como el Sombrerero Loco, en parte porque siempre llevaba sombrero de copa, y en parte por sus ideas excéntricas. Su invención de la «cama despertadora», que despertaba al durmiente arrojándolo al suelo (fue expuesta en el Crystal Palace en 1851) quizá contribuya a explicar por qué el Sombrerero de Carroll está tan preocupado por el tiempo, así como por despertar a un lirón soñoliento. Obsérvese también que en este episodio los muebles —la mesa, el sillón, el escritorio— tienen un papel destacado.

El Sombrerero, la Liebre y el Lirón no aparecen en *Alice's Adventures Underground*; el capítulo entero fue añadido posteriormente. La Liebre y el Sombrerero reaparecen como los mensajeros de Rey, Haigha y Harta [aquí traducidos como Alebré y Brerero] en el capítulo VI de *A través del espejo*. En la película que la Paramount hizo de *Alicia* en 1933, Edward Everett Horton hizo de Sombrerero, y Charles Ruggles de Liebre de Marzo. Ed Wynn puso voz al Sombrerero en la versión en dibujos animados de Disney de 1951, y Jerry Colonna a la Liebre.

«Es imposible describir a Bertrand Russell», dice Norbert Wiener en el capítulo XIV de su autobiografía *Ex-Prodigy*, «salvo diciendo que se parece al Sombrerero Loco... La caricatura de Tenniel casi representa una anticipación por parte del artista». Wiener señala además los parecidos de los filósofos J. M. E. McTaggart y G. E. Moore, dos de los colegas de Russell en Cambridge, con el Lirón y la Liebre de Marzo respectivamente. Los tres hombres eran conocidos en la comunidad como el «Té loco del *Trinity*». <<

[2] El lirón británico es un roedor arborícola mucho más parecido a una ardilla pequeña que a un ratón [«lirón» en inglés es «*dormouse*»; «ratón», «*mouse*»]. El término inglés procede del latín *dormire* y hace alusión a su hábito de hibernar durante el invierno. A diferencia de la ardilla, el lirón es nocturno, de manera que incluso en mayo (el mes de la aventura de Alicia) sigue en estado de embotamiento durante el día. En *Some Reminiscences of William Michael Rossetti*, 1906, se nos dice que el lirón puede ser un trasunto del *wombat* mascota de Dante Gabriel Rossetti, el cual tenía costumbre de dormir sobre la mesa. Carroll conocía a todos los Rossetti y los visitaba con frecuencia. <<

[3] El famoso acertijo sin respuesta del Sombrero Loco fue objeto de muchas especulaciones en tiempos de Carroll. La solución que dio (en un nuevo prefacio que escribió para la edición de 1896) es la siguiente:

«Me han hecho tantas preguntas sobre si cabe imaginar alguna solución a la Adivinanza del Sombrero, que me parece oportuno consignar aquí lo que considero una respuesta bastante apropiada; a saber: "en que puede producir unas cuantas notas, aunque muy deprimentes ¡y nunca se pone con lo de atrás delante!" Pero ésta es una mera solución a posteriori; la Adivinanza, tal como quedó originalmente, carecía de solución.»

Se han propuesto otras soluciones, entre las que destaca la de Sam Loyd, el genio americano de los acertijos, en su postuma *Cyclopedia of Puzzles*, 1914, pág. 114. De acuerdo con el estilo aliterativo de Carroll, Loyd ofrece como mejor solución: «en que las notas por las que uno y otro son notables no se anotan como notas musicales». Otras sugerencias de Loyd son: «en que Poe escribió sobre ambas cosas»; «en que lo característico de ambos son los cuentos y las cuentas»; «en que los dos se apoyan sobre patas, ocultan sus robos, y hay que hacerlos callar».

Graham Edwards, de Penguin Books, me pasa una solución, deliciosamente carrolliana por lo disparatada, de una carta que recibió del doctor E. V. Rien: «en que en "ambos" hay una "B"». La solución que da A. Cyril Pearson en *Twentieth Century Standard Puzzle Book* (Londres, sin año) es: «en que es abatible». <<

[4] La observación de Alicia de que es el cuarto día, unida a la revelación del capítulo anterior de que es el mes de mayo, sitúa la fecha de la aventura de Alicia bajo tierra en el 4 de mayo. El 4 de mayo de 1852 es el día en que nació Alicia Liddell. En 1862 tenía diez años, año en que Carroll contó y escribió el cuento; pero su edad en el cuento es, casi con toda seguridad, de siete años (véase nota 1, capítulo I de *A través del espejo*). En la última página del manuscrito de *Alice's Adventures Underground*, que Carroll regaló a Alicia, pegó una fotografía que le había hecho en 1859, cuando tenía siete años.

En su libro *The White Knight*, A. L. Taylor informa que el 4 de mayo de 1862 hubo exactamente dos días de diferencia entre los meses lunar y del calendario. Esto, arguye Taylor, sugiere que el reloj del Sombrerero Loco va de acuerdo con el tiempo lunar, y explica su comentario de que su reloj va «dos días atrasado». Si el País de las Maravillas se encontrase cerca del centro de la tierra, dice Taylor, no serviría la posición del sol para el cómputo del tiempo, mientras que las fases de la luna permanecen claras. Apoya esta hipótesis también en la estrecha relación existente entre «lunar» y «lunatismo»; pero resulta difícil creer que Carroll pensara en todo esto. <<

[5] Un reloj aún más divertido es el Extraño Reloj que poseía el profesor alemán, en el capítulo XXIII de *Sylvie and Bruno*. Al hacer retroceder sus manecillas, volvían también los acontecimientos correspondientes a la hora indicada por ellas; lo cual supone una interesante anticipación de *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells. Pero eso no es todo. Apretándole un «resorte de inversión» al Extraño Reloj, los acontecimientos empiezan a suceder *al revés*; una especie de inversión en espejo de la dimensión lineal del tiempo.

Se me ha recordado también una obra anterior de Carroll en la que demuestra que un reloj parado es más preciso que uno que se atrase un minuto al día. El primero es exacto dos veces cada veinticuatro horas, mientras que el otro es exacto sólo una vez cada dos años. «Podías preguntar a continuación», añade Carroll: «¿Cómo voy a saber cuándo *son* las ocho? Mi reloj no me lo dice». «Ten paciencia: sabes que cuando sean las ocho, tu reloj estará bien; por tanto, tu regla ha de ser: tener la mirada fija en el reloj, y en el mismo *instante en que esté bien*, serán las ocho.» <<

[6] La canción del Sombrerero parodia la primera estrofa del conocido poema de Jane Taylor, *La estrella*:

*¡Tiembla, tiembla, estrellita,
yo no sé lo que serás!
Ahi, encima del mundo,
como un precioso cristal!*

*Cuando no está el sol ardiente,
cuando nada alumbra arriba,
asomas tu lucecita,
y tiemblas, tiemblas, sin cesar.*

*El viajero que va a oscuras
agradece tu chispita;
no vería su camino
sino por tu titilar.*

*En el cielo oscuro estás
y te asomas tras mis cortinas
pues jamás tu ojo cierras
hasta que el sol sale a alumbrar.*

*Ya que tu pequeña chispita
guía al viajero a oscuras,
aunque no sé qué serás,
tiembla, tiembla, estrellita.*

Puede que la parodia de Carroll contenga lo que los cómicos profesionales llaman «chiste interno». Bartolomew Price, destacado profesor de matemáticas de Oxford y uno de los buenos amigos de Carroll, era conocido entre sus estudiantes por el apodo de «El Murciélago». En sus clases tenía indudablemente una forma de revolotear por encima de las cabezas de sus oyentes. <<

[7] «Matar el tiempo» [en inglés significa]: llevar mal el compás de la canción. <<

[8] Esto se escribió antes de que el té de las cinco se convirtiera en costumbre general inglesa. Pretendía hacer alusión al hecho de que los Liddell a veces servían el té a las seis, hora en que cenaban las niñas. Arthur Stanley Eddington y otros autores menos destacados que se han ocupado de la teoría de la relatividad comparan el Té de Locos, en el que son siempre las seis, con ese modelo de cosmos de De Sitter en el que el tiempo permanece eternamente inmóvil (véase capítulo X de *Space, Time and Gravitation*, de Eddington). <<

[9] Las tres hermanitas son las pequeñas Liddell. Elsie es L. C. (Lorina Charlotte); Tillie hace alusión al mote familiar de Edith, Matilda; y Lacie es el anagrama de Alice.

Es la segunda vez que Carroll hace un juego de palabras con el apellido «Liddell». Su primer juego con la semejanza fonética entre «Liddell» y «little» se encuentra en la primera estrofa de su poema preliminar, donde emplea «little» tres veces para referirse a las «cruels Tres» de la estrofa siguiente. Sabemos cómo se pronunciaba «Liddell» porque en tiempos de Carroll los estudiantes de Oxford compusieron el siguiente pareado:

*«I am the Dean and this is Mrs. Liddell,
She plays the first, and I the second fiddle»*

Estos versos aparecen en *The Diaries of Lewis Carroll*, vol. I, pág. 169. <<

[10] [En inglés se dice «treacle» o «molasses».]

Vivien Green (esposa del novelista Graham Green), que vive en Oxford, fue la primera en informarme —después, la señora de Henry A. Morss hijo, de Massachusetts, me ha enviado una información parecida— que en Binsey, cerca de Oxford, existía efectivamente lo que se llamaba un «*treacle well*» [«pozo de melaza»]. Por «*treacle*» se designaban originalmente los compuestos medicinales contra las mordeduras de serpiente, venenos, y diversas enfermedades. Los pozos que se creía que contenían agua con cualidades curativas eran llamados a veces «pozos de melaza» <<

[11] «*Much of muchness*» [«(más o menos lo mismo)»] es todavía una frase coloquial que significa que dos o más cosas son muy parecidas, o tienen el mismo valor; o puede referirse también a cualquier clase de identidad presente en una situación. <<

Capítulo VIII

[1] En los palos de la baraja, los picos son los jardineros; los tréboles son los soldados, los diamantes son los cortesanos, y los corazones son los diez infantes reales. Las figuras, naturalmente, son los miembros de la corte. Obsérvese la habilidad con que Carroll ha transferido, a lo largo de este capítulo, el comportamiento de las cartas de una baraja de verdad al de sus cartas animadas. Se quedan planas tumbadas boca abajo, no se las puede identificar por el dorso, se las puede volver fácilmente boca arriba, y se curvan para formar los arcos del croquet.

<<

[2] «Imaginé a la Reina de Corazones», dice Carroll en su artículo «Alice on the Stage» (citado en notas anteriores), «como una especie de encarnación de la pasión irrefrenable... como una Furia ciega y caprichosa». Sus constantes órdenes de decapitación sorprenden a esos críticos modernos de la literatura infantil que consideran que los relatos juveniles deberían estar exentos de violencia, especialmente de una violencia con connotaciones freudianas. Incluso en los libros de Oz, de L. Frank Baum, tan singularmente desprovistos de los horrores que encontramos en Grimm o en Andersen, contienen muchas escenas de decapitación. Que yo sepa, no se han hecho estudios empíricos sobre cómo reaccionan los niños ante tales escenas, y qué daño psíquico les ha producido, si es que les ha producido alguno. Mi opinión es que el niño normal lo encuentra todo muy divertido y no resulta dañado en absoluto, y que no debería permitirse que libros como *Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* y *El mago de Oz* circularan indiscriminadamente entre aquellos adultos que se encuentran sometidos a psicoanálisis. <<

[3] En el manuscrito original de *Alicia*, así como en los borradores que Carroll hizo para él, los mazos son avestruces en vez de flamencos. Carroll dedicó mucho tiempo a inventar nuevas e insólitas maneras de jugar a juegos familiares. Sus reglas para el Croquet del Castillo, juego complicado que jugaba a menudo con las pequeñas Liddell, se publicaron en 1863, y se pueden ver reeditadas en *The Lewis Carroll Book*. Dicho libro contiene también una reimpresión de sus reglas para el *Lanrick*, juego al que se juega con fichas sobre un tablero de ajedrez. Su folleto sobre «Billares circulares» no ha sido reeditado. De unos doscientos folletos que publicó Carroll, veinte tratan de juegos originales. <<

[4] «Un gato puede mirar a un rey», es un conocido proverbio inglés, y se refiere a que hay cosas que un inferior puede hacer en presencia de un superior. <<

Capítulo IX

[1] La manzanilla era una medicina extremadamente amarga, ampliamente utilizada en la Inglaterra victoriana. Se extraía de la planta del mismo nombre. <<

[2] El azúcar cande es azúcar cristalizado, transparente, por lo general en forma de bastón retorcido, y todavía se vende en Inglaterra. Antes se hacía hirviendo caña de azúcar en una mezcla de azúcar derretida. <<

[3] Ese «alguien» es la propia Duquesa, en el capítulo VI. <<

[4] Sin duda pocos lectores americanos han reconocido esto: se trata de una variante sumamente ingeniosa del proverbio británico, «cuida de los peniques, y las libras cuidarán de sí mismas». El comentario de la Duquesa se cita a veces como norma para escribir en prosa e incluso poesía. Errónea, naturalmente. <<

[5] La sopa de falsa tortuga es una imitación de la sopa de tortuga, normalmente hecha con ternera. Esto explica por qué Tenniel dibuja su Falsa Tortuga con cabeza, pezuñas y rabo de ternera. <<

[6] El grifo es un monstruo fabuloso con cabeza y alas de águila, y la parte posterior del cuerpo de león. En el canto 29 del «Purgatorio» de la *Divina Comedia*, de Dante (esa visita menos conocida al País de las Maravillas por un agujero del suelo), el carro de la Iglesia es tirado por un grifo. La bestia era un símbolo medieval corriente de la unión de hombre y Dios en Cristo. Aquí el Grifo y la Falsa Tortuga son una sátira clara de los alumnos sentimentales, de los que Oxford albergaba siempre una cantidad sorprendentemente grande.

Agradezco a Vivien Greene la información de que el grifo es el emblema del *Trinity College*, de Oxford. Se encuentra encima de la entrada principal del *Trinity*; dato sin duda familiar a Carroll y a las pequeñas Liddell. <<

[7] Carroll utiliza también este juego de palabras [*Tortoise-taught us*] en su artículo «What the Tortoise said to Achilles», publicado en *Mind*, abril 1895. Tras explicar una desconcertante paradoja lógica a Aquiles, la tortuga comenta: «¿Te *importaría*, como favor personal —considerando la cantidad de enseñanza que nuestro coloquio proporcionará a los Lógicos del siglo XIX—, te *importaría* adoptar un retruécano que mi prima la Falsa Tortuga hará por entonces, y permitir que se te rebautice «Taught us» [«Enseñábamos»]?».

Aquiles oculta la cara entre sus manos; luego, en voz baja de desesperación, contesta:

—¡Cómo quieras! ¡Con tal que *tú*, a tu vez, aceptes un retruécano que la Falsa Tortuga nunca hará, y permitas que se te rebautice «A Kill Ease» [«Caza fácil»]! <<

[8] La frase «Complementos, francés, música y lavado» aparecía a menudo en los recibos de los colegios internos; eran recargos adicionales por la enseñanza del francés, la música y lavar la ropa en el mismo colegio. <<

[9] No hace falta decir que todas las materias de la Falsa Tortuga son retruécanos (leer, escribir, adición, sustracción, multiplicación, división, historia, geografía, dibujar, hacer bocetos, pintar al óleo, latín y griego). De hecho, en este capítulo y en el siguiente abundan los retruécanos. Los niños encuentran muy divertidos estos juegos de palabras; pero la mayoría de las autoridades contemporáneas sobre los gustos de los niños consideran que rebajan la calidad literaria de los libros juveniles.

<<

Capítulo X

[1] Carroll dice aquí «quadrille»: contradanza de cinco figuras sin interrupción; era uno de los bailes de salón más difíciles, de moda en la época en que Carroll escribe su cuento. Las hijas de los Liddell la aprendieron con un profesor particular.

En una de sus cartas a una niña, Carroll describe así su manera especial de bailarla:

«En cuanto a bailar, cariño, no bailo *jamás*, a menos que me dejen hacerlo *a mi manera personal*. Es imposible describirla: hay que verla para creerla. En la última casa donde lo intenté, se hundió el piso. Pero la verdad es que tenía un piso bastante malo: las vigas eran sólo de seis pulgadas de grosor, o sea que casi no merecían el nombre de vigas; los arcos de piedra se vuelven mucho más sensibles cuando se baila *a mi manera personal*. ¿Has visto alguna vez a los Rinocerontes y los Hipopótamos del parque zoológico tratando de bailar juntos un minuto? Es un espectáculo conmovedor.» <<

[2] La canción de la Falsa Tortuga parodia el primer verso y adopta el metro del poema de Mary Howitt (a su vez basado en una canción más antigua) *La Araña y la Mosca*. La primera estrofa de la versión de Mary Howitt dice así:

«¿Quieres ver mi casita?», dijo la araña a la mosca.
«Es la más bonita que hayas visto.
Se sube por una escalera de caracol;
allí te enseñaré muchas cosas curiosas.»
«¡No, no!», dijo la mosca, «es inútil que insistas».
«El que sube tu escalera, ya nunca vuelve a bajar.»

En el manuscrito original de Carroll, la Falsa Tortuga canta una canción distinta:

*Bajo las aguas del mar
Hay bogavantes gordos, que no pueden serlo más.
Les encanta bailar contigo y conmigo,
¡mi dulce y amable Salmón!*

ESTRIBILLO

*¡Salmón, sube! ¡Salmón, baja!
¡Salmón, retuerce la cola!
¡De todos los peces del mar,
ninguno hay tan bueno como el Salmón!*

Aquí Carroll parodia una canción de imitadores de negros, cuyo estribillo empieza:

*¡Sally, sube! ¡Sally baja!
¡Sally, tuerce los tacones!*

En una anotación de su diario correspondiente al 3 de julio de 1862 (víspera de la famosa expedición por el Támesis), Carroll dice haber oído cantar a las pequeñas Liddell (un día de lluvia, en una reunión en la residencia del decano) dicha canción «con gran entusiasmo». <<

[3] La pescadilla es un pez comestible de la familia del bacalao [«pescadilla» en inglés es «*whiting*», que significa también «albayalde», «blanco de España»]; equívoco con el que Carroll juega un poco más abajo. <<

[3b] La pescadilla es un pez comestible de la familia del bacalao [«pescadilla» en inglés es «*whiting*», que significa también «albayalde», «blanco de España»]. <<

[4] «*Shingle*»; palabra más corriente en Inglaterra que en Estados Unidos. Designa esa parte de la costa cuya orilla está cubierta de guijarros y piedras redondeadas. <<

[5] «Cuando escribí esto», se ha citado de Carroll (en *The Life and Letters of Lewis Carroll*, pág. 402), «creía de verdad que las pescadillas tenían la cola cogida con la boca; pero después me han dicho que los pescaderos les meten la cola en los ojos, no en la boca». <<

[6] El primer verso de este poema evoca la frase bíblica, «la voz de la tortuga» (*Cantar de los Cantares*, 2, 12): en realidad, se trata de una parodia de los primeros versos de *El holgazán*, poema mediocre de Isaac Watts (véase nota 4 del cap. II), muy conocido por los lectores de Carroll.

*Es la voz del holgazán; yo le oí que se quejaba:
«Me has despertado temprano; voy a dormir otra vez».
Como una puerta en sus bisagras, él sobre su cama
gira el costado y el hombro, y su cabeza pesada.*

*«Un poco más de sueño y de descanso.»
Así malgasta sus días, sinnúmero de horas;
y al levantarse, se sienta, se cruza de manos
o deambula, y pierde el tiempo.*

*Yo pasé por su jardín, y vi que era un brezal;
el cardo y el espino crecen a sus anchas;
las ropas que lleva son andrajos,
y todo el dinero se gasta.*

*Fui a visitarle con esperanza
de ver al menos que cuidaba su formación:
me contó sus sueños, me habló de comer y de beber;
pero apenas lee la Biblia, y no le apetece pensar.*

*Entonces me dije: «Aprende la lección»;
este hombre es lo que yo puedo llegar a ser.
Pero agradezco a mis amigos que cuidaron educarme,
y me inculcaron muy pronto el amor al trabajo y la lectura.*

La parodia que hace Carroll de las aleluyas de Watts sufrió numerosos cambios. Antes de 1886, todas las ediciones de *Alicia* tenían una primera estrofa de cuatro versos y una segunda que se interrumpía después del segundo verso. Carroll suplió los dos versos que faltaban para las *Songs from Alice in Wonderland*, de William Boyd, libro publicado en 1870. La estrofa entera era así:

*Pasé por el jardín, y observé de reojo
cómo el búho y la ostra se repartían el pastel,
mientras el dodo y el pato, el lagarto y el gato,
nadaban en leche en torno al ala de un sombrero.*

En 1886 Carroll revisó y alargó el poema a dieciséis versos para la versión músico-teatral de *Alicia*. Ésta es la versión definitiva, que aparece en ediciones de *Alicia* posteriores a 1886. Resulta difícil de creer, pero un vicario de Essex escribió

una carta a *The St. James' Gazette* acusando a Carroll de irreverente por la alusión bíblica del primer verso de su parodia. <<

[7] En la edición de la opereta de Savile Clarke, impresa en 1886, aparecen las terribles palabras finales: «comiéndose al búho». Otra versión del último pareado, probablemente anterior, aparecida en la biografía de Stuart Collingwood dice:

*«Pero la pantera se quedó con el tenedor y el cuchillo;
y cuando ella perdió la paciencia, el búho perdió la vida.» <<*

[8] El 1 de agosto de 1862, Carroll anota en su diario que las pequeñas Liddell le cantaron la popular canción «Estrella de la tarde». La letra y la música son de James M. Sayles:

Hermosa estrella que brillas en el cielo,
suave derramas tu luz plateada
en tu senda de la tierra alejada,
estrella de la tarde, hermosa estrella.

ESTRIBILLO

*Hermosa estrella,
Hermosa estrella,
estrella de la tarde, hermosa estrella*

*Pareces decir a la imaginación,
«Sígueme, ven, deja la tierra;
elévate con las alas del espíritu
a la región del amor, más allá del cielo.»*

*Brilla, estrella de amor divino,
ciñe el afecto de nuestra alma
en torno tuyo, tú que andas lejos de la tierra,
estrella del crepúsculo, hermosa estrella.*

La segunda estrofa de Carroll con el encabalgamiento «pe-niques» [*«penneyworth»*], a la manera de Cummings, no aparece en el manuscrito original. Las divisiones de «hermosa», «sopa» y «noche» indican cómo se cantaba la canción original. Cary Grant, en el papel de Falsa Tortuga, cantó esta canción entre sollozos, en la mediocre versión cinematográfica que la Paramount hizo de *Alicia* en 1933. <<

Capítulo XI

[1] Como William y Cecil Baring-Gould señalan en su *Annotated Mother Goose* (pág. 149), el Conejo Blanco lee sólo la primera estrofa de un poema de cuatro que originalmente apareció en *The European Magazine* (abril, 1782). La primera estrofa fue incluida en una colección de versos infantiles, y probablemente debe su actual fama, como sugieren los Baring-Gould, a que fue utilizada por Carroll. Para el poema completo, véase el libro de los Baring-Gould. <<

[2] La Reina recuerda aquí la ocasión, descrita en el capítulo VII, en la que el Sombrero mataba el tiempo (estropeaba la canción) cantando «¡Tiembra, tiembra, murcielaguito!». <<

Capítulo XII

[1] En *The Nursery «Alice»* Carroll hace notar que en el dibujo de Tenniel para esta escena se distinguen los miembros del jurado, y los nombra como una rana, un lirón, una rata, un hurón, un erizo, un lagarto, un gallo, un topo, un pato, una ardilla, una cigüeñita y un ratoncito. Sobre los dos últimos, añade Carroll: «El señor Tenniel dice que el pájaro chillando es una cigüeñita (por supuesto, sabéis cuál es, ¿verdad?), y que la cabecita blanca es un ratoncito. ¿No es una *preciosidad*?». <<

[2] La prueba del Conejo Blanco consiste en seis versos con un montón de pronombres confusos y muy poco sentido. Están tomados, considerablemente modificados, de un poema disparatado de Carroll, *Ella es como mi imaginación se la pintó*, aparecido por primera vez en *The Comic Times* de Londres, en 1855. El principio del original es copia del primer verso de «Alice Gray», canción sentimental de William Mee que fue popular en su tiempo. El resto del poema no tiene parecido alguno con la canción, salvo el metro.

La primera versión de Carroll, con su nota introductoria, es como sigue:

«(Este conmovedor fragmento fue encontrado en manuscrito entre los papeles del famoso autor de la tragedia «Was it You or I?» y las dos novelas populares «Sister and Son» y «The Niece's Legacy or the Grateful Grandfather».

*Ella es como mi imaginación se la pintó
(lo que no es vana jactancia);
si él o yo hubiéramos perdido una pierna
¿quién habría sufrido más?*

*El dijo que habías sido de ella
y que me habías visto antes aquí;
aunque con otro papel,
era la misma de siempre.*

*No hubo nadie que nos hablase
en la calle concurrida;
así que subió triste al autobús
y pataleó con los pies.*

*Le avisaron que no me había ido
(lo que sabemos que es verdad);
si ella siguiese insistiendo
¿qué sería de ti?*

*A ella le dieron una, a mí me dieron dos;
a nosotros, tres o más;
todas volvieron a ti,
aunque antes fueron mías.*

*Si yo o ella nos viésemos por azar
implicados en el caso,
él confía en que tú las dejes libres
exactamente como éramos.*

*Me pareció que tú habías sido
(antes de tener ella ese ataque)
un obstáculo que se interponía*

entre él, nosotros y ello.

*Que no sepa él que a ella le gustaban más,
pues esto siempre ha de ser
un secreto, ante los demás,
tuyo y mío y nada más»*

¿Introdujo Carroll este poema en su relato porque la canción de la que procede habla del amor no correspondido de un hombre por una joven llamada Alicia? Entresaco del folleto de John M. Shaw (citado ya en la nota 3 del capítulo VI) las estrofas iniciales de la canción:

*Ella es como mi imaginación la pintaba
adorable y divina,
pero su corazón es de otro,
y nunca será mía.*

*Sin embargo, yo la amaba como jamás
amó hombre alguno,
con un amor sin desmayo.
¡Oh, mi corazón, mi corazón se parte de
amor por Alicia Gray! <<*

[3] Parecida reacción ante cualquier juego de palabras es uno de los cinco rasgos característicos del *snark*; según se nos dice en el segundo «ataque» de *La caza del snark*, de Carroll:

El tercero es la lentitud en captar un chiste;
si por azar decidieras contar uno,
suspiraría como un ser muy desdichado:
siempre pone cara grave ante un juego de palabras.
<<

[4] El motivo del sueño-dentro-de-otro-sueño (la hermana de Alicia soñando el sueño de Alicia) reaparece de forma más complicada en la continuación. Véase *A través del espejo*, cap. IV, nota 7. <<

A través del espejo...

Prefacio del autor

[1] La descripción que hace Carroll del problema de ajedrez que subyace en la acción del libro es exacta. No me explico las manifestaciones que Sidney Williams y Falconer Madan hacen en la página 48 de su *A Handbook of the Literature of the Rev. C. L. Dodgson*, según las cuales no se hace «ningún intento» por llevar a cabo un jaque mate normal. El mate final es completamente ortodoxo. Es cierto, sin embargo, como señala el propio Carroll, que las rojas y las blancas no alternan sus jugadas adecuadamente, y que algunas de las «jugadas» consignadas por Carroll no están representadas por movimientos efectivos de las piezas en el tablero (por ejemplo, las «jugadas» primera, tercera, novena y décima de Alicia, y los enroques de las reinas).

La más grave transgresión de las reglas del ajedrez acontece hacia el final del problema, cuando el Rey Blanco es colocado en posición de jaque por parte de la Reina Roja sin que ninguno de los dos bandos se dé cuenta. «Apenas hay una jugada con sentido, desde el punto de vista del ajedrez», dice el señor Madan. Es cierto que ambos bandos desarrollan un juego extremadamente descuidado; pero ¿qué otra cosa cabía esperar de las insensatas criaturas de detrás del espejo? Hay dos momentos en que la Reina Blanca deja escapar la ocasión de dar jaque mate y en otro en que huye del Caballero Rojo cuando podía haberlo capturado. Sin embargo, estos dos fallos están en consonancia con su carácter distraído.

Teniendo en cuenta las tremendas dificultades que supone ensamblar una partida de ajedrez con una fantasía disparatada, Carroll realiza un trabajo notable. Por ejemplo, en ningún momento intercambia Alicia palabras con una pieza que no esté en una casilla contigua a la suya. Las reinas andan presurosas de un lado para otro, mientras que sus maridos permanecen relativamente inmóviles e impotentes, igual que en las partidas de verdad. Las excentricidades del Caballero Blanco encajan admirablemente con la excéntrica manera de moverse de los caballos; incluso la tendencia de los Caballeros a caerse de sus caballos, por un lado o por el otro, sugiere el movimiento del caballo, consistente en dos casillas en una dirección, y otra hacia la derecha o hacia la izquierda. A fin de ayudar al lector a integrar las jugadas de ajedrez en el relato, he consignado cada jugada en el texto, en el instante preciso en que se produce.

Las filas de casillas del gigantesco tablero están separadas unas de otras por arroyos. Las columnas están divididas por setos. A lo largo del problema, Alicia avanza por la columna de Dama, salvo en la jugada final, en que (como reina) captura a la Reina Roja y da jaque mate al adormilado Rey Rojo. Resulta divertido observar que es la Reina Roja la que convence a Alicia de que avance por su columna hasta la octava casilla. Con este consejo, la Reina se protege a sí misma, ya que las blancas tienen de entrada un fácil aunque poco elegante jaque mate en tres jugadas. El

Caballero Blanco da jaque en C3C. Si el Rey Rojo mueve a 6D o 5D, las blancas pueden dar mate con la reina en 3AD. La única alternativa que tiene el Rey Rojo es mover a 4R. La Reina Blanca entonces da jaque en 5AD, obligando al Rey Rojo a mover a 3R. La Reina da mate entonces en 6D. Esto requiere, naturalmente, una capacidad de concentración que no poseen ni el caballero ni la Reina.

Se han hecho intentos de elaborar una mejor secuencia de jugadas de ajedrez que se adecue mejor al relato, y al mismo tiempo tenga en cuenta todas las reglas del juego. El más ambicioso de estos intentos que conozco se encuentra en la *British Chess Magazine*, mayo de 1970 (vol. 30, pág. 181). Donald M. Liddell expone una partida entera, iniciándola con la apertura Bird y terminándola con un mate efectuado por Alicia al llegar a la octava casilla, ¡en la jugada 66! La elección de apertura es apropiada, ya que ningún maestro de ajedrez ha tenido un estilo de juego más hilarante y excéntrico que el inglés H. E. Bird. No he logrado averiguar si Donald Liddell tiene algún parentesco con los Liddell.

En la Edad Media y en el Renacimiento se jugaban partidas de ajedrez con piezas humanas sobre campos enormes (véase *Gargantúa y Pantagruel*), de Rabelais, libro 5.º, capítulos XXIV y XXV); pero no conozco ningún intento anterior al de Carroll de basar un relato en piezas animadas de ajedrez. Posteriormente se ha hecho muchas veces; sobre todo por parte de escritores de ciencia-ficción. Un ejemplo reciente es el precioso relato de Poul Anderson, *The Immortal Game (Fantasy and Science Fiction*, febrero 1954).

Por muchas razones, las piezas de ajedrez son especialmente adecuadas para el segundo libro de *Alicia*. Complementan el juego de cartas del primer libro, permitiendo volver a los reyes y las reinas; la pérdida de las jotas está más que subsanada por la adquisición de los caballeros. Los desconcertantes cambios de Alicia de tamaño que acontecen en el primer libro son sustituidos por cambios igualmente desconcertantes de lugar, ocasionados, como es natural, por los movimientos de las piezas de ajedrez en el tablero. Por una feliz coincidencia, el ajedrez encaja también maravillosamente con el motivo de las imágenes en espejo. No sólo las torres, los alfiles y los caballos están por pares, sino que la disposición asimétrica de las piezas de cada jugador, al inicio de la partida (asimétrica por las posiciones del rey y de la reina), es el reflejo exacto en espejo de las piezas de su oponente. Por último, el carácter insensato de la partida de ajedrez se ajusta a la lógica insensata del mundo del espejo.

[Como se ha podido ver, en ajedrez, «caballo» es en inglés «*knight*», «caballero». Por razones obvias, en adelante lo traduciremos por «caballero».] <<

[2] Aunque la mayoría de las amiguitas de Carroll perdieron contacto con él (o él con ellas) después de su adolescencia, el triste presentimiento de estos versos resultó infundado. Entre los más hermosos tributos que se le han rendido a Carroll están los recuerdos que Alicia expresó de él años más tarde. <<

[3] Estas palabras citadas entre comillas son las últimas de *Alicia en el País de las Maravillas*. <<

[4] La palabra utilizada aquí en inglés es «*pleasance*», que era también el segundo nombre de Alicia Liddell. <<

Capítulo I

[1] Era típico de Carroll, en su pasión por los vivos contrastes, iniciar la continuación con una escena interior en pleno invierno (el primer libro empieza al aire libre, en una cálida tarde de mayo). El tiempo invernal armoniza también con los símbolos invernales de la vejez y la proximidad de la muerte, incluidos en los poemas preliminar y final. Los preparativos para la hoguera, y el comentario de Alicia: «¿Sabes qué día es mañana Kitty?», indican que se trata del 4 de noviembre, víspera del día de *Guy Fakes* (fiesta que se celebraba anualmente en el *Christ Church* con una enorme hoguera en Peckwater Quadrangle). Apoya esta hipótesis la declaración de Alicia a la Reina Blanca (en el capítulo V) de que tiene *exactamente* siete años y medio, ya que el cumpleaños de Alicia Liddell era el 4 de mayo, y el anterior viaje al País de las Maravillas acontece el 4 de mayo, en que, se supone que Alicia tiene exactamente siete años (véase la nota 4, capítulo VII, del libro anterior).

Esto deja en suspenso la cuestión de si se trata del año 1859 (en que Alicia tiene efectivamente siete años), del 1860, del 1861 o del 1862, en que Carroll cuenta y escribe la primera aventura de Alicia. En 1859, el 4 de noviembre cayó en viernes. En 1860 cayó en domingo; en 1861, cayó en lunes; y en 1862, en martes. La última fecha parece la más probable, a juzgar por la advertencia de Alicia a la gatita (dos párrafos más abajo) de que está reservándole los castigos una semana, para el otro miércoles.

<<

[2] Campanilla [*«Snowdrop»*] era el nombre de una gatita que pertenecía a una de las primeras amiguitas de Carroll, Mary Macdonald. Mary era hija de un buen amigo de Carroll: George Macdonald, poeta y novelista escocés y autor de famosas fantasías infantiles, tales como *The Princess and the Goblin* y *At the Back of the North Wind*. Las hijas de Macdonald fueron parcialmente responsables de que Carroll se decidiese a publicar *Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*. Al comprobar el atractivo general del cuento, pidió a la señora Macdonald que les leyese el manuscrito a sus hijas. La acogida fue entusiástica. Greville, de seis años (quien más tarde evocaría esta ocasión en su libro *George Macdonald and His Wife*), declaró que deberían hacerse sesenta mil ejemplares de él. <<

[3] «Escurriéndose» es una buena descripción de cómo el caballo se mueve en el tablero del ajedrez. <<

[4] Parece que el tema del espejo fue una adición tardía al relato. Tenemos la palabra de Alicia Liddell de que buena parte del libro está basada en cuentos sobre el ajedrez que Carroll les contó a las pequeñas Liddell en una época en que estaban aprendiendo entusiasmadas a jugar a ese juego. Hasta 1868 no intervino otra Alicia, Alicia Raikes, prima lejana de Carroll, al sugerirle el motivo del espejo. Así es como contó ella el hecho en el *Times* de Londres, el 22 de junio de 1932:

«De pequeñas, vivíamos en Onslow Square y jugábamos en el jardín, detrás de las viviendas. Charles Dodgson solía ir allí a estar con un viejo tío, y pasear arriba y abajo, con las manos detrás por la franja de césped. Un día, al oír mi nombre, me llamó y me dijo: "Conque tú eres otra Alicia, ¿eh? Yo quiero mucho a las Alicias. ¿Te gustaría venir a ver algo asombroso?"

»Le seguimos a su casa, que, como la nuestra, daba al jardín, y pasamos a una habitación llena de muebles, con un espejo alto de pie en un rincón.

"Vamos a ver", dijo, dándome una naranja: "primero dime en qué mano la tienes". "En la derecha", dije yo. "Bueno", dijo él, "ve y ponte delante de ese espejo, y dime en qué mano la tiene la niña que ves en él". Después de mirar un rato perpleja, dije: "En la izquierda". "Muy bien", dijo el, "¿y cómo explicas eso?". Yo no sabía explicarlo; pero viendo que esperaba una solución, aventuré: "Si yo estuviera en el *otro* lado del espejo, ¿no seguiría estando la naranja en mi mano derecha?" Recuerdo que se echó a reír. "Bien dicho, Alicita", dijo el. "Es la mejor respuesta que me han dado hasta ahora".

»Entonces no supe nada más; pero años después me contaron que él había dicho que le había sugerido la primera idea para *A través del espejo*, uno de cuyos ejemplares me envió, como hizo con cada uno de sus otros libros, regularmente.»

En el espejo, todos los objetos asimétricos (no superponibles a sus imágenes en espejo) «están para el otro lado». En el libro hay muchas alusiones a inversiones laterales. Patachunta y Patachún son, como veremos, reflejo el uno del otro; el Caballero Blanco, en su canción, habla de meter el pie derecho en el zapato izquierdo; y tal vez no sea accidental que se mencione varias veces el sacacorchos, puesto que la hélice es una estructura asimétrica con distintas formas laterales. Si ampliamos el tema de la imagen en espejo para incluir la inversión de cualquier relación asimétrica, daremos con un nota que domina el relato entero. Sería demasiado largo enumerar aquí todos los casos; pero pueden servir de ejemplo los siguientes: para acercarse a la Reina Roja, Alicia anda hacia atrás; en el vagón del tren, el Revisor le dice que está viajando en sentido contrario; el Rey tiene dos mensajeros: «uno para ir y otro para venir». La Reina Blanca explica las ventajas de vivir hacia atrás; la tarta del espejo se reparte primero y se corta después. Los números pares e impares, equivalente combinatorio de la izquierda y la derecha, son introducidos en diversos momentos del relato (p. ej.: la Reina Blanca ofrece mermelada cada dos días). En cierto modo, el mismo disparate es una inversión sensatez-insensatez. El mundo ordinario es invertido, y puesto del revés; se le convierte en un mundo en el que las cosas van en todas direcciones menos en la que

deben ir.

El tema de la inversión está naturalmente presente en todos los disparates escritos por Carroll. En el primer libro de *Alicia*, Alicia se pregunta si los gatos comen murciélagos o los murciélagos comen gatos, y le dicen que decir lo que se piensa no es lo mismo que pensar lo que se dice. Cuando come del trozo izquierdo de la seta aumenta de tamaño; el trozo derecho tiene el efecto contrario. Estos cambios de tamaño, que ocurren tan a menudo en el primer libro, son en sí mismos inversiones (p. ej.: en vez de una niña grande y un cachorrillo pequeño tenemos un cachorrillo grande y una niña pequeña). En *Sylvie and Bruno* se nos habla del «imponderal», lana antigravitatoria que puede meterse en el embalaje de los paquetes postales para hacerlos pesar menos de cero; de un reloj que invierte el tiempo; de la luz negra; de la bolsa de Fortunato, plano proyectivo con el interior hacia afuera, y viceversa. Nos enteramos también de que E-V-I-L [«mal»] es simplemente L-I-V-E [«vivir»] al revés.

En la vida real, Carroll expresó también cuanto pudo la noción de inversión para divertir a sus pequeñas amigas. En una de sus cartas habla de una muñeca cuya mano derecha se convierte en «izquierda» cuando se le desprende la izquierda; en otra carta habla de cómo a veces se acuesta tan poco tiempo después de haberse levantado que se encuentra en la cama otra vez *antes* de levantarse. Escribía cartas en espejo, advirtiéndole que había que tener un espejo delante para poderlas leer. Otras, había que leerlas empezando por la última palabra y terminando por la primera. Tenía una colección de cajas de música, y una de sus proezas favoritas era hacerlas tocar al revés. Hacía dibujos divertidos que se convertían en otros distintos al invertirlos.

Incluso en los momentos serios, la mente de Carroll, como la del Caballero Blanco, parecía funcionar mejor cuando veía las cosas invertidas. Inventó un método de multiplicación en el que el multiplicador se escribía hacia atrás y *encima* del multiplicando. *La caza del snark*, nos dice, la compuso en sentido inverso. El verso final: «Pues el Snark, como veis, era un Boojum», se le ocurrió como una súbita inspiración; entonces elaboró una estrofa en la que encajara el verso, y finalmente un poema en el que encajara la estrofa.

Estrechamente relacionado con su gusto por la inversión, está su gusto por la contradicción lógica: la Reina Roja sabe de una colina tan grande que, comparada con ella, esta otra es un valle; las galletas secas sirven para apagar la sed; un mensajero susurra gritando; Alicia corre con todas sus fuerzas para seguir en el mismo sitio. No es de extrañar su afición a la incongruencia cuya esencia es la contradicción lógica. Una vez le escribió a su hermana: «Por favor, analiza lógicamente el siguiente razonamiento: «Niña. —Me alegro mucho de que no me gusten los espárragos. Amiga. —¿Por qué? Niña. —Porque si me *gustasen*, me los tendría que comer... ¡y no puedo soportarlo!». Un conocido de Carroll recordaba

haberle oído decir de un amigo que sus pies era tan grandes que tenía que ponerse los pantalones por la cabeza.

Tratar un «conjunto vacío» (un conjunto formado por cero miembros) como algo efectivamente real es otra fuente abundante de disparates lógicos carrollianos. La Liebre de Marzo ofrece a Alicia un vino inexistente; Alicia se pregunta dónde está la llama de una vela cuando la vela no arde; el mapa de *La caza del Snarck* está «completa y absolutamente en blanco»; el Rey de Corazones considera inusitado que se escriban cartas a nadie, y el Rey Blanco felicita a Alicia por su vista, ya que al preguntarle a quién ve venir por el camino, ella contesta que a nadie.

¿Por qué el humor de Carroll está tan entremezclado de juegos lógicos de esta clase? No entraremos aquí en la cuestión de si es explicación suficiente el interés de Carroll por la lógica y las matemáticas, o si tenía impulsos Inconscientes que le hacían andar siempre curvando y estirando, comprimiendo e invirtiendo, deformando y volviendo del revés el mundo familiar. No parece que la tesis que propone Florence Becker Lennon en su biografía, *Victoria Through the Looking Glass*, por lo demás admirable, sea la correcta. Sostiene que Carroll era zurdo de nacimiento, pero que le obligaron a utilizar la mano derecha, y «se vengó haciendo un poco de inversión». Por desgracia, sólo existe una prueba ligerísima y muy poco convincente de que fuera zurdo. Y aun cuando fuese así, sería una explicación lamentablemente insuficiente del origen del disparate carrolliano. <<

[5] La especulación de Alicia sobre la leche del espejo tiene más importancia de la que Carroll sospechaba. Varios años después de la publicación de *A través del espejo*, la estereoquímica descubrió pruebas positivas de que las sustancias orgánicas tienen una disposición asimétrica de los átomos. Son sustancias isómeras las que tienen moléculas compuestas exactamente por los mismos átomos, pero enlazados en estructuras topológicamente distintas. Los estereoisómeros son isómeros idénticos incluso en estructura topológica, pero debido a la naturaleza asimétrica de esta estructura, forman parejas en espejo. La mayoría de las sustancias presentes en los organismos vivos son estereoisométricas. El azúcar es un ejemplo corriente: en su forma derecha se llama dextrosa; en su forma izquierda, levulosa. Debido a que la asimilación de alimentos comporta complicadas reacciones químicas entre los alimentos asimétricos y las sustancias asimétricas del cuerpo, a menudo se dan acusadas diferencias en el gusto, el olor y la digestibilidad entre las formas derecha e izquierda de una misma sustancia orgánica. Ningún laboratorio o vaca ha producido hasta el momento leche inversa, pero si se obtuviese el reflejo de la estructura asimétrica de la leche corriente, es casi seguro que tal leche en espejo *no* sería buena de beber.

En este juicio sobre la leche en espejo sólo se contempla una inversión de la estructura con que enlazan los átomos de la leche unos con otros. Naturalmente, un auténtico reflejo de la leche invertiría también la estructura de las partículas elementales mismas. En 1957, dos físicos chinoamericanos, Tung Dao Lee y Chen Ning Yang, recibieron el Premio Nobel por el trabajo teórico que condujo al «gozoso y extraordinario descubrimiento» (según la frase feliz de Robert Oppenheimer) de que algunas partículas elementales son asimétricas. Ahora parece probable que las partículas y sus antipartículas (es decir, partículas idénticas con carga opuesta), al igual que los estereoisómeros, no son más que formas en espejo de la misma estructura. Si esto es cierto, entonces la leche en espejo estaría formada por «antimateria», por lo que Alicia no podría beber la leche y estallarían en cuanto entrasen en contacto. Por supuesto, una anti-Alicia, al otro lado del espejo, encontraría la anti-leche la mar de sabrosa y nutritiva.

Recomendamos a los lectores que deseen saber más sobre las implicaciones filosóficas y científicas de este tipo de lateralidad el delicioso librito de Hermán Weyl, *Symmetry*, 1952; el artículo de Philip Morrison, «The Overthrow of Parity», en *Scientific American*, abril 1957; y mi artículo, «Is Nature Ambidextrous?», en *Philosophical and Phenomenological Research*, diciembre 1952. En plan más ameno está mi estudio de determinadas cuestiones sobre la derecha y la izquierda en el último capítulo del *Scientific American Book of Mathematical Puzzles and*

Diversions, 1959, y mi relato «Left or Right?», en *Esquire*, febrero 1951. Un relato clásico de ciencia-ficción en el que se aborda la inversión derecha-siniestra es «The Plattner Story», de H. G. Wells. Y no debemos pasar por alto la Sección de Aclaraciones del *New Yorker*, que el número correspondiente al 15 de diciembre de 1956, pág. 164, el doctor Edward Teller habla con ingenio carrolliano de un poema anteriormente publicado en el *New Yorker* (10 de noviembre de 1956, pág. 52), el cual describe la explosión que tuvo lugar cuando el doctor Teller le estrechó la mano al doctor Edward anti-Teller.

En la época en que se escribe esto, los científicos nucleares especulan abundantemente sobre la posibilidad de crear antimateria en el laboratorio, mantenerla suspendida en el espacio mediante fuerzas magnéticas, y combinarla luego con la materia para conseguir una conversión total de la masa nuclear en energía (en contraste con la fusión y la fisión, en las que sólo se convierte una pequeña parte de la masa). Por tanto, puede que la última vía de acceso a la energía nuclear se encuentre al otro lado del espejo. <<

[6] La repisa de la chimenea. <<

[7] Obsérvese que, además de la cara sonriente del dorso del reloj, Tenniel ha puesto otra en la parte de atrás del jarrón. Era costumbre victoriana poner flores artificiales y relojes bajo fanales de cristal. Obsérvese también que Tenniel ha invertido su monograma en el grabado de la derecha. En las dos ilustraciones aparece sin invertir el apellido «Dalziel», presente en la mayoría de las ilustraciones de los dos libros de *Alicia*. Los hermanos Dalziel ejecutaron las xilografías de todas las ilustraciones de Tenniel. <<

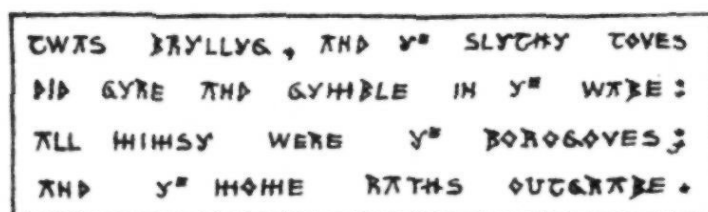
[8] Obsérvese cómo Tenniel en la ilustración para esta escena, insinúa duplicados en espejo en el emparejamiento de las piezas de ajedrez. Carroll no menciona a los alfiles (en inglés «*bishops*», «obispos») en su relato (¿para evitar que se ofendiera el clero?); sin embargo, en el grabado, hay varios claramente visibles, vestidos con ropajes eclesiásticos. <<

[9] El precario equilibrio del pobre Caballero Blanco sobre el atizador presagia su precario equilibrio sobre el caballo, cuando Alicia se lo encuentra más adelante, en el capítulo VIII. <<

[10] Al principio, Carroll quería que se imprimiese en forma invertida el *Jerigóndor* entero; pero más tarde decidió limitarlo sólo a la primera estrofa. El hecho de que Alicia viese las letras de manera invertida es prueba de que ella no se había invertido al atravesar el espejo. Como se explica en la nota 5, hay en la actualidad razones científicas para sospechar que una Alicia sin invertir no podría existir más de una fracción de segundo en un mundo en espejo (véase también la nota 8 del capítulo V).

<<

[11] La estrofa inicial del *Jerigóndor* apareció por primera vez en *Misch-Masch*, el último de una serie de pequeños «periódicos» particulares que escribió a mano e ilustró el joven Carroll para diversión de sus hermanos. En un número fechado en 1855 (Carroll tenía entonces veintitrés años), bajo el título «Estancia de poesía anglosajona», aparece este «curioso fragmento».



Carroll pasa a continuación a interpretar las palabras de la manera siguiente:

—BRYLLIG [«cocillaba»] (der. del verbo «BRYL» o «BROIL»); «hora de cocinar la comida; es decir, cerca de la hora de comer».

—SLYTHY [«agilimosas»] (voz compuesta por «SLIMY» y «LITHE»). «Suave y activo».

—TOVA. Especie de tejón. Tenía suave pelo blanco, largas patas traseras, y cuernos cortos como de ciervo, se alimentaba principalmente de queso.

—GYRE [«giroscopar»], verbo (derivado de GYAOUR O GIAOUR, «perro»). «Arañar como un perro».

—GYMBLE [«barrenar»], (de donde viene GIMBLET [«barrena»]) «hacer agujeros en algo».

—WABE [«larde»] (derivado del verbo «to swab» «fregar») o «soak» «empapar»). «Ladera de una colina» (del hecho de *empaparse* por acción de la lluvia).

—MIMSY (de donde viene MIMSERA-BLE y MISERABLE): «infeliz».

—BOROGOVE [«burgovo»], especie extinguida de loro. Carecía de alas, tenía el pico hacia arriba, y anidaba bajo los relojes de sol: se alimentaba de ternera.

—MOME (de donde viene SOLEMOME, SOLEMONE, y SOLEMNE). Grave.

—RATH [«rasta»]. Especie de tortuga de tierra. Cabeza erecta, boca de tiburón, patas anteriores torcidas, de manera que el animal caminaba sobre sus rodillas; cuerpo liso de color verde; se alimentaba de golondrinas y ostras.

—OUTGRABE [«silbramar»]. Pretérito del verbo OUTGRIBE (emparentado con el antiguo to GRIKE O SHRIKE, de que proceden «SHREAK» [«chillar»] y «CREAK» [«chirriar»]: «chillaban».

Por tanto, el pasaje dice literalmente: «Era por la tarde, y los tejones, suaves y activos, hurgaban y hacían agujeros en las laderas; los loros eran muy desdichados, y las graves tortugas proferían chillidos».

Probablemente había relojes de sol en lo alto de la colina, y los 'borogoves' tenían miedo de que les minasen sus nidos. La colina estaba probablemente llena de madrigueras de 'raths', las cuales salían chillando, asustadas al oír a las 'toves' escarbar fuera. Se trata de un vestigio oscuro, aunque profundamente conmovedor, de poesía antigua.

Es interesante comparar estas explicaciones con las que da Tentetieso en el capítulo VI.

Son pocos los que ponen en duda que el *Jerigóndor* sea el más grande de los disparates poéticos que se han escrito en inglés. Era tan conocido por los escolares ingleses de finales del siglo xix que en la conversación entre estudiantes de *Stalky & Co.*, de Rudyard Kipling, se emplean de pasada cinco de sus vocablos. La propia Alicia, en el párrafo siguiente al poema, da con la clave del encanto del poema: «... Parece llenarme la cabeza de ideas... sólo que no sé exactamente cuáles». Aunque las extrañas palabras no tienen un significado preciso, tintinean con mil vibraciones sutiles.

Hay una evidente semejanza entre un disparate poético de este género y un cuadro abstracto. El artista realista se ve obligado a copiar la naturaleza, imponiendo a la copia las formas y colores agradables que puede; pero el artista abstracto es libre de jugar con la pintura cuanto le plazca. De manera parecida, el cultivador del disparate poético no tiene que buscar modos ingeniosos de combinar el ritmo y el sentido; simplemente, adopta el criterio opuesto al consejo que da la Duquesa en el libro anterior (véase cap. IX, nota 4): cuidar los sonidos, y dejar que el sentido cuide de sí mismo. Las palabras que utiliza pueden sugerir significados vagos, como un ojo aquí y un pie allá en una abstracción de Picasso, o puede que carezcan por completo de significado, y ser sencillamente un juego de sonidos agradables, como el juego de colores no figurativos en un lienzo.

Por supuesto, Carroll no es el primero en emplear la técnica del doble sentido en el verso humorístico. En esto le precedió Edward Lear; y es curioso que ninguno de estos dos líderes indiscutibles del disparate inglés haga referencia al otro ni una sola vez en parte alguna de sus cartas o de sus escritos, ni haya pruebas de que llegaran a conocerse. Desde la época de Lear y Carroll se han hecho intentos de escribir una poesía más seria de este género —los dadaístas, los futuristas italianos, o Gertrude Stein, por ejemplo—, pero en cierto modo, cuando la técnica se toma demasiado en serio, los resultados son tediosos. Todavía no sé de nadie que sea capaz de recitar uno de los esfuerzos poéticos de Stein; sin embargo, conozco a muchos carrollianos que han descubierto que se sabían el *Jerigóndor* de memoria sin haber hecho nunca un esfuerzo consciente para aprendérselo. Ogden Nash escribió un precioso disparate en su poema *Geddondillo* («*The Sharrot scudders nights in the quastran now, / The dorlim slinks undeceded in the grost...*»); pero incluso aquí parece haber demasiada

concentración en el efecto, mientras que el *Jerigóndor* tiene una cadencia y una perfección despreocupadas que lo hacen único.

El *Jerigóndor* era el poema predilecto del astrónomo británico Arthur Stanley Eddington, y aludió a él en varios de sus escritos. En *New Pathways in Science* compara la estructura sintáctica abstracta del poema con esa rama moderna de la matemática conocida como teoría de grupos. En *The Nature of the Physical World* afirma que la descripción que hace el físico de una partícula elemental es, en realidad, una especie de Jerigóndor: un número de palabras aplicadas a «algo desconocido» que «hace no sabemos qué». Dado que dicha descripción contiene números, la ciencia es capaz de imponer cierto orden en los fenómenos y hacer predicciones acertadas sobre ellos.

«Al contemplar ocho electrones circulando en un átomo y siete electrones circulando en otro», escribe Eddington, «empezamos a darnos cuenta de la diferencia entre el oxígeno y el nitrógeno. Ocho tovas agilimosas giroscopan y barrenan en el larde de oxígeno; siete en el de nitrógeno. Admitiendo unos pocos números, hasta el 'Jerigóndor' puede resultar científico. Ahora podemos aventurar una predicción: si una de sus tovas se escapa, el oxígeno se disfrazará con un ropaje que pertenece propiamente al nitrógeno. En las estrellas y las nebulosas encontramos lobos disfrazados de ovejas que de no estarlo nos habrían asustado. No sería mal recordatorio de la incognoscibilidad esencial de las entidades fundamentales de la física traducirla al 'Jerigóndor'; mientras todos los números —todos los atributos métricos— permanezcan inalterados, no sufrirá lo más mínimo.»

El *Jerigóndor* ha sido hábilmente traducido a varios idiomas. Hay dos versiones en latín. Una de ellas hecha por Augustus A. Vansittart, miembro del consejo rector del Trinity College de Cambridge, publicada en forma de folleto por Oxford University Press en 1881, y que puede encontrarse en la página 144 de la biografía de Carroll escrita por Stuart Collingwood. La otra versión, hecha por un tío de Carroll, Hassard H. Dodgson, está en *The Lewis Carroll Picture Book*, pág. 364 (*The Gaborbocchus Press*, extravagante editora de Londres, toma el nombre de la traducción hecha por el tío Hassard del *Jerigóndor* al latín).

La siguiente traducción francesa, de Frank L. Warrin, apareció por primera vez en *The New Yorker* el 10 de enero de 1931 (la tomo del libro de la señora Lennon, donde aparece reeditada):

LEJASEROQUE

*Il brilque: les tóves lubricilleux
Se gyrent en vrillant dens le guave,
Enmimés sont les gougebosqueux,
Et le mómerade horsgrave.*

*Garde-toi du Jaseroque, mon fils!
La gueule qui mord; la griffe qui prendí
Garde-toi de l 'oiseau Jube, evite
Lefrumieux Banda-prend.*

*Son glaive vormal en main il va.
T-á la recherche dufauve manscant;
Puis arrivé á l'arbre Té-Té,
Il y reste, réfléchissant.*

*Pendant qu'ilpense, tout uffusé
Le Jaseroque, a l 'oeil flambant,
Vienf siblant par le bois tullegeais,
Et burbule en venant.*

*Un deux, un deux, par le milieu.
Le glaive vormal fait pat-á-pan!
La bête défaite, avec sa tete,
Il rentre gallomphant.*

*As-tu tué le Jaseroque?
Viens a mon coeur, fils rayonnais!
O jour frabbejeais! Calleau! Callai!
Il cortule dans sajoie.*

*Il brilgue: les tóves lubricilleux
Se gyrent en vnllant dans le guave,
Enmimés sont les gougebosqueux,
Et le mómerade horsgrave.*

Hay una magnífica traducción al alemán debida a Robert Scott, eminente erudito en griego que había colaborado con el decano Liddell (padre de Alicia) en un léxico griego. Primero apareció en un artículo: «The Jabberwock Traced to Its True Source», *Macmillan's Magazine*, febrero 1872. Con el seudónimo de Thomas Charterton, Scott habla de su asistencia a una sesión en la que el espíritu de un tal Hermann von Schwinn insiste en que el poema de Carroll es sólo una traducción al inglés de la siguiente balada alemana:

DER JAMMER WOCH

*Es brillig war. Die schlichten Toven
Wirrten und wimmelten in Waben;
Und allermumsige Burggoven
Die mohmen Rath 'ausgrabe.*

*Bewahre doch vor Jammerwoch!
Die Zahne knirschen, Krallen kratzen!
Bewahr' vor Jubjub-Vogel, vor
Frumósen Banderschnatzchen!*

*Er griffsein vorpals Schwertchen zu,
Er suchte lang das manchsam ' Ding;
Dann, stehend unten Tumtum Baum,
Er an-zu-denken-fing.*

*Ais stand er tiefin Andacht auf,
Des Jammerwochn s Augen-feuer
Durch tulgen Wa/d mit wiffek kam
Ein burbelnd Ungeheuer!*

*Eins, Zwei! Eins, Zwei!
Und durch und durch
Sein vorpals Schwert zerschnifer-schnück,
Da blieb es todt! Er, Kopfin Hand,
Gelaumfig zog zurck.*

*Und schlugst Duja den Jammerwoch?
Umarme mich, mein Bohm' sches Kind!
O Freuden-Tag! O Halloo-Schlag!
Er chortelt froh-gesinnt.*

Es brillig war, etc.

Se han escrito innumerables parodias del *Jerigóndor*. Tres de las mejores se encuentran en las págs. 36 y 37 de la antología carrolliana de Wells, *Such Nonsense*, 1918: *Somewhere-in-Europewocky*; *Footballwocky*, y *The Jabbenwocky of the Publishers* («'Twas Haspers and the Little Browns / Dis Houghton Mifflin the book...»). Pero me inclino por la sombría opinión de Chesterton (expuesta en su artículo sobre Carroll al que he aludido en la introducción) a propósito de todos estos esfuerzos por hacer imitaciones humorísticas de algo humorístico.

En «Mimsy Were the Borogoves», uno de los más famosos relatos de ciencia-ficción de Lewis Padgett (seudónimo que emplearon el difunto Henry Kuttner y su esposa Catherine L. More para su obra en colaboración), las palabras del *Jerigóndor* se revelan como símbolos de un idioma futuro. Correctamente entendidas, explican una técnica para entrar en un continuo cuatridimensional. Parecida idea se encuentra en la novela detectivesca de Frederic Brown, espléndidamente divertida, titulada *Night of the Jabberwock*. El narrador de Brown es un carrolliano entusiasta. Se entera por Yehudi Smith, al parecer miembro de una sociedad de admiradores de Carroll llamada «The Vorpall Blades», de que las fantasías de Carroll no son en absoluto ficticias, sino reales en otro plano de existencia. Las claves de las fantasías están hábilmente ocultas en los tratados matemáticos de Carroll, especialmente en *Curiosa Mathematica*, y en sus poemas no-acrósticos, que son en realidad acrósticos de tipo más sutil. Ningún carrolliano puede permitirse ignorar *Night of the Jabberwock*. Esta excepcional obra de ficción tiene lazos estrechos con los libros de *Alicia*. <<

[12] «*Toves*» [Las «*tovas*»], dice Carroll en su prefacio a *La caza del Snark*, debe pronunciarse de manera que rime con «*groves*». <<

[13] «*Slithy*», [«agilimosas»]. El *Oxford English Dictionary* registra «*slithy*» como variante de «*sleathy*», vocablo en desuso que significa «*slovenly*» [«desaliñado»]; pero en el capítulo VI, Tentetieso da a «*slithy*» una interpretación distinta.

Este primer verso del poema proporciona una clave excepcional para el relato detectivesco carrolliano, «The Jabberwocky Thrust», de Bruce Elliott (quien emplea el seudónimo de Maxwell Grant), publicado en la revista *Shadow Mystery*, octubre-noviembre 1947. La víctima es encontrada junto a un ejemplar de *Alicia* abierto por el *Jerigóndor*. Su dedo cubre la palabra «*tovas*». [En inglés], la primera palabra del verso, más las letras iniciales de las cuatro siguientes, componen la frase: «*'T was Bats*» [«fue Bats»], nombre del asesino. <<

[14] «Gyre» [«giroscopar»]. El *Oxford English Dictionary* sitúa la primera documentación de «gyre» en 1420, con el significado de girar o dar vueltas. Esto coincide con la interpretación de Tentetieso. <<

[15] Según el *Oxford Eng. Dic*, «*gimble*» es una variante de «*gimbal*». «*Gimbals*» [suspensión de cardán] son unos anillos giratorios utilizados para diversos usos, como suspender el compás de un barco a fin de que permanezca horizontal cuando el barco se balancea. No obstante, Tentetieso explica que el verbo «*gimble*» está empleado aquí con una acepción diferente. <<

[16] «*Mimsy*» [«debirables»] es el primero de los ocho vocablos disparatados del *Jerigóndor* que Carroll vuelve a emplear en *La caza del Snark*. Aparece en el ataque VII, verso 9: «Y cantaba con los acentos más debirables». En tiempos de Carroll, según el *O. Eng. Dic*, «*mimsey*» (con una «e» intercalada) significaba «remilgado, mojigato, despreciable». <<

[17] «Pero perdió totalmente el corazón, y silbramó de desesperación»; *Snark*, Ataque V, verso 10. <<

[18] El vocablo inglés *mome* [aquí traducido por «alecas»] tiene varios significados en desuso, como «madre», «zoquete», «criticón», «bufón», ninguno de los cuales, a juzgar por la explicación de Tentetieso, tuvo presente Carroll. <<

[19] Según Tentetieso, una «rasta» [*rath*] es un cerdo verde; pero en tiempos de Carroll era una vieja voz irlandesa bastante corriente que designaba un recinto, por lo general un muro circular hecho de adobe, que servía de fuerte y lugar de residencia al jefe de una tribu. <<

[20] En el *Snark* no se menciona al *Jerigóndor*; pero en una carta a la señora Chataway (madre de una de sus pequeñas amigas), Carroll explica que el lugar donde habita el *Snark* es «una isla frecuentada por el Jubjub y el Zumbabadanas..., sin duda la misma isla donde fue muerto el Jerigóndor».

Cuando una clase de la *Girls' Latin School* de Boston pidió permiso a Carroll para ponerle a la revista del centro el nombre de *The Jabberwock*, él contestó:

«El señor Lewis Carroll tiene el gusto de conceder permiso a las editoras de la proyectada revista para que utilicen el título que desean. Encuentra que la palabra anglosajona “wocer” o “Wocor” significa “descendiente” o “fruto”. Tomando “jabber” en su acepción corriente de “discusión excitada y voluble”, nos daría el significado de “resultado de excitadas discusiones”. Si tal definición tiene algo que ver con el proyectado periódico, será el futuro historiador de la literatura americana quien deba determinarlo. El señor Carroll le desea los más grandes éxitos a la futura revista.» <<

[21] En el *Snark* se cita cinco veces al Jubjub: Ataque IV, verso 18; y Ataque V, versos 8, 9, 21 y 29. <<

[22] «... Aquellas fauces frumiosas»; *Snark*, Ataque VII, verso 5. En el prefacio del *Snark*, explica Carroll:

«Por ejemplo, toma las palabras "*fuming*" ["humeante"] y "*furious*" [«furioso»]. Piensa que vas a pronunciar las dos palabras, pero deja sin decidir cuál vas a decir primero. Ahora abre la boca y dilas. Si tus pensamientos se inclinan un poquitín hacia "*fuming*", dirás "*fuming-furious*": si se inclinan, aunque sea el espesor de un cabello, por "*furious*" dirás "*furious-fuming*"; pero si tienes un rarísimo don de una mente perfectamente equilibrado, dirás "*firumious*". Supón que cuando Pistol pronuncia la famosa frase:

¿Bajo qué rey, Bezoniano?
¡Habla o muere!

Justice Shallow hubiera tenido la certeza de que era William o Richard, pero sin ser capaz de decidir cuál, de manera que no le habría sido posible pronunciar un nombre con preferencia al otro; ¿puede haber alguna duda de que, antes que morir, habría jadeado: «Rilchiam»? <<

[23] El Zumbabadanas [*Bandersnatch*] vuelve a citarse en el capítulo VII, y en el *Snark*, Ataque VII, versos 3, 4 y 6. <<

[24] Alexander L. Taylor, en su libro sobre Carroll, *The White Knight*, muestra la obtención de la voz «vorpal» tomando letras alternativamente de «*verbal*» y «*gospel*»; pero no hay ninguna prueba de que Carroll recurriese a tales técnicas para acuñar sus neologismos. De hecho, Carroll escribió a una de sus pequeñas amigas: «Me temo que no puedo explicarte «espada vorpal» ni «túlgido bosque». <<

[25] «*Manx*» es el nombre celta de la Isla de Man; de ahí que esta palabra llegase a emplearse en Inglaterra para designar cualquier cosa perteneciente a dicha isla. Su lenguaje se llamaba «*manx*», sus habitantes «*manxmen*», y así sucesivamente. No sabemos si Carroll tuvo esto presente al acuñar la voz «*manxome*». <<

[26] «Tum-tum» era una expresión coloquial corriente en tiempos de Carroll que hacía alusión al sonido de un instrumento de cuerda, especialmente cuando se tocaba de manera monótona. <<

[27] «El Campanero miró irribundo, y arrugó la frente», *Snark*, Ataque IV verso 1. En una carta fechada en 1877 a su amiguita Maud Standen, Carroll dice que «*uffish*» [«irribundo»] le sugiere un estado espiritual en que la voz es «*guffish*» [«ronca»], la actitud «*rougish*» [«agria»], y el humor «*huffish*» [«enojado»]. <<

[28] «*Whiffling*» [aquí traducido por «bafeando»] no es un neologismo carrolliano. Tenía gran variedad de acepciones en tiempos de Carroll, pero normalmente significaba exhalar pequeños soplos de manera vacilante; de ahí pasó a ser un término de argot equivalente a variable y evasivo; un siglo antes, «*whiffling*» significaba fumar y beber. <<

[29] Si tomamos los verbos "*bleat*" (balar), "*murmur*" ("murmurar") y "*warble*" ("gorgear")», escribe Carroll en la carta antes citada «y seleccionamos las partes que he subrayado, obtendremos "*burble*"; aunque me temo que no recuerdo claramente haberlo hecho de ese modo». La palabra [combinación de «*burst*» («estallar») y «*burble*» («burbujear») al parecer] ha sido utilizada mucho tiempo en Inglaterra como variante de «*bubble*» (p. ej.: «*the burbling brook*» («el arroyo burbujeante»), así como con el significado de *to perplex, confuse or muddle* (el *Oxford Eng. Dic.* cita la frase «*His life fallen into a horribly burbled state*», de una carta de la esposa de Carlyle escrita en 1883). En la moderna aeronáutica, «*burbling*» alude a la turbulencia que se origina cuando el aire no fluye suavemente en torno a un objeto.

<<

[30] «El Castor marchaba sencillamente galofante», *Snark*, Ataque IV, verso 17. Este término carrolliano ha sido incorporado al *Oxford English Dic*, donde se atribuye a Carroll y se define como una combinación de «*gallop*» y «*triumphant*», con el significado de «andar exultante, a saltos irregulares». <<

[31] La impresionante ilustración que hizo Tenniel para esta estrofa estaba destinada originalmente a ocupar el frontispicio del libro; pero le salió tan horrenda que Carroll pensó que era mejor iniciar el libro con una visión más agradable. En 1871 efectuó un sondeo particular entre una treintena de madres, enviándoles la siguiente carta impresa:

«Le envío, junto con ésta, una reproducción del frontispicio proyectado para *A través del espejo*. Me han dicho que es un monstruo demasiado terrible, que puede asustar a los niños nerviosos e imaginativos, y que en todo caso, sería preferible iniciar el libro con un motivo más grato.

En consecuencia, he decidido consultar este asunto con cierto número de amigos, para cuyo fin he mandado hacer copias del frontispicio impreso.

Tenemos tres caminos:

- 1) Dejarlo como frontispicio.
- 2) Colocarlo en el sitio que le corresponde en el libro (donde se encuentra la balada que pretende ilustrar), y elegir un nuevo frontispicio.
- 3) Suprimirlo totalmente.

La última opción supondría sacrificar el tiempo y el trabajo que la ilustración ha costado, y sería una lástima adoptarla, a menos que fuese verdaderamente necesario.

Le agradecería que me diese su opinión (que puede contrastar mostrando la ilustración a los niños que usted considere apropiados) sobre cuál de estas opciones es mejor.»

Evidentemente, la mayoría de las madres optaron por la segunda solución, ya que salió como frontispicio el grabado del Caballero Blanco a caballo. <<

[32] («*Beamish*»). «Pero, ¡Oh!, sonriente sobrino, ten cuidado del día», *Snark*, Ataque III, verso 10. No es un vocablo inventado por Carroll. El *Oxford English Dictionary* sitúa cronológicamente su primera documentación al año 1530, como variante de «*beaming*» («radiante»), y sinónimo de «*shining, brightly, radiant*» («brillante, alegre, radiante»). <<

[33] Hay una especie de pato ártico que inverna en el norte de Escocia llamado *calloo* por su llamada en el crepúsculo: «¡Calloo! ¡Calloo!».

Mas probablemente, como los lectores Albert L. Blackwell y la señora Carlton S. Hyman han señalado, Carroll pensaba en dos formas de un vocablo griego *kalós*, que significa bello, bueno, amable. Se pronunciaría como Carroll los deletrea, y estarían en consonancia con el significado del verso. <<

[34] («*Chortled*»), palabra acuñada por Carroll, se ha abierto camino también en el *Oxford English Dictionary*, donde se define como una mezcla de «*chuckle*» («reír entre dientes») y «*snort*» («resoplar», «bufar»). <<

[35] Todavía dista mucho de estar claro si el *Jerigóndor* es en cierto modo una parodia. Roger Green, en el *London Times Literary Supplement*, 1 de marzo de 1957, y más recientemente en *The Lewis Carroll Handbook*, 1962, sugiere que Carroll puede haber tenido presente «The Shepherd of the Giant Mountain», larga balada alemana sobre cómo un joven pastor mata a un monstruoso Griffin. La balada había sido traducida por una prima de Carroll, Manella Bute Smedley, y publicada en *Sharps London Magazine*, 7 y 21 de marzo 1846. «No se puede determinar con precisión la semejanza», dice Green. «Gran parte está en el sentimiento y en la atmósfera; la parodia reside en el estilo general y en el enfoque.» <<

Capítulo II

[1] Carroll pensó al principio utilizar aquí la pasionaria; pero la cambió por la azucena atigrada al enterarse de que su nombre hacía referencia, no a las pasiones humanas, sino a la Pasión de Cristo en la Cruz. El episodio entero es una parodia de las flores parlantes que aparecen en la sección XXII del poema de Tennyson, *Maud*.

<<

[2] Además de las tres pequeñas Liddell, a las que Carroll tenía tanto cariño, había otras dos Liddell más pequeñas: Rhoda y Violet. Aparecen en este capítulo como la Rosa y la Violeta; ésta es la única vez que se hace alusión a ellas en los libros de *Alicia*. <<

[3] Compárese con la siguiente estrofa de *Maud*, de Tennyson:

*Ha caído una espléndida lágrima
de la pasionaria de la verja.
Ya viene mi paloma, mi amada;
Ya viene mi vida, mi destino;
la rosa roja grita: «se acerca, se acerca»;
y la pequeña rosa blanca llora: «Tarde llega»;
la espuela de caballero escucha: «La oigo, la oigo»;
mientras la azucena susurra que la espera. <<*

[4] Clara alusión al hecho de que adelante y atrás se encuentran invertidos en el espejo. Al dirigirse hacia un espejo, la imagen reflejada se mueve en sentido opuesto.

<<

[5] En su artículo «Alice on the Stage», citado anteriormente, escribe Carroll:

«Imaginé a la Reina Roja como una Furia pero de otro tipo: su pasión debía ser fría y serena; debía ser grave y estricta, aunque no intratable, pedante hasta el último grado, la quintaesencia de toda institutriz.»

Se ha dicho que la Reina Roja fue modelada según era la señorita Prickett, institutriz de las pequeñas Liddell (quienes le pusieron el apodo de «Pricks»). Hubo rumores en Oxford que relacionaban románticamente a Carroll con la señorita Prickett por sus frecuentes visitas a la casa de los Liddell; pero no tardó en hacerse patente que Carroll sentía interés por las niñas, no por la institutriz. En la película que hizo Paramount de *Alicia*, el papel de la Reina Roja lo interpretó Edna May Oliver.

<<

[6] Eddington, en el capítulo final de *The Nature of the Physical World*, cita este comentario de la Reina Roja en relación con una sutil discusión de lo que él llama el «problema del disparate» del físico. En pocas palabras, Eddington afirma que, aunque sea un disparate para el físico afirmar la existencia de una realidad cualquiera más allá de las leyes de la física, es tan sensato como un diccionario al lado del disparate de suponer que tal realidad no existe. <<

[7] Se han escrito tantos pasajes memorables en los que se compara la vida a una inmensa partida de ajedrez, que con todos ellos se podría hacer una abultada antología. Unas veces los jugadores son los hombres mismos que tratan de manejar a sus semejantes como si fuesen piezas de ajedrez. El siguiente pasaje pertenece a *Félix Holt*, de George Eliot:

«Imagina cómo sería una partida de ajedrez, si todas las piezas tuviesen sus pasiones y sus entendimientos, más o menos pequeños y astutos; si no estuvieses seguro no sólo de las piezas de tu adversario sino un poco inseguro también respecto de las tuyas propias; si tu Caballo pudiera deslizarse a otra casilla furtivamente; si tu Obispo [tu alfil], para ruina de tu Enroque, embaucase a tus Peones para que abandonasen su sitio; y si tus Peones, llenos de odio hacia ti porque son Peones, pudiesen irse de sus puestos asignados, dejándote expuesto a un jaque mate repentino. Aunque fueses el más sagaz de los razonadores deductivos podrías ser derrotado, sobre todo si confiases arrogantemente en tu imaginación matemática, y trataras a tus apasionadas piezas con desprecio.

»Sin embargo, este ajedrez imaginario es fácilmente comparable a la partida que el hombre tiene que jugar contra sus semejantes, utilizando como instrumentos a otros semejantes...»

Otras veces los jugadores son Dios y Satanás. William James maneja este punto de vista en su ensayo sobre *The Dilemma of Determinism*, y H. G. Wells lo repite en el prólogo de su preciosa novela sobre la educación *The Undying Fire*. Como el libro de Job, al que toma como modelo, el relato de Wells empieza con una conversación entre Dios y el demonio. Están jugando al ajedrez:

«Pero el ajedrez con el que juegan no es ese ajedrez pequeño e ingenioso originado en la India; es de una escala totalmente diferente. El Legislador del Universo crea el tablero, las piezas y las reglas; ejecuta todas las jugadas; puede hacer los movimientos que quiera siempre que pueda; a su adversario, en cambio, se le permite cometer un ligero e inexplicable error en cada jugada, por lo que necesita efectuar nuevas jugadas para corregirlos. El Creador decide y oculta el fin de la partida, y nunca se ve con claridad si el objeto del adversario es derrotarle o ayudarlo en su inescrutable proyecto. Evidentemente, el adversario no puede ganar; pero tampoco puede perder, ya que debe hacer que el juego continúe. Pero al parecer está empeñado en impedir el desarrollo de ningún plan razonado de la partida.»

Otras veces, los mismos dioses son piezas de una partida superior, y los jugadores de esta partida son a su vez piezas, en una interminable jerarquía de tableros cada vez mayores. «Y hay alegría en lo alto», dice Madre Sereda, después de extenderse sobre este tema, en *Jurgen*, de James Branch Cabell, «pero es muy lejos». <<

[8] Alicia se ha tropezado ya con Lily, hijita de la Reina Blanca y Peón Blanco, en el capítulo anterior. Puede que al elegir el nombre de Lily, Carroll pensase en su joven amiga Lilia Scott Macdonald (véase nota 2, cap. 1). A Lilia, su padre la llamaba «*my White Lily*» («*mi lirio blanco*»), las cartas que le escribió Carroll (cuando había cumplido ya los quince años) contienen muchas bromas sobre lo avanzado de su edad. La afirmación aquí de que Lily es demasiado joven para jugar al ajedrez puede ser una de esas bromas.

Hay una referencia (en la biografía de Carroll escrita por Collingwood, pág. 427) sobre una gatita blanca llamada Lily («mi gatita imperial», llama la Reina Blanca a su hijita en el capítulo anterior), que Carroll regaló a una de sus amiguitas. Puede, sin embargo, que todo esto fuera después de escribir *A través del espejo*. <<

[9] Es probable que sea éste el pasaje más citado (por lo general, en relación con las situaciones políticas rápidamente cambiantes) de los libros de Alicia. <<

[10] Una ojeada a la posición de las piezas en el diagrama del prefacio de Carroll nos muestra que Alicia (el Peón Blanco) y la Reina Roja están en casillas adyacentes. La primera jugada del problema acontece ahora, al desplazarse la Reina a 4TR (cuarta casilla de la fila de torre del Rey Rojo, contando desde el lado de las rojas en el tablero. En esta anotación, las casillas se enumeran siempre a partir del lado de la pieza que mueve). <<

Capítulo III

[1] Los riachuelos son las seis líneas horizontales que separan a Alicia de la octava casilla en la que va a ser coronada reina. Cada vez que cruza una línea, su movimiento se señala en el texto con tres filas de puntos. Su primera jugada, P4D, es un movimiento de dos casillas: el único «viaje» largo permitido a un peón. Aquí salta a la tercera casilla, y luego el tren la traslada a la cuarta. <<

[2] Una comparación del hombre vestido de papel blanco con las caricaturas de políticos que Tenniel publicó en el *Punch* deja muy poca duda de que la cara que hay debajo del gorro de papel es la de Benjamin Disraeli. Quizá Tenniel o Carroll, o los dos, pensaban en los «papeles blancos» (documentos oficiales) de que estos estadistas se encuentran rodeados.

El dibujo de Alicia es una copia deliberada de «Mi primer sermón», famoso cuadro de la época ejecutado por el artista Victoriano John Everett Millais. Tenniel ha conservado el sombrero (con su pluma) y el manguito, pero ha sustituido la biblia por un bolso. Carroll menciona el cuadro en su diario (7 de abril de 1864), en una anotación en la que describe una visita a Millais.

Spencer D. Brown, de Altadena, California, es quien lo descubrió y me escribió en 1968 notificándomelo. Añadía que el paralelo es más sorprendente aún si consideramos el dibujo como una combinación de «Mi primer sermón» y otro cuadro posterior de Millais: «Mi segundo sermón», en el que se ve a una muchacha dormida durante su segunda visita a la iglesia. <<

[3] («*Lass, with care*»). En Inglaterra, los paquetes que contienen objetos de cristal suelen llevar una etiqueta que pone: «*Glass, with care*». <<

[3a] (En inglés dice: *she's got a «head» on her...*). Agradezco a Martin Burkenroad de Panamá, su aclaración del significado de esta frase. «*Head*» era una palabra de argot Victoriano que significaba sello postal. Alicia tiene cabeza; por tanto, debe ser enviada por correo. <<

[4] El salto del tren completa la jugada de Alicia: P4D. En el manuscrito original, Alicia se agarra al pelo de una señora mayor que va en el compartimiento, pero el 1 de junio de 1870, Tenniel le escribe a Carroll:

MI QUERIDO DODGSON:

Creo que cuando sobreviene el salto en la escena del tren, podría hacer que Alicia se agarrara a la *barba* del chivo, ya que es lo que más a mano tiene, en vez de hacerlo al pelo de la señora. La sacudida arrojaría prácticamente a uno sobre el otro.

Le ruego que no lo considere una grosería, pero me veo en la obligación de decirle que el capítulo de la «avispa» no me ha despertado el menor interés, y no encuentro manera de ilustrarlo. Si quiere acortar el libro, no puedo por menos de pensar —con toda sumisión— que *ésta* es su oportunidad.

Con angustiosa premura,
le saluda atentamente,

J. Tenniel

Carroll aceptó las dos sugerencias, y suprimió a la señora y el capítulo XIII sobre la avispa. Desgraciadamente, no ha sobrevivido nada de dicho capítulo. <<

[4a] «*Snapdragon*» (o «*flapdragon*» [también «boca de dragón»]) es el nombre de un pasatiempo navideño que encantaba a los niños de la época victoriana: se llenaba de coñac un cuenco poco hondo; se echaban pasas dentro, y se prendía fuego al coñac. Los jugadores tenían que sacar las pasas de entre las llamas azulencas y metérselas en la boca todavía ardiendo. Las pasas ardiendo se llamaban también «*snapdragons*».

<<

[5] (En inglés): «*Frumenti*» (budín de trigo), y «*minee-pie*» (pastel relleno de fruta picada). <<

[6] Alicia está pensando, naturalmente, en «Liddell», su apellido. Con «L» empieza también «Lily», nombre del Peón Blanco cuyo sitio en la partida ha ocupado Alicia.

Quizá, como sugieren los lectores Josephine S. J. Dyck y la señora Carlton S. Hyman, Alicia recuerda vagamente que el sonido de su primer nombre parece empezar por «L»: «L...is» (en su pronunciación inglesa). <<

[7] El bosque en el cual las cosas no tienen nombre es en realidad el universo mismo, independientemente de las criaturas manipuladoras de símbolos que ponen etiquetas a sus elementos porque —como Alicia comentaba antes con pragmática sabiduría— «es útil para la gente que los nombra». El darse cuenta de que el mundo en sí no contiene signos, que no hay conexión alguna entre las cosas y sus nombres salvo en la mente que encuentra útiles las etiquetas... no es una idea filosófica trivial, ni mucho menos. La alegría del cervatillo al recordar su nombre recuerda uno de los viejos chistes sobre Adán, que le pone al tigre el nombre de tigre porque *parece* un tigre. <<

[8] Carroll hace claramente que esta cláusula final y el título del capítulo siguiente formen un pareado:

*Feeling sure that they must be
Tweedledum and Tweedledee. <<*

Capítulo IV

[1] En el decenio de 1770 hubo una enconada rivalidad entre el compositor anglo-germano Georg Friedrich Händel , y el compositor italiano Giovanni Battista Bononcini. Hohn Byrom, autor de himnos y profesor de taquigrafía del siglo XVIII, describe así la controversia:

Unos dicen que, al lado de Bononcini,
Mynheer Händel es un babeiaca;
otros que, comparado con Händel,
aquél no aguanta una vela.
Extraña toda esta diferencia resulta
entre Patachún y Patachunta.

No se sabe si la poesía infantil sobre los hermanos Patachunta hacía referencia originalmente a esta famosa batalla musical, o si Byrom tomó el último verso de una poesía más antigua (véase el *Oxford Dictionary of Nursery Rhymes* 1952, preparado por Iona y Peter Opie, pág. 418). <<

[2] Patachún y Patachunta son lo que los geómetras llaman «enantiomorfos» formas idénticas en espejo. Que Carroll pretendía esto nos lo sugiere vivamente la palabra favorita de Patachún: «al revés», y el hecho de extender la mano derecha uno y la izquierda el otro, para estrechar las de Alicia. El dibujo de Tenniel de los dos enantiomorfos pertrechados para el combate, de pie en posturas idénticas, indica que imaginaba a los gemelos de la misma manera. Obsérvese cómo la posición de los dedos de la mano derecha de Patachunta (¿o es Patachún?; la collera se la había puesto Chun, pero el cazo le señala como Chunta) se corresponde exactamente con la de los dedos de la izquierda de su hermano. <<

[3] Esta obra maestra del disparate está en el metro del *Dream of Eugene Aram*, de Thomas Hood; pero sólo satiriza el estilo del poema de Hood. Como advertencia contra la tendencia a encontrar demasiados simbolismos intencionados en los libros de *Alicia*, conviene recordar que cuando Carroll entregó el manuscrito de este poema a Tenniel para que lo ilustrase, le brindó al artista la posibilidad de dibujar un carpintero, una mariposa o un baronet. Cada una de estas palabras encajaba con la disposición de la rima, y Carroll no tenía ninguna preferencia en lo que se refiere al disparate. Tenniel eligió el carpintero. El gorro en forma de caja de papel que Tenniel ha puesto en la cabeza del carpintero no se lo ponen ya los carpinteros. Sin embargo, los operarios de las prensas de periódicos los siguen usando bastante: los confeccionan ellos mismos, plegando una hoja en blanco de imprimir, y los llevan para no mancharse el pelo de tinta. J. B. Priestley ha escrito un artículo divertido sobre «La Morsa y el Carpintero» (*New Statesman*, 10 de agosto de 1957, pág. 168) en el que interpreta las dos figuras como arquetipos de dos clases de políticos. <<

[4] *Cabbages and Kings* es el título del primer libro de O. Henry. Los primeros cuatro versos de esta estrofa son los más conocidos y más frecuentemente citados del poema. En «The Adventure of the Mad Tea Party», el último relato de *The Adventures of Ellery Queen*, estos versos son un elemento importante del curioso método detectivesco para sacarle una confesión al asesino. <<

[5] Para la opereta *Alicia*, de Savile Clarke, Carroll añadió una estrofa más:

*El Carpintero dejó de llorar:
la Morsa dejó de gemir:
acabaron con las ostras
y se echaron a dormir:
y de su astucia y crueldad
el castigo recibir.*

Una vez dormidos la Morsa y el Carpintero, salen a escena los espectros de las ostras, a cantar y bailar y castigar a los durmientes pateándoles el pecho. Carroll (y al parecer los espectadores coincidían con él) consideraba que esto aportaba un final más eficaz al episodio, y también aplacaba un poco a los espectadores simpatizantes con las ostras.

El espectro de la primera ostra baila una mazurca y canta:

*El Carpintero duerme pringado de mantequilla;
¡el vinagre y la pimienta le salpican la barbilla!
que las ostras te acunen, como es derecho,
¡y si no, nos sentaremos sobre tu pecho!
¡Sobre tu pecho! ¡Sobre tu pecho!
¡Lo más sencillo es sentarnos sobre tu pecho!*

El espectro de la segunda ostra baila un baile marinero llamado *horn-pipe*, y canta:

*¡Oh, doliente, Morsa, tus lágrimas son vergonzosas!
Más glotona eres de ostras que los niños de compota.
Quieres a las Ostras para hacer la comida apetitosa.
¡Perdona, Morsa perversa, por patearte el pecho!
¡Por patearte el pecho! ¡Por patearte el pecho!
¡Perdona, Morsa perversa, por patearte el pecho!*

(Tomo todas estas estrofas de las notas de Roger Green en *The Diarios of Lewis Carroll*, vol. II, págs. 446-447.)

<<

[6] Alicia se siente perpleja porque se enfrenta aquí con el tradicional dilema ético de tener que elegir entre juzgar a una persona por sus actos o por sus intenciones. <<

[7] Esta famosa y frecuentemente citada discusión del sueño del Rey Rojo (el monarca está roncando en la casilla inmediata a la derecha de la que en este momento ocupa Alicia) sume a la pobre Alicia en las severas aguas metafísicas. Los hermanos Patachunta y Patachún defienden el punto de vista del obispo Berkeley, según el cual todos los objetos materiales, incluidos nosotros mismos, son sólo «especies de cosas» en la mente de Dios. Alicia adopta la postura del sentido común de Samuel Johnson, quien suponía que refutaba a Berkeley dándole un puntapié a un piedra grande. «Es una discusión muy instructiva desde el punto de vista filosófico», comentó Bertrand Russell, hablando del sueño del Rey Rojo en una intervención radiofónica sobre *Alicia*. «Pero si no estuviese explicada humorísticamente, la encontraríamos demasiado dolorosa.»

El tema berkeleyano preocupaba a Carroll como preocupa a todos los platónicos. Las dos aventuras de *Alicia* son sueños, y en *Sylvie and Bruno* el narrador va y viene misteriosamente entre el mundo real y el de los sueños. «Así que, o bien he estado soñando con Sylvie», se dice a sí mismo al principio de la novela, «y ésta es la realidad, o bien he estado realmente con Sylvie, ¡y esto es un sueño! Me pregunto si es la vida misma un sueño». En *A través del espejo*, Carroll vuelve a abordar la cuestión en el primer párrafo del capítulo VIII, en las líneas finales del libro, y en el último verso del poema final.

Hay aquí, en los sueños paralelos de Alicia y del Rey Rojo, una extraña especie de petición de principio. Alicia sueña con el Rey Rojo, el cual está soñando con Alicia, que a su vez sueña con el Rey Rojo, y así sucesivamente, como dos espejos frente a frente, o como esa absurda caricatura de Saúl Steinberg en la que una señora gorda pinta el retrato de una señora delgada que está pintando el retrato de una señora gorda que pinta el retrato de una señora delgada, y así sucesivamente, cada vez más adentro de los dos lienzos (cfr. *Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*, cap. VI, nota 8; cap. XII, nota 4). <<

[7a] [En inglés dice «*rattle*», «carraca» o «serpiente de cascabel», Carroll juega con estos dos significados]. Como explica en su carta el lector H. P. Young de Nueva Zelanda, en la ilustración de la página anterior se ve que la carraca nueva no es lo que hoy se entiende por esa palabra. Se trata de uno de esos artilugios hechos con una tira de madera que golpetea al hacerla girar. Tales «carracas» son bastante frágiles y se rompen con facilidad. <<

Capítulo V

[1] Acudiendo alocadamente a D4A, la Reina Blanca se sitúa en la casilla inmediatamente a la izquierda de Alicia. El hecho de que las reinas estén corriendo sin parar a lo largo de todo el cuento es una alusión a su facultad de desplazarse sin limitación en todas las direcciones del tablero. Con característica despreocupación, la Reina Blanca ha dejado pasar una oportunidad de dar jaque mate al Rey Rojo jugando a 3R. En su artículo «Alice on the Stage», Carroll dice de la Reina Blanca:

«Por último, a los ojos de mi imaginación soñadora, la Reina Blanca parecía afable, estúpida, gorda y pálida; desvalida como un niño de pecho, y con un aire lento, vago, perplejo, que *sugiere* imbecilidad, pero sin llegar a serlo del todo; eso sería, creo yo, fatal para el efecto cómico que debe producir. Hay un personaje extrañamente parecido en la novela de Wilkie Collins, *No Name*: por dos caminos distintos y convergentes, hemos alcanzado en cierto modo el mismo ideal, de manera que la señora Wragg y la Reina Blanca podrían considerarse hermanas gemelas.»

En la versión cinematográfica de la Paramount, el papel de la Reina Blanca lo hizo Louise Fazenda. <<

[2] Desde que Carroll lo utilizó, el recurso de «vivir hacia atrás» ha servido de base para muchos relatos fantásticos y de ciencia-ficción. El más conocido es el de F. Scott Fitzgerald, «The Strange Case of Benjamin Button». <<

[3] El Mensajero del Rey, como pone de manifiesto la ilustración de Tenniel, y como veremos en el capítulo VII, no es otro que el Sombrero Loco del libro anterior. <<

[4] Carroll practicaba el consejo de la Reina Blanca. En su introducción a *Pillow Problems* habla de resolver mentalmente problemas matemáticos por la noche, durante las horas de insomnio, como una especie de terapia intelectual para impedir que pensamientos menos saludables nos atormenten. «Hay pensamientos escépticos que, por un momento, parecen arrancarle a uno la fe más firme; hay pensamientos blasfemos que le sobrevienen espontáneamente a las almas más reverentes; hay pensamientos impíos que torturan, con su odiosa presencia, la imaginación que anhela la pureza. Contra todos ellos, el más servicial aliado es un poco de trabajo mental.» <<

[5] «Creo», declaró Tertuliano en una defensa frecuentemente citada del carácter paradójico de ciertas doctrinas cristianas, «porque es absurdo». En una carta de 1864 a su amiguita Mary Macdonald, advertía Carroll:

«No te des tanta prisa en creer la próxima vez; te diré por qué: si te pones a creerlo todo, se te agotarán los músculos mentales, y entonces te quedarás tan débil que no serás capaz de creer las verdades más sencillas. La semana pasada, precisamente, un amigo mío se puso a creer en Jack Matagigantes. Lo consiguió; pero se quedó tan exhausto que cuando le dije que estaba lloviendo (lo que era verdad) no *pudo* creerlo, y salió precipitadamente a la calle sin sombrero ni paraguas, a consecuencia de lo cual se le mojó todo el pelo y durante casi dos días no tuvo un solo mechón que volviera a su sitio.» <<

[6] La Reina Blanca avanza una casilla, a 5AD. <<

[7] Alicia avanza también una casilla. Esta jugada la lleva a 5D, junto a la Reina (ahora oveja) otra vez. <<

[8] Williams y Madan, en su *Handbook of the Literature of the Rev. C. L. Dodgson* revelan (y reproducen una fotografía para probarlo) que los dos dibujos que hace Tenniel de la tienda copian el escaparate y la puerta de una tiendecita de comestibles situada en el número 18 de Saint Aldegate Street, Oxford. Tenniel tuvo el cuidado, no obstante, de invertir las posiciones de la puerta y del escaparate, así como el letrero que anuncia el precio del té a dos chelines. Estas inversiones apoyan la tesis de que Alicia no es una anti-Alicia (véase la nota 10, cap. I). <<

[9] La dificultad que encuentra Alicia para mirar directamente los artículos en venta de la tienda ha sido comparada por los divulgadores de la teoría de los *quanta* con la empresa imposible de determinar la situación exacta de un electrón en su trayectoria alrededor del núcleo de un átomo. Uno piensa también en esas manchitas minúsculas que a veces aparecen ligeramente desplazadas del centro de nuestro campo de visión, y que no podemos ver directamente porque se apartan al moverse el ojo. <<

[10] La perinola es una pequeña peonza parecida a lo que en Inglaterra y Estados Unidos se llama hoy «*put-and-take-top*». En la Inglaterra victoriana fue un juguete popular, utilizado en los juegos infantiles. Las caras planas de la parte superior llevan letras o números, y al detenerse la perinola, la cara superior indica lo que el jugador tiene que hacer en el juego. Las primeras perinolas tenían forma cuadrada y letras. La letra «T» de una de las caras representaba la palabra latina *totum*, e indicaba que el jugador lo cogía todo. <<

[11] En el poema preliminar de *Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*, Carroll describe a las pequeñas Liddell remando con «brazos inhábiles». Quizá Alicia Liddell, en uno de los paseos en barca con Carroll, se sintió tan desconcertada como Alicia aquí, ante el término marinero «alza». La Oveja le pide a Alicia que coloque las palas de los remos horizontalmente al moverlos hacia atrás para la siguiente «palada», de forma que el extremo inferior de la pala no arrastre por el agua. <<

[12] «*Catching a Crab*» [literalmente, «atrapar un cangrejo»] es una expresión marinera en la que un remo se hunde tanto en el agua que el movimiento del bote, si es bastante rápido, puede hacer que el puño del remo golpee el pecho del remero con la fuerza suficiente como para derribarle de su asiento. Esto es lo que llega a ocurrirle a Alicia más adelante. «La frase se originó, probablemente», dice el *Oxford English Dictionary*, «por la sugerencia humorística de que el remero había cogido un cangrejo que le sujetaba el remo en el fondo del agua». Esta expresión se utiliza a veces (impropiamente) para designar otros errores en la boga que pueden derribar al remero. <<

[13] Es posible que Carroll pensara en esos juncos soñados como símbolos de sus pequeñas amigas. Los más bonitos parecen ser los más distantes, los que están un poco más allá del alcance de la mano; y una vez cogidos, se marchitan rápidamente y pierden su fragancia y su belleza. Naturalmente, están conscientemente concebidos como símbolos de la cualidad fugaz, efímera, insisible de toda la belleza. <<

[14] Los estudiantes del *Christ Church*, en tiempos de Carroll, insistían en que si uno pedía un huevo cocido para desayunar, normalmente le servían dos, uno bueno y otro malo (véase *The Diaries of Lewis Carroll*, vol. I, pág. 176). <<

[15] El movimiento de la Oveja al otro extremo de la tienda está indicado en el tablero por la jugada de la Reina Blanca a 8AR. <<

[16] Los puntos indican que Alicia ha cruzado el riachuelo, avanzando a 6D. Ahora está en la casilla de la derecha del Rey Blanco, aunque no se encuentra con él hasta después del episodio de Tentetieso, en el capítulo que viene a continuación. <<

Capítulo VI

[1] El episodio de Tentetieso (Humpty-Dumpty), como los de la Jota de Corazones, de los gemelos Patachunta y Patachún, y del León y el Unicornio, hace referencia a incidentes relatados en la familiar canción infantil. Otra elaboración completamente diferente la encontramos en el primer libro para niños de L. Frank Baum, *Mother Goose in prose*, 1897. En los últimos años, Mr. Dumpty (Tentetieso), ha estado editando una revista infantil (*Humpty Dumpty's Magazine*, publicada por el *Parents Institute*). He tenido el privilegio de trabajar a sus órdenes desde el primer número, aparecido en octubre de 1952, como cronista de las aventuras de su hijo, *Humpty Dumpty Júnior*. Un acierto de la película de *Alicia* realizada por la Paramount fue la caracterización de Tentetieso, a cargo de W. C. Fields. <<

[2] Peter Alexander, en su excelente artículo, «Logic and the Humor of Lewis Carroll» (*Proceedings of the Leeds Philosophical Society*, vol. 6; mayo 1951, págs. 551-566), llama la atención sobre esta inversión carrolliana que pasa fácilmente inadvertida. En la vida real, los nombres propios apenas tienen otra función que la de designar un objeto individual, mientras que las demás palabras tienen significado general, universal. En el reino de Tentetieso ocurre al revés. Las palabras corrientes significan lo que Tentetieso quiere que signifiquen, mientras que nombres propios como «Alicia» y «Tentetieso» poseen un significado general. La tesis de Alexander, con la que estoy totalmente de acuerdo, es que el humor de Carroll se encuentra fuertemente teñido por su interés en la lógica formal. <<

[3] Estos comentarios de Tentetieso (obsérvese también su frecuente empleo de la palabra «orgullosa» en el resto de su conversación con Alicia) revelan su orgullo antes de su caída. <<

[4] Como han señalado otros, ésta es la broma más ingeniosa y siniestra de los libros de *Alicia*. No es extraño que Alicia, rápida en captar una insinuación, cambie de tema. <<

[5] Tentetieso es un filósofo, y un filósofo experto ante todo en cuestiones lingüísticas. Quizá Carroll sugiere aquí que esta clase de individuos, sumamente abundantes tanto entonces como ahora en el ámbito de Oxford rara vez tienen capacidad para las matemáticas. <<

[6] Lewis Carroll era plenamente consciente de la profundidad que encierra el extravagante discurso de Tentetieso sobre semántica. Tentetieso adopta el punto de vista conocido en la Edad Media como nominalismo: la opinión de que los términos universales no se refieren a objetos existentes sino que son tan sólo *flatus vocis*, emisiones de voz. Esta opinión fue hábilmente defendida por Guillermo de Occam, y hoy la defienden casi todos los empiristas lógicos contemporáneos.

Incluso en lógica y en matemáticas, donde los términos son normalmente más precisos que en otras materias, se produce una enorme confusión cuando uno deja de tener en cuenta que las palabras no significan «ni más ni menos» que lo que pretenden significar. En tiempos de Carroll se suscitó una viva polémica en el terreno de la lógica formal, a propósito del «valor existencial» de las cuatro proposiciones fundamentales de Aristóteles. ¿Implican los juicios universales «Todo A es B» y «Ningún A es B» que A es un conjunto que realmente contiene miembros? ¿Lo implican los juicios particulares «algunos A son B» y «algún A no es B»?

Carroll contesta a estas cuestiones con cierta amplitud en la página 165 de su *Symbolic Logic*. El pasaje merece citarse porque procede directamente de la ancha boca de Tentetieso:

«Los autores, y editores, de los libros de texto de lógica que circulan corrientemente —a quienes en adelante me referiré con el (espero que inofensivo) título de 'los Lógicos'— adoptan, sobre este particular, lo que considero que es una postura más humilde de lo necesario. Hablan de la Cópula de una Proposición en 'voz baja'; casi como si fuese una Entidad viva y consciente, capaz de declarar por sí misma lo que quiere decir, y que a nosotros, pobres criaturas humanas, no nos cumple más que averiguar *cuál* es su soberano gusto y placer, y someternos a él.

»Frente a esta postura, sostengo que cualquier autor está plenamente autorizado a darle el sentido que guste a cualquier palabra o frase que quiera emplear. Si me encuentro con que un autor dice al principio de su libro: "Quede entendido que con la palabra 'negro' quiero decir siempre 'blanco'; y que con la palabra 'blanco' quiero decir siempre 'negro'", aceptaré humildemente su decisión por insensata que me pueda parecer.

»Así que, respecto a la cuestión de si debe entenderse o no que una Proposición asegura la existencia de su Sujeto, sostengo que cada autor puede adoptar su propia regla; con tal que, naturalmente, sea coherente consigo mismo y con la realidad reconocida de la lógica.

«Examinemos un número de opiniones que puedan ser sostenidas *lógicamente*, y decidamos cuál de ellas puede mantenerse *convenientemente*; después de lo cual, me juzgaré en libertad para decidir cuál de ellas me propongo sostener.»

La opinión adoptada por Carroll (de que «todos» y «algunos» implican existencia, pero que «ningún» deja la cuestión en el aire) no triunfó finalmente. En la moderna lógica, sólo las proposiciones particulares «algunos» implican que un conjunto no es un conjunto vacío. Naturalmente, esto no invalida la actitud nominalista de Carroll y de su huevo. El punto de vista actual ha sido adoptado únicamente porque los lógicos lo juzgan más útil.

Cuando los lógicos desviaron su interés de la lógica de conjuntos de Aristóteles al cálculo de las proposiciones o del valor real, se desencadenó otro furioso y divertido debate (aunque entre nólogos en su mayoría) en torno al significado de «implicación material». Casi toda la confusión provenía de no comprender que la expresión «implica» del juicio «A implica B» tiene un significado restringido peculiar del cálculo y no se refiere a ninguna relación causal entre A y B. Todavía subsiste una confusión similar respecto a la lógica de valor múltiple, en la que términos tales como «y», «no», e «implica» no tienen un significado habitual o intuitivo; de hecho, no tienen otro significado que el que definen exactamente las tablas matrices, las cuales generan estos términos «conectivos». Una vez comprendido esto, casi todo el misterio que envuelve a esta extraña lógica se desvanece.

En matemáticas se gastan iguales cantidades de energía en discusiones inútiles sobre el «significado» de expresiones tales como «número imaginario», «número transfinito», y demás; inútiles porque esas expresiones significan precisamente lo que están destinadas a significar; ni más ni menos.

Por otra parte, si queremos comunicarnos con precisión, ha de ser una especie de obligación moral nuestra evitar la práctica de Tentetioso de dar significados particulares a palabras de uso corriente. «¿Podemos... hacer que nuestras palabras signifiquen lo que se nos antoje?», pregunta Roger W. Holmes en su artículo «The Philosopher's Alice in Wonderland»; *Antioch Review*, verano 1959. «Uno piensa en un delegado soviético utilizando la palabra "democracia" en un debate en las Naciones Unidas. ¿Podemos darles a nuestras palabras paga extra, o es éste el material con que se confecciona la propaganda? ¿Estamos obligados por el uso del pasado? Por un lado, las palabras son nuestras dueñas; de lo contrario sería imposible la comunicación. Por otro, somos nosotros los amos; si no, no habría poesía.» <<

[7] «*Portmanteau word*» («palabra-maleta») puede encontrarse en muchos diccionarios modernos. Se ha convertido en expresión corriente para designar palabras que encierran, como una maleta, más de un significado. Es la literatura inglesa, el gran maestro de la palabra-maleta es, naturalmente, James Joyce. *Finnegans Wake* (un sueño, al igual que los libros de Alicia), contiene miles y miles. Entre ellas, esos truenos de centenares de letras que simbolizan, entre otras cosas, la tremenda caída de Tim Finnegan, peón de albañil irlandés, de su escala. El propio *Humpty-Dumpty* (Tentetieso) está contenido en el séptimo trueno:

Bothallchoractorschumminaoroundgansumuminarumdrumstrumtruminahumptadu

<<

[8] Puede que algún lector no sea tan rápido como Alicia en captar el chiste de Tentetieso: cada palabra «*way*» [aquí «largo trecho»] va seguida de otra que empieza por «*be-*» [aquí «de»; por lo que hemos traducido «*wabe*» por «larde»]. <<

[9] [En inglés] «*from home*», al pronunciarse con «h» muda, da el sonido «*mome*».

<<

[9a] John Q. Rutherford, Mill Lane, Essex, me llama la atención sobre la desagradable costumbre de algunos miembros de la aristocracia victoriana de ofrecer dos dedos al estrecharle la mano a sus inferiores sociales. En su orgullo, Tentetieso lleva esta práctica al último grado. <<

[10] No hace falta recordarles a los estudiosos de *Finnegans Wake* que Tentetieso es uno de los símbolos fundamentales del libro: el gran huevo cósmico cuya caída, como la caída de Finnegan, sugiere la de Lucifer y la del hombre. <<

Capítulo VII

[1] Se necesitan los dos caballos en la partida de ajedrez como monturas para los caballeros blancos. <<

[2] Con estas alusiones a las actitudes anglosajonas Carroll se burla de la erudición de moda en su tiempo. Harry Morgan Ayres reproduce en su libro *Carroll's Alice* algunos dibujos de anglosajones con diversos trajes y actitudes del Manuscrito Caedman del código juniano (perteneciente a la *Bodleian Library* de Oxford); y sugiere que pueden haberlos utilizado Carroll y Tenniel como fuente. Una reciente novela de Angus Wilson, *Anglo-Saxon Attitudes*, cita este pasaje de Carroll en la portada. <<

[3] Alebre [*«Haigha»*], como se ve claramente en las ilustraciones, es nuestra vieja amiga la Liebre de Marzo. Ya hemos visto (en el capítulo V) que Brerero [*«Hatta»*], el otro mensajero, es el Sombrero Loco, recién liberado de la cárcel, donde fue encerrado al terminar el libro anterior. <<

[4] «Amo a mi amor con la A» era un popular juego de sociedad en la Inglaterra victoriana. El primer jugador recitaba:

Amo a mi amor con la A porque es ...

Le odio porque es ...

Me llevó a la Enseña de ...

Y me invitó a ...

Se llama...

Y vive en ...

En cada espacio en blanco, el jugador ponía una palabra apropiada que empezase por «A». El segundo jugador repetía a continuación las mismas fórmulas, empleando la «B» en vez de la «A», y el juego seguía de este modo a lo largo de todo el abecedario. Los jugadores que no encontraban una palabra adecuada quedaban eliminados del juego. Las fórmulas de este recitado variaban: las líneas citadas arriba están tomadas de *The Nursery Rhymes of England*, de James Orchard Halliwell, libro popular en tiempos de Carroll. <<

[5] El interpretar las frases en un sentido literal, y no como se entienden corrientemente, es característico de los seres del espejo, y base de muchas de las gracias de Carroll. Otro buen ejemplo aparece en el capítulo IX, cuando la Reina Roja le dice a Alicia que no puede negar una cosa aunque lo intente con las dos manos.

Una de las bromas más divertidas de Carroll proporciona otro ejemplo de su afición a esta clase de disparate. En 1873, cuando Ella Monier Williams (una amigueta) le prestó su diario de viaje, él le devolvió el libro con la siguiente carta:

QUERIDA ELLA:

Te devuelvo el libro y te doy las gracias; te preguntará por qué lo he tenido tanto tiempo. Entiendo, por lo que me dijiste que no tienes intención de publicar nada de él; espero que no te moleste que haya enviado tres breves capítulos de extractos suyos para su publicación en *The Monthly Packet*. No he dado tu nombre completo, ni le he puesto otro título más concreto que el de «Diario de Ella, o Experiencias de la Hija de un Profesor de Oxford durante un Mes por el Extranjero».

Te haré puntual entrega del dinero que me dé por ello la señorita Yonge, directora de *The Monthly Packet*.
Afectuosamente, tu amigo,

C. L. Dodgson

Ella sospechó que se trataba de una broma; pero empezó a tomárselo en serio cuando recibió una segunda carta con el siguiente pasaje:

«Siento decirte que *cada palabra de mi carta anterior era estrictamente verdad*. Y voy a decirte más: la señorita Yonge *no ha rechazado* el manuscrito, pero no quiere dar más de una guinea por capítulo. ¿Te parece suficiente?»

La tercera carta de Carroll aclaraba la broma:

MI QUERIDA ELLA:

Me temo que te he tomado el pelo demasiado. Pero en realidad, era cierto. «Esperaba que no te molestase que...», etc., por la sencilla razón de que no lo había hecho. Y no le puse *otro* título más concreto que el de «Diario de Ella», ni *ése* tampoco. La señorita Yonge no ha rechazado... porque no lo ha visto. ¡Y no hace falta explicar que no ha dado más de tres guineas!

Ni por trescientas guineas se lo habría enseñado a *nadie*... después de prometerte que no lo haría.
Apresuradamente, con todo afecto

C. L. D. <<

[6] Según el *Oxford Dictionary of Nursery Rhymes*, la rivalidad entre el león y el unicornio se remonta a miles de años. Se cree popularmente que esta poesía infantil surgió a principios del siglo XVII, cuando la unión de Escocia e Inglaterra dio origen a un nuevo escudo británico en el que aparecen el unicornio escocés y el león británico, como están hoy, como dos soportes del escudo real. <<

[7] Si Carroll pretendió que su León y su Unicornio representasen a Gladstone y a Disraeli (véase la nota 10, más abajo), entonces este diálogo adquiere un significado evidente. Carroll, que era conservador en sus opiniones políticas, y no simpatizaba con Gladstone, compuso dos notables anagramas con su nombre entero, William Ewart Gladstone: «*Wilt tear down all images?*», y «*Wild agitator! Means well*» (véase *The Diaries of Lewis Carroll*, vol. II, pág. 277). <<

[8] La Reina Blanca va de una casilla a la izquierda del Rey Rojo a 8AD: el caballo no podía haberla capturado, mientras que ella sí podía haberle capturado a él..., pero esa jugada es característica de su estupidez. <<

[9] «Como los de verdad, e igual de natural», era expresión corriente en tiempos de Carroll (el *Oxford English Dictionary* la cita de una fuente de 1853); pero, al parecer, Carroll fue el primero en sustituir «igual» por «el doble». Esta es hoy la manera corriente de decirlo en Inglaterra y en Estados Unidos. <<

[10] Era creencia general en Inglaterra que el león y el unicornio que hizo Tenniel para la ilustración de esta escena eran las caricaturas de Gladstone y de Disraeli, respectivamente. No hay pruebas de que sea así; pero recuerdan las caricaturas que Tenniel publicó en el *Punch* de estas dos figuras políticas que discutían a menudo. <<

[10a] Es decir, «la parte del león». La frase procede de una fábula de Esopo que cuenta cómo un grupo de animales se reparten los despojos de una caza. El león exige un cuarto en virtud de su categoría, otro cuarto por su valor superior, un tercero para su esposa e hijos. En cuanto al cuarto restante, añade el león, el que quiera disputarlo con él, es libre de hacerlo. <<

[11] Alicia avanza a 7D. <<

Capítulo VIII

[1] El Caballero Rojo ha movido a 2R; poderosa jugada en una partida convencional de ajedrez, ya que da jaque al Rey Blanco y a la vez ataca a la Reina Blanca La Reina está perdida, a menos que se pueda quitar del tablero al Caballero Rojo. <<

[2] El Caballero Blanco, al llegar a la casilla ocupada por el Caballero Rojo (la casilla inmediatamente a la derecha de la de Alicia), grita distraídamente «¡Jaque!». En realidad sólo da jaque a su propio rey. La derrota del Caballero Rojo indica la jugada CxC en la partida. <<

[3] Quizá Carroll sugiere aquí que los caballeros, como los muñecos de guiñol, son manejados por las manos invisibles de los jugadores. Obsérvese cómo Tenniel sigue escrupulosamente el texto, a diferencia de los modernos ilustradores, y representa a los caballeros sujetando sus mazas a la manera tradicional de los muñecos de guiñol.

<<

[4] Muchos eruditos carrollianos han supuesto, con razón, que Carroll concibió al Caballero Blanco como una caricatura de sí mismo. Como el caballero, Carroll tenía el pelo hirsuto, tiernos ojos azules, y un rostro bondadoso y afable. Como el caballero, su mente parecía funcionar mejor cuando veía las cosas patas arriba. Como el caballero, era aficionado a los artilugios extraños, y era «fenomenal inventando cosas». Estaba constantemente «pensando una manera» un poco diferente de hacer esto o aquello. Muchos de sus inventos, al igual que el budín de papel secante del caballero, eran muy ingeniosos, pero difícilmente realizables (aunque algunos resultaron no ser tan inútiles, al reinventarse varios decenios más tarde).

Entre los inventos de Carroll, hay un juego de ajedrez de viaje, con agujeros para fijar las piezas; una parrilla de cartulina (que él bautizó «nictógrafo») para escribir a oscuras; un estuche para sello con dos sorpresas gráficas (véase cap. VI, nota 4, de *Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*). Su diario contiene anotaciones de este estilo: «Se me ha ocurrido que podría confeccionarse un juego de letras movibles sobre un tablero de ajedrez, hasta que formaran palabras» (19 de diciembre, 1880); «He ideado un nuevo sistema de "Representación proporcional"; el mejor, con mucho, de los que se me han ocurrido hasta ahora... También he inventado unas normas para comprobar la Divisibilidad de un número por 17 y 19. ¡Día de inventos!» (3 de junio, 1884); «He inventado un sustitutivo del pegamento para pegar sobres, fijar cosas pequeñas en los libros, etc.; a saber: papel con pegamento por las dos caras» (18 de junio, 1896); «Se me ha ocurrido un método para simplificar los giros postales, haciendo que el remitente rellene dos impresos por duplicado, uno que se entrega para que lo transmita el empleado de correos: contendrá un número clave que el destinatario tendrá que dar para que se le haga entrega del dinero. Pienso proponerlo, junto con mi idea de que se pague franqueo doble los domingos, al Gobierno» (16 de noviembre, 1880).

El alojamiento de Carroll contenía gran variedad de juguetes para diversión de sus pequeñas amigas: cajas de música, muñecas, animales con cuerda (entre ellos un oso que andaba y un murciélago llamado «*Bot the Bat*» que revoloteaba por la habitación), juegos, un pequeño «organillo americano» que tocaba al hacerle pasar una cinta de papel perforada. Cuando hacía un viaje, nos cuenta Stuart Collingwood en su biografía, «cada objeto lo envolvía por separado en un trozo de papel, a fin de que el papel ocupara en sus maletas aproximadamente el mismo volumen que las cosas más útiles».

Merece la pena destacar también que, de todos los personajes con los que Alicia se encuentra en sus dos aventuras oníricas, sólo el Caballero Blanco parece cobrarle verdadero afecto y ofrecerle ayuda especial. Es casi el único en hablarle con respeto y

cortesía, y sabemos que es al que Alicia recordaba mejor, de todos los personajes que llega a conocer detrás del espejo. Tal vez su melancólica despedida sea la despedida de Carroll al hacerse Alicia mayor (convertirse en Reina) y abandonarle. En todo caso, lo que más oímos en este episodio es esa «sombra de un suspiro», que nos dice Carroll en su poema preliminar que «recorre temblorosa este relato».

El papel del Caballero Blanco en la película de la Paramount de 1933 lo hizo Gary Cooper. <<

[5] «Deal box»: caja hecha con madera de pino o abeto. <<

[6] En tiempo de Carroll, el azúcar refinado se disponía en piezas de forma cónica llamadas «panes de azúcar». El término «pan de azúcar» se aplica corrientemente a montañas y sombreros con esa forma. <<

[7] En lógica, esto se llamaría un ejemplo de exclusión de tercero: un juicio es verdadero o falso, y no cabe una tercera alternativa. Esta ley es fundamento de numerosos disparates poéticos; p. ej.: «Había una vieja que vivía en la colina;/ si no se ha ido, allí vivirá todavía». <<

[8] Para un estudiante de lógica y matemáticas, todo esto es perfectamente razonable. La canción es «En una cerca vi», se llama «Medios y maneras»; el nombre de la canción es «Un viejo viejo»; y el nombre se llama «Ojos de abadejo». Carroll distingue aquí entre cosas, nombres de cosas, y nombres de nombres de cosas. «Ojos de Abadejo», nombre de un nombre, pertenece a lo que los lógicos llaman hoy «metalenguaje». Al adoptar el convencionalismo de una jerarquía de metalenguajes, los lógicos consiguen soslayar algunas paradojas que les han atormentado desde la época de los griegos. Para el divertido trasvase que hace Earnest Nagel de los comentarios del Caballero Blanco a una notación simbólica, véase su artículo «Symbolic Notation, Haddocks' Eyes and the DogWalking Ordinance», en el vol. III de la Antología de James R. Newman, *The World of Mathematics*, 1956.

Un análisis menos técnico pero igualmente válido y delicioso de este pasaje lo encontramos en el artículo de Roger W. Holmes, «The philosopher's Alice in Wonderland», *Antioch Review*, verano 1959. El profesor Holmes (catedrático de filosofía del Mount Holyoke College) cree que Carroll nos toma el pelo cuando hace decir al Caballero Blanco que la canción es «En una cerca vi». Evidentemente, ésta no puede ser la canción misma, sino otro nombre. «Para ser coherente», concluye Holmes, «el Caballero Blanco, al decir que la canción es... lo que hace es empezar a cantar la canción propiamente dicha. Coherente o no, el Caballero Blanco es un precioso regalo que Lewis Carroll ha hecho a los lógicos».

La canción del Caballero Blanco revela también una especie de jerarquía, como la imagen refleja de la imagen refleja de un objeto. El excéntrico Caballero Blanco de Carroll, a quien Alicia no puede olvidar, es también incapaz de olvidar otra excentricidad cuyas características sugieren también que puede ser una caricatura de Carroll: quizá sea la visión que Carroll tiene de sí mismo como un viejo solitario y sin afectos en torno suyo. <<

[9] La canción del Caballero Blanco es una versión ampliada y revisada del siguiente poema de Carroll, aparecido anónimamente en 1856 en una revista llamada *The Train*:

EN EL MARJAL SOLITARIO

*Ví a un viejo muy viejo
en un marjal desierto;
me tuve a mí por caballero,
y a él por un paleta
Me paré y le pregunté de repente:
«¡Diga!, ¿cómo se gana la vida?»
Pero menos efecto hicieron sus palabras a mi oído
que si éste fuese una criba.*

*Dijo: «Busco burbujas de jabón
que hay entre los trigales
para hacer pastel de cordero
y venderlo por las calles.
Se lo vendo a los hombres
que navegan por los mares;
así me gano mi pan,
poca cosa, como sabes».*

*Pero yo pensaba un medio
de multiplicar por diez,
y siempre, en respuesta, le hacía
la misma pregunta otra vez,
No le oí lo que decía;
le di un buen puntapié
y le dije: «¡Vamos!, ¿cómo se gana la vida?»,
y le pellizqué en la piel.*

*Su voz reanudó el relato.
Dijo: «Por los caminos voy;
y cuando encuentro un arroyo
le prendo fuego con calor
para hacer ese unguento que llaman
Rowland's Macassar Oil;
aunque cuatro peniques y medio
me dan por eso hoy».*

*Pero yo tramaba una idea:
pintar las polainas de verde,
del color de la yerba
para que no se distinguiesen.
Le di una buena bofetada;
a fin de que me respondiese,*

y le mesé los cabellos,
haciendo que sufriese.

«Busco ojos de abadejo»,
dijo, «entre brezales y matas,
para hacer botones de chaleco
en las noches más calladas.
No los cambio por oro,
ni por minas de plata,
sino medio penique de cobre
me dan por una caja.»

«Saco rollitos del suelo,
cazo cangrejos con liga,
busco en las lomas floridas
ruedas de coche amarillas;
y así (haciéndome un guiño)
me gano aquí la vida.
Y brindo por su salud,
con cerveza, señoría.»

Aquí le oí, pues acababa
de pensar un plan divino:
evitar que se oxide el Menai
haciéndolo cocer en vino.
Le agradecí, antes de irme,
la historia que ahora escribo
y sobre todo el deseo
de beber cerveza conmigo.

Y ahora, si por azar
me pringo de pegamento,
o meto mi pie derecho
en el zapato siniestro,
o hago una confesión
de la que no estoy muy cierto,
pienso en aquel vagabundo
que vi en el marjal desierto.

Carroll evoca aquí el tema del poema de Wordsworth sobre el viejo buscador de sanguijuelas, *Resolution and independence*. Reproducimos completo el poema de Wordsworth, a fin de que se pueda apreciar exactamente qué toma y cómo lo toma Carroll. Se trata de un poema precioso en términos generales; y lo digo a sabiendas de que una parte de él ha sido incluida en *The Stuffed Owl*, esa divertida antología de verso malo recopilada por D. B. Wyndham y Charles Lee. El «Él» de la estrofa 7 es Robert Burns:

El viento rugió toda la noche;
la lluvia cayó como un espeso torrente;
pero ahora el sol se eleva radiante y sereno;

los pájaros cantan en el lejano bosque;
por encima, arrulla la Paloma torcaz;
el Grajo responde al parloteo de la Urraca,
y el aire está lleno de rumores de aguas.

Salen los seres que aman el sol;
el cielo se alegra con el nacer de la mañana;
la yerba brilla goteante; en los marjales,
la liebre da carreras de alegría;
y su pezuña, del suelo fangoso
levanta una bruma que, reluciendo al sol, corre tras ella.

Yo iba viajero por el páramo;
observaba a la liebre corriendo de alegría;
oía el bosque, y el rugir lejano de las aguas;
o no lo oía, feliz como un chiquillo:
la estación agradable me llenaba el corazón;
los viejos recuerdos me habían dejado totalmente,
y todos los hábitos del hombre, tan triste y tan vanos.

Pero, como a veces sucede, de la plenitud
del gozo, al espíritu incapaz de seguir,
tal como nos hemos elevado en el encanto
así nos hundimos en el abatimiento.
Y eso me ocurrió aquella mañana,
asaltándome en tropel quimeras y temores,
vagas tristezas..., pensamientos ciegos que no podría nombrar.
Oí cantar a la alondra en el cielo;
y me acordé de la liebre juguetona:
yo también soy un hijo feliz de la tierra;
yo también gozo como esas criaturas dichosas;
lejos del mundo voy, y de todo cuidado;
aunque puede que otro día me traiga
soledad dolor de corazón, angustia y pobreza.

Mi vida entera he vivido en gratos pensamientos,
como si todo fuese capricho de verano.
Como si las cosas necesarias vinieran sin buscarlas,
a la fe cordial, rica todavía en cordial bondad.
Pero, ¿cómo puede esperar Él que otros
construyan y siembren para él, y a petición suya,
le amen, si no les hace caso?

Pensé en Chatterton, el Niño maravilloso.
El Alma insomne que pereció en su orgullo;
en Él, que andaba en gloria y alegría
con su marcha penosa cuesta arriba:
por nuestros propios espíritus somos deificados;
Nosotros los Poetas empezamos la juventud con alegría;
luego viene un final de desaliento y de locura.

Entonces, ya fuera por una gracia especial,
un mandato de arriba, o algo determinado,

ocurrió que, en este solitario lugar,
yendo yo luchando con estos pensamientos,
junto a una charca abierta al cielo
vi de repente a un Hombre ante mí:
el más viejo que viera jamás, de gris cabello.

Como una roca enorme que a veces,
en la pelada cima de una eminencia,
maravilla a todo el que la ve,
cómo ha llegado allí y por dónde;
y parece un ser dotado de sentido,
un animal marino que sobre un saliente
de arena o de roca, descansa al sol,

así parecía este Hombre: ni del todo vivo, ni del todo muerto,
ni dormido del todo... en su extrema vejez;
su cuerpo doblado en dos, sus pies y su cabeza
juntándose en el peregrinar de la vida;
como si el agobio de un dolor, o el acoso
de una enfermedad sufrida por él en el pasado,
le hubiese cargado con un peso sobrehumano.

Apuntalaba sus miembros, su cuerpo, su pálida cara,
en un largo palo de pelada madera;
y mientras me acercaba con paso demorado
al borde de aquella agua estancada,
el Viejo siguió inmóvil como la nube
que no oye los vientos cuando alzan la voz
y se mueve a la vez, si es que se mueve.

Por último, cobrando vida, las aguas
agitó con su palo, la mirada fija
en el líquido fangoso, estudiándolo
como si leyese un libro:
entonces me tomé el privilegio de un extraño;
y acercándome a él, le dije:
«Esta mañana nos promete un día radiante».

El Viejo me respondió amable,
con palabras lentamente desgranadas;
y volviendo a hablar yo, así le dije:
«¿Cuál es aquí su ocupación?
Éste es un lugar solitario para un hombre como usted».
Antes de replicar, un destello de bondadosa sorpresa
brotó de sus ojos negros y vivaces.

Débiles salieron sus palabras de su débil pecho,
pero cada una en un orden solemne,
y con cierta altivez en el tono:
palabras escogidas, medidas frases, por encima
de los hombres corrientes; de una gran dignidad,
como los graves señores hablan en Escocia,
y los piadosos que dan a Dios y al hombre lo suyo.

Dijo que había venido a estas aguas
a coger sanguijuelas, pues era viejo y pobre:
¡trabajo arriesgado y fatigoso!
mucho era lo que tenía que sufrir;
andar de charca en charca, por todos los marjales,
guarecerse donde a Dios bien le venía,
así se ganaba honradamente el pan.

El Viejo siguió hablando junto a mí;
pero ahora su voz era un flujo
apenas audible; ya no pude separar una palabra de la otra;
y la figura de este Hombre me pareció
haberla visto en sueños,
o que era de alguien venido de alguna remota región
para darme fuerzas con justos consejos.

Volvieron mis anteriores pensamientos: el temor que mata;
la esperanza que no quiere ser alimentada;
el frío, el dolor, el agobio, todos los males de la carne;
y los poderosos Poetas que murieron en su miseria,
perplejos, y anhelando algún consuelo...
Repetí ansiosamente mi pregunta:
«¿Cómo vive, y cuál es su trabajo?».

Entonces, sonriendo, sus palabras repitió,
y dijo que buscando sanguijuelas por los mundos
viajaba; hacía andar sus pies,
por las charcas donde habitan.
«Antes las había en todas partes;
pero han menguado mucho, poco a poco,
aunque yo sigo aún, y las busco donde sea.»

Mientras él hablaba en aquel lugar solitario,
su vieja figura, su voz, todo me turbaba:
con los ojos de la mente me parecía verle andar
por los marjales sin descanso,
vagando solo y en silencio.
Y mientras yo seguía estos pensamientos,
él, tras una pausa, su discurso reanudó.

No tardó en abordar otras cuestiones;
habló alegremente y con amable gesto,
pero solemne en general; y al terminar,
pude reírme de mí, al encontrar
en aquel Hombre decrepito un espíritu firme.
«Dios», dije, «me ayude y me dé firmeza;
¡que siempre recordaré al sanguijuelero del marjal solitario!»

Los versos iniciales de la canción del Caballero Blanco parodian los de Wordsworth: «Te diré cuanto sé», y «te ayudaré en lo que pueda» de la versión original de uno de los esfuerzos menos afortunados del poeta, titulado *The Thorn*. El verso

refleja también el título de la canción, «Todo te lo doy que más no puedo», a cuya melodía canta el Caballero Blanco lo del viejo viejo. La letra de esta canción es de Thomas Moore, *My Heart and Lute*, a la que le puso música el compositor inglés sir Henry Rowley Bishop. La canción de Carroll sigue el metro y la rima del poema de Moore.

«El carácter del Caballero Blanco», dice Carroll en una carta, «está concebido acorde con el hablante del poema». Que dicho hablante es el propio Carroll nos lo sugiere su idea de multiplicar por diez, en la tercera estrofa de la primera versión. Es muy posible que Carroll considerase la letra amorosa de Moore como la canción que él, el Caballero Blanco, le habría gustado cantar a Alicia, y no se atrevió. El texto completo del poema de Moore dice:

*Todo te lo doy, que más no puedo, aunque es una ofrenda muy pobre:
mi corazón y mi laúd es cuanto tengo, y es lo que te traigo aquí.
Un laúd cuya dulce música revela muy bien el alma enamorada;
y, mucho más, un corazón que siente más de lo que mi laúd proclama.*

*Aunque el amor y la canción no puedan disipar las nubes de la vida
al menos las harán pasar ligeras o dorarlas si perduran.
Y aunque el Cuidado introduzca una disonancia en la vida,
deja que el amor pulse las cuerdas. ¡Otra vez, volverán a vibrar con armonía!*
<<

[10] Bertrand Russell, en *The ABC of Relativity*, cap. III, aplica estos cuatro versos a la hipótesis de la contracción de Lorentz-Fitzgerald, primer intento de explicar el fracaso del experimento de Michelson-Morley para averiguar la influencia del movimiento de la Tierra en la velocidad de la luz. Según esta hipótesis, los objetos disminuyen en la dirección de su movimiento, pero puesto que todos los listones de medición se acortan de manera parecida, sirven, como el fuelle del Caballero Blanco, para impedir que descubramos cambio alguno de longitud en los objetos. Estos mismos versos los cita Arthur Stanley Eddington en el cap. II de *The Nature of the Physical World*; pero con un significado metafórico más amplio: la naturaleza evidente del hábito tiende desde siempre a ocultarnos su plan estructural fundamental. <<

[11] El *Oxford English Dictionary* describe este aceite como «ungüento para el cabello, grandilocuentemente anunciado en el primer período del siglo XIX, y cuyos fabricantes (Rowland & Son) afirman que contiene ingredientes traídos de Macassar». En el canto primero, estrofa 17, de *Don Juan*, dice Byron:

*¡En virtudes nada terreno podría superarla
salvo tu «aceite incomparable», Macassar!*

El término «antimacassar», aplicado a los paños que se colocan en el respaldo de las sillas y los sofás para evitar que se manche el tapizado con la grasa del pelo, tuvo su origen en la popularidad de este aceite. <<

[12] Liga es una sustancia pegajosa [generalmente jugo de muérdago], con que se embadurnan ramitas para cazar pájaros. <<

[13] El Menai es un famoso puente colgante que cruza los estrechos de Menai, al norte de Gales. Terminó de construirse en 1826. De niño, Carroll, lo había cruzado en una larga excursión con su familia. <<

[14] El Caballero Blanco regresa a 5AR, casilla que ocupaba antes de capturar al Caballero Rojo. <<

[15] Alicia ha saltado el último riachuelo, y se encuentra ahora en 8D, última casilla de la columna de dama. Para los lectores no familiarizados con el ajedrez, hay que decir que cuando un peón llega a la última fila del tablero puede convertirse en la pieza que el jugador quiera. Naturalmente, elige reina, la pieza más poderosa del ajedrez. <<

Capítulo IX

[1] La Reina Roja acaba de ocupar la casilla del Rey, de modo que Alicia tiene ahora una reina a cada lado. El Rey Blanco se encuentra en jaque con esta jugada, pero ninguno de los dos bandos parece darse cuenta. <<

[2] Carroll tenía especial predilección por los martes. «He pasado el día en Londres», escribe en su diario el martes, 10 de abril de 1877. «Ha sido (como tantos otros martes de mi vida) un día gozoso.» El gozo en esta ocasión se debía a haber conocido a una niña sencilla; «la criatura más radiantemente bonita (de cara y de figura) que he visto en mi vida. Me gustaría hacerle un centenar de fotografías». <<

[3] Es fácil que se le escape a uno que para la Reina Roja, «rico» y «listo» son opuestos; igual que «caliente» y «frío». <<

[4] Alicia recuerda la canción de Tentetieso (capítulo VI), en la que hablaba de coger un sacacorchos e ir a despertar a los peces para castigarles por no obedecerle. <<

[5] Parodia evidente de la canción infantil, «*Hush-a-by baby, on the tree top...*». <<

[6] Se trata de una parodia de la canción de sir Walter Scott, «Bony Dundee», de su obra teatral *The Doom of Devorgotl*:

BONNY DUNDEE

*A los Señores de la Convención fue Claversse y les dijo:
«Antes de que caiga la corona del rey, hay coronas que romper;
así que los caballeros que nos amen al honor y a mí
sigan el gorro de Bonny Dundee.*

*Llenad mi copa, llenad mi vaso,
ensillad vuestros caballos, llamad a vuestros hombres;
abrid el West Port, dejadme que abra paso;
¡Paso a todos los gorros de Bonny Dundee!*

*Dundee ha montado; cabalga por la calle,
las campanas llaman desde atrás, los tambores redoblan
pero el Preboste, hombre sereno, dijo: «Dejadle ir,
la Ciudad de Dios se verá libre de ese demonio de Dundee».*

Llenad mi copa, llenad mi vaso, etc.

*Mientras cabalgaba por los recodos santificados del Bow
las viejas se lamentaban y movían la cabeza;
pero las jóvenes miraban contentas de soslayo.
pensando: «¡Suerte a tu gorro, Bonny Dundee!'}.*

Llenad mi copa, etc.

*De Whigs enojados estaba la Plaza abarrotada
como si medio oeste hubiese ido allí a ser colgado
había rencor en las miradas, y temor en cada ojo,
observando los ojos de Bonny Dundee.*

Llenad mi copa, etc.

*Las capuchas de Kilmarnock portaban espadas y lanzas,
cuchillos de largo mango para matar Caballeros;
pero todos retrocedieron, dejando libre el paso
ante el avance del gorro de Bonny Dundee.*

Llenad mi copa, etc.

*Picó espuelas hasta la roca orgullosa del castillo,
y al alegre noble valerosamente habló:
«Dejad que las mujeres crucen con sus galanes dos o tres palabras,
por el amor del gorro de Bonny Dundee.*

Llenad mi copa, etc.

*El noble le pregunta adonde se dirige:
¡Adonde me lleve la sombra de Montrose!
En breve Su Excelencia tendrá noticias mías
o muy bajo caerá el gorro de Bonny Dundee.*

Llenad mi copa, etc.

*Hay montes más allá de Pentland, y tierras más allá del Forth,
si hay señores en las Tierras Bajas, hay capitanes en el norte;
tres veces tres mil nobles escoceses
gritarán ¡hurra! por el gorro de Bonny Dundee.*

Llenad mi copa, etc.

*Hay bronce en la rodela de cuero endurecido
hay acero en la vaina que cuelga al costado
el bronce será bruñido, el acero centelleará
a un gesto del gorro de Bonny Dundee.*

Llenad mi copa, etc.

*Allá en los montes, en las cuevas, en las rocas,
antes de reconocer a un usurpador, habitaré con el zorro;
y temblad, falsos Whigs, en medio de vuestro gozo;
¡no habéis visto el fin de mi gorro y de mí!*

Llenad mi copa, etc.

*Agitó su mano orgulloso, y sonaron las trompetas;
resonaron los timbales y marcharon los jinetes,
hasta los acantilados de Ravelston, al socaire de Clermiston;
donde murieron las notas de guerra de Bonny Dundee.*

*Llenad mi copa, llenad mi vaso.
Ensillad vuestros caballos, llamad a vuestros hombres;
abrid vuestras puertas, dejadme salir.
¡Arriba los gorros de Bonny Dundee!*

<<

[7] La solución es: la ostra. *The Lewis Carroll Handbook*, 1962, nos informa (pág. 95) que apareció una solución en cuatro estrofas del acertijo de la Reina Blanca, con el mismo metro que ésta, en el periódico inglés *Fun* (30 de octubre de 1878, pág. 175). Dicha solución había sido previamente presentada a Carroll, quien pulió el metro del autor anónimo. La estrofa final de esta solución, tal como se cita en el *Handbook*, dice:

*Coge un cuchillo de buen pico;
insértalo entre la tapa y el plato y
no tardarás mucho rato
en descubrir la ostra... ¡y el acertijo!*
<<

[8] El apagavelas a que hace alusión aquí es ese cono hueco que se emplea para apagar las velas, evitando que el humo se extienda por la habitación. <<

[9] La Reina Blanca se ha alejado de Alicia y se ha situado en 6TD; jugada ilegal en una partida ortodoxa, ya que no se quita al Rey Blanco de la situación de jaque. <<

[10] Esta es la captura de la Reina Roja por parte de Alicia. En consecuencia, es un jaque mate al Rey Rojo, que ha estado durmiendo durante todo el problema de ajedrez sin moverse. La victoria de Alicia aporta una pequeña moraleja a la historia, ya que las piezas blancas son personajes bondadosos y amables, en contraste con el carácter feroz y vindicativo de las piezas rojas. El jaque mate pone fin al sueño, pero deja sin respuesta la cuestión de si era el sueño de Alicia o el del Rey Rojo. <<

Poema final

[1] Este poema final, uno de los mejores de Carroll, rememora aquella expedición en barca por el Támesis, el 4 de julio, en la que contó por primera vez el cuento de las *Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* a las tres pequeñas Liddell. En él resuenan los temas del invierno y de la muerte que recorren el poema preliminar de *A través del espejo*. Es la canción del Caballero Blanco, recordando a Alicia como era antes de que se alejara, con los ojos ansiosos y sin lágrimas, para correr ladera abajo y saltar el último riachuelo, y hacerse mujer. El poema es acróstico, y las letras iniciales de los versos forman, en inglés, el nombre entero de Alicia. <<